

ANTOLOGIA 2015



CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

23 AÑOS

ANTOLOGIA 2015

CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

23 AÑOS

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura



Coordinación de contenidos y correcciones finales:
Christine Gleisner, Sara Montt

Diseño:
Victoria Neriz

Corrección de estilo (cuentos):
Rodrigo Jarque

Corrección de estilo (poemas):
Floridor Pérez

Ilustraciones:
Catalina Villa

Derechos reservados

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 263411
ISBN: 978-956-7215-62-1
Marzo 2016, Santiago de Chile

Imprenta:
Maval

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
PALABRAS DEL JURADO A LOS ESCRITORES	13
HISTORIAS CAMPESINAS	
PREMIOS NACIONALES	
LOS OJOS DE DIOS, Eduardo Andrés Salinas Olave	19
LAS MORENAS DE SAXAMAR, Estefanía Vanessa Bernedo Plazolles	21
EL MOTOCULTIVADOR, Viviana de las Mercedes Gutiérrez Lara	24
EL JUICIO DEL CANELO, Patricia Edith Araya Cuevas	28
ROSITA DEL CARMEN, UNA MATRIARCA EN QUILIMARÍ, María Graciela Villalón Peña	31
LETRAS QUE ECHARON RAÍCES, Felipe Andrés Baeza Baeza	34
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
LAS MORENAS DE SAXAMAR, Estefanía Vanessa Bernedo Plazolles	21
ERES MI TESORO, Héctor Manuel Jesús Morgado Gámez	36
HUELLAS SOBRE EL CALICHE, Nelson Eliseo Gómez León	38
REGIÓN DE TARAPACÁ	
LAS PIEDRAS DE MI CERRO, Francisca Montserrat Varela Carvajal	40
MI ABUELO CELEDONIO, Juan José Flores Cárcamo	42
EL MAQUINISTA QUE HABLABA CON DON SATA, Mario Freddy Vásquez Zambrano	45
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
LOS OJOS DE DIOS, Eduardo Andrés Salinas Olave	19
CHAVELITA Y EL SANDIAL, Felipe Andrés Baeza Baeza	48
LOS CAMPESINOS Y EL CANTO DE MIEDO, Cristián Giovanni Toledo Windfuhr	51
REGIÓN DE ATACAMA	
EL VIAJE DE JULIÁN, Héctor Alejandro Ocayo Cubillos	53
EL MILAGRO DE LAS ROSAS, Olinda Arqueros Godoy	57
EL AGARRE, Gustavo Estuardo Rodríguez Caroca	60

REGIÓN DE COQUIMBO

¡MUERA CARLOS CRUZ!, Carlos Eduardo Marín Tello	63
LOS DOS ANGELITOS, Antonia Belén Ramírez González	66
MISTERIO BAJO LAS ESTRELLAS, Marta Alicia Chelme Díaz	68

REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL ÚLTIMO ESCOPETAZO, Leonardo Antonio Olivares Bugueño	70
ROSITA DEL CARMEN, UNA MATRIARCA EN QUILIMARÍ, María Graciela Villalón Peña	31
LAS MANOS DE LA AMBICIÓN, Germán Ricardo Vargas Toro	72

REGIÓN METROPOLITANA

EL MOTOCULTIVADOR, Viviana de las Mercedes Gutiérrez Lara	24
LO QUE PASA DONDE YO VIVO, Jorge Esteban Lazo Campos	74
EL CURIOSO, Alejandro Humberto Román Quiroz	76

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LA VIRGEN NEGRA, Henry Alejandro Rojas Rojas	80
EL TENIENTE MENA Y EL MONSTRUO DE TAGUA TAGUA, Luis Fernando Pino Álvarez	82
LA CACERÍA, Mario Ignacio Órdenes Cordero	85

REGIÓN DEL MAULE

EL ÚLTIMO VIAJE, Tadeo Renato Yáñez Torrejón	87
DORILA..., Hugo Fuentes Ibáñez	90
EL MULATO FRANCISCO XAVIER, Jorge Eduardo Uribe Ghigliotto	92

REGIÓN DEL BIOBÍO

LA INCREÍBLE HISTORIA DE JUANITO CHILE, Umberto Toso Gálvez	95
LA TORMENTA, Jesús Arturo Vivanco Villagra	97
LA QUINTA DE RECREO, Lucía Verónica Parada Cuevas	100

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

JUAN EL CAMPESINO, Luis Humberto Narváez Vilche	103
LA GOLONDRINA Y EL BUEY, Francisco Marconi Juárez	106
PAZ EN LA ARAUCANÍA, Margarita Inés Sánchez Pincheira	109
EL JUICIO DEL CANELO, Patricia Edith Araya Cuevas	28

REGIÓN DE LOS RÍOS

MI NOMBRE ES OBDULIA, Luz del Soviet Acuña Aguayo	111
EL CANTO DEL TUÉ TUÉ, Emilia del Carmen Calisto Godoy	113
EL LEÓN Y LA NAVIDAD, Juan Francisco Delgadillo Alún	115

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL DOMINGO, Matías Alejandro Díaz Huirimilla	117
EL VUELO DEL CHIUQUE, Víctor Adrián Barría Hernández	119
RECUERDO DE NIÑA, María Isaura Saldivia Saldivia	122
EL ÁMBAR DE LA BALLENA, Carlos Eliecer González Saldivia	124

REGIÓN DE AYSÉN

LOS PERROS, Mauricio Antonio Melgarejo Jorquera	126
LA LEYENDA DEL CALAFATE, Valentina Gabriela Natasha Francisca Carrasco Hasen	128
HOMBRE CAMPERO, Daniel Alejandro Jiménez Cifuentes	130
LA TRAVESÍA DE MI JOVEN PADRE, Óscar Enrique Martínez Guzmán	132

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

UN LIENZO DE NUBES, Myriam Oualit Rubio	135
EL JAGUAR OVERO, Cristian Alejandro Hernández Núñez	137
TIERRA DE ORO, Valeska Ayelen del Pino Silva	139

ME LO CONTÓ MI ABUELITO**PREMIOS NACIONALES**

LA CARTA, Aelyn Michell Ruiz Muñoz	143
EL LEGADO DE UNA PARTERA, Catalina del Carmen Cárcamo Mena	145
OTROLO, Bastián Alexander Arratia Garrido	148
LOS MAPUCHES DE ANTES, Catalina Ximena Lincoñir Morales	149

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

LOS MARCHANTES DE GUAÑACAGUA, Daniela Andrea Leppe Nina	150
LA BANDA DIABLA, Pablo Antonio Yanye Chambe	151
LA NOVIA DE AZAPA, Cristina Alejandra Ortega Véliz	152
EL MISTERIO DE LAS MOMIAS CHINCHORRO, Benjamín Ignacio Arancibia Fabio	154

REGIÓN DE TARAPACÁ

PICA, UNA FLOR EN LA ARENA, Arianne Katarí Neyén Garcés Tapia	156
MI ABUELO EL YATIRI, Mariane Amanda Mamani García	158
EL CÓNDOR Y EL LAGARTO, Pablo Josué Aravire Marca	159

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

LA NIÑA QUE TENÍA UN PROBLEMA CON SUS DIENTES, Ariadna Daniela Lasnibat Alcota	160
AYHAWIRE Y LA MARIPOSA, Alexis Paolo Álvarez Pizarro	161
LA LLORONA DEL CARBONCILLO, Luciano Bastián González Pérez	163

REGIÓN DE ATACAMA

LOS APESTADOS, Keyla Valentina Iriarte Aracena	164
MI ABUELO Y LAS CABRAS, Verónica Valentina Escobar Escobar	165

REGIÓN DE COQUIMBO

HAY QUE VIVIRLO PARA CREERLO, Michelle Katherinna Belén Barraza Bustamante	166
HISTORIA DE UN GRAN ABUELO, Luis Andrés Soto Astudillo	168
LA CUCA MULA, Iván Rafael Bugueño Bugueño	170

REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA CARRETA NEGRA, Daniela Ignacia Espinoza Espinoza	171
PAJARITO, Karla Daniella Aliaga Fuenzalida	173
LA HISTORIA DE LAS SIEMBRAS DE LOS PERALES, Bárbara Narayana Morales Morales	175
UN CARABINERO BIBLIOTECARIO, Matías Jesús Valenzuela Toledo	176

REGIÓN METROPOLITANA

UNA CARRERA MUY ESPECIAL, Matilda Amanda Maturana Sotelo	177
LA VIEJA COPUCHENTA, Keila Mirna Méndez Ibacache	179
PEQUEÑA VIVENCIA DEL RÍO LAMPA, María Jesús Ramos Riquelme	180

REGIÓN DE O'HIGGINS

CUENTOS DE LA ABUELA INÉS, Javiera Antonia Ignacia González Briones	181
¿CÓMO SE HACEN HOMBRES?, Matías Diego Díaz Aburto	183
LEYENDA DE DOÑA INÉS Y SUS CABRAS, Ignacio Andrés Palominos Cantillana	184

REGIÓN DEL MAULE

EL PARIENTE DEL HUESO, Valentina Constanza Martínez Jaque	185
LOS SANTITOS DEL MAR, Estefanía Alejandra Andrades Pérez	186
LOS NIÑOS Y LOS TREILES, Camila Jacqueline Orellana Garrido	188

REGIÓN DEL BIOBÍO

OTROLO, Bastián Alexander Arratia Garrido	148
EL VIAJE A TEMUCO, Matías Ignacio Alarcón Alarcón	189
LA LEYENDA DEL ROBLE, José Antonio San Martín Alvear	190
DÍAS DIFÍCILES, Alexis Hernán Garrido Mariguan	191

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL TERREMOTO DE 1960 EN PU BUDI, MI LUGAR, Tamar Acenat Malo Malo	192
LA PIEDRA EMBRUJADA, Josué Eduardo Adolfo Reydet Roldán	194
UNA ÉPOCA DE MUCHO FRÍO, Matías Nicolás Carreño Rodríguez	196
EL PUMA BUENO PA'L VINO, Rafael Martín Caniullan Milla	197
LOS MAPUCHES DE ANTES, Catalina Ximena Lincoñir Morales	149

REGIÓN DE LOS RÍOS

EL AÑO DEL SOL, Matilde Paz Arriagada Leyton	198
EL CAMPESINO Y LA GALLINA, Andrés Alexis Mansilla Maldonado	199
EL CAMPESINO, Cristian Alexis Pinuer Neira	201

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL LEGADO DE UNA PARTERA, Catalina del Carmen Cárcamo Mena	145
EL ECLIPSE, Vicente Patricio Antriao Illanes	202
LA SIEMBRA DE PAPAS, César Ignacio Martínez Vargas	203

REGIÓN DE AYSÉN

LA CARTA, Aelyn Michell Ruiz Muñoz	143
LOS CHOCHOS AMARILLOS, Beatriz Helena Arregui Contreras	204
UN PEQUEÑO PANAL DE CURIOSOS, Jasmin Elena Barrientos Yañez	205

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

LA SOMBRA DEL JINETE, Fabián Agustín André Rojas Rojas	207
MUJER DEL CAMPO, Adamari Constanza Belén Remolcoy Aguilante	209
EL HOMBRE DE LA LUZ, Nicole Francine Barrientos Leiva	210

POESÍA DEL MUNDO RURAL

PREMIOS NACIONALES

UN AYMARA CUEQUERO, Héctor Manuel Callasaya Bartolo	213
LA LEYENDA ES DESPLAZADA, Ricardo David Vargas Cisternas	216
MUROS VIEJOS, María Lorena Poblete Bustos	218
EL NGUILLATUN, Ronaldo Osvaldo Huenual Millaleo	219

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

CONVERSANDO CON BALBINA OCHOA, José Maldonado Segovia	220
EL YATIRI, Daniel Alejandro Lazcano Robles	222
CORAZÓN ALEGRE, Héctor Manuel Jesús Morgado Gámez	223

REGIÓN DE TARAPACÁ

UN AYMARA CUEQUERO, Héctor Manuel Callasaya Bartolo	213
A MI PAMPA, Humberto Marcelo Meneses Olivares	225
LA MAGIA DEL NORTE, Alejandra Makarena Gacitúa García	226

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

PUEBLO LIKAN ANTAI, Lucas Gabriel Guzmán Henríquez	227
EL PETITORIO, Naroa Lemus Villa	228
UN DESPERTAR EN MI CHILE, Josefa Antonia Mesías González	230

REGIÓN DE ATACAMA

ÁTAME A UN ÁRBOL, Ettiene Anaís Gálvez Campos	231
POR CULPA DEL NEGRO LLANTO, Robinson Rodolfo Pérez Cuadra	232
EL POLLO DE CUATRO PATAS, Moisés Edelberto Álvarez Monroy	233

REGIÓN DE COQUIMBO

ODA A LA LECHE DE CABRA, Ismael Efraín Rojas Carvajal	234
EL TREN DE LOS CASERÍOS RURALES, Melania Alzamora Alzamora	236
UN DÍA EN EL CAMPO, Rocío Alexandra López Aro	238

REGIÓN DE VALPARAÍSO

ASUNTO DE ANIMALES, Carlos Jorge Cuneo Ferreti	239
LOS PERSONAJES DEL MITO, Fernando Guajardo Zenteno	241
EL MOTEMEI, José Osvaldo Rocha Herrera	242

REGIÓN METROPOLITANA

LA LEYENDA ES DESPLAZADA, Ricardo David Vargas Cisternas	216
CASAMIENTO HUASO, Francisco Antonio Pereira Cancino	244
A LAUTARO MANQUILEF, Nora del Carmen León Acuña	245

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LA CANCIÓN DEL VIENTO, Jorge Ramón González González	246
LA PARENTELA RURAL, Aurora Rosa Moreno Sepúlveda	250
LA DEL ALBA, Génesis Belén Rojas Contreras	252

REGIÓN DEL MAULE

EL CARBONERO, Luis Ernesto Parada Contreras	253
CHILE... MI PAÍS, MI ORGULLO, Bárbara Carolina Rodríguez Canales	254
LA CUECA, Julio César Corvalán Norambuena	255

REGIÓN DEL BIOBÍO

MUROS VIEJOS, María Lorena Poblete Bustos	218
CHACAYAL NORTE, Ruth Noemí Jara Aqueveque	256
A MI TIERRA, Karla Andrea Saldías Valenzuela	257

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

INVIERNO, Sebastián Fernando Sáez Hidalgo	258
UNA HISTORIA REAL, Edelberto Jesús García Catalán	259
MI PRIMER DÍA DE CLASES, Verónica de la Cruz Poveda Gutiérrez	261
EL NGUILLATUN, Ronado Osvaldo Huenual Millaleo	219

REGIÓN DE LOS RÍOS

LA FLOR LINDA, Edmundo Dagoberto González Umaña	262
ORFELINA, Luz del Soviet Acuña Aguayo	263
EL OCASO DEL COLOR, María Alejandra Oyarzún Manquemilla	265

REGIÓN DE LOS LAGOS

SEMBRANDO EL ARCOÍRIS, María Ximena Burgos Soto	266
ATARDECER, Domitila del Carmen Uribe Vargas	268
UN CURANTO AL HOYO, Constanza Javiera Aguilar Barría	269

REGIÓN DE AYSÉN

LOS TEROS, Matías Ignacio Jérez Báez	270
RAMÓN NOLASCO, Juan Eduardo Cárcamo Barrientos	271
EL NIÑO ENFERMO, Gamaliel Alejandro Asenié Morales	272

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

SANTIAGO ZAMORA, Iván Darío Rojel Figueroa	273
LA GRAN FIESTA, Raúl Estanislao Lorca Slabosz	274
ES TIEMPO DE ESQUILA, Omar Mateo Alejandro Cuevas Aguilera	275

PRESENTACIÓN

Este libro para el Ministerio de Agricultura es como un gran lago donde se reflejan los más sinceros y profundos sentimientos de quienes viven en distintos sectores rurales de Chile. La brisa fresca del campo se puede sentir en cada uno de sus cuentos y poemas.

Niñas, niños, mujeres y hombres han sentido el entusiasmo de escribir y contarnos sus vivencias y sus sueños. Algunos de los relatos nos trasladan a tiempos pasados, cuando tener zapatos era una novedad y muchos niños se los quitaban camino a la escuela para no ensuciarlos en el trayecto. Hay historias de penurias, que muestran los últimos días de un oficio, como sucede en el caso de un vendedor de carbón que al llegar al fin a la ciudad, se ve obligado a rebajar sus precios. Catalina Lincoñir, de Padre las Casas, nos enseña a ver las cosas desde otra perspectiva, al escribir que los perros de los mapuche son bilingües, porque entienden todo lo que se les dice, ya sea en castellano o en mapudungun.

Estas obras son una muestra de las más de 2.700 que participaron en el concurso “Historias de Nuestra Tierra” en el año 2015. Sus autores, la mayoría de ellos/as desconocidos/as para el público lector, nos conmueven y nos hacen partícipes de las distintas tradiciones y costumbres que dan color y música a un país al que a veces golpean terremotos y sequías.

Los invitamos a zambullirse en este gran libro -o lago puro y transparente- para descubrir qué nos hace diferentes y especiales como chilenos/as. En él se refleja el alma rural de Chile.

Carlos Furche
Ministro de Agricultura

Bárbara Gutiérrez
Vicepresidenta Ejecutiva
Fucoa

PALABRAS DEL JURADO A LOS ESCRITORES Y POETAS



HISTORIAS CAMPESINAS

Leer estos relatos, que vienen de lo profundo de nuestro Chile, es como ver de frente un espejo donde podemos reflejarnos, conocernos, respirar atmósferas ya vividas; es sentirse orgulloso de la gran diversidad cultural que nos representa como chilenos. Mi gratitud a todos aquellos que enviaron sus relatos simples y espontáneos, pues es ahí donde radica la gran fuerza que transmiten y que nos llevan hasta la emoción.

Osvaldo Cádiz, investigador del folclor y coreógrafo del conjunto de cantos y danzas tradicionales Palomar.



Estos textos son un ejercicio muy vivo: un diálogo de los habitantes del mundo rural con su entorno y su historia. Mis felicitaciones a cada uno de los participantes, que con sus textos nos dieron acceso a unas memorias territoriales construidas colectivamente, región por región, de una orilla a otra.

Alejandra Costamagna, escritora. Premio Altazor 2006, por "Últimos fuegos" y Premio de Literatura Anna Seghers 2008 al mejor autor latinoamericano del año.



El Chile profundo está en las entrañas de la gente y se manifiesta cuando escribe, cuando cuenta sus experiencias, cuando recuerda el terruño, el olor de la tierra, el sabor de la comida, las experiencias que robustecen el carácter, los mitos que estimulan la imaginación, y, con gratitud, se reconoce que el denominado carácter chileno, nunca deja de estar presente en los hombres y mujeres del campo y la ciudad, que no olvidan que los sacrificios tienen sentido cuando la identidad como pueblo se preserva. Las "Historias campesinas" se están convirtiendo en la reserva más valiosa de las tradiciones de nuestra tierra y son un documento valioso de cómo el pasado y el presente mantienen una conexión mágica.

Héctor Velis-Meza, periodista. Profesor de oratoria y estudioso del lenguaje.



Queridos concursantes y ganadores:

Ha sido realmente un placer leer sus conmovedores relatos, que reflejan con tanta precisión y diversidad lo que es Chile, el campo, el desierto, esos pequeños territorios que para muchos compatriotas resultan desconocidos, pero que esconden siempre historias sorprendentes. Gracias por compartir sus experiencias e imaginación, pues al ponerlas por escrito van a llegar a lectores que nunca imaginaron.

Diego Zúñiga, escritor y crítico. Autor de *Camanchaca* y *Racimo*. Escribe en la revista *Qué Pasa* y en el blog *60 Watts*.

ME LO CONTÓ MI ABUELITO



La memoria oral es una fuente de conocimientos, identidades y lenguajes que permiten leer y comprender a las diversas comunidades que habitan un territorio. Felicito a todos(as) quienes cultivan la recopilación y escritura de estos saberes anidados en los relatos, especialmente a los(as) niños(as) que ven en ellos un caudal de expresión, de preservación, y al mismo tiempo de recreación de imaginarios culturales.

Sonia Montecino, escritora y antropóloga. Premio Altazor de Ensayo 2005 por “*Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos*”; Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales de Chile, 2013.



No hay expresión más pura que aquella que viene desde la mente y se plasma en un texto. En este acto solemne se levantan imaginarios, leyendas y sentimientos plenos. El rescatar a través de esta forma las tradiciones y memoria colectiva de un pueblo, resulta ser una acción noble desde todo punto de vista. Los textos entregados en este concurso parten de esa expresión pura en el acto individual de escribir y se entregan sin egoísmo a todos los que quieran compartir esos mundos mágicos recogidos con cariño. A todos los que hacen posible este concurso y, en forma especial, a los escribientes les doy las gracias por hacer Patria de esta forma, un bien que traspasa las fronteras de lo inmediato.

Paul Landon, periodista y Magíster en Desarrollo Rural, creador y director del programa *Tierra Adentro*.



Cuando la tecnología invade todos los espacios, aun en la tierra árida del desierto, entre las profundas gargantas de las montañas, los húmedos suelos del sur que huelen y humean entre el viento, las voces de las y los abuelos acunan los oídos de nuestros escritores y escritoras a quienes felicito por la magia que me permitieron vivir y disfrutar.

Ana María Araya González, Profesora de Estado en Educación Básica y Media, Magíster en Psicopedagogía Universidad Católica de Lovaina. Representante del Ministerio de Educación.

POESÍA DEL MUNDO RURAL



Confieso que este Concurso Literario nacional organizado por FUCOA en poesía y prosa, ha remecido mis sueños y realidades porque, yo nací en el Paralelo 40 Sur del mundo, y quedé marcada para siempre con el ombligo amarrado a las estrellas mojadas, a los bosques y volcanes donde anidan los cóndores.

Todo aquello identifica mi postura humana amarrada a la poesía y provoca en los lectores el amor a la patria.

Delia Domínguez, poeta. Miembro de la Academia Chilena de la Lengua y Premio Consejo Nacional del libro (1996).



Nuestras mayores / nuestros mayores nos dicen que la Palabra Poética está en todos, en todas partes, porque pertenece a la Tierra (y a su infinito) a la que pertenecemos. Muchas gracias a cada una y cada uno de ustedes por conversarnos y escribirnos tan poéticamente desde la memoria de su gente y de sus lugares.

Chaltumay. Saludo Azul

Elicura Chihuailaf, poeta mapuche y obstetra. Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura 1994, por "De sueños azules y contrasueños" (categoría poesía inédita) y Premio Jorge Tellier 2014.



Queridas poetas, estimados poetas concursantes:
leer sus poemas ha sido una lección de humanidad
y una fiesta de nacionalidad. Cada cual merece un
premio, y ya lo tienen: haber tenido la oportunidad
de enseñarnos a compartir, antes que a competir;
a celebrar lo bien realizado y alentar a mejorar lo
aún perfeccionable. Reciban mi fraternal abrazo.

Floridor Pérez, profesor rural, poeta y crítico literario.



Mi Chile puede lucirse
Con sus poetas de moda
Los del concurso FUCOA
Los del año 2015
A sus pies hay que rendirse
Porque esa es la justa ley
FUCOA les dijo "OK"
En un nuevo progresar
Inscríbanse pa ganar
Este 2016.

Mi sincera admiración
A todos los ganadore
Y también los perdedore
Ya vendrá la otra ocasión
La poesía es un don
Que se luce en todos lados
Mientras haya enamorado
De la Diosa poesía
Florecerán día a día
Los poemas destacando.

Aquí todas las edades
Tienen la oportunidad
Medir su capacidad
Con otras autoridades
Lucir sus capacidades
De talentos escondidos
Cerebros que están dormidos
Y que nadie los conoce
Adultos, niños, precoces,
Ya han sido reconocidos.

Domingo Pontigo, cantor popular a lo poeta (a lo humano y a lo divino) y agricultor de San Pedro de Melipilla.

HISTORIAS CAMPESINAS



PREMIOS NACIONALES

LOS OJOS DE DIOS

Eduardo Andrés Salinas Olave (38 años)

Administrativo

San Pedro de Atacama

Primer lugar nacional**Primer lugar regional**

Había que cuidar las llamas. Había que levantarse por las mañanas, muy temprano, con todo el frío del altiplano pegando en los viejos huesos. Había que sacar a sus seis llamitas del corral para llevarlas a pastar temprano y que se hidrataran con el escaso rocío de la montaña. Las dejaba en la quebrada y rezaba para que cuando fuera a buscarlas por la tarde no se hubieran alejado demasiado. Luego volvía a su casa de piedra y techo de paja y se ponía a armar los ojos de Dios. Eran muy fáciles de hacer: se formaba una cruz con cuatros palos del mismo largo. Luego, en diagonal, se cruzaban lanas de distintos colores hasta formar un rombo que se podía colgar en las ventanas o detrás de las puertas. Ella, su madre, su abuela y todos sus ancestros los habían utilizado desde siempre para ahuyentar a los malos espíritus y proteger la casa. Ahora tenían un uso distinto. Una vez a la semana la señora Hilda, con cincuenta o cien ya armados, debía bajar al pueblo a dejárselos a su hermana Carmen, que los vendía en su puesto de artesanía.

—Aquí están —decía, luego de llegar a San Pedro. Luego de dos buses y setenta kilómetros con el peso en la conciencia de que sus llamitas estaban solas allí en el cerro.

La hermana asentía y le extendía los billetes, muchos, demasiados; el negocio prosperaba y le daba un dinero que no sentía que mereciera. Por las noches, con todo

ese dinero debajo del colchón, tenía ideas, pensaba en las cosas que podría comprar y sentía miedo.

—¿Por qué son tan populares estas cosas? —preguntó. La señora Carmen se encogió de hombros.

—Están de moda. Hay que aprovecharlo simplemente. Un día, ya que te niegas a comprarte un celular, no podré avisarte. Bajarás al pueblo con tu cesta cargada y yo te diré que no, que ha pasado el milagro y que ya nadie los compra y entonces tendrás que buscarte un trabajo de verdad y olvidarte de tus llamitas allá arriba en el cerro.

—Estoy bien así como estoy.

—Si vivieras en el pueblo podríamos buscarte un nuevo marido.

—Ya tengo un marido.

—Me refiero a uno que todavía esté en esta tierra.

La señora Hilda sacó un pañuelo de su bolso y se secó los ojos húmedos.

—Tengo mis llamitas. Ellas son todo lo que necesito

—dijo. La hermana se acercó y le acarició el hombro.

—Siempre se puede volver a comenzar.

—No lo sé —dijo y retrocedió unos pasos. La penumbra de la galería de los artesanos siempre la ponía un poco triste. Ver tantas parejas de turistas de la mano. El propio pasado que venía a visitarla y a recordarle las cosas que había perdido. Y luego su hermana que insistía e insistía...

—Hay muchos hombres —dijo la hermana.

—Todos borrachos.

—Todos los hombres tienen defectos. Y nosotras también —asintió la señora Hilda.

—Es verdad. Y uno de mis defectos es que ya no soporto los defectos de las otras personas.

—Estás hecha una ermitaña. Antes eras distinta.

—Antes tenía otra vida. Ahora tengo esta.

—¿Y qué es esa vida que tienes?

No había forma de contestar esa pregunta. Su hermana hacía mucho que había bajado de los cerros. Ya no podía recordar la forma que el tiempo adquiría en el campo. Lo dulce de mirar las nubes o atender la forma del viento. Sentir que el tiempo pasa más lento. Que la vida parece más pura. Quizás sea un espejismo causado por la soledad y el silencio, pero estaba demasiado acostumbrada como para ahora cambiar y darle el gusto a su hermana.

—Ya debo irme, si no perderé el bus.

La hermana se encogió de hombros y, dándose media vuelta, ordenó los llaveros, lapiceras y piedras de sal que esperaban por turistas que quisieran llevárselos con ellos hacia el otro lado del mundo.

—Nos vemos la otra semana —dijo la señora Hilda.

—Cómprate un abrigo nuevo —le gritó su hermana, mientras la otra se alejaba a la distancia de vuelta a su vida campesina. La señora Carmen la vio desaparecer y luego tomó la caja con los ojos de Dios que le había traído. Los guardó al fondo de la bodega, junto con los otros cientos, acaso miles más de cruces de colores que allí se amontonaban, en el olvido. Se vendían, sí, pero no tantas.

Los pedidos semanales eran la única forma de ver a la hermana, hacer que bajara del cerro y reencontrarse con ella unos breves momentos. Saber de su salud y de los pocos acontecimientos que era capaz de mencionar antes de que se apresurara a regresar a su tierra y sus llamas. Ese era el pequeño milagro que los ojos de Dios ofrecían: volver a ver a su hermana, asegurarse de que estuviese bien, verla partir siempre. "Pero mientras tengamos las fuerzas", pensó la señora Carmen y volvió al trabajo y a las solitarias rutinas que ese día le traería.

PREMIOS NACIONALES

LAS MORENAS DE SAXAMAR

Estefanía Vanessa Bernedo Plazolles (27 años)

Estudiante de Psicología

Arica

Segundo lugar nacional**Primer lugar regional**

Se cuenta en los faldeos de las zonas montañosas, allá arriba, en la puna, donde viven Dios y las tarucas, que hace ya un montón de días con sus noches, ocho mujeres empolvieron sus zapatos a la usanza del balón en los potreros. Eran pobres, iletradas y lujuriosas, pero reinas, como estrellas, en las canchas. Solían moverse en un bus sin parabrisas, todas ellas con pasamontaña. Por eso cuando aterrizaban en un pueblo, al unísono, la gente repetía:

—¡Ahí vienen! Llegaron las morenas, las futboleras de Saxamar.

En su debut, enfrentaron a Visviri: dos goles de bolea, uno de media cancha. Incluso Carmen Inquiltupa, “La Pastora”, atajó un penal mientras los rayos serpenteaban en el tripartito. Esa tarde el pueblo las despidió con fricasé y una pequeña banda de bronces que entonaba huaynos. Partieron con los pies hinchados y enfiestadas hasta la garganta. De la micro gritaban:

—¡Jallalla jilata, compadre Rubén! ¡Jallalla, negro Chipana!

Para jugar contra Socoroma debieron sortear los baches que dejaron las tormentas.

—El invierno boliviano es duro, hermanas, hay que ponerle —le decía la DT, doña Melissa Churata, al

equipo que, haciendo juego colectivo, intentaba desempantantar la máquina. Dos horas de trabajo les tomó, más menos, llegar a camarines y, peor aún, constatar que el aguatero, el Loco Quispe, había olvidado los pantalones cortos en Saxamar.

—De aguatero te *morís* de hambre, Loco Quispe —le enrostró Chepita. Lo mismo María Luisa e Isabel.

—Así nomás, chiquillas. Con pollera —replicó la DT, arenga que fue respaldada por un tremendo grito de “hurra” en el camarín.

A la cancha salieron raudas, como un tropel de soldados, algunas con sendos toperoles y calcetas, otras con ojotas rígidas como las piedras. El primer tiempo fue duro, y duro también fue el golazo que Alejandra, la maestra quesera de Saxamar, iniciado el segundo tiempo marcó en el arco rival: un chimbazo de veinte metros que arrasó con la malla y fue a parar debajo de un despeñadero. A duras penas resistieron los embates de un enmarañado pero luchador equipo. Pese a todo, la contienda terminó como se debe: con abrazos y un bailable que, dicen, se escuchó hasta en los cuarteles del mismísimo regimiento Huamachuco.

Parecido fue el desenlace en Belén y Parinacota. Eso sí, en Pachama, goleada. El Loco Quispe, de tanto festejar y tirar pata, fue a parar a la posta de Putre con oxígeno y

suero, mientras le rogaba a la paramédico que lo salvara.

—No me puedo morir, mamita —decía—. Antes ganaremos la copa.

Recorrían el altiplano escuchando cumbia chicha. De vez en cuando hacían *pawas*, detenidas en medio de la pampa. Estiraban sobre la tierra un aguayo y, sobre él, camisetas, toperoles, canilleras, paquetes con hojas de coca y chachacoma. Porque las morenas no solo eran guerreras que guardaban en el alma un futbolista: eran además precavidas y no solo viajaban con DT y aguatero, sino que también con un viejo *yatiri* que de vez en cuando auguraba la fortuna y la abundancia, haciendo uso de sus salmos prodigiosos.

Agradecían también, como era costumbre, a la Pachamama, saludando con respeto a sus criaturas: a las vicuñas, a las llamas, a los guanacos, al cóndor, al suri, a la vizcacha y al puma que, una vez camino a Cosapilla, se les apareció en frente de la micro para luego desaparecer detrás de las llaretas¹, veloz como un rayo que se cuele en el paisaje.

Otra vez, camino a General Lagos, *infraganti* sorprendieron a una tropa de cazadores de vicuñas, los que, viéndose atacados a pedradas por las jugadoras, respondieron con una escopeta, llenando de balazos el silencio. Silbaba el plomo en la pampa, incluso entremedio de las trenzas y las polleras, pero las morenas tenían agallas, eran choras y aguataron la embestida hasta hacer que los salvajes se escaparan rumbo a la frontera, sin más que la pólvora húmeda y la hombría entre las piernas.

En Colpita jugaron bajo un aguacero. Era tanta la lluvia sobre la cancha, que a ratos el balón flotaba. A duras penas llegaban al área rival. Las polleras estilaban. Algunas comuneras, llorando, imploraban a la Virgen. Los carabineros contemplaban la contienda, adentro del calabozo. Algunas personas se recogían rumbo a sus moradas. El árbitro propuso un alto. Sin embargo, Chupita, el *yatiri* del equipo de Saxamar, con un cono de tránsito que había cerca del retén, se dirigió al público:

—Paisanos míos, no nos ha mermado la altura, la soledad. No nos han mermado el hielo, ni la pobreza, ni la zarpa del puma. Por qué, paisanos de la puna, nos intimida el agua, si el agua es la carita de Dios que nos visita, que nos besa el alma y nos engríe. Arriba el espíritu, que la lluvia, como dicen los ancianos, es también la vida. Y ahora pásenme un aguayo y pongan corazón, *jallalla*.

Finalizadas sus palabras, lanzó el mantel de colores y, sobre él, en cada punta, hojas de coca, cocoroco, serpentina húmeda, pronunciando a viva voz una oración en el idioma de los antepasados. No pasaron cinco minutos cuando se frenó el aguacero. Los equipos florecieron en la cancha, la galería se llenó de niños, las mujeres calentaron vino, la banda comenzó a entonar sus sayas. La contienda terminó, como era de costumbre, con un bombazo que Alejandra procuró desde mitad de cancha. Por cierto, el ágape se estiró hasta el amanecer. Algunas se durmieron en la micro, otras, como la Carmen, encontraron el amor y la esperanza.

¹ *Llaretas*: Azorella compadre (nota del editor).

La final se jugó en Putre, a estadio lleno: doscientos y tantos comuneros. Tan famosas eran las morenas, que una delegación procedente de Arica llegó a tantear su juego. En la cancha las putreñas eran aguerridas. Tocaban siete, ocho, nueve veces, hasta llegar al arco rival. El equipo de Saxamar contenía. Pausadas como siempre, profesaban el buen fútbol en silencio. Mas cuando apenas se abría un caminito, Alejandra metía sus disparos y, aunque sin éxito, penaba la pelota como el viento en los cordeles. La sufrieron como nunca las morenas. Corrían como tarucas, como vicuñas, aunque llegado el segundo tiempo, y de rebote, la pelota se coló en la portería. Merecidos los festejos, como también la gloria. De diversas localidades llegaron ese día a conocer a las estrellas de la puna. Hubo música,

baile y comida. El humo de tanto asado a leña nubló el cielo. Los militares del Huamachuco pidieron franco. Y aunque todo era festejo, el bailongo dio pie a una leyenda: las morenas festejaron y nunca más se supo de ellas. Se subieron a la micro apenas el sol volvió a arrojar sus espadas. Se perdió nomás entre los cerros el vehículo.

Se cuenta que en Saxamar volvieron a sus oficios. Sin embargo, en la región quedó su nombre. A veces una madre, una abuela, un tío, recrea los pasajes del equipo y los que oyen, acaso desconfiados, contemplan el polvo elevarse por las tardes, esperando que un milagro las convoque.

PREMIOS NACIONALES

EL MOTOCULTIVADOR¹

Viviana de las Mercedes Gutiérrez Lara (61 años)

Microempresaria

Melipilla

Tercer lugar nacional**Primer lugar regional**

Como recordarán los señores usuarios, hace tres o cuatro años INDAP nos dio a muchos campesinos de la provincia de Melipilla una nueva herramienta de cultivo llamada, precisamente, “motocultivador”.

Bonito el tractorcito: rojito, con el acelerador en la manilla izquierda, en la derecha el freno y adelante, muy lejos del alcance de la mano, la palanca de cambios (que solo se mueve pegándole con un combo de 20 libras). Adelante, dos ruedas de carretilla y el motor. Abajo y atrás, el rodillo que ara. Para su correcto funcionamiento una debe ir trotando atrás y tratando de mover a tiempo toda esa mojiganga, mientras el rodillo le va tirando la tierra en la cara, en los dientes y en el pelo, llenándole también de tierra las orejas, la boca y las verijas. Los campesinos han dado en llamarle “el tractor fantasma” porque, aunque parte con chofer, por el camino se desaparece con la tierra y al final del surco parece llegar solo. Eso si alguien logra ponerlo en marcha, porque trae una piola del demonio que ni el más pintado técnico de Prodesal ha podido dominar todavía. Pero hemos sabido de algunos casos —pocos, por cierto— de maridos, amantes o amigos que, siendo forzudos y porfiados, después de varias horas de intentarlo... ¡bingo! Han matado el chuncho. Ahora bien, muchas beneficiarias, como es

mi caso, somos solas y sin nadie que nos favorezca. La solución que yo encontré (cada cual buscó la suya) es pararme en el camino y esperar a que pase un viejito maceteado, sin cara de julepe, tipo Tarzán de Hijuela, y del que yo calcule que será capaz de tirarme la piola que, como ya dije antes, es *requetecontrasumamente* dura y ¡zas!... tirarle encima todo mi *glamour*. Yo no tengo 18 años, en realidad tengo poquitín más de 60, pero como decía el *fin’o*, soy medio *encachaona*, o sea, bien *confitadita*. Todavía tengo un “Dios te guarde” y casi siempre consigo meter un viejo *pa’* que me tire la piola. Pero aquí, como dicen los políticos, hay dos temas.

Primero: si el viejo se va y por alguna razón se para el motor, ahí quedo a medio surco, como quien dice, y pueden pasar varios días antes de que aparezca otro *macicito* que se atreva a echar los bofes tirando la piola.

Segundo: invitarlo a almorzar, engatusarlo y no dejar que se vaya hasta que yo termine de arar. También puede pasar que, quedándome sola, siga arando derecho sin hacer ninguna musaraña, pasando por encima de los gatos, la acequia y los crisantemos hasta que se termine el petróleo.

¹ Este cuento ha sido editado. La versión completa estará disponible en la Biblioteca Nacional a partir de diciembre 2016.

De esto conversaba un día el año pasado con mi amiga Marlis. Ella ya no se hace problemas: cultiva sus tomates a punta de azadón. Marlis me decía que escuchó a una vieja que era vecina de otra vieja que tenía un motocultivador, que un maestro de Codigua le había transformado la partida de mecánica en partida eléctrica agregándole una batería, un motor de acuario y un botón de overol. Y que todo el trabajo, materiales incluidos, costaba cien mil pesos. Yo me interesé *altiro*. No tenía ni un peso, pero podía pedir un crédito al INDAP y rezarle a la animita de la cuesta para que me lo concedieran. Hecho esto fui a ver al tal maestro que me saludó con un palito en la boca y me confirmó que sí, que él era capaz de hacer esa transformación que no era menor.

—Dese cuenta que hablamos de un vehículo extranjero. Sí pues, señora. INDAP no le iba a dar cualquier cacharro, estamos hablando de tecnología conseguida a través del tratado ASIA-PACÍFICO, específicamente de la China... y entender a los chinos tampoco es menor. Todo lo que le dijeron de mí es cierto, pero no el valor de la transacción. Cien mil pesos no. La tarifa varía según la zona.

—¿Dónde vive usted? —me preguntó. Y yo le dije—. Ve pues, señora, vive equidistantemente lejos de mi casa. Yo tengo que aplicarle entonces la tarifa por amortización del vehículo, porque yo voy en bicicleta, me entiende, y los forros se gastan. Súmele a eso las horas hombre, el viático, el IVA, etcétera. Haga la operación matemática y del total me tiene que abonar la *mitá*. Lo otro es que *usté* me traiga el motocultivador a mi casa y entonces paga flete, pionetas, materiales y derecho a pabellón. ¿Se fija? Además de mis honorarios. Lo lógico.

—Prefiero que usted vaya a mi casa, maestro.

—Otra cosa —me dijo—. ¿Usted tiene perro?

—Sí, una perra vieja, pero ya ni muerde. Tiene los cables un poco pelados.

—Amarrada, entonces. O encerrada, porque yo voy con mi perro, ¿me entiende? Es como mi *partner*. El pobre bruto me acompaña a todas partes y me defiende de los peligros del camino y hasta pela los dientes y todo. Y es que yo, señora, no quiero problemas, ¿se fija?, ni que nadie me diga después “su perro le comió la comida al mío”, o que “miró con ojos libidinosos a mi perra”... cuestiones así, ¿me entiende?

—Ni un problema maestro, no se preocupe. Yo escondo a mi perra —le dije y ahí mismo le aboné la mitad de lo acordado, porque nosotros en el campo no necesitamos notarías ni *guarifaixas*, nos basta la palabra empeñada o jurar besando la medallita del cuello.

—Otra cosa, señora. El almuerzo... porque tiene que darme almuerzo. Hacer este trabajo no es un bollo, ¿me entiende? Es algo muy complejo que requiere de muchas horas y mucha dedicación. Acuérdesse que el INDAP no le dio un catre, le dio *señor* tractor-carretilla; solo que no parte, y transformarlo de mecánico a eléctrico requiere de mucha concentración y solo un especialista en tecnología avanzada como yo puede hacerlo, ¿me entiende? Por lo tanto, tengo que comer en su casa. No soy *capi* de pedalear tanto y concentrarme en el mismo día. Mi única exigencia es que si hace frío, la comida sea caldo; si hace calor, me es indiferente.

Yo pensé *altiro* en pollo. Si hace frío, cazuela de pollo; si no hace frío, pollo con arroz.

—Estoy de acuerdo, maestro —le dije—. ¿Cuándo lo espero?

—Digamos el jueves, tipo nueve de la mañana, estoy en su casa.

El jueves me levanté contenta, por fin iba a solucionar lo de la piolita. Me peiné con esmero, me *encremé* bien, me arreglé las cejas con saliva y, mientras sacaba el trutro del “frizer”, ausculté el tiempo y, como en Culiprán todas las mañanas amanecen con niebla, resolví empezar el puchero tipo once, teniendo más claro el panorama. Total era fácil, ya tenía el menú. Encerré a la perra en mi dormitorio y le puse monitos, espanté a peñascazos a los queltehues que metían barullo en el patio y puse el celular en silencio, todo eso para alinear los *chakras* y crear un ambiente lleno de paz y armonía. Dieron las nueve, las diez, las doce, y del maestro *ná ni ná*. A las cuatro de la tarde metí de nuevo el trutro en el “frizer” y saqué a la perra de la pieza. Cuando ya iba por la tercera novela después de los monitos y las noticias, me pregunté: “¿Qué diantres? ¿Se lo comerían los perros en el camino?”.

El viernes temprano me allegué a su casa. Me recibió muy tranquilo, con el palito en la boca. Cuando le pregunté por qué no había ido a mi casa ni me había contestado el celular, me miró con cara de espanto, incredulidad y compasión.

—Señora, ¿de verdad no supo lo que pasó ayer? ¿Pero en qué mundo vive, señora por Dios?

Yo me disculpé. Sinceramente no tenía idea de qué había pasado, ni siquiera había puesto las rancheras en

la radio, con eso de alinear los *chakras* y crear un clima de paz y armonía.

—Ayer, para que sepa, jugaba la Roja. Todo Chile estuvo paralizado y, aunque uno no vaya al estadio, lo menos que puede hacer es animar a los cabros, mandarles *güenas* vibras, hacer fuerza y gritar por la Roja; de otra manera, ¿cuándo vamos a llegar al mundial dígame usted? ¿Ah, ah?

—Perdone, es que a mí no me gusta el futbol. No sé nada de futbol —le dije.

—Ve pos, señora. Por gente como *usté* no llegamos ni a las clasificatorias... Chile es un país *entero* deportista. Nadie apoya tanto al deporte como este país, pero con gente como *usté*, que no coopera ni siquiera echándoles *güenas* vibras a los chiquillos, terminamos siempre conformándonos con triunfos morales. Entonces, ¿cómo pueh? Pero volviendo a lo suyo, no se preocupe: el jueves estoy por allá como a las nueve.

El jueves repetí todo el ritual. Esperé todo el santo día. En la tarde, medio curca ya, volví a guardar el trutro, eché a la perra de la pieza y recé un rosario por las almas del purgatorio; esto solo para perder el tiempo en algo y no caer en pensamientos alarmistas, como que se lo hubieran comido los perros, o que hubiera sido alcanzado por un rayo X al pasar frente al consultorio, por ejemplo. El viernes temprano, con el genio medio abollado, volví a su casa. Lo encontré debajo del parrón con el palito en la boca y con buenas noticias, según me dijo.

—Efectivamente —reconoció el maestro—, no fui a su casa. Pero no porque no quisiera, no, no, no, ni tampoco por hacerla *difariar* a *usté* —me dijo—. El motivo fue otro, y muy altruista y muy fodongo.

Tal vez con una teja menos, empezó su frangollo.

—Resulta —dijo— que el yerno de mi vecino tiene un cuñado que es compañero de trabajo del arquero suplente del Maceteros Fútbol Club de Pomaire, y este arquero tiene muy mal a su consuegra y había que hacerle un beneficio a la veterana para que pueda comprarse sus paracetamoles. Yo no conocía al guardavalla —dijo— tampoco a la veterana, pero en estos casos uno no piensa en poquedades, ¿me entiende?, coopera no más. Usted entenderá pues, señora, que como todo chileno de buen corazón, uno no puede negarse a una pichanguita solidaria, más todavía cuando es un caso de vida o muerte, ¿me entiende? Y nos fue re bien gracias a Dios, fijese. No solo reunimos las monedas *pa'* la veterana, sino que alcanzó *pa'l* tonto patache y sus correspondientes Cristales. Así da gusto cooperar, ¿*verdá?* Uno hace deporte, ayuda al prójimo y si de yapa sale algo *pa'l* mastique, mejor.

Yo, Federica Cuevas, mujer rural sin antecedentes penales, me encontré pensando en un homicidio. Porque para qué vamos a decir una cosa por otra, el maestro de los cojones otra vez me la había hecho de hoyito y yo, como loca de patio, insistía en volver a lo de mi motocultivador y a la piola del demonio. Quería volver a reírme de los repollos cuando maduran guatoncitos y con polleritas verdes. Y en cambio tenía la maleza hasta las verijas y a la perra viendo novelas.

—Y ¿sabe qué más, señora? —me dijo el maestrillo—. *Usté* no es la única. Toda la provincia está llena de viejas quejándose de aparatos que no funcionan y *usté* no quiere cooperar y esperar su turno. Allá *usté*, váyale con sus *cuchufletas* a otro mecánico. De todas maneras, voy a ver lo que puedo hacer. Espéreme el jueves, como a las nueve estoy por allá.

PREMIOS NACIONALES

EL JUICIO DEL CANELO

Patricia Edith Araya Cuevas (60 años)
Actriz, marionetista y pedagoga teatral
Villarrica

Premio especial Pueblos Originarios

Esta historia me la contó mi abuelo un día de primavera en que salimos él y yo en busca de digüeños. El día anterior había dejado de llover y ya los hualles estaban brotando, los canelos también estaban en flor y el camino aún estaba barroso. Habíamos caminado bastante y mi abuelo se percató de que no llevábamos los baldes, se me habían quedado en casa.

—Pero cómo, ¿no traes nada?

Mi abuelo vio mi cara de fastidio por tener que devolverme a buscarlos, más aún considerando que las abejas me amenazaban, zumbando a mi alrededor.

—Es que las abejas no quieren que me devuelva —repliqué. Mi abuelo se rió. El sabía que yo lo seguía a todas partes porque era un gran contador de historias.

—Es que a estos bichos hay que exterminarlos —contesté enojado.

—¿Cómo, cómo? —dijo mi abuelo. Consciente de que lo que había dicho era una torpeza, pedí tímidamente disculpas.

—Perdón abuelo, pero es que están molestando mucho.

—Aún así, tienen derecho a vivir, porque son criaturas creadas por la naturaleza.

—¡Ah! Está bien. Las abejas deben vivir, lo sé, pero las moscas no, esas son cochinas.

—No, ellas también, tienen mucho que hacer.

—¿Qué? —pregunté. Mi abuelo rió con ganas al ver mi cara de pregunta.

En el colegio me habían enseñado la importancia de la abeja. Además, la señora Petronila tenía varias cajitas de esas donde vivían las abejas y yo las conocía. Pero decirme que las moscas eran buenas me causó curiosidad.

—Mira —me dijo—. Corre a buscar los baldes, ya que tenemos que recoger los digüeños, y a la vuelta te cuento una historia.

—¿De las moscas?

—Sí, de las moscas y también de los pilmes.

—¿Los pilmes?

—Sí, los pilmes. Esos bichitos negros que se comen las papas.

—Ah, sí los he visto.

Mi abuelo se había sentado a la sombra de un árbol y esperaba que yo me devolviera por los baldes, y claro, al saber que me contaría una historia y tal vez dos, emprendí la marcha rápido a la casa para volver cuanto antes, total no habíamos caminado tanto. Cuando volví, empezamos la caminata conversando.

—Bueno, ¿en qué estábamos? —preguntó mi abuelo.

—En las moscas.

—Ah, sí, en las moscas.

—Que son cochinas y no sirven para nada.

—Ah, eso dices tú, pero cuando una rana se come una mosca, por chiquita que sea... es otra cosa ¿o no? Ella no piensa lo mismo.

“Verdad”, pensé. Pero como no podía quedarme callado, contesté:

—Pero son cochinas, andan en la basura.

Con su hablar de sabio, mi abuelo me dio la primera lección.

—Sí, ellas andan en la basura haciendo lo que saben hacer, DEGRADARLA. Si no, estaríamos mucho peor con los desperdicios. En la naturaleza cada quien hace lo suyo, la materia se transforma, las lombrices oxigenan la tierra y así todos tenemos derecho a vivir.

Me quedé con la boca abierta, mi abuelo tenía razón. Era un viejo sabio. Seguimos caminando un trecho largo en silencio. Ya casi llegábamos al bosque cuando me acordé.

—¿Y los pilmes?

—Ja ja ja ja —rió mi abuelo—. No se te olvidó. Los pilmes también tienen derecho a vivir— me dijo.

—¿Y cómo mi papá estaba tan enojado con los pilmes que dijo que no íbamos a tener papas este año?

—Ah, tu papá exagera. Hay que llevarlos ante el Canelo, él sabe qué hacer.

No supe qué decir. Entonces me contó que cuando era chico como yo, su abuelo lo había llevado a una reunión en donde todos los mapuches y campesinos se quejaban de los pilmes y de cómo ese año pasarían hambre por culpa de ellos pues se estaban comiendo las papas. Entonces acordaron hacerles juicio; él recolectó varios de ellos, grandes, bonitos y azulosos, de la chacra de su padre y los guardó en un cambucho de papel. Al amanecer se juntaron todos nuevamente y se fueron a rogarle al Canelo, con mucha ceremonia.

Lo saludaron en mapudungun y le pidieron permiso para sacarle algunas hojas. Con cada hojita envolvieron uno por uno a los pilmes en una ceremonia espiritual, conectados con el *Wall Mapu*¹ y dando gracias a la *Ñuke Mapu*². Luego, le volvieron a rogar al Canelo y le pidieron permiso para hacerle unos tajitos en sus ramas y en su corteza. En esos tajitos pusieron a los pilmes, bien forraditos y amarraditos al Canelo. Después se despidieron, rogándole al Canelo que hiciera justicia, que alejara a los pilmes de sus plantíos para que sus familias no pasaran hambre ese invierno.

Después de tres días volvieron nuevamente al amanecer, con muday y catutos, a saludar al Canelo,

1 *Wall Mapu*: Territorio mapuche (nota del autor).

2 *Ñuke Mapu*: Madre Tierra (nota del editor).

confiados de que se habría hecho justicia. Lentamente le pidieron permiso para sacar a los pilmes de su prisión, pero el Canelo los había sentenciado a muerte. Entonces hicieron una fogata, quemaron a los pilmes y agradecieron al Canelo y a la *Ñuke Mapu*. Hicieron un *purrún*³ y se retiraron todos a sus labores del campo.

Al cabo de dos semanas ya no había pilmes en los campos y ese año las papas se dieron más lindas que nunca.

Hasta el día de hoy los mapuches conservan esta tradición ancestral.

³ *Purrún*: Bailes y danzas mapuches (nota del editor).

PREMIOS NACIONALES

ROSITA DEL CARMEN, UNA MATRIARCA EN QUILIMARÍ

María Graciela Villalón Peña
Profesora (32 años)
La Cruz

Premio especial Mujer rural
Segundo lugar regional

Son las cinco de la mañana y doña Rosa ya está en pie, lista para iniciar sus actividades. Nació en Quilimarí y vive ahí desde entonces. Se casó a los catorce años con don José Peña, que le doblaba la edad, pero eso era lo de menos, ya que el amor surgió de inmediato entre ellos. Fruto de este matrimonio nacieron once hijos, distribuidos en seis mujeres y cinco hombres.

El Arrayán, así se llama el lugar donde habitan, queda retirado del pueblo. Si miras a tu alrededor verás cerros y más cerros. La vida en el campo es muy sacrificada, tiene que ver con trabajar la tierra, con llevar a pastar a los animales, con bañar a las ovejas y esquilas, con trillar la tierra y tantas labores más. En el campo todos trabajan, solo los más pequeños se salvan de ayudar, pues los niños más grandes deben apoyar a sus padres en las pesadas tareas, los perros también son de gran ayuda, no solo cuidan la casa, sino que también pastorean y acompañan.

La prueba más difícil que le tocó enfrentar a Rosita del Carmen fue perder a su viejo. Murió joven, de un cáncer al estómago que se lo llevó rápidamente. Recuerda Chelita, su niña más pequeña:

—Cuando mi papito estaba enfermo tenía tanto frío que me pedía que me sentara en sus pies para abrigarlo.

Luego de la muerte del padre de la familia, el mundo se le vino encima a la Rosita. No sabía leer ni escribir, pero era muy habilidosa y tenía que sacar a sus once críos adelante. Realizaba muchas actividades para sobrevivir. Gracias a Dios tenía una tierra muy fértil, sembraba arverjas, lentejas, maíz, papas, zanahorias, entre otras cosas. Pero su actividad favorita era tejer en el telar: hacía hermosas mantas de huaso, las mejores y más abrigadas frazadas de lana de oveja. Su telar era artesanal y tenía todo un proceso. Primero era hilar la lana; luego, teñir aquellas que le iban a dar el color y posteriormente a tejer en esa máquina, que parecía dar música a sus oídos con su sonido de madera.

La crianza de los hijos tampoco fue cosa fácil. Si bien eran buenos niños, como todos los *chicocos* eran traviesos e inquietos. Una de las cosas que los mantenía tranquilos era la historia de la Cuca. Cuando los niños no querían dormir, su madre les contaba el cuento de la Cuca, que era una especie de pájaro que hacía un sonido similar a su nombre y que se llevaba a todos los niños que no obedecían a sus madres y no querían dormir. Ese pájaro también anunciaba muerte. Esa noche, Luis, el más pequeño, se durmió escuchando “cuca cuca cuca cuca”.

Si bien la vida no era sencilla, nunca faltó qué comer, aunque tampoco sobraba. Los niños, un poco

ignorantes de estas cosas de la casa, se divertían mucho, asistían a la escuela de la zona, donde recorrían un largo camino para poder llegar. Luego volvían a jugar a su casa. Todos los días eran una aventura. A veces corrían a los perales y comían hasta quedar saturados, otras veces pescaban sus ondas y les apuntaban a las piedras apiñadas en las rocas. En una de esas aventuras, José y Luis se fueron a molestar a don Pancho, hombre mayor de no muy buen genio, quien siempre los correteaba cuando andaban por ahí. Ese día le tiraron algunas piedrecillas a su techo y cuando el viejo salió, ¡corrieron como si se los fuera a llevar el diablo! Les faltaban patitas para correr, pero iban muertos de la risa. En esta carrera, el pequeño Luis se enterró un vidrio en el pie y cayó llorando al piso. José se devolvió a ver a su hermano y se percató de que tenía el vidrio enterrado y que casi se le había cortado el pie.

—¡Mi *maire* me va a sacar la cresta! —fue lo único que atinó a decir, y se puso a llorar al lado de su hermano. Luego pensó que tenía que hacer algo y sacó su pajarito para regar el pie de su hermano, quien lloró aún más. Luego fue a buscar a su mamá, quien efectivamente le dio lo suyo.

Una de las cosas más lindas era cuando llovía; escuchar caer el agua en el pizarreño, mirar por la ventana cómo todo se esclarecía y cristalizaba con esas gotas de brillantez. “Cómo las plantas quedan *brillocitas* con el baño que les dan las nubes”, pensaba Yoya. Esos días de lluvia, las niñas y la madre aprovechaban de hacer artículos de greda: pocillos e incluso ollas se vendían a buen precio. Esos días también la mamá cocinaba bollitos y los embetunaba con claritas de huevo.

—¡Pucha la cosa buena! —exclamaba Washington.

La casa estaba construida en su mayor parte de adobe y el piso era de tierra. Sin embargo, resistía bien ante el tiempo y los fenómenos naturales. A veces los niños jugaban también con sus primos, que vivían relativamente cerca. A Chelita le gustaba jugar con su prima Leonor, era como su mejor amiga. Cuando su papá aún vivía, Chelita una vez quiso quedarse con las *hawaianas* de su prima, ya que eran una novedad en el campo y a ella le habían gustado mucho. Entonces, se las escondió debajo de unas grandes piedras. Sin embargo, después le bajó el cargo de conciencia y además su mamá la iba a retar. Entonces le contó a su papi para que le diera un consejo, además ella era la regalona. Este le dijo con mucho amor:

—Mijita, devuélvale las *jaguachazas* a su prima. Es muy feo tomar lo ajeno.

Fue una gran lección.

La Licia, por otro lado, era la más llorona de los hermanos. Aunque hoy tiene un gran carácter. Sus hermanas mayores, la Helena, la Chabela y la Georgina, se aprovechaban de esta situación y siempre la molestaban. Al poco rato llegaba la Licia, llorando donde su *maire* porque sus hermanas le cantaban que la había meado el sapo y la Rosita reprendía a estas traviesas niñas que, entre risitas maliciosas, se esfumaban entre los árboles frutales.

Pasaron los años y los niños empezaron a crecer. Los más grandes emigraron a las ciudades. Para poder ayudar a su madre con los más pequeños, la mayoría de ellos llegó a La Calera y se estableció ahí. Cuando llegó la hija de Adolfo, el hijo mayor de Rosa del Carmen, ella se vino también a la ciudad, porque quería que la niña estudiara y solamente quedó por esas tierras este hijo mayor y su esposa.

Rosita se estableció en La Cruz, donde inició la producción de paltas e instaló su telar, pues siguió con las actividades campestres, tareas que adoraba hacer. Se convirtió en esas típicas abuelas de campo... ¡más *porfiá* que una cabra! Pese a que ya no tenía la misma fuerza y vitalidad de antes, siempre se la podía ver en el terreno, regando el sitio o sacando algún fruto de sus árboles. Yo, personalmente, adoraba robarle membrillos, ¿qué mejor colación para el colegio?

Rosita vivió su vida como mujer de campo, llevando en su corazón esa labor. Pese a que se estableció en la ciudad, nunca dejó de realizar las costumbres de su querido campo chileno: levantarse temprano, almorzar a las doce, tomar once a las cuatro, cenar a las ocho y a las nueve estar ya durmiendo para iniciar una nueva jornada al otro día. Para nosotros, los nietos, era raro y hasta difícil seguir estos horarios, además que no podíamos prender la tele; con mucha suerte

escuchábamos sus buenas rancheras en “el radio”, como le decía ella, y comíamos “sandilla”, que nos convidaba la abuela Rosa.

Con los años fue decayendo poco a poco su visión, hasta que lamentablemente perdió la vista. Murió a los 94 años, acompañada de sus hijos y nietos, rodeada del amor que sembró un día en Quilimarí, pues fue la matriarca de esta familia, la que luchó y salió adelante sola, con sus tierras y la crianza de sus once hijos, la que siempre unió a la familia en los años nuevos, en el siempre celebrado Santa Rosa, la que regaloneaba y cuidaba a todos sus nietos. Y aunque tenía su carácter, siempre era dulce y *fundidora*. ¿A cuántos de nosotros nos secó y cambió de ropa cuando nos caíamos saltando la acequia? A mí, por ejemplo, porque yo soy una de sus nietas, una nieta orgullosa y feliz de haber recibido tantas enseñanzas, historias bellas y todo el amor de mi gran abuela, la Rosa.

PREMIOS NACIONALES

LETRAS QUE ECHARON RAÍCES

Felipe Andrés Baeza Baeza (29 años)
Ingeniero Civil Industrial en Ferrocarril
Antofagasta

Premio especial Profesor rural

Educar no es dar carrera para vivir, sino temprar el alma para las dificultades de la vida.
Pitágoras

Al fin pudo bajar de ese *chatarriento* bus, que no tiene ni aire acondicionado ni butacas cómodas y que a duras penas logra subir la cuesta de los Painibilos. Vaya suplicio tomar esa micro de las 2 pm durante la calurosa canícula de Ñuble, que luego de dos horas y media llegaba, a la vuelta de la rueda, al cruce de Tres Esquinas para luego perderse rumbo a Santa Cruz de Cuca.

La sombra de las pataguas es un verdadero oasis para don Rómulo Arcos, quien respira hondo el tibio aire que trae el aroma de mil lomas y barrancos escondidos más allá del alcance de sus bifocales. En esos momentos desea con su alma encontrar a un buen samaritano que lo invite a subir amablemente a su vehículo, con aire acondicionado, y lo deje frente al portón de su casa, unos dos kilómetros hacia el sur, pero hasta el horizonte de su visión no se divisa la polvareda típica de los motorizados, ni de un caballo con su carretela siquiera.

Una silueta comienza a dibujarse más nítida a medida que se acerca, como si sus contornos perdieran el efecto de difuminado con la cercanía. “Lo que sea”, dice el anciano profesor y echa a andar con su paso parsimonioso, hasta que una voz rasposa y acampada lo obliga a girar. La silueta oscura que antes captó

su atención era ahora nada menos que don Pello, su vecino, que le indicaba lo esperase para compartir juntos el Vía Crucis. “Bueno, el mal camino en compañía siempre será mejor que el mal camino del solitario”, declaró con aire de gran sabiduría el anciano profesor; sabiduría salomónica que parecía irrisoria entre tanta sudadera. Así comenzaron a caminar mientras intentaban disipar el calor con la conversa.

Al pasar frente a la vieja escuela, actualmente convertida en sitio eriazos con una gran enredadera enmarañándose sobre los restos de pilares, paredes y techo a medio derrumbar, don Pello salta al tema.

—¿Se recuerda de mis años de estudiante, profesor? Yo siempre llegaba *más temprano que la hora*, pues entre quedarme trabajando en la lechería de mis papás y venirme a la escuela no había por dónde perderse. Y aunque lloviera a cántaros a veces, usted siempre llegaba antes que yo. Nunca entendí esa parte suya.

—Bueno, bueno. Eras un niño aún y yo estaba en mis treinta. Claro que no entenderías lo que hace un hombre con exceso de energía y falto de panoramas. Pero de eso ya no queda mucho. Hoy apenas si arrastro las patas hasta la casa.

—Recuerdo cuando el río de Las Cruces se desbordó y tuvimos que ir a buscarlo con mi papá y el vecino don Moncho a caballo. Y usted estaba hecho sopa debajo de unos aromos. Esa vez se le mojó hasta el alma profesor.

—¿Sí? Yo poco recuerdo de eso, pero si tú lo dices debió ser así. La edad pasa la cuenta, ¿sabes? ¡Ah, claro que recuerdo! Estuve enfermo casi una semana en tu casa por el resfrío que agarré... qué penoso.

—Pero igual nos mandaba tareas. Por Dios el hombre porfiado; si para qué estamos con cosas, usted de tan *catete* que era con eso del estudio, no era de los más queridos. ¿Por qué se afanaba tanto con que estudiáramos?

Don Rómulo recordó con un triste pensamiento los rostros de sus alumnos, los muchos niños que pasaron por sus pupitres y observaron la tiza dibujar formas en el negro pizarrón. Su sueño para ellos siempre fue que estudiaran y se perfeccionaran como técnicos o profesionales, que no fuesen simplemente campesinos sin oportunidades. Sin embargo, pocos fueron los que llegaron tan lejos.

—Uno siempre cree que todas las cosas sirven para algún propósito, Pedro. Y tienes razón, a veces me pregunto si todo eso valió la pena. Al final no pude cambiar en mucho el destino de mis estudiantes. La mayoría de ustedes aún sigue acá, en lo mismo que sus padres e incluso abuelos.

—Así que eso pretendía usted. Bueno, gracias a eso fue que algunos la hicieron de oro pues, no está mal. ¿Y cómo terminó por acá viviendo en el campo, profesor, cuando usted fue siempre un hombre de ciudad?

—La vejez, Pedrito, la vejez. Al jubilarme me pagaron

una buena cantidad. Pero me di cuenta de que no podría venir más a la escuela, que no vería más a los niños jugar, a las señoras agitar las sábanas a medio día, y me sentí nostálgico. Así que se lo propuse a mi señora y ella me apoyó. Vendimos la casa en Chillán y compramos acá. De eso ya van ocho años. Pero caramba que es dura la vida aquí.

—Así que por sentimientos. Eso está muy bien profesor, eso es lo que nos queda, creo yo. Lo que sentimos, los recuerdos. A mí me sirvió hartito la escuela.

—Pero si tú no quisiste continuar ni con el primero medio, hombre. ¿Cómo es eso de que te sirvió tanto?

—Pues claro que sirvió mucho, profe. Y usted como profesor mío también fue muy importante. Quizá no soy un licenciado ni nada, pero por su ejemplo yo aprendí a ser corajudo, a no abandonar mi deber como trabajador, como padre, como esposo, como amigo, aunque llueva o truene. En pocas palabras, gracias a usted aprendí a ser más gente profesor.

Los dos hombres siguieron el resto del camino sumidos en un entrañable silencio. En medio del calor los recuerdos bullían en la mente de cada uno, trayendo vivencias pasadas que parecían añejadas por la memoria. El profesor Rómulo comprendió que su paga como profesor había sido completa, que había podido cambiar la realidad de su ahora vecino, don Pello; que había enriquecido su vida más allá de los logros y posiciones.

Al llegar al primer portón se despidieron con un ademán y su clásico saludo escolar:

—Hasta mañana, profesor.

—Hasta mañana, Pedrito.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

ERES MI TESORO

Héctor Manuel Jesús Morgado Gámez (52 años)

Asistente social

Camarones

Segundo lugar regional

Cuando me levanté y entré al comedor, el resplandor del amanecer se colaba por la ventana donde mi madre había trabajado toda la noche. Sus manos arrugadas aún hacían las coronas de flores de papel con destreza y rapidez. La miré levantarse con dificultad, tocándose la cintura. Con la otra mano asió el bastón que estaba apoyado en el borde de la mesa. Caminé hacia la cocina en donde puso a hervir la ennegrecida tetera sobre la fogata de la cocina a leña y la vi tomar el tubo de fierro y avivar el fuego con un fuerte soplo. Ella no me había visto y creo que yo nunca la vi de verdad, como en el amanecer de aquel día. Recorrí con la mirada las paredes de adobe cenicientas y con la pintura descascarada del comedor y contemplé las decenas de coronas colgadas en perfecta simetría alrededor de este y que daban vida a la lúgubre habitación. Cuando regresó de la cocina, miró las coronas. Noté que sus labios reseco se distendían en una sonrisa sosegada. Fue el momento en que le dije:

—Mami, ¿se amaneció trabajando?

—Sí, hija. Hoy es primero de noviembre y tengo que hacer entrega de estas coronas.

—Perdóneme mamita, me venció el sueño y no pude seguir ayudándola.

—No te preocupes, hijita. Lo que siempre he querido es que aprendas este arte, antes de que muera y se pierda este oficio.

—Usted no se va a morir, mamita. Usted va a seguir haciendo estas lindas coronas de flores de papel multicolores por mucho tiempo más. Y déjese de hablar esas *leseras* de muerte y tomemos desayuno será mejor.

Aquel día, mientras seguíamos trabajando, los vecinos del poblado de Guañacagua y los que venían de la ciudad de Arica, que eran nuestros habituales clientes desde hacía años, venían a retirar las coronas que habían encargado con anticipación. Así seguimos hasta el mediodía, momento en que hicimos un alto para preparar el almuerzo.

—Está sabrosa la cazuela de ave. No hay como las gallinas de campo, ¿cierto, mamá?

—Sí, no hay nada mejor que la comida de campo.

—Mamá, ha pensado en lo que le dije la semana pasada, que la postulemos por la junta de vecinos como Tesoro Humano Vivo. ¿Ah?

—No hijita. Yo lo que quiero es que tú aprendas esto para que no se pierda y cuando lo hagas bien, que te postulen a ti. Yo ya estoy dando vuelta la esquina, mijita. Tú vas a ser eso que dices. De hecho, tú eres mi tesoro.

Recuerdo cada palabra que me dijo mi madre aquel día de almuerzo familiar, sobre todo la última frase. Fue lo más hermoso que me habían dicho desde que era niña. De pequeña me acuerdo de que mi madre me abrazaba, me mimaba, me regaloneaba y me daba el gusto en todo. Incluso mis abuelos la criticaban por consentirme tanto; bueno, después de todo era su única hija. Pero jamás recuerdo que me haya dicho una frase tan decidora y tan íntima de su sentimiento hacia mí: “Tú eres mi tesoro”. Esas palabras todavía resuenan en mi mente. Corrí la silla y me levanté y la abracé con fuerza. Fui a la despensa y saqué una botella de vino Pintatani y hasta sonó cuando la descorché. Ella siempre me decía que esa botella tenía años y que era para una fecha o alguna celebración especial y yo consideré, creo que con justa razón, que ese era el momento mágico que estábamos esperando. Fue una ocasión que jamás olvidaré.

Era el atardecer del primero de noviembre de 2013 y estábamos sentadas junto a la tumba de mi padre. A la

cruz de madera le colgamos una corona que mi madre había trabajado con mucha dedicación; yo diría que, sin pecar de exagerada, incluso con devoción. Bebimos un sorbo de Pintatani de la botella que habíamos abierto horas antes. Observé que todas las tumbas del cementerio estaban con sus deudos. Habían venido todas las familias, también los residentes de Arica, para la festividad del Día de Todos los Santos y bebían latas de cerveza y licores alrededor de las tumba de sus seres queridos. Todas las cruces embellecidas con coronas de papel.

He trabajado toda la noche elaborando las coronas y no he dormido y ya va a despuntar el alba. Las coronas embellecen las paredes del comedor de la casa de adobe, al igual que aquellas que admiré el año pasado. El poblado está calmo y su silencio es roto por ladridos de perros y el graznar de los gansos de la vecina María. A lo lejos se escucha el canto persistente del gallo de la Ermelinda que anuncia, como cada día, que ya amanece. Las coronas de flores artificiales ya están listas, pero hay una colgada en la pared que he hecho con mucha dedicación, incluso con devoción. Es la que llevaré a la tumba de mi madre.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

HUELLAS SOBRE EL CALICHE

Nelson Eliseo Gómez León (77 años)

Jubilado

Arica

Tercer lugar regional

Tras interminables años de repensar mi lugar de nacimiento, ahora viudo, sin hijos y jubilado, por fin he podido concretar mis sueños de verme aquí, frente a esta pampa desolada donde, para mi desgracia, no queda vestigio alguno de lo que fue el pujante Campamento Valparaíso. Materiales de fierro oxidado y una que otra pila de escombros destacan en la llanura. He tratado de recomponer el campamento y por mi memoria han desfilado la iglesia, la pulpería y la escuela.

Están empezando a caer las primeras gotas de oscuridad y aún me falta pasar por la casa familiar. "Nada importa, *m'hijo*, mientras suene la olla y la tetera", diría el taita José. Con solo traspasar el umbral imaginario, estoy en el pasado para mezclarme con mis seres amados. Como por arte de magia veo que nada ha cambiado desde la última vez que vine a casa; la sala en que recibíamos a las visitas, con sus dos banquetas y tres cojines cada una, la pequeña mesita de arrimo con el florero azul que agradaba a mi madre por ser uno de los regalos que conservaba con celo y esmero desde el día de su boda, la foto familiar colgada en la pared del frente y, al centro, la alfombra de lana que tejó la comadre Charito. En el dormitorio de mis padres contemplo la cama de una plaza con su colcha de flecos dorados, el cajón azucarero que usaban de velador y la bacinica de loza. Nuestras vestimentas

domingueras colgadas a un costado de la cama, la caja mediana repleta de ropa interior y el baúl de soltera de mamá con las prendas de uso diario; en el pasillo, la cama que compartíamos con mi hermano mayor, el Pepe, el cajón donde él guardaba sus cosas y la caja de cartón que contenía mis tesoros más preciados. Acá en el patio está la ramada que nos permitía comer a la sombra en esta mesa con cuatro sillas que componían el comedor, más un cajón sin puertas para guardar la loza. Al fondo del patio, la puerta que da al callejón de los meados; a la derecha, la tina para guardar agua y el tarro de la basura; a la izquierda, en ese cuadrado con una *ventanucha* y puerta baja, está la cocina a carbón, la palangana para lavar la ropa, los trastos de loza y el infaltable cajón del pan con llave. El pampino, al ausentarse del campamento por unos días, recién ponía candado en la puerta de su casa, pero el cajón del pan tenía que estar permanentemente con llave ante el voraz apetito de los niños.

Mamá, desde la cocina, inunda la casa con un agradable olorcito a cazuela de vacuno. Mi padre y el taita José sentados bajo la ramada y el Pepe tirado en nuestra cama. "Ya niños, a comer, que la cazuela está a punto", dice mamá apareciendo en la puerta de la cocina con humeantes platos en las manos y agrega: "Altiro traigo la ensalada a la chilena, atráquenle *noma*". El taita grita con algarabía: "Venga *pu*, Pepito. Que está

servío”. Alborozado me quedo contemplando esta escena familiar tan íntima, que quizás ocurrió hace muchos años.

Aquí yace la inmensidad de la nada cubriendo la triste historia de las familias calicheras, borrando sus triunfos y fracasos igual que lo hace con mis recuerdos; tantos años que me llevé planchando tiempos idos donde no claudicaron las ansias del regreso al hogar paterno. Y ahora, que por fin he realizado mi más anhelado sueño, ¿con qué me encuentro? ¡Oh, Dios mío! Con la soledad más aterradora; la chusca muerde mis zapatos y ya me siento en casa.

Voy a la sala y me quedo contemplando la foto familiar de colores sepia. El taita al centro, sentado en un sillón de mimbre, me sostiene entre sus brazos. De pie, atrás del taita, mi madre y a uno de sus costados mi padre. Al otro, el Pepe, que contaba con diez años a lo sumo. Los cinco rostros trasuntan la felicidad de posar con sus mejores pilchas domingueras.

Es casi imperceptible, luego violento y escalonado el desaparecimiento palpitante de la casa. En algunos

segundos se desvanece por completo. Quedo en medio de un tormentoso mar de cavilaciones, hasta que me atrapa un extraño revoloteo de viento que pretende escribir signos de interrogación sobre la chusca o que trata, quizás, de horadar la superficie terráquea, liberando las gimientes y dolidas almas en pena que van y vienen entre el *chuscal*.

Ahora el viento descubre mi presencia y devuelve la mirada, luego imprime nuevos bríos a su vuelo y ejecuta gráciles saltos y carreritas inconclusas. Se detiene. De pronto, recorre con velocidad abismante la distancia que nos separa y con suavidad etérea se posa a mi lado. Distingo que la floresta sureña de su delantal envuelve el cuerpo de una mujer madura que, junto con irradiar una sonrisa plena y diáfana, me extiende sus inconfundibles manos fraternas...

—¿Eres tú, Leíto adorada? —pregunto a mi posible difunta esposa, mientras trato de redescubrirla con las pupilas.

—Sí, Orozimbo. Soy yo —contesta con su inconfundible voz maternal—. Vámonos, que ya es tarde.

REGIÓN DE TARAPACÁ

LAS PIEDRAS DE MI CERRO

Francisca Montserrat Varela Carvajal (17 años)

Estudiante

Alto Hospicio

Primer lugar regional

En esos tiempos no había juguetes como los de ahora. Nos entreteníamos con lo que nos rodeaba o inventábamos inocentes juegos. Mi mamá me enseñó a jugar a la *payaya*, pero fue mi papá quien me enseñó a juntar piedras. Me dijo que era todo un arte y que debía escogerlas cuidadosamente: las había redondas, ovaladas, lisas, ásperas, de colores, oscuras y otras más claras. Entonces comencé. Era muy chico, porque apenas tengo memoria.

En un principio no entendía por qué lo hacía; de aburrimiento o para que mi papá viera que sus palabras eran importantes para mí; en fin, ahora no importa. A medida que fui creciendo, mi padre me enseñó a poner mis piedras unas al lado de otras. Yo juntaba y juntaba, piedra tras piedra, día tras día. Traía unas pequeñas y luego me esforzaba para que la siguiente piedra fuese más grande que la anterior. Parte importante de mi educación fue aprender a respetar y admirar las pilas de piedras dejadas por mis antepasados y por los grandes hombres del pasado. Hoy veo las apachetas dejadas aquí en mi región por los aymaras como señales para que los caminantes no se perdieran; admiro su inteligencia y el cómo usaron las piedras con un propósito. Leo sobre el cuarzo, que también es una piedra que vibra: por eso se utiliza en los relojes, porque nunca se detiene la vibración que genera el movimiento en la maquinaria... es decir, si

vibra, entonces tiene vida. En otra parte del mundo los egipcios idearon gigantescas pirámides con piedras, pensando en que su obra perduraría a través de los miles de años que vendrían. Esa era la inmortalidad que buscaron siempre.

A medida que crecí, las piedras se fueron haciendo más grandes y era todo un logro para mí encontrar una más grande que la anterior y llevarla a casa. Trasladarlas ocupó todo mi tiempo y mi ingenio. Esta actividad me dio alegrías pero también muchas penas, porque no fueron pocos los amigos que perdí bajo mi rocosa avaricia, ya que nunca nadie comprendió mi afición más que yo mismo.

Ya hombre, aprendí a confeccionar unos carros de arrastre pequeños que me servían para mover las piedras que con cuidado comencé a juntar fuera de casa. Cuando me sentía triste, salía al patio y buscaba los primeros inocentes guijarros que había juntado desde pequeño y que, al mirarlos, me nublaban la vista de lágrimas.

Cuando me hice viejo, una tormenta de arena cubrió toda la ciudad y todas mis piedras, las que había acomodado tan cuidadosamente. Quedaron cubiertas de ese polvo de oro. De una forma armónica de pronto todo tenía sentido. Pude ver cómo se formaba un

cerro de contorno puntiagudo con depresiones que formaron unos descansos. Tuve miedo al comienzo, pensando que mi obra se había perdido al quedar sepultada, pero también sentí que surgió un nuevo objetivo al fin: debía llegar a la cima de este cerro que estaba a los pies de mi casa y que yo mismo había creado. Tomé unos maderos sueltos y unos clavos. Formé una cruz y comencé a escalar. Me llevó desde el amanecer hasta el atardecer, pero llegué arriba, a lo más alto y puse allí la cruz. Lo llamé "Cerro Esmeralda",

porque desde su cima podía ver todo Iquique y el color esmeralda, turquesa y azabache que tomaba el cielo antes de que el sol se ocultara. La sensación fue increíble. Pude ver en mi mente a cientos de iquiqueños subiendo año a año a ver este milagro y tocar esta cruz. Y así fue.

Por fin liberado de aquel peso, comprendí por qué los mayores ya no están con nosotros. Cuando las piedras se cubren y ya no las ves, uno puede ir a donde quiera.

REGIÓN DE TARAPACÁ

MI ABUELO CELEDONIO

Juan José Flores Cárcamo (54 años)

Profesor

Camiña

Segundo lugar regional

Un día muy lejano, en un también muy lejano pueblo llamado Curepto, nació mi abuelo Celedonio; robusto, sonrosado, de pelo suave y de grandes ojos café oscuro. Lo bautizaron como se acostumbraba en ese entonces, con unos padrinos muy cercanos a la familia y la celebración fue muy bien regada en comida y tragos; aunque la guagua no lo disfrutó, porque dormía tiernamente en una inmensa cuna de mimbre que habían bajado del tren en Curicó. Luego, en un carretón de mulas, habían bordeado el Mataquito hasta llegar a la casa patronal.

Este chiquillo creció fuerte y bien alimentado y la pequeña escuelita de su pueblo fue donde aprendió sus primeras letras, las que con el tiempo adquirieron el estilo clásico de letras góticas escritas con fina pluma fuente y tinta china; sus cuadernos de aritmética, historia y sus trabajos manuales, siempre fueron orgullo de sus padres. Pero el campo no daba lo suficiente, las cosechas de lentejas eran malas y las vacas no producían suficiente leche como para obtener ganancias, así que después de estudiar se aventuró a descubrir qué se traían entre sí esos animales de fierro llamados trenes. Y, pidiendo permiso a su padre, partió a trabajar en ferrocarriles. Allí, poco a poco, empezó a saber del funcionamiento de estas inmensas máquinas: los cilindros del motor a vapor, la mantención de los ejes o ruedas, su caldera y la presión de esta, el cajón de humos y la chimenea. Bueno, y así muchas otras piezas de este armatoste de fierro.

Todo iba bien, buen sueldo, buena vida y buen descanso visitando cada cierto tiempo su pueblo campesino en donde disfrutaba de las comidas ricas de mamá o cabalgaba por la pradera hasta llegar a orillas del río. Hasta que escuchó hablar de las riquezas del norte. Decían que en poco tiempo te hacías rico, que los ingleses tenían grandes industrias y necesitaban trabajadores. Convencerlo fue fácil, pues sabía que el ferrocarril estaba por todas partes en las oficinas salitreras, por lo tanto “pega” no le faltaría. Solo sería ir por un par de años y regresar lleno de dinero.

Así llegó un día hasta el desértico Iquique: un pequeño puerto soleado y de un inmenso mar azul con gaviotas que tímidamente se mecían entre las nubes y con unos jotes negros que parecían elevarse por los cerros arenosos, como signos de buscar carroña. En la estación de ferrocarril, de hermosa arquitectura, con balcones torneados en pino oregón, se entrevistó con un gringo, míster Harry Jansen, ingeniero en ferrocarriles. En un castellano muy difícil de entender fueron conversando, hasta dar paso a las indicaciones de su trabajo en la pampa salitrera.

Así un día partió a la pampa nortina, a la sequedad del desierto, allí donde los cerros se visten de colores, de piedras y rocas, pero no de verde ni de árboles ni menos de ríos. Ni pensar en lagos, lagunas o charcos. Su destino: el Cantón de Nebraska. Allí aprendió a dirigir la estación y la maestranza, siempre bajo el ojo

atento de los gringos. Se perfeccionó y llegó a ser nombrado ingeniero de línea. Su función era corregir los tortuosos rieles que se levantaban cual culebras, serpenteando por el desierto inhóspito.

La vida de pampino lo estaba transformando. Las casas de los empresarios salitreros eran otro mundo: llenas de verde, piscinas, canchas y solares espaciosos y siempre frescos. En cambio, donde vivían los obreros reinaba la soledad, la sencillez y lo justo para dormir, ya que lo importante era trabajar y trabajar.

En esa oficina salitrera conoció a la que sería la mujer de su vida, Panchita. Era una hermosa muchacha que venía en el tren de los jueves y traía junto a su padre los frutos aromáticos del oasis de Pica. El dulce néctar de las naranjas y guayabas prendieron sus corazones y pronto se casaron y luego vinieron los hijos. A su hogar le dieron vida. En el patio, un inmenso algarrobo daba sombra y permitía tener un columpio donde el bullicio y el canto de los niños llenaban de alegría ese agreste paisaje. Su pequeña mujer le pidió construir un jardín. Era una locura tener un jardín en medio del desierto, pero los sueños son locuras que se pueden realizar y el amor es otra locura construida entre dos. Se pusieron manos a la obra; palos y clavos, martillo y serrucho fueron poco a poco los elementos que dieron forma a su pequeño mundo verde. Una puerta con un gran pestillo resguardaba ese pequeño trozo de verde que le recordaba su añorado sur, su Curepto lejano, y a ella ese vergel de Pica.

En un año se convirtió en un espacio de verdor. En dos, tres y cuatro años, las enredaderas ya cubrían los recovecos del jardín del desierto y se iban juntando cada día más y más plantas; cuando las rosas silvestres traídas desde las termas de Mamiña florecían y entregaban sus blancos pétalos aromáticos, él cortaba una flor y, besándola, se la entregaba a ella.

El viejo y arrugado algarrobo seguía entregando sus vainas. Una viejecilla pampina le enseñó a procesarlas y convertirlas en rica chicha. También molidas, lentamente las transformaba en suave harina café.

Cuando los hijos crecieron, un verano partieron en tren al sur. Recorrieron casi cuatro días para arribar a Santiago y luego dos y medio más para llegar a la casa de los padres. Fue un encuentro raro: nostalgia por sus viejitos y por el terruño, pero sentía añoranzas por el desierto que lo había atrapado. El regreso fue intenso, lleno de cajas, paquetes y olores del sur. Y en una de esas cajas envueltas con diarios y amarradas con pita de caña, venía un sinfín de semillas de los bosques, del campo, de las callejuelas y del borde río, y en la mente de ellos la esperanza de ver brotar, germinar, crecer y llenar de verdor su jardín. Así pasaron los años.

Cuando crecí lo suficiente y pasaba a visitar a mi abuelo Celedonio en la pampa salitrera para quedarme en su casa por varios días, era una aventura llegar al patio, ver el inmenso algarrobo, sentir el trinar de gorriones y ver las palomas cuculíes revolotear cuando les lanzábamos migas de pan. Con sus pies cansados, con el letargo de su andar y con las manos cruzadas atrás, abría lentamente el picaporte que nos mostraba un mundo diferente, un aroma del sur de Chile, un paisaje desbordante de tonos verdes y la innumerable flora que ese espacio mágico era capaz de contener y que en los ojos vidriosos de mi abuelo parecía hacerle recordar su añorado pueblo.

Ciento un años tenía mi abuelo cuando por última vez lo acompañé a su mundo de verdor enigmático, en medio del desierto salitrero. Se sentó en un rincón, me miró a los ojos y me dijo:

—Nietecito, he forjado mi vida en estos hostiles recovecos del desierto, he visto crecer y morir a mis

hijos y hoy siento que ya es tiempo de descansar. ¿Ves este espacio? Es un edén en medio de la nada y hoy te lo entrego a ti. Solo te pido que cuando me visites en el camposanto, recortes dos rosas blancas y las pongas en unos frascos con agua fresca. La fragancia de las flores purificará el lugar en que descansaré eternamente.

Fue un día de noviembre en que partió. Hoy cuido con paciencia ese sueño loco de ver tanto verde en esa casona pampina. El algarrobo aún está allí, sus raíces son profundas, como profundo fue el amor que nuestro abuelo Celedonio nos entregó. El sentido de la vida está en regarlo con paciencia cada día. "Solo así florecen los sueños", fueron sus palabras finales.

REGIÓN DE TARAPACÁ

EL MAQUINISTA QUE HABLABA CON DON SATA

Mario Freddy Vásquez Zambrano (60 años)
Conductor profesional
Alto Hospicio
Tercer lugar regional

Alberto Cárcamo había llegado niño a Iquique. Su padre había sido *enganchado* en el sur para venir a trabajar en las calicheras; ilusionado con la “Nueva California” que se erguía en el norte, había traído a toda su familia. La niñez de Alberto había transcurrido como la de todo mocoso de la época salitrera. Inocentes juegos infantiles, entrelazados con situaciones de pobreza y necesidades. Sin embargo, aun en su precariedad, sus padres le inculcaron el temor a Dios y a valorar más el amor que las cosas materiales.

Llegada su adolescencia también llegó el despertar de su esencia varonil y buscando a su *pior es ná*, conoció a una linda muchacha llamada Michaela Zambrano, proveniente también de una familia sencilla y de buenos principios. El amor que Alberto sentía por la joven fue totalmente correspondido por Michaela y, después de un tiempo de ser novios, se casaron. Él empezó a trabajar en Ferrocarriles del Estado y después de desarrollar varias labores en Iquique, fue destinado como cuidador y guardavía en la estación de Alto Hospicio.

Al subir hacia Alto Molle, llegó a instalarse —junto a su esposa y a sus hijos Alberto Segundo e Inés del Carmen, de cuatro y tres años respectivamente— en una pequeña casa que la compañía tenía en esos lares. Sin embargo, con una esposa y dos hijos pequeños,

y a pesar de trabajar para una gran empresa, su situación era bastante precaria y muchas veces pasaban necesidades. Las mismas que el joven Alberto soportaba prendiendo cantidades de velas a la Virgen de la Tirana, de quien era muy devoto.

Michaela por su parte, tratando de ayudar a su hombre, había plantado una pequeña huerta y criaba aves de corral como gallinas, patos y palomas, los cuales llegaban a la mesa familiar convertidos en deliciosos platos. Además, cuando llegaba el longino con sus carros “Pete”, los carrunchos que viajaban en él bajaban a comprar huevos cocidos y *sánguches* de mortadela boloña. Los pasajeros aprovechaban esta parada para pasar al baño y recrear la vista con la cantidad variopinta de flores que adornaban el jardín y que llamaban la atención, entre tanto cerro *pelao*.

El pasar de la joven pareja en general era tranquilo. Mientras la mujer de Alberto realizaba sus labores de casa, él montaba su caballo Coipo y revisaba las líneas y los durmientes que la sostenían, ya que los *brillantinos* que por allí llegaban, al encontrar alguno medio suelto, lo sacaban para hacer leña.

Pasado un tiempo llegó a trabajar a la compañía un nuevo operario llamado Marcial Gómez. Al ver la tranquilidad del lugar, decidió establecerse también allí.

El maquinista, función que realizaba el recién llegado, era un hombre solitario y misterioso; pero se mostraba amable y pausado las pocas veces que se le antojaba conversar. Sus compañeros de faena decían que había llegado de la ciudad de Salamanca, legendario lugar, cuna de brujas y demonios. Comentaban además que los días martes y viernes, días especiales para practicar brujerías, si se tenía el valor de visitarlo al atardecer, Gómez podía solucionar problemas de amor y de dinero a través de conjuros y pócimas.

Un día en el que el guardavía realizaba su rutinaria inspección, se encontró en su camino con Marcial Gómez, quien no solo lo saludó con una inclinación de cabeza, sino que además entabló un diálogo. Se mostró más amable y conversador que nunca.

—¡Buenos días, coleguita! ¿Cómo está? ¿Sabe? Me he dado cuenta que tiene usted una linda familia...

—Sí, don Marcial. ¡Gracias! Pero en realidad a veces se me complica, ya que el salario *no se hace na'*.

—Bueno, Alberto, precisamente de eso quería platicarle. Mire, *gancho*, *no me voy a ir por las ramas*. Yo tengo un pacto con el "Matoco", con dos varillas hechas de oro de Andacollo puedo conversar con él y logro así solucionarle *toítos* los problemas a quien se una a mí. Si usted quiere, yo le puedo enseñar.

La primera reacción de Cárcamo fue dejar la conversación a medias, pero solo atinó a comentar:

—Mire don Marcial, muchas gracias. Pero soy devoto de la Virgencita del Carmen y no creo en esas cosas.

—Pero *gancho*, *no sea gil de pampa*. Si me hace caso podrá tener poder y mucha plata. Le dará un mejor pasar a su mujer y a sus *cabros* y se reirá de los peces de colores.

Ante este último comentario, Cárcamo decidió dar por terminada la conversación y se alejó rápidamente.

Cuando Alberto llegó a casa, le contó a su cónyuge lo sucedido. Después de haberlo comentado, oraron, prendieron cirios a la Chinita y se retiraron a su dormitorio. Se aprestaban ya a dormir cuando fuertes relinchos y ruidos de caballos corriendo les hicieron darse cuenta de que los animales se habían salido del corral. Los equinos estaban como locos: corrían alrededor de la casa golpeando con sus cascos las paredes de la vivienda. El fuerte relinchar de los potros se confundía con el ruido de la madera al romperse. El estallido de los vidrios al saltar por los aires resonaba en la habitación en la que se habían refugiado Alberto, Michaela y sus pequeños hijos.

El guardavía, en un estado de paroxismo total, tomó las manos de su compañera, cayó de rodillas y comenzó a rezarle a voz en cuello a su Carmela. Su letanía, mezclada con el llanto suyo y el de su familia, formaba un cuadro indescriptible en medio de la total oscuridad. Afuera, el ulular del viento, el relincho de los caballos y el aullar de los perros creaba una sinfonía siniestra y aterradora. Alberto había perdido la noción y no sabía cuánto tiempo habría pasado desde que comenzó el ataque de los animales. Solo al entrar la claridad del amanecer se dio cuenta de que dicha situación había durado toda la noche.

Con la llegada del día, y habiendo cesado la estampida, se atrevió a salir para ver los destrozos causados. Sin embargo, grande sería su sorpresa al constatar que no había ningún daño y que estaba todo en perfecto orden. Con su mente procesando todo lo acontecido, no lograba dar una explicación lógica a lo que había vivido y así, con su cabeza llena de dudas, se encaminó para realizar su rutina diaria.

Caminaba como un sonámbulo, repasando una y otra vez la experiencia vivida. Tan concentrado estaba en sus cavilaciones que no se dio cuenta de que al frente de él estaba Marcial Gómez. Solo el saludo de este lo sacó de su trance.

—Buenos días, don Alberto. ¿Cómo está? ¿Cómo amaneció? —preguntó, mientras en su cara se dibujaba una irónica sonrisa.

—Más o menos no *ma'*, don Marcial. Algo muy extraño pasó anoche.

—No se preocupe, Cárcamo. Yo le mandé un saludo de parte de mi amo, para que se diera cuenta del gran poder que podría tener si quisiera.

Alberto no podía creer lo que estaba oyendo. Dejando la conversación a medias, volvió corriendo a su casa. Allí, recordando con su esposa la aterradora experiencia vivida más la confesión que le había hecho Gómez, decidieron retornar a Iquique.

Al cabo de un largo tiempo, cuando dicha escalofriante noche ya casi se había borrado de su mente, se enteró por comentarios de sus compañeros que el brujo de Alto Hospicio había fallecido y que los caballos que tiraban la carroza de las pompas fúnebres relinchaban desenfrenados, sin querer moverse y que solo la bendición de un cura que roció agua bendita había logrado apaciguar y mover a los animales hasta el cementerio.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

CHAVELITA Y EL SANDIAL

Felipe Andrés Baeza Baeza (29 años)
Ingeniero Civil Industrial en Ferrocarril
Antofagasta
Segundo lugar regional

La superstición en que fuimos educados conserva su poder sobre nosotros aun cuando llegemos a no creer en ella.
Gotthold Ephraim Lessing

—¡Párate ahí, Chavela! —escuchó gritar tras de sí la mujer, sintiendo temor de girarse y ver la cara de su esposo quien, según el tono de su voz, debía estar muy enojado. Y en efecto, al mirar hacia atrás, pudo ver a su iracundo marido caminando a trancos largos hacia ella, con el ceño fruncido y regañando a media voz retos y palabrotas que no se distinguían en la distancia.

Al llegar donde la asustada campesina de su mujer le esperaba, la miró fijamente a los ojos, como queriendo devorarla, la agarró fuerte del brazo y le advirtió con voz de gran general:

—¡Al sandial por ningún motivo entras, Chavela! ¿Me oíste? ¿Acaso no sabes lo que puede pasar si pones un pie adentro de la chacra? Por Dios... ¡qué mujercita esta!

Chavelita no entendía ni carajos las advertencias del marido. Pero para no *cabrearlo* más, se limitó a afirmar con la cabeza, pensando en consultarlo a la noche, ya en casa.

Era un matrimonio joven, ninguno pasaba de los veinticinco años y de casados no tenían ni cuatro meses. Aún no acababan de conocerse. Con Joel había que convivir sus buenos años antes de *pillarle el*

tranco, como decía ella cuando hablaba con su madre y amigas respecto de su esposo. Vivían administrando un fundo pequeño, por allá por la localidad de Malloa, camino al río Itata. Ella era una mujer alta y empeñosa para el trabajo; él, de menor estatura, no desteñía a la hora de ponerle hombro a la pega. Su vida era la agricultura, algunos caballos y vacas, además de las gallinas y patos que podían criar en el fundo. Se habían casado por junio con todo y lluvias torrenciales, con una ceremonia de poca concurrencia y una fiesta austera que no alcanzó ni para fotografías. Es que eran bien pobres para partir y por esas fechas ya estaban en plena época de cultivar las papas y maíz sembrado, así como el sandial que Joel esperaba tener listo para la venta durante la segunda quincena de enero.

Esa tarde Joel le contó medio avergonzado del tema en particular. Según sus padres y conocidos, si una mujer en su periodo menstrual pisa un sandial, este puede secarse en una semana. Él aseguraba haber visto cuando niño un sandial reseca al sol luego de que una mujer entrara a coger una sandía, por lo que no era algo con lo que se debía jugar. De ahí la severa prohibición que Chavelita respetaría hasta aquel día, mucho más distante en el futuro.

Los años pasaron, vinieron los hijos y así también se fueron, buscando sus propias vidas futuras, mientras Joel y Chavela siguieron juntos y solos, teniéndose el uno al otro como activo máspreciado. Ya no vivían arrendando ni apatronados, sino en su parcela propia, haciendo lo mismo que en sus días de recién casados, pero con mayores libertades. Ahora Joel tenía su propio tractor, caballos y vacas en cantidad no menor, pero seguía siendo el hombre de campo que cultivaba sus propias chacras, ya a sus cincuenta y siete años. Chavela no le aflojaba y, a sus cincuenta y dos, era su mejor ayudante en la siembra, cultivo o cosecha. No por ello se había convertido en campera sin destino como dueña de casa, sino que la mantenía impecable, siempre con ese olorcito a fresco del patio recién regado, de grandes maceteros con flores de todo tipo y, claro está, siempre con olor a buena mesa.

—¡Pucha que quema buena leña en su casa, vecino!

—le gritaba don Evaristo, afirmado en la cerca. Y es que cuando Chavelita cocinaba siempre sacaba aplausos.

Lo peor pasó una tarde de enero, a treinta y cinco grados, quizá más, cuando salieron rumbo a la chacra. Joel debía acomodar las guías de sandía en el terreno mientras Chavela despastaba el tablón de cebollas que tenía en el bajo. Estaban a una distancia de unos veinte metros, separados por la cerca de alambres de púas que Joel había instalado el verano pasado, para dividir los terrenos y protegerlos de algún animal que se pasara a hacer perjuicios. Chavelita sentía en su cuello cada uno de los treinta y cinco grados, mientras su piel cambiaba de oscuro a casi azul de tanto sol. Su viejo andaba por las mismas y algunas noches se quejaba de lo quemada que estaba su piel. De cuando en cuando alzaba su mirada para ver a su hombre, quien se agachaba e incorporaba en cada ocasión para arreglar las guías de la sandía, no fuera cosa que al pasar el arado cultivador fuese a dañar las plantas.

Pasaron unas horas y la sed fue venciendo la resistencia de Chavelita, así que se acercó a la cerca para llamar a Joel, quien tenía una botella con agua. Lo llamó a voces pero no encontró respuesta. “Debe haber ido al baño”, pensó mientras miraba en todas direcciones a ver si divisaba la silueta inconfundible del marido, pero no lo vio. Caminó por el borde del alambrado, hasta que un suspiro de espanto le quitó la sed y la energizó por completo. Su viejo se veía tirado entre dos melgas de sandía. Se le vinieron mil cosas a la cabeza, pero su impulso inicial de correr a verlo se vio frenado de lleno al llegar al portón de entrada. Sería la primera vez que entraba a un sandial, desobedeciendo la orden de su esposo que tan enérgicamente había recibido en sus primeros meses de casada y que había sabido respetar en estos treinta y tantos años de matrimonio. Sintió una pared invisible erigirse en torno a aquel sandial, sin hallar cómo pasar sobre ella. Su cuerpo se sintió pesado como nunca, a pesar del vigor que la llenó el ver a su amado tendido. Era el peso de la culpa, el miedo paralizante de quien sabe que enfrentará la desgracia en cuanto decida moverse.

—¡Dios mío, dame coraje! —gritó mirando al cielo, al tiempo que internó su pie al otro lado del portón. Decidió acallar sus fantasmas y fue directo hacia Joel, tropezando entre los terrones con sus hawaianas gastadas: estaba inconsciente en el suelo. Lo que pasó después se resume en llamadas angustiadas, ambulancia, vecinos, lágrimas, hospital, operación y reposo. Joel se salvó de un infarto y desde entonces vivió con un *bypass* al corazón. Aunque el reposo fue largo y aburrido, la sacó barata. Se salvó de una muerte segura.

El primer día que la Chavelita lo pudo visitar luego de la operación, a eso de las tres de la tarde, se encontraba debilitado pero despierto, haciendo esfuerzos por no moverse de su limitada e incómoda camilla. En cuanto la vio entrar en la sala, se iluminó su rostro y sonrió

como si de un largo viaje hubiese regresado, de hecho, desde el límite con el Más Allá. Sus ojos se encontraron, intercambiaron palabras cargadas de emoción y besos de viejos, de esos que a los más jóvenes los hacen mirar hacia otro lado. Volvían a estar unidos, como siempre lo estuvieron.

Al repasar los hechos de ese negro día y consultar cómo había llegado en ambulancia al hospital, Joel notó que su Chavela bajaba la mirada cada vez que él preguntaba los detalles, hasta que unió los cabos por sí mismo. Finalmente, preguntó aquello que no le era necesario conocer.

—¿No fuiste tú la que entró al sandial, cierto Chavela? —le soltó sin más preámbulo que la tensa atmósfera que llenó todo el lugar. La mujer restregaba el anillo en

su mano izquierda con más ahínco cada segundo que pasaba, hasta que respondió con fundado temor.

—Sí, viejo. Yo lo vi a usted tirado, entré y avisé a la ambulancia. Si no, usted no estaría aquí con nosotros —le soltó con cierto grado de orgullo propio mezclado con miedo.

—¿Y no le pasó nada al sandial, cierto? —preguntó inquieto Joel cuando el marcador que contaba sus pulsaciones cardíacas comenzaba a dispararse.

—Lo importante es su vida, mi tesoro —dijo con extrema ternura, al tiempo que lo miraba con todo el amor que había reunido en treinta años de casados—. Más se perdió en la guerra. No va a ser la primera chacra que se seca en verano, ¿no cree usted?

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

LOS CAMPESINOS Y EL CANTO DE MIEDO

Cristián Giovanni Toledo Windfuhr (17 años)

Estudiante

Calama

Tercer lugar regional

En localidades rurales, donde la luz es escasa y solo el brillo de la luna otorga unos pocos metros y segundos de visibilidad en nubladas noches, el temor de los campesinos se hace escuchar con un canto inquietante, pasivo y solitario, que en la inmensidad de la nada hace presagiar la llegada de una temida leyenda.

Campesinos cuentan sobre un particular ruido que merodea las propiedades de quienes trabajan la tierra. Quienes escuchan el peculiar sonido nunca han logrado divisar quién o qué lo produce. Muchos atribuyen este tenebroso ruido a un pájaro apodado el tuetue, del que dicen tiene la facultad de poder convertirse en un ser con rasgos humanos capaz de tener una conversación y relatar historias de cientos de años de antigüedad, como si se tratara de alguien que evita la localidad desde hace mucho tiempo.

Cuentan las diversas historias de los habitantes que todo comienza con un sonido similar al *tué tué tué* que se puede oír cerca de las propiedades de los campesinos, aunque nunca se le ha visto mientras emite este canto. Se dice que es capaz de cantar cuatro días y cuatro noches, logrando colmar la paciencia de quienes son víctimas de su canto y de su intimidante pero ausente presencia. Los campesinos, quienes

reaccionan violentamente al canto del tué-tué, son víctimas de diversos hechizos por parte de este pájaro brujo, quien conoce los temores más guardados de cada hombre y mujer que cae en su canto.

La excepción la logró una anciana que vivía sola en una pequeña casa en medio de la nada, acostumbrada a ruidos extraños y a la soledad. Era capaz de distinguir cada sonido de cada pájaro, en cada momento del día y de la noche. Una tenue noche, mientras preparaba su cama para ir a dormir, sintió un ruido muy particular, tenebroso, temido, odiado. Un ruido del que ya había oído hablar antes y el que nunca pensó escuchar tan cerca de su casa, en carne propia. Este era el tan conocido canto del tué-tué que sonaba ahora en las cercanías de su casa, provocando en la anciana un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, como si se tratara de su sentencia de muerte.

Aquella noche pensó en todas las técnicas que alguna vez creía haber escuchado en su vida, pero optó por el consejo que le había dado su abuela: consistía en invitar a este pájaro a compartir una taza de té. Luego de aceptarla, iría en cualquier momento del día o de la noche a cobrar esa invitación y la persona debería armarse de valor para recibir a aquel pájaro brujo que tan mala fama tenía.

Una vez que la anciana salió a invitarlo, esperó al día siguiente que se hiciera su presencia en la casa. Cuando ya era la tarde, la anciana escuchó que tocaban la puerta de su hogar. Inocentemente abrió sin acordarse por un segundo que podría ser el pájaro al que había invitado a compartir una taza de té. Entonces se encontró con un hombre muy bien vestido, pero de forma totalmente inadecuada para la época. La anciana, pasados unos segundos de abrir la puerta, se acordó que podía ser el tuétué quien estaba parado ante sus ojos. Esto no la intimidó. Se armó de coraje, hizo pasar al hombre que esperaba en su puerta y lo invitó a tomar asiento.

Cuando el hombre se acomodó en la silla, la anciana le ofreció rápidamente una taza de té, la que él aceptó gustosamente. La anciana fue a la cocina y preparó el brebaje, pero le echó sal para provocar un rechazo en el pájaro y que este huyera para nunca más volver.

Cuando la anciana llegó a la mesa y le dio la taza de té, el hombre demoró unos minutos en beberla. Al decidir tomar el primer sorbo, la anciana lo detuvo y le dijo que no bebiera, porque aquella taza contenía sal y podría matarlo. El hombre quedó atónito, sin entender la causa del actuar de la anciana.

La mujer había decidido perdonarle la vida a aquel hombre pájaro porque pensaba que él representaba una antigua leyenda y que las leyendas deben seguir viviendo como tales, así que matarlo sería atentar contra la vida de la zona y no quería ser responsable de esa acción. Estaba dispuesta a aceptar el costo de la decisión que había tomado en ese instante.

El hombre pájaro, al ver el modo en el que había actuado la anciana y al percibir sus nobles sentimientos, decidió dejarla vivir tranquilamente el resto de sus días, alejándose de la casa y dejándola en paz.

REGIÓN DE ATACAMA

EL VIAJE DE JULIÁN

Héctor Alejandro Ocaño Cubillos (45 años)

Agricultor

Vallenar

Primer lugar regional

Julián fue el último de la familia que tuvo que lidiar con el poco ganado que fue quedando. Paulatinamente la sequía se fue encargando de exterminarlo uno a uno. El ganado fue sucumbiendo a la falta de agua y forraje, algo tan vital para el desarrollo de la actividad campesina. Julián no perdía las esperanzas de que la realidad se revirtiera definitivamente el año venidero; sin embargo, no ocurrió y la situación se hizo insostenible. Del ganado ya no quedaba mucho, pero había que tratar de salvarlo. Por aquellos días escaseaban los víveres, lo que sumergió a Julián en una situación muy complicada.

Cierto día Julián tomó la determinación de bajar al pueblo. Estaba solo: los demás habían puesto sus esperanzas en otras actividades, por lo tanto, para viajar al pueblo tenía que soltar el ganado para que se internara entre los cerros y quebradas de la Cordillera de la Costa, en los alrededores del altar. Para llegar hasta el pueblo, primero tenía que caminar unos siete kilómetros por un ramal hasta llegar a la ruta que comunicaba Carrizalillo con Domeyko. Julián deseaba y quería llegar a Domeyko en busca de las provisiones que le permitieran enfrentar una temporada más con el ganado. El camino era muy duro y ripioso y eso dificultaba mucho el andar, haciendo que la marcha fuera muy lenta.

Julián llegó muy entrada la tarde al camino principal, cuando la locomoción era muy escasa... prácticamente nula. Sin embargo, el testarudo campesino se aventuró de igual manera. Esperó un largo rato a orillas del camino, pero nada. No había ningún vehículo que pudiera llevarlo al pueblo. Julián no traía mucha ropa para enfrentar el frío de la noche; tampoco tenía nada que comer. Pero lo que era mucho peor era que no traía agua para hacer frente al cansancio que la caminata le había producido y esto hizo muy difícil la situación. Sin embargo, él era un hombre de carácter muy duro. Con el pasar de las horas se aburría de esperar la locomoción y decidió caminar hasta Domeyko. Para lograr su objetivo tenía que caminar alrededor de veinte kilómetros al oriente desde el cruce del altar, por un camino que solo ofrecía dificultad y sacrificios. El hombre en ningún momento pensó en devolverse, solo pensaba en llegar al pueblo. Así emprendió el rumbo, cansado y sin agua. La sed, el hambre y el cansancio iban en aumento. Era una noche sin luna, en la que la oscuridad era muy intensa ya que el camino se extendía en medio de encajonadas quebradas, con cerros muy altos atravesando la Cordillera de la Costa.

Cuando Julián ya había caminado unos cinco kilómetros, pudo apreciar un reflejo luminoso que se dejó ver a través de los cerros y las pronunciadas

curvas del camino. De inmediato volteó, pero nada. Creyó que podía ser el cansancio o el delirio de la sed. No había ruido de motores, los vehículos suelen emitir ese sonido mecánico tan característico que en medio de las quebradas suele ser más intenso. Pese a todo insistió en mirar. Fue entonces cuando se dio cuenta de que en realidad detrás de él venía una intensa luz que, a medida que se acercaba, iluminaba más y más el camino. Lo raro era que, pese a ir acercándose, este móvil no emitía ruido. Pero eso no llamó mayormente la atención de Julián. Con muchas ansias y esperanza aguardó en su lugar, claro que la luz no tardó mucho en llegar al lugar donde él estaba. El vehículo se detuvo sin levantar polvo.

Al detenerse, se percató de que era un pequeño vehículo con una diminuta cabina. Dentro, se apreciaban dos personas que cabían muy estrechamente. Nadie le dijo nada, solo una señal le invitó a subir a la parte posterior del móvil, una especie de pequeña plataforma en la que quedó muy cómodo.

Una vez en movimiento, el vehículo parecía levitar sobre la vía. Aquel camino siempre estaba en mal estado y era muy ripioso, lo que producía mucha calamina, algo muy común en los caminos no pavimentados. El móvil se desplazaba bastante rápido. Esa fue otra característica que le llamó la atención a Julián, pese a su cansancio, además de unos cascos que llevaban puestos el conductor y el copiloto. Eran parecidos a los que suelen llevar los pilotos de "rali". En medio de la oscuridad resaltaba el color cobrizo intenso de aquellos accesorios.

El viaje de Julián en realidad pareció ser más rápido de lo habitual. A medida que avanzaba al pueblo, comenzó a divisar ese resplandor luminoso tan característico de las zonas pobladas y que marcaba la diferencia con los sectores rurales y apartados. Julián tenía la esperanza de que aquellos amables hombres

lo llevaran hasta el interior del pueblo, pero no fue así. Al llegar al empalme del camino de conexión rural y la Panamericana Norte, el vehículo se detuvo de una manera bastante particular, ya que pareció bajar hasta el suelo mientras otro gesto del conductor invitaba al pasajero a bajar del vehículo. Sin mediar otra comunicación, y contra todo pronóstico, el vehículo tomó nuevamente el mismo camino, pero de regreso a la costa. Lo natural y lógico era que tomara rumbo hacia el norte o hacia el sur por la Panamericana hacia Vallenar o La Serena, respectivamente, o sencillamente que ingresara al pueblo. A Julián solo le importaba llegar a su casa. Desde allí le faltaba muy poco para poder tomar a lo menos algo tan básico y elemental como una taza de té cálida con un trozo de pan.

Julián, pese a percatarse de algunas cosas que no fueron muy normales en su viaje, no las asimiló hasta que comenzó a tomar aquella ansiada taza de té, ya muy avanzada la noche. Al día siguiente, comentó esto con sus amigos, los que sacaron conclusiones y establecieron las anormalidades: el móvil que lo había transportado y sus pilotos no correspondían a ningún vehículo o persona del pueblo o de sus alrededores. Sin embargo, Julián no lograba convencerse de que en realidad hubiera ocurrido todo eso aquella noche, no le encontraba explicación. Sí tenía claro que había cosas que estaban fuera de toda lógica.

Con el tiempo asumió plenamente que había sido objeto de algo fuera de lo normal. Pero dentro de sus escasos argumentos relacionó lo sucedido con una *penadura*, algo tan arraigado en nuestra gente y en nuestra cultura, pero no consideró que las *penaduras* no transportaban a las personas de un lugar a otro. Tampoco pensó que podría haber sido obra de seres y tecnología de otro mundo que habrían venido de un lugar muy alejado de su humilde realidad. Tal vez porque en su lenguaje palabras como *abducción* no existían.

Ellos llegaron desde Lampa, sector ubicado en la salida norte de Santiago, la gran capital. Allí vendieron los terrenos que les había tocado con la gran Reforma Agraria. Con el dinero obtenido compraron cuarenta hectáreas de terreno muy fértil en la hacienda Buena Esperanza, sector situado al final de esta hacienda. Era un lugar bellissimo en el altiplano norte del río Huasco, al poniente de Vallenar. Los pastizales eran extensos y se sucedían uno al lado del otro. Además se cultivaban arvejas, trigo, avena, maíz, papas y porotos. Todo estaba rodeado de grandes árboles. Para llegar a la parcela de los lampinos, había que atravesar una arboleda que hacía realmente muy llamativo el lugar, dándole ese toque mágico que tienen los paisajes de los campos de la zona norte del país.

Los lampinos principalmente eran dos personas: Gabriel García y su tío. El tío era el propietario del terreno y de las acciones del agua del canal, pero entre ellos había una relación de padre e hijo. Era algo asumido entre ellos. Todos sus conocidos llamaban al veterano “El Tío”. Era un hombre de edad avanzada que con solo una mirada permitía apreciar esa estrecha relación que había tenido toda su vida con la tierra. El Tío era de esos hombres que no necesitaban tierra fértil. Solo necesitaba agua, porque tenía la habilidad de hacer producir lo que quisiera, incluso sobre las piedras. El Tío era el campesino típico de la zona central. A diferencia del campesino nortino, que suele usar botas de goma en sus labores en los previos para evitar la humedad, él usaba camisa de manga larga, pantalón algo más arriba de los tobillos, una chupalla de paja calcinada por el sol y ojotas.

Los lampinos vivían en una casa de madera bastante sencilla. En sus potreros de alfalfa permanentemente se veían grandes manadas de caballos de diferentes colores, los que hacían de la parcela un lugar muy

especial. Los lampinos, o los García, como se les conocía, se dedicaban principalmente a la producción de forraje de alfalfa. Hasta sus parcelas solían llegar campesinos y comerciantes de toda la región de Atacama. Incluso venían desde fuera de ella para abastecerse del forraje que contribuía al sostenimiento de la actividad campesina.

A raíz de la venta del forraje, los García habían hecho muchos amigos, los que se fueron ganando la amistad y la confianza de ellos, ya que eran muy esquivos con las personas que llegaban cerca. La experiencia les había enseñado que había que tener cierto resguardo cuando no se conocía a las personas; especialmente ellos, que no eran vecinos originarios del lugar en donde vivían y trabajaban.

En una ocasión estaban cargando un camión con alrededor de cien fardos de pasto. Había sido una jornada muy distendida, por lo que el tío y Gabriel estaban muy conversadores. Gabriel García era muy amistoso, mientras que el tío era más introvertido y no conversaba mucho. Cuando lograba entablar diálogo, sin embargo, se podía apreciar que pese a no tener una gran educación, tenía todo aquello que le había otorgado la vida, el trabajo, la experiencia.

En aquella ocasión, uno de los concurrentes comentó que hacía muy poco había visto un ovni sobre una torre de alta tensión en el sector del orito, por la Panamericana, entre Vallenar y Domeyko. El avistamiento había sido alrededor del medio día y con un sol intenso, en un área en donde se habían visto fenómenos muy similares en reiteradas ocasiones. El Tío miraba y escuchaba mientras cargábamos en el potrero a la entrada de la parcela, que además colindaba con otra muy extensa que en aquella ocasión estaba sembrada con maíz.

—Yo también he visto esas cosas —dijo entonces el Tío.

—¡Cuenta entonces pues, tío! ¿Adónde lo vio y cuándo? —preguntaban todos, ansiosos de recoger el relato del Tío.

—Nunca quise contar nada, porque de seguro si hubiera contado lo primero que hubieran dicho es que yo estaba loco. Aquel día venía yo de la casa para asegurar el portón de la entrada principal —dijo mientras señalaba el portón que estaba muy cerca del grupo. El portón tenía hebras de púas sujetas a unas varas de eucalipto en posición vertical. En aquellos días el potrero del vecino estaba sembrado con arvejas, estaban muy grandes y esperaban una buena cosecha. Yo estaba cerrando el portón cuando desde aquellos cerros repentinamente apareció una luz. Pensé que seguiría hacia el norte, pero no. Al poco rato de haberla visto, se dirigió hacia mí. Pensé que se detendría sobre mí. Me incliné un poco y pasó hacia el potrero que estaba con arvejas y, luego de dar una vuelta sobre las melgas, aterrizó al medio.

Parecía una historia conocida. Hasta allí todos lo escuchaban atentamente; y, lejos de terminar el relato, el Tío seguía contando, lo que hacía más interesante la historia.

«Una vez que la luz tocó tierra, comencé a caminar muy lentamente y me asomé por sobre el cerco. En ningún momento tuve miedo, quería saber qué era eso y me di cuenta que se trataba de un aparato, una cosa un poquito más grande que un disco de arado.

Además parecía tener la forma de un plato de arar. Luego de un rato esa cuestión se abrió por encima y de adentro salieron dos personas... si se les puede decir personas, porque eran muy chiquitos... un enano era un gigante comparado con ellos. Estos eran muy chicos. Uno podía caber parado en mi mano. Por eso no le conté a nadie, porque habrían dicho que estaba loco y se hubieran reído de mí.

»Aquellas cosas pequeñas que parecían personas en miniatura comenzaron a caminar en medio de las plantas, de la maleza. La miraban, la tocaban indagando y tomaban hojas y algunas vainas de arvejas. Estuvieron entre diez a quince minutos en ese lugar y luego subieron al aparato ese. Se cerró la puerta por encima del plato y después de un instante muy breve emprendió el vuelo por el mismo lugar, sin dejar mayores huellas».

Así el Tío terminó su relato, que tuvo a todos muy atentos. Siendo muy objetivo, no es fácil creer con facilidad un relato como este, pero el Tío jamás fue más allá de Vallenar. Hay una historia muy similar en el camino del altar a Domeyko. El tío jamás conoció al campesino que había vivido esa experiencia. Aquel objeto había venido desde el sur por un cordón montañoso mineralizado con hierro que terminaba frente al altar y era interrumpido por una gran quebrada que iba de la costa hasta Domeyko. Es decir, en ambos casos los objetos vinieron desde el mismo lugar. Claro que ambas personas nunca se conocieron y tampoco conocían el lugar donde le había ocurrido la experiencia al otro campesino.

REGIÓN DE ATACAMA

EL MILAGRO DE LAS ROSAS

Olinda Arqueros Godoy (49 años)

Dueña de casa

Copiapó

Segundo lugar regional

Cuando era niño vivía con mi abuela en una inmensa parcela cerca de un pequeño pueblo rural llamado Piedra Colgada, distante unos quince kilómetros de la ciudad de Copiapó. Vivía con ella porque mi madre era temporera y en la época de cosecha subía al valle y bajaba solo los fines de semana... el puro día domingo, para ser exacto. Cuando llegaba, y luego de retarme porque tenía malas notas, porque andaba sucio y porque veía mucha televisión, se entrapaba en un sueño que duraba hasta las ocho, hora en la que su pololo venía en una camioneta celeste a buscarla, seguramente para salir a bailar. De allí no llegaba a casa hasta la semana siguiente. Por lo tanto, a mi abuela, a quien yo consideraba como a mi madre, le ayudaba en una tremenda plantación de claveles y rosas que cuidaba celosamente, porque las vendía a las afueras del cementerio. Para el Día de los Muertos íbamos los dos y las ofrecíamos.

Mi abuela era recta, pero muy sabia; analfabeta, pero muy inteligente con los números y los vueltos. Así es que si ella vendía a quinientos pesos cada clavel y me pasaba cincuenta, yo debía pasarle veinticinco mil pesos. ¡Cuánto la amé a mi abuelita linda! Se llamaba Rosa, como una de sus tantas *hijas* que ella cuidaba en aquella hacienda. Mi mamá también se llamaba Rosa, pero al parecer no tenía ni el color ni la hermosura de

aquellas preciosas hijas de mi abuelita; pero era mi mamita e igual la quería, claro que no tanto como a mi abuelita.

Por las mañanas de verano, *al clarear el alba*, mi abuelita se levantaba e iba al pilón a juntar baldes con agua para regar su sembrado de rosas y claveles. Yo la seguía de inmediato después de desayunar una taza de leche con harina tostada y un pedazo de queso de cabra. Le ayudaba a repartir el agua que tan celosamente y con agrado las rosas y los claveles bebían. Ella les sacaba las hojas secas o las que estaban demás y observaba atentamente, con su mirada obscura, los botones que poco a poco la naturaleza comenzaba a formar.

—¿Cuándo van a florecer las rosas, abuelita? —le preguntaba, recibiendo los desperdicios de tan preciados tesoros. Ella, sin mirarme y sin descuidar sus quehaceres me respondía:

—Cuando el Taita Dios quiera.

Y continuaba con su trabajo. Me preguntaba para mis adentros si Dios realmente estaba enterado de que estaban las rosas en botón, porque llevaban meses y no asomaba ninguno de los colores que el año pasado habíamos cortado. Recuerdo que el primer ramo de

rosas blancas, rojas, salmones y unas medio negruzcas, mi abuela las dejaba en la gruta de la Virgen Candelaria, a modo de agradecerle la inmensa y bella cosecha.

Yo veía por fin que los claveles *comenzaban a pintar* de amarillo, rojo, blanco y jaspeados, porque mi abuelita plantaba las patillas en una zanahoria y luego la plantaba. Junto con la zanahoria crecía el clavel, que tomaba el color de la zanahoria. También los había morados, pero dejaré a vuestro ingenio en dónde los plantaba.

Semanas después, los claveles estaban a punto de ser cortados para venderse, pero las rosas aún no florecían, aunque yo miraba por la ventana cómo mi abuela las acariciaba una a una con mucha preocupación. Le volví a preguntar.

—Abuelita Rosa, ¿cuándo es que van a florecer las rosas?

Ella sonrió, pero su rostro demacrado y agrietado con el tiempo denotó su preocupación.

—Si Dios quiere y nos ayuda, pronto, hijo... pronto.

Y así, asomado día a día al balcón de la casa, veía cómo mi abuelita regaba las rosas y observaba sus botones, que ya distinguían ciertos colores, sobre todo los blancos. Pero estaba preocupada: pronto llegaría la temporada de venta y las heladas nocturnas entumían los botones. Los claveles ya estaban listos para ser vendidos. ¡Qué hermoso se veía el campo con tan bellos colores, solo faltaban las rosas!

Una noche no aguanté más y, como dormía al lado de la cama de mi abuela, la escuché rezarle a la Virgencita, pidiéndole por favor que las rosas pudieran abrir, que

le dijera a Dios que la ayudara. “¿Para qué quiere a Dios si no tiene manos y yo sí las tengo?”, me pregunté. Esa noche dormí a saltos, porque quería levantarme primero que mi abuela e ir al campo. Hacía mucho frío, así es que me abrigué y comencé a ayudarle a Dios abriendo con mis propias manos las rosas que con tanto amor mi abuela esperaba que abrieran. Cuando ella se levantó y miró por la ventana, dio un grito de espanto.

—¿Qué *estay* haciendo, chiquillo de *moledera*? ¡Por Dios Santo y la Virgen!

—No te preocupes, abuelita. Anoche te escuché hablar con Dios y decidí ayudarlo. Mira cuántas rosas he abierto ya.

Nunca la vi tan triste y llorona, nunca sentí tanto sollozo suyo. Yo pensaba que de alegría, pero cuando se acercó a mí y tomó los cadáveres de las rosas, replicó con resignación.

—Has destruido toda nuestra siembra de rosas, hijito.

Y me abrazó llorando tan desconsoladamente que yo no podía entender si era de emoción o porque simplemente yo no debía haberle ayudado a Dios. Ella levantó su mirada hacia los rosales destruidos, me tomó del hombro y me llevó hasta el banco que estaba cerca de la acequia.

—Mira —me dijo—. Piensa que cada uno de nosotros es una rosa que Dios ha creado. Por lo tanto, hijito, Dios tiene en sus destinos lo que Él quiere de nosotros. Si nos entrometemos en su plan de vida, pasará lo mismo que pasó con estas hermosas rosas que ahora no podremos vender. Él tendrá que esperar el tiempo de poda, volverlas a amar para que crezcan solo cuando Él

quiera y no cuando nosotros queramos. Dios tiene un destino para ti y Él a su tiempo te lo dará, como a las rosas. ¿Entiendes ahora lo que te digo?

—¿Y qué pasará con la rosas, abuelita?

—Las que quedaron adornarán el cielo que Dios nos dio y esperaremos que ejecute nuevamente su obra en ellas. Ahora, vamos a amarrar los claveles por docena, porque tenemos que ir a venderlos.

Y me dejó solitario mientras caminaba a paso mediero por entre los claveles y las destruidas rosas que, por

quererle ayudar a Dios, yo había destruido. Ella se volteó y me miró, porque se dio cuenta que estaba llorando. Se devolvió, me tomó como pudo en sus brazos y secó mis lágrimas con un beso.

—No te preocupes, hijito... Dios también entiende y perdona. Te quiero mucho.

—¿Aunque haya roto las rosas, abuelita?

—Aunque me hayas roto el alma —me respondió, porque Dios también reconstruye el alma.

REGIÓN DE ATACAMA

EL AGARRE

Gustavo Estuardo Rodríguez Caroca (72 años)

Profesor de teatro

Copiapó

Tercer lugar regional

Andando por el camino cercano a la quebrada de La Totorá, se divisaba la majada de Pedro. Esa noche, junto a su pareja conversaban acompañados de un té de monte al lado de un negro brasero que, indiferente, abrigaba al gato acurrucado junto a él. La noche quieta invitaba a una paz interior, a revisar los afanes de la vida. La mujer, inquieta, se atrevió a romper el silencio dormido.

María era una típica mujer cabrera, de cuerpo fuerte, de esa belleza pintada por la naturaleza implacable del norte. Llamaban la atención sus fuertes manos que coqueta e insistentemente trataban de ordenar su abundante y rebelde cabellera revuelta por ese viento despiadado alojado en la Totorá.

Juan era su único hijo. De dieciocho años, era un joven de espíritu alegre, descuidado generalmente de su apariencia, pero últimamente preocupado, porque todo su ser comenzaba a despertar a algo desconocido hasta ahora para él: lo llamaremos tiempo de amar, para no mencionar otros apelativos poco románticos. María y Juan eran modestos cabreros y llamaba mucho la atención que frente a gente letrada que necesitaba bastante vocabulario para decir verdades, sin educación formal ellos se bastaran para darse a entender en forma contundente, sabia y sobre todo concisa, con dichos típicos de la región.

Mientras María amasaba febrilmente la harina candial para el pan del desayuno, decidida se dirigió a Pedro.

—¡¡Oye, Pedro!! Te *distes* cuenta de que tu hijo anda como volado, atontado, es como si estuviera acarreado agua con el canasto.

Pedro estaba absorto trenzando un lazo de cuero de vaca que después ocuparía para amarrar el caballo. Miró como molesto de que lo distrajeran de su quehacer.

—Mira, mujer, cuando el río suena, piedras trae. Eso pasa porque el cabro no ha de haberle visto el ojo a la papa y tu *sabí* que más vale tarde que nunca. Por último, hay que saber que hijo de tigre tiene que salir con rayas. ¿Oye y tu *cachai* si anda detrás de alguna chiquilla? Porque está claro que *el cabro anda en leva*. Oye, María, hay que abrir la mente.

—Pedro, yo creo que por ahora anda disparando de chincol a jote, tu *sabí* que Juan es un diamante en bruto y por donde menos se espera salta la liebre, total en todas partes se cuecen habas. Pero me tinca que el Juan le anda moviendo la cola a la Martita, la hija de don Sofanor, de la majada del Burro Tuerto. Es a esa que le arrastra el poncho.

—¡¡Esa!! ¿La enferma del mal del tordo, las patas flacas y el poto gordo? Eso es cambiar pan por charqui, es como meterse en las patas de los caballos.

—Oye hombre, no hay que pedirle peras al olmo, porque por estos lados no hay mujeres jóvenes como para el Juan, así que *tení que pegarte la cachá*. No hay que perder el hilo del tema, porque, *pa' que sepai*, lo mejor es hablar a calzón quitado, mira que camarón que se duerme se lo lleva la corriente.

—Bueno, negra. A buen entendedor, pocas palabras; total, a caballo regalado no se le miran los dientes. Tu *sabí* que a falta de pan, buenas son las tortas y a quien Dios se las da, San Pedro se las bendiga. Mejor avivar la cueca y no escupir al cielo.

María, con esa postura tan típica de una madre preocupada, dio una mirada de comprensión a Pedro y con las manos en jarra, habló con toda propiedad.

—Sí, hay que tener ojo. Si no es como dejarla a una con la bala pasada. Y mejor hay que *futurear*. Ponle que nos vamos al patio de los callados y el cabro queda más solo que un ánima. Este es capaz de ahogarse en un vaso de agua. Mejor es que agarre pareja ahora, cada uno debe saber dónde le aprieta el zapato. Y tú, Pedro, ¿qué *pensai*?

—María, como uno que tiene años de circo, te digo que puede que el Juan se agarre a la cabra y después diga si te he visto no me acuerdo. Y eso es salirse de madre.

—No *seai* negativo Pedro, eso es echar mierda en el ventilador y vos soy como el diablo vendiendo cruces. No te *acordai* como nos juntamos nosotros, ¿ah? Es la misma cueca con distinta guitarra, mejor no armemos una tormenta en un vaso de agua. Yo me junté con vos por pena al verte solo.

—Bueno. Yo, como el taita, voy a abrir la mente, así que mejor agarrarse con dientes y muelas. Cada uno ara con los bueyes que tiene nomás, si el cabro tiene las tejas corridas. Mejor de dos males, el menor.

—Eso. Así que yo, católica, digo que a Dios rogando, con el mazo dando. Por último, escoba nueva siempre barre bien y la verdad, aunque severa, es amiga verdadera. Así que, mijito, hay que saber llevar la cruz.

—Si *po, mija*. Una golondrina no hace verano; total, no se hizo Roma en un día, y por último nosotros ya hicimos la pega con el Juan, si él quiere arruinar su vida es tema de él. Por ahora, basta al día su afán.

—Bueno. Chao, *mijito*. Hasta mañana.

—Chao, negrita, que duerma con los angelitos. Oye, pero para no quedar *picao*... Tú no te juntaste conmigo por pena, lo que pasa que es que yo no quería agarre todavía porque en ese tiempo era lomo liso, tú *sabí po*, sin nervios. Mañana mismo voy a hablar con el Juan, para aconsejarlo. *Pa'* eso uno tiene años de circo.

Esa mañana, mientras la familia tomaba desayuno dentro del rancho lleno de humo de leña de pimienta, Pedro, con la mirada fija en Juan, le dijo:

—Hijo, no quiero emborracharle la perdiz, le voy a hablar en caliente. Yo sé que usted anda tratando de verle el ojo a la papa, pero cada hombre tiene su precio. Así que quiero que piense bien las cosas con el tema ese de la Martita. Total una golondrina no hace verano, por eso no hay que echar todos los huevos al mismo canasto.

A Juan lo único que le quedó claro fue eso de no echar todos los huevos al mismo canasto, así que de ahí para adelante amplió su coto de caza. No hubo chiquilla a quien no le hiciera la corte en el valle de la Totora. No era

un Adonis, pero trascendió que tenía un éxito rotundo con el sexo opuesto, incluso le llamaban el Tiuque. Siempre cazando, sus conquistas se conocieron en el pueblo.

Quien cayó en sus redes fue la hija del teniente de carabineros, quien escuchó estupefacto cómo su hija le decía que quería juntarse con el Juan. Hasta ahí llegó el caminar de nuestro Casanova. El teniente hizo sus averiguaciones y ahí se reventó la olla. El caso es que Juan tenía un caballito de batalla para sus conquistas: decía que iba a tener una majada de trescientas cabras, luz eléctrica, Internet y agua potable para quien quisiera tener el agarre con él.

Los acontecimientos futuros fueron tristes para Juan. Tuvo que arrancar perseguido por madres, padres, hermanos y uno que otro intruso. Su huida lo llevó a la majada de su abuelo Nicanor, allá más arriba de

Quebradita, lejos de sus perseguidores. Pero nada fue tan malo. Juan maduró, su padre y madre lo perdonaron y le dijeron que volviera, porque ya se estaban acabando las chiquillas para el agarre.

Un día de sol esplendoroso en la majada, llegó. Grata fue su sorpresa al ver que lo estaba esperando la Martita. Sí, esa del mal del tordo. Ella le dijo:

—Del árbol caído todos hacen leña, así que venga conmigo a la casa, Juan, porque quien a buen árbol se arrima, buena sombra lo cobija. Se fue nomás conmigo, *mijito*. Vamos andando mojón por el agua.

Este ha sido *el agarre* más conocido allá en el valle de la Totorá. La fiesta de compromiso fue tremenda. Juan al final fue perdonado por casi todos, menos por la hija del teniente, que quedó con toda la ropa del agarre comprada.

REGIÓN DE COQUIMBO

¡MUERA CARLOS CRUZ!

Carlos Eduardo Marín Tello (47 años)

Profesor de castellano

Ovalle

Primer lugar regional

Fue el despertar más caótico de mi infancia. Mi tía Ana me pidió pasar la noche con ella para ayudarle a amasar pan. Después me dormí *a pata suelta*. Cerca de las siete aparecieron mis tíos y mi papá; sus vozarrones me sobresaltaron y me caí del catre. Mis tíos ordenaban a sus familias que descargaran el camión que los había traído a San Julián desde El Valle del Encanto. Me vi obligado a levantarme. A regañadientes me vestí y salí al corredor. Todo ahí era un corretear de mujeres y niños con ropa, colchones y sacos repletos de verduras y de animales que habían sido faenados la tarde anterior.

Saludé a los que encontré en mi camino y como pude, con la claridad propia de las mañanas de diciembre, llegué hasta el canal a lavarme con el agua fría que corría por el angosto cauce. Volví al corredor y me dirigí a la cocina a ver qué podía comer. De un coscorrón me echaron y me mandaron a ayudar en lo que fuera. En la caballeriza, a grito pelado, mi tío Yono casi me dejó sordo cuando me saludó con un “¡Muera Carlos Cruz!”. Lo miré extrañado y atiné a lanzarme a sus brazos, pues también era mi padrino de bautizo.

Todos hablaban de la muerte de Carlos Cruz, de que el día se pasaría volando y de cómo tener todo listo para el evento nocturno. Los escuchaba atento pero sin entender, pues hablaban de la muerte entre risas y eso me tenía muy desconcertado. La única vez que había

presenciado la muerte había sido con la Pancha, mi chancha blanca. Mi primo Tomacho había agarrado un mazo y con toda la fuerza que tenía le golpeó la frente. Antes de que cayera al suelo, le atravesó el corazón con el cuchillo más largo que jamás había visto. Los chillidos y estertores de la Pancha me habían dejado turulado y esa vez lloré a mares por mi chanchita linda, que nos comimos en el almuerzo.

Al rato, la mayoría se trasladó de la caballeriza al huerto, con cuerdas y machetes. Se arrimaron al árbol de la honda (le decían así por su forma) y comenzaron a tratar de sacarlo de raíz. La tarea no les resultó para nada fácil. Cuando ya no pudieron con él, mi tío Panta fue al corral y montó al “Guaraní”, su potro preferido. Con la soga rodeando el árbol y amarrada a su montura, espoleó al brioso animal, que tiró con tal fuerza que lo sacó de cuajo en un dos por tres. Orgulloso, lo arrastró hasta la caballeriza donde mis primos se abalanzaron sobre él y comenzaron a rasparlo con trozos de soga tomadas a dos manos.

Mis tías llamaron a tomar desayuno y todo quedó tirado. Armaron una mesa familiar; el privilegio de sentarse primero lo tenían los mayores. La encabezó mi tío Yono y mi papá y el resto se fue sentando a ambos lados. Luego, primos y primas mayores y, por último, los más pequeños. El desayuno se preparaba en una

pieza anterior y desde ahí gritaban preguntándonos qué queríamos. Muchos pidieron té cargado y el resto té con leche. Mis tías traían las tazas servidas, llenaban la panera con el amasado y ponían potes de mantequilla hecha por mi mamá, junto con la mermelada de damascos de mi tía Ana y el arrollado de chancho de mi tío Panta. Fue un desayuno muy sabroso, con aromas que hacían salivar a cualquiera y que dejó a varios tan satisfechos como a la reina de Barraza, una expresión familiar. Al terminar, de un solo grito nos mandaron de nuevo a la caballeriza. Al rato aparecieron ellos con mucha paja, alambre y ropa de huaso. Entre cuatro pararon el árbol y lo dejaron sosteniéndose en las dos ramas principales, haciendo que la forma de la honda se invirtiera. Nos mandaron a amarrar la paja alrededor de todo el árbol. Estábamos en eso cuando mi papá me llamó y me pidió que lo acompañara a nuestra casa.

Caminando, me habló de varias cosas, cosas de padre a hijo. Pero me quedó dando vueltas el tema de la plata, que había sido un año difícil y que esta escaseaba, que por eso no me había podido regalar la bicicleta para mi cumpleaños. También me dijo que esa noche todo cambiaría y mejoraría. Entró solo al dormitorio y al salir se echó un paquete a su bolsillo. Nos fuimos de regreso. Todos estaban en el huerto y se dedicaban a juntar leña para el asado familiar. Este era otro ritual. Cada cual aportaba con una fórmula para asar el cordero, pero quien terminaba haciéndolo era mi tío Yono. La carne le quedaba exquisita. Mientras él asaba, los demás bebían un tinto de una de las chuicas traídas para la ocasión. Se les soltó la lengua y los chistes comenzaron a provocar en nosotros risas incontrolables. Las mujeres preparaban arroz, porotos verdes, chilena y papas cocidas. Tipo dos de la tarde nos sentamos a la mesa, siguiendo más o menos la misma estructura del desayuno. De la cocina venía servido el arroz en el plato y cada uno elegía la presa de cordero

y le agregaba la ensalada a su gusto. Todo era bullicio, risotadas y cuentos con más alargue, producto de la segunda chuica de vino abierta. Contaron historias del siete ternos, del siete machos, de la vez que mi papá se había ido de su casa y se había comido el pollo que le había dado mi abuela antes de cruzar el río; hasta de los piojos que se trajeron de su viaje a Argentina. Yo los escuchaba y me reía con lo que alcanzaba a entender.

A eso de las cuatro de la tarde me fui con mi mamá a nuestra casa. Apenas llegué, me tiré a la cama y no supe cómo me quedé dormido. Cerca de las ocho de la noche mi papá llegó entonado, pidió una taza de té bien cargado y me mandó a lavar. Mi mamá me tenía preparada mi ropa de fiesta. Ella ya estaba arreglada. No se pintaba, pero se veía hermosa.

Al volver, la casona familiar era un caos absoluto. Todos corrían de un lado a otro y varios arreglaban una carreta con los burros cariblancos de mi tío Piturro. Mi papá me dijo que saldrían a mostrar a Carlos Cruz antes de su muerte. Eso me heló el cuerpo y se me puso la carne de gallina. La carreta era envuelta con flores del jardín de mi tía Germa y, más que un carro mortuario, parecía un carro primaveral. Mis tíos aparecieron desde la caballeriza arrastrando a alguien que venía vestido con ropa de huaso, incluido el sombrero. Lo subieron a la carreta y lo sujetaron a la baranda. Todos aplaudieron. Mi papá me miró y me hizo señas como de querer que me subiera a la carreta. Antes de escuchar mi respuesta, ya me levantaba entre sus brazos y me ponía al lado de aquel misterioso personaje. Luego se montó mi tío Piturro y algunos de mis primos. Mi tío movió las riendas y los animales comenzaron a avanzar lentamente. Desde abajo, mi papá le indicó que primero irían hasta la Cueva de los Brujos y que desde allí se devolverían hasta la entrada del pueblo, para finalmente estacionarse fuera de la iglesia. La familia se reunió detrás de la carreta y avanzaron junto a ella.

A coro gritaban “¡Muera Carlos Cruz!”. En el camino los vecinos saludaban y con pañuelos blancos avivaban el cántico. Al llegar a la Cueva de los Brujos ya éramos muchos más. Retomamos el camino hasta la entrada del pueblo. Inconscientemente, me fui sintiendo parte de un todo que alegraba mi corazón y me escuché gritando el terrible “¡Muera Carlos Cruz!”. La gente del pueblo iba uniéndose a este cortejo y con sus pañuelos iban despidiéndose de él.

La llegada a la iglesia fue entre aplausos. Mi papá me bajó de la carreta y me sacudió la cabeza. Bajaron a Carlos Cruz y lo dejaron contra un tronco previamente instalado. Mi papá revisó su reloj, anunció que era un cuarto para las doce y sacó de su bolsillo dos cosas: una carta y el paquete misterioso que se había echado en el bolsillo por la mañana. De él extrajo lo que parecían ser balas y las colocó en la ropa del huaso. Luego, comenzó la lectura de la carta. Era el testamento de Carlos Cruz. Anunciaba el fin de ese año y el inicio del próximo. Reconocía que el año que terminaba no había sido

el mejor, que la falta de lluvia había afectado a todos, pero que lo remediaría. Muy solemne leyó que Carlos Cruz se despojaba de todo para ayudar a las familias del pueblo. Regalaba su sombrero a Juan Rivera, su manta a Efraín Vergara, sus espuelas a Armando Campusano. Así hasta quedar sin ninguna pertenencia. A mis tíos les dejaba su espíritu luchador. Con emoción, mi papá leyó las últimas palabras y anunció su fin. Carlos Cruz moriría. Mi tío Panta se acercó con una antorcha encendida y prendió la paja que salía de su ropa. Ahí me di cuenta de todo. Carlos Cruz era el mono de fin de año. Mi padre había bautizado al muñeco con su nombre y de apellido, la cruz que había tenido que cargar para mantenernos. El fuego prendió la paja y la ropa del mono. Mágicamente, a las doce en punto, las balas se dispararon produciendo destellos que llegaron al cielo.

Alrededor todos se abrazaban y se apagaba el grito que los había convocado. “¡Muera Carlos Cruz! ¡Muera el año viejo!”.

REGIÓN DE COQUIMBO

LOS DOS ANGELITOS

Antonia Belén Ramírez González (16 años)

Estudiante

Illapel

Segundo lugar regional

Un día, cuando yo era joven y trabajaba aquí en la hacienda, el patrón me mandó a que llevara un arreo de ovejas a un lugar bastante lejano conocido como La Chépica. Acostumbrado estaba yo a realizar este tipo de labor y de eso vivía, así que para mí no era problema ni nada nuevo recorrer solo o con mis animales estos campos, pues muy pocas veces acontecían novedades.

Bueno, salí muy temprano esa mañana, procurando eso sí no olvidarme de llevar el tacho, los fósforos, la harina tostada y un puñado de azúcar para prepararme un cocho para el desayuno. Luego de ensillar mi caballo, salí de mi casa apenas amaneció y comencé a arrear mi ganado por aquellos solitarios y polvorientos senderos, pero por más que esperé a que saliera el sol para poder abrigarme, eso no pasó. Aquella fría mañana estaba nublado y parecía que podía llover en cualquier momento, por lo que traté de apurar mi andar. El frío tan intenso traspasaba el poncho de lana que llevaba puesto y entumecía mis heladas manos que se aferraban a las viejas riendas; mas no podía parar aún, el trayecto era muy largo y debía esperar llegar por lo menos a la mitad del camino. Sin embargo, esa vez no pude llegar muy lejos, se avecinaba la tormenta y con el primer trueno que hubo mis animales se espantaron y no quisieron seguir avanzando. Me aproximé hasta un lugar cercano en donde había una

espesa vegetación y mientras mis ovejas, ya cansadas, se echaban, comencé a buscar un poco de leña por los alrededores. Fue difícil encontrar leña seca, según recuerdo. El lugar estaba muy vivo y verde, ya que había allí un pequeño pozo de agua, la cual caía de una barrosa pared de roca. Busqué mi tacho y lo llené de aquella fresca agua que parecía estar limpia e hice un pequeño fuego con los pocos palos de leña que encontré. Luego puse a hervir el agua para después tomar desayuno y abrigarme un poco el cuerpo.

Mientras esperaba, comenzaron a caer las primeras gotas que amenazaban con apagar mi fuego, así que traté de acercarlo a la roca para que no se apagara. En eso estaba cuando de repente, al lado de la piedra, vi un trozo de madera que podía servirme bastante de leña. Traté de sacarlo, pero estaba muy firme. Traté de nuevo y tampoco pude sacarlo; parecía ser muy grande y estar unido a otras tablas o cortezas parecidas, así que como mi agua ya había hervido, me senté a preparar mi desayuno. Mientras comía, seguí mirando esas extrañas maderas que tan enterradas estaban al lado de la roca. Cuando terminé, volví a tratar de sacarlas, pues mi curiosidad crecía al verlas. Esta vez sí logré sacarlas. Grande fue mi sorpresa al encontrarme con una rústica caja de madera. Pensé que era un tesoro y luego de mirar hacia todos lados, dudé en abrirla, pero lo hice. Al ver lo que contenía, me

encontré con que dentro de ella había dos angelitos: eran los cuerpos de unos bebés recién nacidos, pero se notaba por su piel seca que llevaban allí muchísimos años. Eran hermanos, supuse, y estaban acostados en aquella pequeña caja y cubiertos y vestidos con ropas y mantas que parecían de lana de guanaco. Sobre sus cabezas había una pequeña vasija de greda. Me asombró lo hermosa que era, los colores y figuras que tenía. Dentro de ella se veía lo que según yo habían sido semillas.

Me quedé mirándolos por un rato haciéndome tantas preguntas, como el porqué estaban allí tan solos ambos, pero otro gran trueno me despertó de mis pensamientos junto a la lluvia amenazante. No podía dejar de ver esas caritas. Cerré la caja y la enterré de nuevo para siempre.

Esperé que pasara la lluvia un poco y seguí mi camino, mas el pensamiento de aquellos dos angelitos me acompañó por mucho. En esos tiempos yo era joven. Ya han pasado muchos años. Un día, sin embargo, volví a pasar por el lugar y quise detenerme de nuevo, ya que siempre recordaba lo que allí había vivido y muchas preguntas seguían latentes en mi mente. Comencé a buscar el lugar donde estaba el agua, pero al encontrarlo, este yacía seco y desolado. Ya nada estaba verde ni frondoso y ahora sí había mucha leña, aunque algo ya no estaba ahí. Al lado de la misma piedra de mis recuerdos no había ninguna tabla. Traté de escarbar un poco, pero ya no había nada, solo tierra seca y un lugar desolado. Solo eso y un pobre viejo desilusionado.

REGIÓN DE COQUIMBO

MISTERIO BAJO LAS ESTRELLAS

Marta Alicia Chelme Díaz (71 años)

Profesora jubilada

La Serena

Tercer lugar regional

En el valle de Elqui, lugar ubicado en la cuarta región de Chile que cuenta con los cielos más diáfanos del mundo para observar y disfrutar de las maravillas y misterios del universo, hacia el interior de la región, en un valle encajonado en El Molle, estaba la casa de mi abuela. Era antigua, de adobe y tenía ventanas pequeñas. Siempre sucedían acontecimientos extraños que formaban parte de los mitos y leyendas del campo que se relataban en conversaciones familiares en lluviosas y frías noches de invierno en torno a un brasero, tomando mate con pan amasado. Los niños éramos tres: mis dos hermanos y yo. Solamente escuchábamos. El sonido de la lluvia sobre los techos de calamina, el rugido de los truenos y los destellos de los relámpagos que iluminaban desde el cielo nos hacía presagiar una noche a lo menos tenebrosa. El soplo del viento que, enfurecido, golpeaba la lluvia contra los vidrios. La llegada de la noche con la oscuridad que invadía todos los rincones como manos negras y gigantes; la luz de las velas con su movimiento oscilante, misterioso y débil y el ladrido lejano de los perros daban lugar a un ambiente que a los niños nos parecía terrorífico.

Mi padre, escéptico de apariciones y casos misteriosos, sonreía cada vez que escuchaba una historia extraña. Después de una reunión familiar que terminó pasada la media noche, se dirigió al baño que quedaba al

fondo del oscuro patio, iluminado solo por las estrellas. Debía pasar por el primer patio, donde estaba el jardín. El segundo era una pequeña y cuidada chacra con brillantes y rojos tomates, choclos con rubias cabelleras y los aromas inconfundibles del orégano, la albahaca y el cedrón. En el tercero estaban los árboles frutales con dulces y jugosas peras, ciruelas, damascos y membrillos con los que mi abuela preparaba exquisitas mermeladas y dulces. Estos pequeños patios estaban separados por una reja de madera añosa y que crujía al abrirse, poniendo una nota más de misterio.

Mi padre estaba tratando de abrir la última puerta cuando sintió a sus espaldas un ruido de monedas como tiradas al aire. Se dio la vuelta y en la absoluta oscuridad de la noche, vio a una niña vestida de blanco moviendo su vestido con ambas manos, de ahí venía el ruido de las monedas. Con su metro noventa de estatura, fornido e incrédulo, se quedó impávido, sólo tragaba saliva. La niña, al llegar a su lado, se elevó en un suave vuelo y pasó sobre él. Desapareció en la oscuridad de la noche, sintiéndose a lo lejos el ruido de las monedas junto con unos tímidos ladridos de perros. Mi abuela contaba que lo vieron llegar pálido y muy nervioso.

Al otro día contó la historia y, ante la incredulidad de mis tíos, la abuela destacó que en la comida no

había habido ningún tipo de vino, para que no se malinterpretara la situación. Mi padre volvió a su lugar de trabajo, fuera de la ciudad. Se hicieron varias hipótesis respecto al caso. Se consultó con la señora Merceditas, que era la experta en estos temas. Visitó el lugar, prendió inciensos, trajo unas brillantes piedras de colores que esparció por el lugar, sacó las cartas y vio el tarot. Según los niños que mirábamos de lejos, “hizo puras brujerías”. La conclusión fue que en ese lugar había un tesoro escondido. Se contrató a un obrero, el que trabajó una semana removiendo la tierra. La búsqueda debía ser tan prolija que la cernía para que no se fuera a escapar ni una moneda, ya que podía ser de oro.

Con gran pena vimos cómo empezó a sacar los árboles con nuestras frutas preferidas y nuestros escondites

predilectos, a los que nos subíamos por sus ramas hasta quedar cerca del cielo. Ahí veíamos pasar las nubes blancas sobre nuestras cabezas, formando sirenas con crespas cabelleras, enormes ogros, o lo que nuestra imaginación creara. La casa de los secretos entre sus ramas había desaparecido. Sus raíces se fueron secando y sus verdes hojas se pusieron mustias y cambiaron de color, los nidos de los pájaros quedaron abandonados en el patio. No se encontró ningún tesoro.

Un mes después llegó mi padre. No podía creer lo que había pasado. Miraba desconsolado los árboles muertos. Trabajó varios días arreglando el lugar. Muy contentos le ayudamos: plantó nuevos árboles, arregló las rejas para que no crujieran y nos advirtió muy serio que todos nuestros futuros vestidos podían ser de cualquier color menos blancos.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL ÚLTIMO ESCOPETAZO

Leonardo Antonio Olivares Bugueño (46 años)
Ingeniero agrónomo
La Ligua
Primer lugar regional

Lo último que le dije a la señora Fernandina, viuda de don Misael Pérez, era que los poderes para la inscripción de las aguas en los Cuatro Pozos estaban listos para ser firmados. Ella junto a sus cinco hijos, dos hombres y dos mujeres, todos ya mayores de cuarenta años y con sus propias familias, eran los herederos de dos parcelas de cinco hectáreas cada una. La primera, asignada por la reforma agraria; la segunda, comprada fruto de los años de trabajo y lo ganado con el cultivo de los paltos, las flores y los vacunos. El sitio con la casa familiar, también de la reforma, los derechos a bienes comunes y cerros, dos sitios más comprados en el sector de Casas Viejas, dos tractores, dos camiones y una camioneta, naves, aperos, herramientas y unas cien cabezas de ganado vacuno más algunos caballos de trabajo y tres de rodeo, conformaban una pequeña fortuna producto de una vida de trabajo duro en el campo.

Cuando conocí a don Misael, me habló de cuánto le gustaba salir a cazar y andar a caballo. Era un hombre sencillo, pero conversador y directo. Me pidió que le inscribiera las aguas y llegamos rápidamente a un trato, aunque le expliqué que el trámite era largo e incierto. Ya tenía cerca de ochenta años cuando presentamos las solicitudes. Me contó de la reforma agraria y de lo malo que era el último fute que administró el fundo, de cómo partieron y cómo fue que llegaron los paltos al valle de Longotoma, de las flores de los Ariztía, de

cómo el río cada vez tenía menos agua y los canales se secaban y cómo tuvieron que hacer pozos para poder regar. Varias veces me pidió que nos encontráramos en la feria de ganado de Quillota; allí siempre iba a vender los animales y llegaba muy bien vestido y afeitado. Me pagaba bien por mis servicios.

Después de casi cinco años, las resoluciones de la Dirección de Aguas por fin salieron. Lamentablemente, él falleció esperando. Murió a los ochenta y cinco años. Fui a su funeral, todo el valle fue, y lo dejaron con muchas flores en el cementerio Maricunga de Trapiche.

Habían pasado unos meses de su muerte cuando llegaron las famosas resoluciones que aprobaban la inscripción de las aguas. Para poder terminar el trámite, había que inscribirlas a nombre de la sucesión. No era algo tan complicado y ya lo había realizado varias veces; acá no había problemas entre los hijos, ninguno estaba fallecido y la viuda entendía bastante de la materia, por lo que se veía un tema fácil.

—Les dejo los poderes para que uno solo los represente y firme a nombre de la sucesión. Cuando estén listos me avisan y los vengo a buscar a la notaría —les dije.

—Sí, no se preocupe. Apenas estén listos le avisamos. Ya llevamos casi tres años sin que el río baje, dos de los pozos están secos y los otros dos son los que nos permiten regar todo.

—No se olviden de adjuntar la posesión efectiva al poder —les dije y me fui.

Ese año cayeron heladas durísimas durante el invierno, pero no me llamaron. Esperé unos meses y nada. Tampoco hubo lluvia. Me tocó ir de nuevo para Trapiche y pasé a ver a la viuda. Me saludó cariñosamente, como siempre, y me invitó a tomar onces con pan amasado y queso fresco, mermelada de durazno y leche. Conversamos de todo un poco: de los paltos helados, de los animales sin pasto, de la larga sequía y de lo mucho que le gustaba a don Misael ir a Quillota.

Después de una hora, para no ser descortés, le pregunté qué había pasado con los poderes y la posesión efectiva. Ella sabía que sin el agua inscrita no podrían postular al proyecto de INDAP para su hijo Juan y sus naves de claveles.

Me dijo que habían surgido unos problemas, que ella al final había entendido por qué se quedaba en Quillota.

—Este viejo... me la hizo...y yo hasta le preparaba la ropa... —dijo.

Yo no entendí mucho. Ella se paró y fue hasta un mueble. Ahí estaban en la vitrina las escopetas de don Misael: grandes, de doble cañón, una española y una rusa. Con ellas don Misael iba al cerro a cazar, siempre las limpiaba y las llevaba a Quillota en la camioneta.

—Este Misa... —así le decía ella—. Siempre fue buen esposo, buen papá... muy trabajador. Nada que decir. Nunca me faltó el respeto en más de sesenta años y

siempre se portó bien. Me la hizo y yo ni lo sospeché —dijo. Sacó del cajón unos papeles y unas carpetas—. Mire, aquí está la posesión efectiva con la lista de herederos. Véala, mire con la sorpresita que me salió este diablo.

Se le notaba molesta, pero no tanto. La leí y todo me pareció bien, hasta que llegué al listado de hijos reconocidos. Ahí estaban sus cinco hijos, los tres hombres y las dos mujeres, pero había un sexto hijo de solo once años de edad llamado Francisco. Quedé sorprendido y no supe qué decir.

—Ve, pues. Por eso iba tanto a Quillota. Lo de los animales era puro cuento. Si los vendía en la mañana... Si quería se venía al tiro y llegaba a almorzar. Pero no. Siempre tenía que quedarse allá. Llevaba las escopetas y decía que lo invitaban a los conejos o a las codornices y volvía como a los tres días.

Atiné a preguntar si ya habían tomado contacto con él y qué iba a pasar. Me dijo entre risas que Juan Misael, el segundo de sus hijos que por edad podía ser el abuelo de su medio hermano, la había llevado a hablar con la mamá del niño y que lo había visto. Era una mujer joven de unos cuarenta años y quería parte de la herencia y dinero para sacar adelante al niño y que el angelito no tenía la culpa. También me dijo que lo había conversado con sus hijos y que la iban a ayudar. Hasta habían pensado en traerlo a la casa. Cuando se despidió, me dijo:

—Este viejo Misa... se fue a pegar su último escopetazo a Quillota.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

LAS MANOS DE LA AMBICIÓN

Germán Ricardo Vargas Toro (29 años)
 Administrador en Turismo y Cultura
 Putaendo

Tercer lugar regional

Llevaba un tiempo con la mirada perdida. A Facundo se lo solía encontrar en un banco de la plaza cantando canciones mexicanas, quizás para olvidar, quizás para engañar al alma. No existía claridad. Según se rumoreaba, Facundo se había enfrentado al diablo y en la lucha había perdido algo más que su valentía. Quise interrogarlo y averiguar qué era lo que había pasado. Medio en broma, medio en serio, me miró seriamente a los ojos y me dijo:

—Venga conmigo a El Manzanal y ahí sabrá de qué estoy hablando —respondió desafiante. Guardé silencio, mientras pensaba.

El Manzanal era conocido como una antigua localidad minera, donde alguno que otro pirquinero abandonado a su suerte se esforzaba en su faena con la esperanza de cambiar su suerte buscando antiguos yacimientos de oro.

—Partiremos a medianoche desde la antigua hacienda patronal —concluyó.

Lo esperé pacientemente desde las diez por si algo malo sucedía. Como huaso, era desconfiado y no quería encontrarme ninguna sorpresita. Después de todo, los patos malos andaban siempre acechando. Pasaditas las doce, llegó cubierto de un poncho y debo admitir que sentí escalofríos. La luz de la luna lo hacía parecer más lúgubre de lo normal.

—Si está aquí conmigo, debe conocer la historia del señor patrón —insinuó repentinamente. Su irrupción causó escalofríos en mi persona. La historia era conocida, pero nunca había escuchado a nadie referirla de ese modo. Había pasado casi un siglo desde que se supo del escándalo de Jacinto Penales.

Según decían, la antigua hacienda de Lo Vicuña había sido parte de sus dominios. Lo caracterizaban una crueldad y una ambición despiadadas por el dinero. Un día, uno de sus empleados había tenido un sueño sobre una gran fortuna abandonada en la Empinada del Diablo. Claro que solo se le otorgaba a los valientes que estuvieran dispuestos a cruzar por un delgado camino, con riesgo de muerte. Juan Prado, que así se llamaba el campesino, reunió a dos de sus amigos y se dispuso a ir a buscar el tesoro con chuzo y pala. *Nomás* en la entrada de la Empinada del Diablo se empezaron a oír lamentaciones, gritos y grandes peñascos que caían por el acantilado. Por miedo, sus amigos huyeron del lugar. No obstante, Juan Prado fue con confianza entremedio de los peñascos, rezándole a su crucifijo. De pronto, la noche se calmó y entremedio de la nieve se divisó una pequeña luz azul, característica principal para reconocer un entierro.

El hombre, que no era ambicioso, sacó un par de monedas del cofre y se las entregó posteriormente a su hijo para que fuera a estudiar lejos. Como los rumores

vuelan, llegó a oídos del patrón la travesía de Juan Prado, por lo que ordenó azotarlo para que revelara el paradero de las monedas. El hombre moribundo quedó desangrándose en el patio, perdiéndose su secreto para la eternidad.

—En eso se equivoca, mi gancho. Yo presencié su agonía y al momento de dejar este mundo fue a mí a quien reveló ese secreto. He sido muy cobarde durante todo este tiempo lo que ocurre en ese lugar capaz de devorar la voluntad de un hombre. Pero he reunido el coraje durante años como para poder hacerlo.

Me sorprendió una vez más la declaración de este hombre y, sin buscar palabras para frenar su coraje, lo seguí en silencio en medio de la oscuridad, sin saber a dónde me dirigía. Sin embargo, había algo en su relato que no me convencía. Don Jacinto Penales era el nombre del hacendado que había tenido posesión de aquellas tierras hacía más de un siglo, pero nadie lo llamaba “señor”. No porque no lo fuera, sino porque su maldad y despiadada forma de tratar a los campesinos lo habían convertido en un demonio. De pronto sentí

unas manos invisibles golpear mi espalda. Busqué mi crucecita y recé en voz baja.

—¡Pero qué hace ño! ¡Espanta a la criatura! —hablé de pronto.

—¡Dígame su nombre! —grité con todas mis fuerzas.

—Jacinto Penales, y he de recibir una enorme fortuna a cambio de su muerte.

Mi respiración pareció detenerse por unos segundos, los suficientes como para darme cuenta de que estaba siendo arrojado al barranco por un alma avariciosa. Estaba frente a frente con un alma que no descansaría de seguir haciendo mal en este mundo. No contento con ello, quería matarme. Mi propia ambición me había guiado a ese destino. Pedí disculpas a ese hombre y le prometí no volver a molestarlo, no desear lo ajeno jamás y darle a cambio mis rezos para que descansara en paz y pudiese irse al cielo.

Lejos de toda creencia, resultó. Después del susto y las cicatrices en mi espalda, estoy *vivito y coleando*, contando esta historia tal como sucedió.

REGIÓN METROPOLITANA

LO QUE PASA DONDE YO VIVO

Jorge Esteban Lazo Campos (15 años)

Estudiante

Santiago

Segundo lugar regional

Mi abuela es profesora jubilada de Santiago y compró una pequeña parcela de media hectárea. Cuando mi mamá cumplió los quince años, se los vino a celebrar aquí al campo, en un lugar muy lindo pero que tiene muy malas historias que mucha gente sabe, pero prefieren hacerse los lesos y no meterse. Mi mamá, mi abuelita y mi abuelito compraron una vaquilla así que había carne *pal* mundo. Mi abuela invitó a unas profesoras y ellas traían a sus hijos. En una pieza de la casa se iban dejando los regalos. Me cuenta mi abuela que llegó muchísima gente. Venían en camioneta, en autos, en motos, en carretillas, a caballo y a pie. Pero fue grande la sorpresa de ella al ver que los hijos de las profesoras le habían robado unos regalos a mi mamá.

Mi mamá me tuvo a los diecisiete años, súper joven. Mi papá era domador de caballos y mi mamá estudió con mucho esfuerzo educación parvularia, pero con tan *mala cueva*... perdón, mala suerte, que mi abuela la inscribió en la Universidad del Mar y no pudo recibirse, porque no era acreditada. Así que mi abuela perdió mucha plata en educar a mi mamá y lo más triste es que no le devolvieron ni un solo peso. Aquí en el campo no hay mucho trabajo. Mi papá, por otro lado, había cometido un delito y estuvo preso casi ocho años. Yo fui pocas veces a verlo a la cárcel. Me llevaba mi abuela a escondidas de mi mamá. Yo lloraba al ver tanta injusticia y en las condiciones en las que están los presos en Chile y en especial en Curicó.

Pasaron los años. Me crié con mi mamá, mis dos hermanos y mis abuelos maternos, porque a los paternos nunca los vi. Estudié en una escuela rural de aquí de Curicó, pero mi abuela me decía: "Por Dios que es mala la educación aquí en el campo, no les enseñan nada a los niños, siendo que en Monte Oscuro hay solo tres niños en la escuela Dolores Morales. Yo en Santiago tenía cuarenta y cinco niños en la sala. Qué injusto".

En mi familia somos medianamente felices. Mi mamá es muy bonita y no le faltan los pretendientes. Como ella está sola solo se dedica a trabajar. Mi abuela saca una miseria de sueldo. Mi abuelo tiene un cáncer súper raro a la tiroides, una sola vez lo vi *pelao* por las radiaciones. Ahora parece que se mejoró, pero lo raro es que se le están doblando los dedos de las manos.

Mi abuela me cuenta que ella no sabía lo que pasaba en la casa que había comprado. Otra abuela, la tía Rosa, le contó que en esta casa había tres guaguas enterradas, de mujeres jóvenes que se hacían abortos galopando horas y horas a caballo, hasta que se les soltaba la guagua y la perdían. No hallaban nada mejor que enterrarlas y pasaban piola. Cuando mi abuela me contó esto me dio miedo, porque yo también sentía llantos de guaguas. No eran de gatos, ni de ratones, ni de perros.

Otra cosa que me contó mi abuela fue que un hombre joven y otro hombre viejo eran medieros. El joven le llevaba las vacas a la cordillera y se las traía. Un día desapareció el mediero viejo, nunca más lo vieron. La gente cuenta que el mediero joven lo mató en la cordillera y lo tiró a los precipicios que hay en la montaña y pasó piola y que anda muy campante por la calle. Mi abuela me cuenta también que aquí en esta zona toda la gente planta y vive de la marihuana y que los policías no hacen nada, se hacen los tontos.

Cuando era más joven, mi abuelo había sido carabinero. En el año 1973, *pal golpe*, los comunistas le balearon las piernas y tuvieron que ponerle una barra de platino para que pudiera caminar. El muy tonto pidió la baja voluntaria, no recibe ni un solo peso.

A pesar de todas las penurias, soy feliz. No me falta nada, solo más cariño de parte de papá y mamá.

Mi abuela quiere seguir trabajando, pero no la admiten porque es vieja. Tiene sesenta y siete años, pero es más ágil que otras señoras que tienen su misma edad. Representa menos cuando se arregla... o disfraz. Cuando va a bailar tango, se pone unos tacos aguja rojos, un vestido abierto al lado y una peluca. Se ve *re linda*, representa cincuenta años.

A veces la escucho llorar y maldecir el haberse venido a vivir al campo, porque por desgracia le tocaron de vecinos una banda de delincuentes, los que robaron los seis mil millones de pesos en el aeropuerto de Santiago. Aquí en Upeo estaban escondidos *los pasteles*. La vecina vive con el marido y el amante. Yo le dije a mi abuela:

—Qué injusta es la justicia. A mi papá le tiraron ocho años por ser pobre y a estos, porque tienen plata, les tiraron tres años y un día, con libertad remitida, solo firmando.

Aquí en el campo menos mal que nos pusieron agua potable. Hace poco pusieron la luz en las calles. Ojalá que pavimenten luego y que luego pongan una antena, porque no hay cobertura para hablar por celular, menos para tener un computador con internet.

A veces es triste por estos lados. Yo veo cómo se muere la gente vieja por falta de cuidados y atención médica. Mi mamá casi se murió: una vez, una mujer que andaba detrás de mi papá y que sabía manejar, andaba en su auto. Mi mamá salió a la calle a increparla y a decirle que se bajara del auto, se agarraron de las mechas y la peor parte la sacó mi mamá. La maldita mujer aceleró y arrastró a mi mamá cien metros. Mi abuelo salió con la escopeta a dispararle al auto y mi abuela, gritando y llorando, fue a llamar a carabineros y una ambulancia. Lo más terrible es que no vino nadie, ni carabineros ni ambulancia, ni paramédico de Upeo. Mi pobre abuela, como pudo, le sacó las piedrecillas, la limpió con agua hervida y tuvo que esperar hasta el otro día que amaneciera para llevársela al hospital en la micro rural. Quedó la escoba en el hospital.

Aquí en el campo *lo único que es más tranquilo*, hay aire puro y en el verano me baño en el río, en unas aguas transparentes. Lo malo es que cuando pase a primero medio, tendré que irme a un internado y viajar los fines de semana. Las autoridades de educación deberían preocuparse más de los niños y adolescentes.

Mi abuela se entretiene con gallinas, patos, gansos y la lombricultura. Ella dice que de ellas sale la tierra de humus. Pero yo encuentro que trabaja mucho y gana muy poco. Ella postula a proyectos, pero nunca sale favorecida. A ella le gustaría tener abejas, un gallinero como corresponde, con ponederos y comederos, plantar nogales. Pero todo eso se hace con plata.

REGIÓN METROPOLITANA

EL CURIOSO

Alejandro Humberto Román Quiroz (67 años)

Empleado particular

La Florida

Tercer lugar regional

A los catorce años y medio fui a vivir con mi abuela. A ella ya le faltaban fuerzas para hacer lo que ejecutaba a favor de la comunidad: era “curiosa”, es decir, compositora de huesos. Arreglaba a los que se accidentaban y les saltaban los huesos de su ubicación natural. Me eligió por ser el mayor y, según ella, despierto. Quiso darme la enseñanza de mirar con las manos los huesos corridos para volverlos a su lugar. Me decía, tomando mi mano: “nota como ahí en ese boquerón falta una piedra redonda: es la cabeza de este hueso”. Luego me mostraba mi hombro para que aprendiera. “Cuando toques debajo de la piel como escarcha molida y cruja como cruje la nieve cuando la pisas, el hueso está quebrado. Hasta ahí llegas tú. En esos casos debes inmovilizarlo y al hospital”.

El primer accidentado que atendí fue mi hermano, en ese entonces de trece años. Iba a todo galope por el campo cuando el caballo pisó una madriguera de pequén, un pájaro nocturno primo del chucho o lechuzo. Es el único que hace su nido a ras de suelo, lo que deja el piso blando y con una profundidad de diez a quince centímetros. En ese hoyo hundió la pata el animal, que botó lejos a mi hermano. Cayó sobre su brazo derecho y se lo torció feamente. Mi abuela no quiso componerlo.

—Que sufra un rato, para que aprenda a no ser porfiado. Le ordené que no corriera esa bestia —decía la abuela, rezongando del patio a la cocina.

Con mi hermana chica no hallábamos qué hacer. De repente, se me ocurrió.

—Tú vas a ser mi ayudante —le dije. Tomamos a mi hermano y mientras ella sostenía el brazo desarticulado hasta el hombro, yo seguí la huella del hueso, que estaba dislocado en el hombro, codo y muñeca, tal como me había enseñado la abuela.

Después de un pequeño reconocimiento, se le sobajea mientras se le habla para darle confianza y distraerlo del dolor. Luego, de un tirón seco y preciso, vuelves a su posición lo que estaba fuera de lugar. Mi hermano se mordía para no gritar y yo transpiraba de miedo por lo que estaba haciendo. *Fuera que nos pillaran*, nos darían la paliza del siglo. Al rato, y con las tres dislocaciones corregidas, increíblemente el dolor cedió casi al tiro. Pasó el tiempo y aprendí bastante. Ya pocos buscaban a mi abuelita. Me llamaban a mí.

En una oportunidad, la comadre Rosa fue en busca de agua con su hijo de siete meses en brazos. En una mano cargaba el balde, en la otra la guagua, el Tatito. Cuando ya había recogido agua, se tropezó. El arco del balde le torció el brazo y se le incrustó en la muñeca. Se fue de bruces, aplastando al niño contra su cuerpo grueso y el barro. Pesaba más de ochenta kilos. Me fueron a buscar para que la *curioseara*. Empecé por las manos: le ordené los huesos de las coyunturas, que estaban

algo hinchadas, pero todavía se podía trabajar en ellas. Tatito lloraba y lloraba. Cuando iba reconociendo su brazo, palpé y sonó como escarcha molida.

—Comadre —le dije—, tiene que ir al hospital. Su brazo está quebrado. Ahora déjeme ver al niño, está muy llorón y parece muy golpeado.

Lo primero que noté fue que el tobillo y la rodilla estaban fuera de lugar. Se los entré. Cuando recorría el huesito del muslo, lo sentí roto. A esa altura el angelito tenía los ojos brillantes de la fiebre y el esfuerzo del llanto.

Una vez en el hospital, tomaron radiografías. Había fracturas en el muslo del niño y en el hueso de la muñeca derecha de la mujer, con algunas dislocaciones recientes corregidas. Yo a mi comadre le había encargado que no dijera que la había *curioseado*, pero como la doctora hizo venir a los carabineros para interrogarla por los múltiples golpes que salían en la radiografía del niño, ella tuvo que decir que yo la había ayudado cuando se cayó con el Tatito en brazos. En una ambulancia me fueron a buscar. Me llevaron a la oficina de la doctora, que estaba reunida con los uniformados, la comadre y el niño.

Cuando entré, vieron que era un adolescente. Todos muy formales, algo cuchichearon entre sí. Me miraron con cara de sorpresa y me preguntaron si componía huesos, a lo que les dije que sí. Me preguntaron por qué lo hacía, si tenía algún estudio o papel autorizándome para meter mano en las personas, si cobraba por lo que practicaba, quién me había enseñado y si pensaba seguir haciéndolo. Todas las preguntas las hacían los policías en tono serio y preocupado. La doctora, a pesar de su juventud, estaba atenta a mis respuestas.

—Yo soy *curioso* y compongo los huesos en las articulaciones de la gente que me va buscar. No cobro

ni me ofrezco —dije—. Esta ciencia me la enseñó mi abuelita, por ser el mayor de los hombres. A ella se le agotaron la fuerza y la vista. No tengo estudios; llegué a sexto preparatoria. Mi padre nos abandonó, por eso tuve que hacerme cargo de la rancho, porque mi mamita no podía sola con mis cuatro hermanos para hacer toda la faena del campo. Lo hago porque las personas me buscan. Sí, voy a seguir curando a la gente que lo pida y lo necesite. En el campo no hay quien arregle los huesos de los que se tuercen o sufren golpes que dislocan las articulaciones. Yo les pongo yerbas como matico y salmuera en la hinchazón. Eso les calma el dolor y baja la inflamación. Si ellos quieren me dan algún saco de trigo, papas o animal pequeño de cuatro o dos patas. Si no tienen nada a cambio de mi trabajo, no les exijo producto ni dinero, señor. Si vuelven a pedir que los asista, lo hago sin ningún problema.

Me hicieron firmar varios papeles. Con mi explicación sobre la guagua se convencieron de que había sido un accidente. La señorita me llamó a un lugar aparte, después que contesté otras preguntas. Me miró como miran los que sienten respeto y me ofreció ayuda para seguir estudiando. Su padre era *palogruoso* y me pagaría los estudios para sacar el bachillerato. A cambio viviría en su casa de la ciudad y con el tiempo que tuviera libre, haría algunos trabajos de papeleos y pagos para él.

No quise, por mi mamita y mis hermanos. Acepté que le diera empleo de auxiliar de aseo y lavandera a mi hermana, que ya estaba en edad de trabajar. El nombre de mi hermana es Margarita. Esto sucedió en el hospital de Maquehue, que en mi lengua quiere decir fruta silvestre nueva. El maqui es un arbusto que da unas pelotitas dulzonas y algo agrias y crece en forma salvaje donde hay agua, espacio y tierra.

Por intermedio de mi hermana la señorita doctora sabía de mi persona. En cierta ocasión me mandó a llamar, que fuera urgente al hospital. Cuando llegué estaba sentada en un sillón con el tobillo vendado.

—A ver, Juanito, cómo resuelves este problema —me dijo y me mostró su pierna, que sin la venda dejaba ver un tobillo inflamado. Yo soy de pocas palabras, así es que me entibí las manos frotándolas y empecé a palpar la zona.

Le dije que me contara cómo había sido, que es una manera de distraerla del tirón que debe hacer el *curioso* al colocar la articulación en su verdadero sitio. Ya había localizado a qué lado estaba corrido el hueso.

—Mire, Juan —dijo—, venía saliendo del dormitorio que está en el segundo piso. Cuando llevaba cuatro escalones y empezaba a descender el quinto, mi pie de apoyo resbaló. Ese traspíe me hizo cargar todo el peso del cuerpo en...

Hasta ahí llegó la historia, ya que tomé con mis dos manos el tobillo torcido y de un golpe seco y seguro hacia abajo y hacia el lado derecho, centré el hueso. Aunque llevaba dos horas del accidente y los nervios y músculos estaban fríos, con la friega que le efectué logré que doliera menos. La señorita *quedó en un ay*.

—Pero Juanito, me dolió mucho —dijo con su cara linda y mimada.

Le pedí que se parara, cosa que no quiso hacer. *Menos* pensar en apoyar el pie dañado. Poco convencida lo hizo. Afirmó temerosa y suavemente el miembro recién trabajado y no sintió los alfileres en la pierna. Casi divertida se quedó en el sillón. Movía la cabeza, maravillada. Luego caminó con un pequeño cojeo.

—Eres fantástico, Juan. Estudia, hombre, estudia por favor. Hazme caso. Yo te ayudo. Tus manos son prodigiosas —me dijo, sonriendo incrédula.

En otra ocasión, estando en la casa de una joven para componerle los huesos de la mano y la muñeca, llegó el hermano de la accidentada. Era persona de la ciudad. Por la calidad de la camioneta y de su vestimenta se notaba que era platudo. Al ver a su hermana con el brazo inmovilizado por un pañuelo amarrado al cuello con olor a vinagre y una cataplasma de matico para absorber la sangre machucada, me preguntó en forma prepotente y sin siquiera saludarme:

—¿Qué le hizo en el brazo a mi hermana? ¿Qué pociones puso? —me dijo, mostrando la venda con un respingo de nariz y empleando un tono dudoso acerca de mi trabajo.

—Le arreglé los huesos de la mano —contesté—, pero debe ir a un hospital, porque tiene una quebradura en el brazo.

—¿Y cómo lo sabe usted? —dijo altanero.

—Porque la revisé y estoy seguro de lo que hago —le contesté firme.

—Mira —dijo apuntándome con el dedo. Me tuteaba en forma agresiva—, la llevaré al hospital, pagaré todos los gastos de radiografías y exámenes, pero si no sabes lo que haces me pagarás y más encima te mandaré preso.

—Me quiere desafiar —le contesté—. Está bien, acepto. Pero si tengo razón, usted me pagará el doble de lo que gaste, ¿escuchó? No puede andar por ahí ofendiendo a quien se le ponga por delante. No

porque esté en ropa de trabajo y sea un campesino, va a tratarme de esa forma. Además, su hermana me llamó, no me ofreció. Dejé mi trabajo botado por venir a darle alivio. Ahora me retiro. Mi palabra es de hombre y espero que la suya tenga el mismo valor que la mía, permiso.

De ahí fui al hospital y hablé con la señorita conocida. Dijo que no me preocupara, ella me ayudaría. Al día siguiente fui a la casa del hombre orgulloso. Me recibió el mismo, su aspecto había cambiado.

—¿Cómo está, Juan? —me dijo—. Pase. ¿Quiere algo de tomar? Venga, tome asiento.

—Vaya, se acordó de mi nombre —le contesté—. Ayer ni siquiera lo preguntó. No quiero nada caballero, solo vengo a saber sobre lo acordado, nada más. Debo irme rápido, tengo trabajo en el campo.

—Mire, Juanito. Debo pedirle disculpas. Como buen caballero, reconozco que me porté mal desconfiando y dudando de su capacidad. Aquí está su dinero, lo que gasté y lo que usted fijó por su trabajo. Y una suma extra por mi mala educación y pésimo comportamiento con su persona.

Salí de esa casa contento.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LA VIRGEN NEGRA

Henry Alejandro Rojas Rojas (24 años)

Estudiante

Santa Cruz

Primer lugar regional

¡Oh! Virgen de Montserrat, ayúdame en mis necesidades, dame consuelo en mis aflicciones, alivio a mis enfermedades y descanso en mis dolores. Madre cariñosa de Montserrat, cúbreme con tu manto poderoso, donde pueda estar seguro de mis enemigos.

Fragmento oración Virgen de Montserrat.

I

A marrado a un palo a eso de las tres de la tarde, Julián Martínez, el conocido cuatrero, se encontraba medio muerto y seguía recibiendo los innumerables golpes por intentar robar el ganado de la hacienda de los Cornejo.

Eufórico, el varón más joven del clan, Miguel, lo golpeaba incesantemente. Sus nudillos llenos de sangre confirmaban la rabia y justificaban la situación, para que el Julián dejara de andar infringiendo el séptimo mandamiento. Sin embargo, mientras más aporreaba al conocido cuatrero, este más parecía mantener su seguridad con una sonrisa cómplice y sarcástica, como queriendo decir que, si le preguntasen, lo volvería a hacer, lo que incrementaba aun más la cólera de Miguel. Por esta razón, al ver que el Julián no demostraba sentimiento de culpa, decidió amarrarlo con alambres. Pasaron algunas horas y a Miguelito Cornejo ya se le había olvidado que el ladronzuelo estaba amarrado. Al momento que lo recordó salió

corriendo a desamarrarlo. Sorpresa fue la suya al ver que Julián estaba en perfectas condiciones y sonriendo —con el único diente que le quedaba—, pero sin ningún rasguño. Las costras que tenía parecían evaporarse con el sol y un extraño aura negro lo rodeaba. Miguel Cornejo lo soltó, pensando en el Julián como quien tiene pacto con el Diablo.

A la semana siguiente el endiablado Julián nuevamente había hecho de sus fechorías, esta vez robándose un caballo de raza fina del fundo de don Horacio. Sin embargo, en su escapada el jinete que le seguía chocó de manera directa con el caballo robado. Ambos caballos murieron en el impacto. El peón de don Horacio quedó mal herido y se fue directo al hospital. A Julián, fuera de los rasguños de la caída, nada.

El menor de los Cornejo, al enterarse de la noticia, intentó darse una explicación del sobrenatural hecho de que al Julián nunca le pasara nada, por lo que se

dirigió a la posta a ver al peón. En el trayecto se encontró a la *mama* Josefina, una vieja *medio bruja, medio sabia*, como dijera el manifiesto del poeta creacionista.

—¿*Pa onde va, mijo?*

—A la posta, *ñora* Josefa.

—¿Se desnucó el peón *de'on* Horacio? dijo la vieja.

—¡No, *ñora!* ¡*Ta* en la posta!

—Te apuesto que al Julián no le pasó *ná* y anda *vivito y coleando*.

—Y *usté*, ¿cómo sabe?

—Porque el Julián se encontró a la Virgen Negra en el cerro.

—¿La qué? —preguntó asombrado el menor de los Cornejo.

—La Moreneta... la Virgen de Montserrat. Acércate *pa* acá que te cuento.

II

La *mama* Josefina invitó a Miguelito a pasar a la casa, puso la tetera a hervir y comenzó la historia.

—Resulta, Miguelito, que la Virgencita de Montserrat es la patrona de los ladrones. La mayoría de los cuatreros y *asaltacaminos* de por acá se encomiendan a ella, *pa* que los ayude cuando tengan cualquier problema y no les pase *ná* malo. ¿*Me entendí?*

—Entonces, *oña* Josefa, ¿la virgencita ayuda a estos *malacatosos* a robar? —interrumpió el joven.

—¡No *po*, hombre! Les ayuda *pa* que no les pase *ná* malo. Los hace reflexionar *pa* que enmienden rumbo. Por lo que cuentan, el Julián la encontró en el cerro, como te *taba* diciendo, en una cueva mientras estaba arrancando. Lo venían persiguiendo hasta con perros por andar robando ganado en el fundo del *finao* Facundo. Dicen que se las vio tan *re feasa*, que se puso a rezar. Tan desesperado estaba el hombre que la Virgencita se le apareció *adentrito* de la cueva, *alumbrá* por la luz divina de las velitas y morenita como ella misma. El Julián la encontró y la agarró con toda su fuerza, mientras seguía rezando: *De este siervo pecador, compadécete Señora, aboga y solicita que gane esta causa en presencia del Supremo Juez Jesús, María y José*. Y ahí los peones del fundo siguieron de largo y no lo pillaron *ná po*. De ahí el Martínez no soltó más la figurita y le ha salvado de varias, déjame decirte.

—Pero estos gallos es *re* poco lo que entienden *paré po...*

—No *seai* lesos, cabro. Si la Virgencita sabe lo que hace.

El menor de los Cornejo se despidió y retomó su camino, no entendiendo mucho el mensaje de doña Josefina. Al ingresar a la posta, vio al ladronzuelo del Julián llorando desconsoladamente y gritando.

—¡Mi hijo, mi hijo!

En el momento del escape don Julián había chocado de manera directa con su propio hijo, dejándolo grave al cuidado de los médicos. Don Julián nuevamente tomó a la Virgencita con manos temblorosas.

—¡Le juro que nunca más! Que no robo nunca más, Virgencita... Moreneta. ¡Pero que no se me muera el chiquillo!

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

EL TENIENTE MENA Y EL MONSTRUO DE TAGUA TAGUA

Luis Fernando Pino Álvarez (35 años)
 Profesor de Educación General Básica
 San Vicente

Segundo lugar regional

Un intenso escalofrío recorrió la espalda del teniente de justicia Luis Mena mientras montaba guardia aquel tibio atardecer a comienzos de otoño. Miró a sus hombres ocultos entre los espesos totorales que rodeaban la hermosa laguna de Tagua Tagua. Muchos de ellos ya mostraban los signos del cansancio producto de la mala alimentación y la falta de sueño. El temor que inicialmente los había invadido cuando les comunicó el objetivo de su misión fue dando paso a la decepción y al aburrimiento. Llevaban cinco días ocultos entre la hierba, incómodos, sin hacer ruido, durmiendo a ratos directamente sobre el suelo, cobijados del frío con esas delgadas mantas que habían traído, pero nada ocurría aún.

Esa era una noche apacible que no hacía presagiar algo distinto a las anteriores. La abundante luz de la luna, que permitía ver todo como a pleno día, se reflejaba sobre la plateada superficie de la laguna como en un espejo. La quietud se veía interrumpida solo a ratos por algún ave que levantaba el vuelo o por alguna de las abundantes taguas que se sumergía en busca de peces. Mientras el capitán observaba todo aquello, vinieron a su mente las palabras de los hacendados que, desesperados con las constantes desapariciones de sus mejores piezas de ganado, se habían reunido en su oficina la semana anterior.

—Ya no podemos seguir con esto, señor Mena.

—¡Usted tiene que hacer algo! —se atropellaban a decirle.

—Pero, ¿a qué se refieren? —preguntó algo molesto ante tan apremiantes y confusas exigencias.

—Al monstruo de la laguna —dijeron.

—¡Al demonio! —agregaron otros.

—Al encomendero... —musitaban temerosos algunos.

El teniente Mena no podía creer lo que le decían. Era cierto, corrían muchos rumores respecto a don Juan Próspero de Elzo y Aranibar, el más prominente de los encomenderos de la zona y sus inhumanos tratos con los esclavos que tenía. Ya en más de una ocasión había tenido que ir a sus tierras y encontrar a un pobre esclavo indígena con la cabeza destrozada por la furia de su señor y a un coro de mujeres llorosas con un temor tal que no se atrevían siquiera a recoger el cuerpo. Pero de ahí a creer que efectivamente se convirtiera en un monstruo que devoraba tanto animales como personas que ingenuamente se acercaran a la laguna, eso ya era otra cosa.

—Pero señores, ¿qué quieren que haga? —les respondió. Personalmente estaba convencido de que los animales que desaparecían en realidad subían a los chivines y luego se ahogaban en la laguna y no que eran engullidos por un infernal engendro.

—Queremos que lo capture —fue la respuesta que dieron al unísono los hacendados.

—Yo ofrezco mi mejor vaquilla como carnada —dijo uno de ellos—. Todo con tal de que esto termine.

—Está bien, señores, cálmense. Yo me encargo. Pondremos la vaquilla atada, dispondré a cien de mis mejores hombres y montaremos guardia. Pero estoy seguro de que no encontraremos al famoso monstruo del que ustedes hablan —aseguró el teniente Mena—. De no aparecer nada en siete días, dejaré que mis hombres se la coman —agregó.

Un ruido lo sobresaltó y lo sacó bruscamente de sus pensamientos. Los hombres que, sentados sobre la mullida hierba cabeceaban adormilados por el alegre canto de los sapos de la laguna, dieron un respingo. La vaquilla amarrada en la ribera de la laguna había lanzado un alarmado mugido que los puso rápidamente en guardia. En esos momentos un espeso nubarrón cubrió la luna, dejando todo en penumbras. Solo se oían los nerviosos murmullos de los soldados que corrían temerosos en busca de sus arcabuces y el crujir de las hojas secas bajo sus desgastadas botas. La vaquilla emitió esta vez un bramido desesperado al tiempo que el agua de la laguna, tan quieta hasta hace un momento, se revolvía en una mezcla de oleadas, borbotones y bramidos. Repentinamente, la luna apareció entre unos girones de nubes y el terror se apoderó de cada uno de los presentes. Sus miembros se paralizaron, sus ojos no daban crédito de lo que veían. Ante ellos estaba la criatura más espeluznante

que habían visto. Los soldados en su mayoría, huyeron despavoridos, dando grandes gritos de temor y se perdieron rápidamente entre los bosquecillos de boldo y espinos que había en las cercanías.

La vaquilla bramaba entre las garras de un monstruo que superaba tres o cuatro veces al más alto de los soldados allí presentes. La sola visión de esa boca que se extendía de lado a lado de su rostro y que tenía un innegable parecido al de don Juan Próspero, heló la sangre de todos los allí presentes, que no atinaban a disparar sus armas ni a manejar sus lazos. Ni siquiera a moverse.

—¡Vamos muchachos! ¡No dejen que el terror los paralice! —les animó el capitán Mena, al tiempo que hacía girar su lazo en el aire. Los hombres salieron de su trance al ver que la cuerda del capitán lograba enganchar en uno de los enormes cuernos del animal. Al sentir la presión de la cuerda, la bestia giró y dio una tremenda sacudida, haciendo rodar por tierra al capitán Mena. El temor volvió a apoderarse de los soldados, pues cuando salió completamente del agua pudieron ver que el monstruo poseía dos colas.

—¡Es el mismo diablo, miren su cola! —aseguró uno de los hombres al ver que la cola que se elevaba en el aire era puntiaguda y estaba cubierta de unas gruesas cerdas de color negruzco. Hacia abajo, en cambio, la bestia parecía tener otra cola con escamas, la que le servía para asir a su presa, cual serpiente. La vaquilla ya no era más que un trozo de carne ensangrentado que se movía desarticuladamente, cual marioneta, entre las garras del monstruo. El capitán Mena rápidamente se puso de pie y ató la cuerda a una de las estacas que habían preparado con anticipación. Cuando las colocaron, realmente creía que sería tiempo perdido, pues nunca imaginó encontrarse con lo que ahora forcejeaba descomunamente ante sus ojos.

—¡Pastene, arroja tu lazo! ¡Rápido! —incurrió el teniente Mena al hombre que a su lado temblaba con la cuerda entre sus dedos agarrotados. Viendo que el hombre no salía de su aturdimiento, le quitó el lazo de entre las manos, se acercó con cautela y lo arrojó. Este nuevamente se enredó entre los cuernos del animal.

—Rápido, ácala en la estaca de ese costado —ordenó.

El hombre salió de su embotamiento y amarró fuertemente la cuerda en la vara de espino. Pero cuando se aprestaba para realizar una nueva lazada, la estaca, que estaba clavada en la tierra blanda que rodeaba la laguna, cedió y la bestia logró girar arrojando lo que aún quedaba de la vaquilla contra Pastene, quien, impactado por el peso del animal, cayó sobre unos arbustos y quedó inconsciente. Varios hombres, al ver lo que estaba sucediendo, hicieron acopio de valor y en unos pocos segundos más de una docena de cuerdas se enrollaba en el cuerpo de la descomunal criatura.

Fue una batalla terrible en la que más de un hombre resultó lesionado por las fuertes sacudidas de la criatura que los atacaba con garras, cola, dientes y cuernos. Uno de los hombres que portaba una lanza intentó herirle en el cuello, pero la bestia, que parecía poseer una inteligencia humana, esquivó el golpe y recibió un corte en el rostro a la altura del ojo izquierdo. Los hechos sucedían vertiginosamente y si bien la batalla para doblegar al monstruo no duró más de un cuarto de hora, a los hombres les pareció que llevaban horas combatiendo.

Finalmente lograron inmovilizar a la bestia. Se miraron unos a otros. De los cien hombres que habían sido

convocados, no quedaban más de veinte; todos ensangrentados, sudados, con la ropa hecha girones, pero aliviados. La alegría se apoderó de ellos y comenzaron a dar gritos de júbilo, saltaban y se abrazaban unos a otros.

Como la bestia continuaba forcejeando y dando fuertes rugidos, uno de los hombres le dio un fuerte golpe en la cabeza con una de las estacas de madera, con lo que cayó inconsciente al piso. Lo ataron fuertemente y lo cargaron en una enorme carreta. Fue necesaria una yunta de vigorosos bueyes para lograr llevar a la bestia hasta la ciudad de San Vicente y, a pesar de la cercanía, recién a media mañana lograron llegar con él a la plaza de la ciudad. Allí todo era una fiesta. La gente se volcó a las calles a celebrar y vitorear el nombre del teniente Mena y su grupo de valerosos hombres.

Lentamente la calma volvió a la ciudad. La bestia era alimentada a diario y todo el mundo podía visitarla en la Calle Carrera número 8. Fue vista por innumerables personas, excepto por una: el encomendero don Juan Próspero. Nadie decía nada al respecto, a pesar de que todos sabían la gran verdad. Un día llegó la orden del Rey de España: la bestia debía ser llevada a su presencia. Los soldados del rey, que no habían visto la fiereza de la bestia en combate, no tomaron los resguardos necesarios y a la semana de viaje esta escapó.

Esto no pareció importarle demasiado a la gente de San Vicente. Lo que sí les importó fue ver aparecer un día en la entrada del pueblo a don Juan Próspero de Elzo y Aranibar, desaseado, con el rostro demacrado, delgado y con una extraña cicatriz debajo de su ojo izquierdo.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LA CACERÍA

Mario Ignacio Órdenes Cordero (28 años)

Abogado

Rancagua

Tercer lugar regional

A la orilla de un tranque en Puquillay, un guarisapo. Sobre él aterriza una libélula para beber el agua que calza perfecto en el reflejo brillante del sol. Solo veo su silueta a contraluz. La tortilla al rescoldo se acabó y con mi abuelo nos tomamos o comimos lo que nos quedaba de ulpo antes de seguir trabajando. ¡Quince kilos! Por un saco de maíz de quince kilos pagaban siete mil pesos. Llevábamos más de cien, pero íbamos a poder vender menos de ciento cincuenta. No le salía a cuenta si es que pretendía venderlos en Santiago: se vendería lo que se pudiera en Rancagua y el resto a la bodega, para las gallinas. Esto lo sabía mi abuelo y no le preocupaba la falta de dinero, lo que le preocupaba era la consecutiva baja producción por culpa de las sequías. Un buen verano para la playa, mala época para el campo.

Nos levantamos para continuar con la cosecha y el tronar de la cadera de mi abuelo predijo su caída en seco. Según él no pasaba nada, pero necesitó de un palo para ponerse de pie. La libélula daba vueltas sobre el tranque, el guarisapo se había escondido. No lo operaron ni tampoco quedó en silla de ruedas. Un bastón lo acompañaba en su recorrido por el campo, pero ya no podía acarrear sacos de maíz. Aun así continuó con las siembras. Entre mis padres y mis tíos intentaron convencerlo de que dejara de trabajar o, por último, que le pagara a alguien para que hiciera

sus labores; mi abuelo replicaba que no se trataba de trabajo, sino de ocupar el tiempo en algo que le permitiera ejercitarse.

Al año siguiente el bastón era de metal. El tranque se había secado, pero el maíz seguía dando resultados favorables, al menos para poder pagar los gastos médicos. No había libélulas y la noticia de un quique asesino de gallinas tenía conmocionada a la población de Puquillay. Tres veces participó el cojo de mi abuelo en la cacería, sin éxito. Según él, los quiques eran inteligentes. Una vez a lo lejos, sorprendió al asesino comiéndose una gallina. El quique le daba la espalda. Mi abuelo levantó el bastón para no hacer tanto ruido, dio unos difíciles y sigilosos pasos, el quique alzó la cabeza y, sin mirar atrás, huyó tranquilamente del lugar con la gallina agarrada del pescuezo. Qué inteligentes que son los quiques.

La historia la escuché mientras mi padre y mi abuelo jugaban brisca y yo veía el programa "Tierra Adentro" aburrido, descansado y con calor. La partida del juego la iba ganando mi abuelo y la apuesta era un cordero. En la última mano, en medio de la conversación, mi abuelo dejó de mirar sus cartas y miró pasmado a mi padre. Nos asustamos por su silencio, pero tuvimos pavor cuando repitió lentamente la historia, como para sí mismo. Luego, volvió la mirada a las cartas, golpeó la mesa con su mano desocupada y anunció su victoria.

Era un sábado normal de verano en el campo, oscurecía y de once tomamos tortillas al rescoldo, queso fresco y té. Mi abuela tomó mate y mi madre había dispuesto un queso de cabeza que nadie probó. Comidos, cansados y sin luz nos fuimos a acostar luego de ver "Sábado Gigante", con Don Francisco.

A la mañana siguiente, al despertar, fui a la letrina. Soñoliento crucé la casa y salí al patio rumbo a mi destino. Cuando terminé, escuché a mi abuela gritar a mi abuelo que estaba lista el agua caliente, que el desayuno estaba preparado. Nos sentamos a la mesa y mi padre me preguntó, con admiración, si había visto el bicho que estaba colgado en el patio. Fui corriendo a ver qué era. Había un animal pequeño, como del tamaño de un gato, colgando y desangrándose. Volví a la mesa con un poco de asco. Mi abuela me dijo que el loco de mi abuelo lo había cazado la noche anterior y que había querido ir solo en su cacería, que

le podría haber pasado algo, que tenía la cadera mala y que cómo se le podía haber ocurrido salir sin luz. Mi abuelo no quiso contar cómo lo había logrado, solo volvió a decirme que los quiques eran animales muy inteligentes.

Al quique lo tengo disecado en mi escritorio. No está mi abuelo y ya no viajamos a Puquillay. El campo lo vendieron a una viña. Mi abuela vive en Santiago y de a poco se ha ido acomodando a la ciudad. Ayer vino mi polola y me pidió que botara el quique. Frente a mi negativa, me preguntó cómo lo había cazado mi abuelo. Le conté la historia, le conté que mi abuelo no reveló su secreto. Le conté un poco lo que recordaba de él, su historia, y cómo un cáncer al estómago se lo había llevado. En ese instante me hizo sentido lo último que me había dicho: "Los quiques son muy inteligentes, pero no pudieron entender el *paso, metal, paso*".

REGIÓN DEL MAULE

EL ÚLTIMO VIAJE

Tadeo Renato Yáñez Torrejón (55 años)

Agricultor

Linares

Primer lugar regional

Desde la distancia parecía un punto indefinible, solo el tiempo generaba la certeza del movimiento. Poco a poco, los bueyes emergían empujando la neblina densa de la mañana invernal, sacudiendo el frío con su andar poderoso. Detrás de las bestias, una carreta cargada con los restos de un tesoro vegetal que se extinguía en aquellas tierras que, de no ser por algunos arbustos y pequeños renuevos del bosque destruido, nada habrían contado de la riqueza verde de hacía solo un tiempo en los cerros casi pelados que *aguaitaban* el camino. Las ruedas, maderas revestidas con un anillo metálico, forjaban las horas rodando con parsimonia en la huella, a ratos silenciosas, fúnebres, navegando en la cubierta vegetal de las hondonadas; barro revuelto, cenizas mudas del cadáver de los árboles. Otras veces, crujiendo o gimiendo, siempre desgastando o hiriendo las rocas depositadas por telúricas fuerzas sobre la huella en las alturas.

El rumiar de los bueyes hablaba de la tranquilidad del viaje mientras pisaban con suavidad aquella vía andada tanto tiempo. Junto a ellos el hombre caminaba seguro, inundado por la paz de los animales y el paisaje. De cuando en cuando la voz del carretero alteraba la marcha solo para interrumpir la monotonía del viaje. Debajo de un sombrero de fieltro negro dejaba ver en el mar de su frente infinitas olas que bajaban hasta sus ojos coronados por frondosas cejas. Sus pómulos

sobresalientes encerraban una nariz chata y gruesa como los labios que contaban de sus raíces. A ratos, una ráfaga de viento sacudía el poncho de colores indefinidos por el polvo que colgaba hasta sus rodillas y alguna greña cruzaba el rostro amplio y moreno del montañés. Sus pies estaban enfundados en unas gruesas telas envueltas con maestría, que alguna vez habían sido blancas y calzadas en ojotas de goma de neumático, cruzadas por coyundas de cuero cosidas con alambre. Sobre el conjunto, unos pantalones con groseros remiendos de cuero bobino en las rodillas, que aún permitían ver el desgastado pelaje de la víctima. Todo en el caminante era opaco; solo los dientes de cumbres nevadas y el fuego apasionado de sus ojos dejaban atisbar la luz de su interior.

En los cerros del sur, el sol ya iluminaba. A su izquierda, el río Achibueno cantaba con voz de cristal la alegría de la libertad. A la derecha, otra cadena montañosa lo separaba del sol. Apuró a los bueyes con un movimiento de la picana, lo que le obligó a alargar el tranco. La mañana ya transparentaba un cielo profundamente azul. Se sonrió. Nunca se equivocaba. El abuelo le había enseñado a descubrir los secretos del clima, volvería a casa antes de la próxima lluvia, junto a la hoguera que ardía inextinguible en su choza de maderas rústicas. Estarían los hijos, dos pilluelos por lo general sucios y desgredados, con ojos vivaces y energía desbordante,

siempre con apetito ávido, esperando la tortilla de rescoldo que maduraba en el corazón quemante de la fogata. Su mujer morena de cabellos salvajes y mirada de fuego, de labios carnosos y voz plañidera; la recordó junto a él en esas tardes de lluvias apocalípticas e interminables, ofreciendo en sus manos ásperas, a veces, el único alimento: un mate amargo como la pobreza y algún pescado ahumado, regalo del río en el verano anhelado, mientras esperaban la oscuridad de la noche para recogerse y olvidar junto a los niños.

Llegó al lugar acostumbrado, desenganchó la carreta y acompañó a sus bueyes a beber el agua clara del arroyo. Los alimentó del fardo de pasto que transportaba y para sí alcanzó de una bolsa un trozo grande de tortilla, una rebanada gruesa de queso de cabra y un trozo de charqui para dedicarse con afán al almuerzo. Estaba a jornada y media de los suyos. Lejos dormía Monte Oscuro. Pronto alcanzaría El Peñasco y al anochecer acamparía en San Antonio junto a sus iguales que al día siguiente entregarían su promesa de calor a Linares.

Durmió bajo la carreta, intranquilo como cada vez que enfrentaba la ciudad. Se limpió el polvo en las aguas del molino y vistió su mejor indumentaria de huaso, solo el sombrero de fieltro y sus ojotas seguían en su lugar. Cantaba bajito cuando recomenzó el viaje. Las casas parecían arrastradas por una misteriosa fuerza hacia la urbe, se iban haciendo más cercanas, se apiñaban como las polillas en la noche, eran atraídas por las luces y por el cemento que las alejaba del polvo y del barro, o tal vez huían de la soledad del campo.

Otras carretas delante y detrás de él conformaban la caravana. Cuando alcanzaban la ciudad, el grupo se detuvo de súbito. Adelante vio carretas que desordenadamente cubrían la calle. Uniformados se mezclaban con los suyos, impidiendo el acceso. Se

oían protestas y amenazas. Un hombre se acercó con ojos extraviados, miedoso, gritando una maldición:

—¡No podemos entrar al pueblo!

¿Qué sucedía? Avanzó incrédulo, hasta que el metal irracional de un arma lo obligó a detenerse.

—¡No puede pasar, amigo! —comunicó el arma— ¡El alcalde prohibió la entrada de carretas con carbón al pueblo, son demasiado lentas y entorpecen el libre tránsito!

—¿Y qué voy a hacer con mi carbón?

—Puede venderle su carbón a los comerciantes que están allí —comunicó indicando a un grupo de hombres que esperaban junto a sus camiones, más allá del tumulto.

—¡Y ahora tienen que salir del área, hasta donde no estorben el tráfico! —gritó dirigiendo el ojo oscuro con decisión.

Algunos vecinos abrieron los portones para albergarlos en el patio y acoger su desconcierto. Afuera otros gritaban exigiendo soluciones más justas. Vencidos por la irracionalidad y la violencia, pidieron comprensión, solidaridad, rogaron, imploraron. La autoridad era pragmática. Esperó un día... dos... tres. Intuyó el hambre de su familia, a los niños vigilando con ansiedad, soñando caramelos y a su mujer agobiada por la tardanza, atisbando la huella con los ojos llenos de miedo. Miró el fruto de su trabajo, interminables días sumergido en el monte mordiendo con el hacha insaciable los árboles que caían uno a uno, con la vida tronchada como su destino. Él luchaba para entregar a sus hijos algo mejor. Ellos sabrían desentrañar el enigma de los libros, no sangrarían sus manos de tanto

matar el bosque. No quería para su descendencia la zozobra que aprisionaba el alma cada día. Lucirían como futres, pero nunca mirarían a los demás como a perros sarnosos, no vestirían aquellas ropas usadas que lo cubrían, consecuencia de la caridad. Cuando vio nacer la pequeña escuelita entre los cerros y los árboles, sintió que habían crecido con ella los sueños de una vida mejor. Siempre anheló aprender, como se desea el alimento, pero entre los cerros de su infancia nunca habitaron los cuadernos y con los lápices de colores que le llevaba el padre solo le enseñaron a dibujar. El viejo tampoco conoció el misterio.

Los bueyes rumiaban el último resto de alimento. Ya no había nada, tampoco para él. Ellos miraban con los ojos mansos del amigo; también parecían intranquilos, a ratos se revolvían inquietos. Eran sus amigos de tantas travesías. A veces, en la montaña, su voz de trueno despertaba en ellos la fuerza ineludible de la bestia. Pero en el bosque cuando los llamaba, su buey “El Prisionero”, quien alrededor de sus ojos dormidos lucía un extraño antifaz de bandolero, mugía bajito como para no asustar a los pájaros, su compañero “El Galán” corría hacia él como un chiquillo travieso al percibir su presencia. Era el más fuerte y joven, en su piel la noche dormía lustrosa. Con aquellos nombres los hacía una indivisible unidad y cuando se cruzaba con los amigos en la ruta, gritaba con su voz lenta de caverna rocosa:

—¡Galaaaán...! ¡Prisioneero! ¡Prisioneero...!
¡Galaaaán!

Luego saludaba y todos sonreían. Miró a sus animales con tristeza, pronto solo serían un recuerdo del camino. Salió, adentrándose en la ciudad de veredas

tortuosas y casas pobres donde ya no llegaría el calor de su esfuerzo. Dentro, allá en la memoria, pudo ver a la anciana pobre de manos retorcidas por la crueldad de la artritis. Ya no llegaría el regalo de su afecto. ¿Quién apagaría el frío de aquellos huesos cansados de lavar la ropa ajena? ¿No volvería a escuchar la promesa de su voz? ¿Quién entregaría calor en esas noches de fríos mortales a esos niños casi desnutridos que corrían por la calle, a cambio solo de una palabra de su madre, desposeída como la miseria?

Una rebeldía profunda lo estremeció, miró las veredas. Solo unos perros famélicos escudriñaban en busca de comida. Como siempre, pocos vehículos transitaban las horas. Nada era distinto, las calles tenían el mismo ancho, las ropas colgaban al sol tibio del invierno en los cordeles como siempre. Las mujeres que salían a realizar sus compras, saludaban y sonreían con respeto, todo era igual. Un niño descalzo, de gran sonrisa en el rostro, con una mamadera en la diestra y un pan amasado y chorreando salsa de ají en la siniestra, le lanzó a la cara la verdad en una luminosa mirada azul. Todo estaba bien, no había flujo vehicular en aumento, sino ambiciones y egoísmos tumultuosos que se atropellaban sin tregua.

—¿Todavía no vende su carbón, amigo? —lo despertó un hombre de sonrisa fría y desvergonzada, plantado con decisión enfrente.

Nada se podía hacer contra la fuerza, la codicia y la falta de voluntad. Vendió su tesoro a mitad de precio. Sus hijos tal vez solo aprenderían a leer. El hacha mordería la vida de dos árboles para obtener el beneficio de uno. Sería más pobre y doblemente esclavo.

REGIÓN DEL MAULE

DORILA...

Hugo Fuentes Ibáñez (74 años)

Jubilado y escritor

Parral

Segundo lugar regional

La Dorila cantaba. Cantaba tonadas, canciones, valsés y desde luego cuecas con su guitarra de cuerdas de metal, cuya caja estaba algo rayada por los dedos duros y fuertes de los que tañían en su falda para acompañar el ritmo de sus cuecas. Se la podía ver en cuanta fiesta se realizaba en esos alrededores. Ella era una mujer algo obesa, pero de carnes duras, prietas y olorosas. Tenía mejillas rosadas y una boca jugosa, siempre sonriente, llena de melodías y versos. Alegraba la vida de todos los que la rodeaban.

Era más bien bajita y rellenita, pero con curvas muy tentadoras, brazos torneados y manos de dedos largos que corrían como galgos sobre las cuerdas de su guitarra, llenando el espacio de notas musicales. Los mozos del lugar la perseguían y acosaban de tal manera que siempre su hogar estaba lleno de visitantes. Vivía en una de las pueblas del fundo de mi padre, junto con otras tres hermanas menores que desgraciadamente no tenían el don de la música, pero sí eran buenas mozas, lozanas y llenas de vida.

Dorila debía tener unos dieciocho años de edad cuando apareció en su vida el Lalo, muchacho delgado, moreno y con un rostro alegre adornado con un bigotito tan negro como su *pelambre*. En plena fiesta de la trilla, se arrodilló frente a ella y se puso a tañer la guitarra y ya nunca más ningún otro hombre se atrevió a tocar con sus manos ese instrumento. Las

miradas que intercambiaron durante los tres pies de esas cuecas marcaron sus vidas. Nada se dijeron, solo se miraron, pero para todos fue evidente que un lazo indisoluble se había formado entre ellos. En el aro, entre un pie y otro de ese baile, se sonrieron y, por sobre el vaso de chicha que le brindaban a la cantora, se prometieron fidelidad eterna y amor de por vida con la mirada. Bastaron esos momentos para que la vida de esos dos seres cambiara para siempre, ya nunca más estarían solos. Nada salvo la muerte los podría separar.

A los pocos días se casaron, aprovechando la visita del cura que venía a evangelizar y a las misiones anuales. Mi padre le entregó una puebla al nuevo matrimonio y mi madre le regaló un catre de fierro forjado. Alguien regaló el colchón de lana cruda y partieron su vida con más bienes que la mayoría de los que se casaban por esos pagos.

Todos pensaban que el matrimonio de Dorila iba a poner fin a su vida de cantora y de animadora de fiesta. Como no había nadie más que cantara y tocara la guitarra como ella, ya la estaban echando de menos. Pero el Lalo mismo fue el que se encargó de desmentir lo que todos pensaban; quién era él para acallar la voz de su mujer. Ella se debía a la música, era la representación de la alegría y de la felicidad. Solo pedía que lo respetaran a él y que nadie fuera a tañer en las faldas, sobre la guitarra de su mujer. Desde

ese momento, él acompañó a Dorila a cuanta fiesta la convidaban, solo que, mientras ella tocaba y cantaba, él tomaba... Todos, con tal de que no se la fuera a llevar, le llevaban vasos con licor y le buscaban conversación para entretenerlo. No había bautizos, casamientos, trillas o rodeos en que no estuviera la Dorila cantando y el Lalo tomando. Afortunadamente el hombre tenía buena cabeza para el trago y además era un muy consciente y buen trabajador, por lo que no había críticas a su desempeño laboral.

Al año, como era lo lógico, la Dorila se embarazó. Eso hizo que sus salidas a cantar fueran más alejadas y cortas; lo que no había logrado el amor, lo estaba cambiando la preñez. Ahora sí que se extrañaba la presencia de la Dorila. Al no tener su música y sus bailes, la juventud tomaba más. El vino es mal compañero para las reuniones. Luego empezaban a salir a la luz las diferencias, las peleas se dejaron ver, de tal manera que el patrón *se decidió* a intervenir. Con tal que la Dorila fuera a amenizar las reuniones sociales, él prestó su *tilbury* para acarrearla. Entonces el Lalo debía conducir el carricoche de ida y de vuelta y cuidar de la yegua y de los aperos.

Ella jamás había cobrado por sus actuaciones o sus apariciones en fiestas familiares. Si bien todas eran absolutamente gratis y lo hacía solo por la amistad y el gusto por la música, se empezó a hacer costumbre que los organizadores le llevaran regalos, obsequios como para recompensarla por el tiempo que dejaría de dedicarle a su familia. En esos años no contábamos con electricidad, ni ningún adelanto de la vida moderna. Es más, la guerra que se desarrollaba en lejanos parajes nos afectaba en la carencia de todo tipo de artículos importados. Fue el caso del café: usábamos ese café de higo, de trigo o de garbanzos. Recuerdo los paquetes verdes en forma de tubos que en tachos de hojalatas se preparaban con leche en el hogar, brebaje que invitaba la Dorila cuando pasaba por su casa, acompañado con pan amasado y quesillos.

Con los años y la llegada de sus hijos, a ella no le quedó más remedio que abandonar su veta artística y dejar de salir a entregar sus cantatas. Solo para las grandes ocasiones volvimos a contar con sus canciones y cuecas. Pero el Lalo nunca más dejó de tomar.

REGIÓN DEL MAULE

EL MULATO FRANCISCO XAVIER

Jorge Eduardo Uribe Ghigliotto (59 años)

Administrativo

Teno

Tercer lugar regional

En 1763 el cura de Chimbarongo, Antonio de Molina, ágil sacerdote que recorría los lugares más habitados del curato impartiendo sus santos oficios, estampó en los sagrados registros de la Iglesia de San José de esa localidad, en tiempos cuando en Teno ni siquiera existía todavía una viceparroquia, un matrimonio que dio mucho que hablar en sus días y que la leyenda perpetuó. Don Nicolás de la Arriagada y Gajardo, poderoso terrateniente del sector de Comalle y descendiente de don Sebastián de la Arriagada, un importante capitán del ejército realista que existió en Teno en 1612 y del cual vienen todos los Arriagada de hoy, poseía en su extensa hacienda varios esclavos, hombres y mujeres, traídos desde África. Uno de los más destacados era su mayordomo, Francisco Xavier, hijo en cautiverio de una negra con la que uno de los terratenientes de Teno tuvo relaciones y a quien como gran cosa dio su apellido, atosigado por los sacerdotes de la época. Francisco Xavier Maturana llegó a ser su mano derecha en los asuntos de la hacienda, puesto que sus hijos legítimos estaban en las filas del ejército o realizaban importantes negocios en Santiago. Don Nicolás sentía de alguna manera algún cariño especial por este esclavo, quien era hijo de un importante estanciero vecino suyo.

Unos diez años antes se había radicado en Comalle un joven militar y su familia. Se trataba de un español

proveniente de Andalucía, el alférez Joseph Varas, quien tenía tres hijos ya casados y a quien le restaba por casar a una hija de treinta y cuatro años, de físico bastante atractivo. Lamentablemente, María, la hija del alférez Varas que había nacido en España, no era agraciada de cara. Digamos... era bastante feíta. Quizá ese era el motivo por el cual no había sido pedida aún en matrimonio, asunto que preocupaba al alférez Varas y a su mujer.

Francisco Xavier, hombre de físico envidiable y que montaba excelentemente, poseía don de mando ya que estaba acostumbrado a ejecutar las órdenes de don Nicolás en la hacienda. El mulato era visitado en algunas tardes por María Varas mientras limpiaba las caballerizas. En esas oportunidades, el mulato Francisco Xavier discernía que a María la española, aunque altiva, él le interesaba como hombre.

—A usted, doña María, ¿le preocupa el tema del matrimonio? —indicó el mulato en una ocasión.

—Claro, como a toda española. Pero soy paciente. Sé esperar a mi hombre —respondió con orgullo la europea.

—Y... así, hablando francamente, suponiendo que este no llegara... ¿Qué haría? ¿Se casaría con otro que tal vez no fuere de su alcurnia? —continuó el mulato.

—¿Por qué me preguntas eso, Francisco Xavier?
—inquirió la mujer, tal vez comprando tiempo antes de responder.

—Es algo que siempre me he preguntado sobre usted
—indicó el hombre. La española calló, entendiendo que el mulato hablaba de él... y de ella.

Después de algunos minutos, mientras el esclavo seguía cepillando el pelaje de una yegua tardilla mosqueada en los cuartos traseros, respondió:

—Ese hombre habrá de saber conquistarme y debo enamorarme de él... si desea casarse conmigo —indicó, alejándose de las caballerizas rumbo a la casona.

El mulato se quedó mirando a la hembra, que tenía un físico envidiable y que se alejaba rozando su faldón negro sobre las piedras redondas de río del acceso a las caballerizas en la hacienda, mientras la tarde galopaba a rienda suelta buscando a la noche.

Secretamente, Francisco Xavier se propuso entonces conquistarla. Aunque María, quien ya tenía treinta y cuatro años y en cuyo interior bullían en todas direcciones las emociones de hembra española, apasionada y altiva, turbaciones que debía contener como mujer de noble familia europea, sin que se notaran, empezó a considerar con más seriedad el asunto sutil propuesto por el mulato Francisco Xavier en vista de que no se presentaba el hombre que anhelaba para ir al altar. Cada vez se insinuaron mutuamente situaciones más cercanas. La mujer estaba en la dicotomía de seguir esperando inútilmente o bien de aceptar a un hombre de menor rango social, pero al que, como hombre, cualquier mujer apetecería como marido.

Una tarde, mientras los otros sirvientes efectuaban sus labores, Francisco Xavier urdió los asuntos para estar a solas con María en la bodega de los aperos y asuntos de los caballos. En un momento dado tomó de los hombros a la española, la giró y la besó en la boca. María se zafó molesta de sus brazos y le asestó una palmada en el rostro mestizo del hombre, alejándose del lugar.

Durante varias semanas no se hablaron, ni cruzaron mirada, hasta que llegó el momento en que una tarde María volvió a las caballerizas y se acercó al mulato, abrazándolo por detrás y besándolo tiernamente en su mejilla.

—¿Te casarías con un esclavo, María? —preguntó el mulato Francisco Xavier.

—Si ese esclavo me amara de verdad, sí —contestó la hembra mientras apretaba entre sus manos su espalda.

—¿Serías capaz de aguantar todo lo que te diga la gente y que tal vez te hieran por lo que yo soy?

—Soy capaz de aguantar dolores más severos que eso —señaló, mientras lo besaba.

Unos meses más tarde, Francisco Xavier sorprendió a su amo con la exclusiva. Quería casarse con María, la española, la hija del alférez Varas.

—Pero, ¿tú entiendes, pedazo de bruto, que ella es española neta, hija de un militar de rango? ¿Acaso crees que él dará su consentimiento para esa clase de matrimonio, para tan descabellada unión? ¿Qué sucede con ustedes? ¿Acaso no sabéis pensar? —dijo el viejo hacendado mientras se peinaba sus cabellos canosos hacia atrás con sus manos, preocupado, rechinando sus dientes.

—Eso, yo creo que es mejor preguntárselo a ella. María dice que quiere ser mi mujer —indicó valientemente y con respeto.

María, por su parte, durante ese tiempo había logrado ya convencer a su madre. Esta, ante la evidencia clara de que así como iban las cosas su hija quedaría irremediablemente solterona, había accedido a ayudarla. El mayor problema era el alférez Varas, cómo tomaría él la situación.

Un domingo antes de la misa mensual donde el cura de Chimbarongo venía a la localidad, el esclavo montó en uno de los caballos de la hacienda y llegó hasta la casa del alférez para tratar el asunto. Cuando el alférez escuchó la proposición del mulato se enfureció. Hasta intentó agredir al galante esclavo, intercediendo entonces en su defensa las dos mujeres y otros peones de la hacienda, quienes lograron a duras penas interponerse ante el europeo.

Después de algunos meses, madre e hija lograron doblegar la altivez del militar con bastantes razonamientos y este accedió por fin a entregar a su hija María en matrimonio al mulato Francisco Xavier, compromiso solemne que debería realizarse en la iglesia San José de Chimbarongo en algún domingo de octubre o noviembre, mientras los duraznos y los ciruelos ya estuvieran en flor.

Como el noviazgo, inusual para aquellos días, se hizo pronto algo público, todo el mundo comentaba en las cercanías la extraña unión de un esclavo con una española, algo nunca antes visto en esas tierras.

Finalmente, el último domingo de noviembre de 1766, Francisco Xavier Maturana, el mayordomo esclavo de don Nicolás de la Arriagada, contrajo sendas nupcias con la española María de Varas y González. El cura Molina corrió las tres amonestaciones que indicaba el Santo Concilio de Trento, siendo testigos de la inédita unión algunos hombres piadosos de Comalle y de Chimbarongo, quienes les acompañaron en la ocasión mientras muchos tomaron distancia.

Francisco Xavier y María vivieron en un principio en la hacienda de don Nicolás. Después de dos años, y cuando María esperaba el primer hijo de la unión, don Nicolás de la Arriagada concedió la libertad al esclavo por su buen comportamiento y por su ascendencia como varón por las tierras de Comalle. Esa década las clases inferiores celebraron la unión matrimonial, en la que por primera vez había triunfado la excelencia de un esclavo de rasgos afroamericanos sobre la soberbia y la altivez española. Francisco Xavier y María compraron algunas tierras en las cercanías de Punta del Monte, cerca del río Teno, donde el mulato se dedicó a preparar caballos de raza. Para envidia de varias, María fue una mujer fructífera, pues tuvo ocho hijos. Con el correr de los años se convirtieron en una de las principales familias de Comalle.

De esta unión proceden algunos significativos comallinos de apellido Maturana, de tez un poco más morena que los otros Maturana que se conocen habitualmente. Los primeros, durante casi un siglo y medio, fueron de rostro fiero, producto de la extraña unión de un mulato, hijo de una esclava africana, y de una mujer ibérica que no tenía rasgos faciales tan atractivos.

REGIÓN DEL BIOBÍO

LA INCREÍBLE HISTORIA DE JUANITO CHILE

Umberto Toso Gálvez (45 años)

Periodista

San Pedro de la Paz

Primer lugar regional

Esse amanecer hubo temporal. Esas tormentas siempre aniquilaban algunas ovejas nuevitas. “Morirán congeladas o carbonizadas por el rayo” estuvo pensando Juanito Chile, acurrucado bajo su poncho en el refugio improvisado. Era un hombre con las mejillas coloradas, como si se las restregara con frutillas; flaquito y huesudo, pero fortachón; tan alto, pero tan alto, que la primera vez que lo vio su patrón dijo que era tan largo como el mapa de Chile. A partir de ese instante, su nombre dejó de ser Juan Fernández —como el de la isla— y pasó a llamarse Juanito Chile.

—Que descansen —les dijo a sus ovejas como si estas pudiesen entenderle. Se durmió cuando empezaba a escampar. ¿Contaría también ovejas para conciliar el sueño? Había entablado con ellas una relación más entrañable que la que había tenido nunca con un ser humano. Se pasaba horas y horas mirándolas, *desternillándose de la risa* al verlas jugar, o muriéndose de la tristeza cuando alguna era aniquilada por un rayo o rodaba por el abismo. Igual que antes lo hicieron los coihuecanos (porque Juanito Chile era oriundo de Parral), las ovejas también lo adoptaron. Lo veían como a una figura protectora, paternal. Despertó oyendo ruidos. “¿Qué es lo que pasa afuera?”, murmuró Juanito Chile, con voz cavernosa. Se levantó y salió.

“¡Santo cielo!”, exclamó. Se dio cuenta de que, además de los truenos lejanos, hacía rato oía también un gruñido profundo, una permanente agitación de la tierra. ¿Qué cosa era eso? ¿Otra tormenta? Hasta los elementos no eran de fiar en la cordillera. ¿Qué diablos pasaba? ¿Terremoto? No sería raro. Chile es un país sísmico. Ahora no le cabía la menor duda: la tierra temblaba. Lo rodeaba un ruido denso, granítico, que salía de alguna parte de la cordillera. A su alrededor, arrojadas por fuerzas sobrenaturales, caían piedras de todos los tamaños, y advirtió que, instintivamente, buscando ponerse a buen recaudo, se había colocado debajo de una enorme roca. “¡Qué sucede, Dios mío, qué está sucediendo!”, exclamó santiguándose. Se había oscurecido aun más el cielo y a pesar de no ser sino el principio de la mañana, parecía de noche.

El joven pastor se puso a rezar. ¿Era el fin del mundo? “Mejor me hubiese quedado en Coihueco recolectando arándanos o cerezas”, se lamentó.

Estaba a cuatro patas, pegado a la roca viendo pasar sobre su cabeza piedras y pedazos de hielo. ¿Cuánto resistiría? Con los ojos cerrados vio su cuerpo transformado en una bola de nieve rodando cuesta abajo. “Esto es el fin”, pensó, siempre con los ojos

cerrados. Cuando abrió los ojos, no pudo creer lo que veía. A su derecha, en medio de una polvareda, una piedra del tamaño de un tractor, con trozos de nieve, se despeñaba llevándose todo por delante y abriendo una carretera del tamaño de la Panamericana. Fue seguida por un torbellino desenfundado de pedruscos, piedrecitas, rocas, arbustos, pedazos de hielo, de tierra. A Juanito Chile le pareció divisar, en esa vorágine polvorienta, a sus ovejas.

“Oh, no, no, mis ovejas no”, se lamentó Juanito Chile, sintiendo una pena indescriptible por la pérdida de sus animalitos. Entonces, sintió un fuerte golpe en la cabeza que, en un destello, como en las caricaturas de la tele, le hizo ver estrellas. Cuando volvió en sí era de noche y, por los dolores que sentía cada vez que se movía, tenía la sensación de que le había pasado

por encima un camión. Pero estaba vivo. Por unos segundos olvidó sus dolores y, hechizado, observó el cielo: cientos, miles, millones de estrellas, grandes y pequeñas, titilando como en el poema de Neruda que había aprendido en la escuela. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? ¿Quince, dieciocho, veinte horas? No lo sabía. Pero lo que sí sabía era que estaba vivo y tenía que moverse para no congelarse. Se acodó con dificultad, como si tuviera los huesos rotos, y logró sentarse. ¿En qué momento había perdido sus zapatos? ¿Y sus ovejas? No tenía nada roto, gracias al cielo. Le dolía hasta el pelo, pero estaba vivo. ¿No era un milagro? Le había pasado una avalancha encima, ni más ni menos. Y ahí estaba todo magullado, más golpeado que tambor de chinchinero, pero vivo y coleando. “Los chilenos somos duros de matar”, pensó.

REGIÓN DEL BIOBÍO

LA TORMENTA

Jesús Arturo Vivianco Villagra (17 años)

Estudiante

Ñiquén

Segundo lugar regional

MI compañero se rio cuando le dije que regresaría a casa. No me importó en absoluto dejarlo solo a medio camino con todo el rebaño de ovejas a cuestas. Simplemente sentí que tenía que volver. Toda esa tarde los relámpagos nos habían alumbrado la marcha y era de esperar que la noche fuera tempestuosa. Ni mis perros me siguieron, como olfateando que algo malo pasaría si me acompañaban. El fragor de los truenos era tan estrepitoso como si la cordillera se estuviera partiendo de dolor. Pero debía volver. Para alguien como yo no cabe dar explicaciones. Es algo que sale del corazón, un miedo que congela el alma. Jamás temí a la tormenta, pero esta vez era diferente. Había algo más allá que me llamaba, algo muy distinto a una tormenta de montaña.

Di vuelta mi caballo cuando anocheceía y las primeras gotas comenzaron a caer entre los relámpagos. Me alejé hasta dejar de oír los gritos de mi compañero advirtiéndome sobre el peligro que corría al cometer tan tosca locura. Pero no podía detenerme. Mi corazón me decía que no. Cabalgué bajo una suave llovizna lo más rápido que mi potro aguantó. El terreno era firme y la oscuridad lentamente fue tragándonos. Tenía un frío que se entraba hasta el alma, congelando mis sentimientos en una aguda preocupación. El viento era cada vez más sonoro entre las hojas y su canto bestial asustaba a mi caballo. Debía golpearlo con la varilla para que no cesara de cabalgar.

No sabía decir lo que duramos en este suspenso, pero debió ser poco tiempo, pues aún no llegábamos a la subida del camino cuando comenzó la tormenta de verdad. Un relámpago a lo lejos convirtió la noche en día y su trueno hizo aullar a mi caballo, como si jamás hubiera sentido miedo. Pero yo no temía. Yo seguía sintiendo esa angustia magnética tan poderosa que me hacía querer regresar a la casa. No me importaban la lluvia que me golpeaba la cara ni el terrible viento que hacía azotar los árboles unos con otros. No me importaban los truenos ni los relámpagos fulgurantes cuyo estruendo hacía tiritar el alma de frío. Yo debía seguir.

A medida que cabalgaba la violencia del agua arremolinada convertía el camino de tierra en un lodazal que nos desviaba. A ratos el camino se alumbraba con los relámpagos y entonces podía ver la devastación del camino y guiar a mi caballo por donde creía más conveniente mientras elevaba oraciones para que los relámpagos no cesaran de alumbrarnos. Yo seguía sintiendo esa punzada profunda de angustia en mi pecho, diciéndome a cada instante que debía volver. Nunca antes había sentido tan fuerte la angustia, mucho más profunda que todo miedo y que todo sentimiento de riesgo ante el peligro. Jamás he sido temerario ni cobarde, pero esta vez seguí mi instinto más interno, sintiendo que debía cabalgar o morir en la tormenta. Mi potro volvía a exigirse fuerza cada vez

que mi varilla golpeaba su piel humeante de sudor y lluvia. Yo también sudaba y el viento en violentas ráfagas congelaba mi cuerpo que ardía por dentro.

El camino iba tornándose cada vez más en lodazales que escurrían por el cerro formando aluviones de hojas, ramas e incluso de troncos que el agua y el viento arrastraban. Los árboles terriblemente inquietos se juntaban y amontonaban impidiendo el paso a la luz de los relámpagos que ahora eran más escasos. Solo la luz de mis oraciones y mi instinto me hacían guiar mi potro por donde creía correcto.

Por la inclinación del terreno supe que ya debíamos estar en el camino del cerro, que iba por una ladera en pendiente subiendo cada vez más. No quise pensar en la terrible caída que significaría un leve tropiezo. Cabalgaba ahora más precavidamente, dejando al caballo ir por donde pudiera, confiando en que un potro de montaña sería lo suficientemente astuto como para salvarse de los múltiples obstáculos. Sin embargo, a cada instante la tormenta se tornaba más fiera y agresiva. Las cascadas de lluvia, como paredes de agua, nos envolvían arremolinándose con el demoníaco viento que hacía chirriar los árboles y nos hacían temblar como si el mismo diablo nos estuviera soplando desde el infierno. Más allá, los rayos, relámpagos y el demencial aullido de los truenos hacían estremecerse el cerro entero.

Yo nunca sentí miedo. Sentía una angustiada calma interior que me llenaba, haciéndome arder por dentro. Y aunque mi cuerpo temblaba, mi piel sudaba de calor, embarrándome con la lluvia. Tampoco estaba cansado, a pesar de no haber comido y de haber trabajado todo el día por las quebradas y los cerros arriando al ganado. Por el contrario, me sentía vigoroso, más fuerte que nunca y preparado para enfrentarme a toda la crueldad de la tierra y el cielo juntos. Y aunque yo no me cansara,

podía aún sentir el cansancio de mi potro traspasando la montura y golpeándome el alma. Tampoco podía comprender cómo el pobre animal aguantaba tanto golpe mío, tanta inclemencia del tiempo y tanto correr y correr sin un minuto de descanso. Tal vez era porque él también sentía esa angustia que me llenaba. Tal vez él sentía compasión por mí como yo la sentí por él, dando hasta nuestro último esfuerzo. Él, para no cesar de cabalgar contra el cansancio en la tormenta; y yo, para mantenerlo despierto y envalentonado hasta más no poder. Pero mi caballo ya no podía seguir sufriendo de esa forma. Se arrodillaba en ese suelo movedizo y no importaba cuántos latigazos de varilla recibiera, bufaba de miedo y de cansancio. Solo pudo levantarse cuando entre los silbidos del viento sonó un trueno tan grotesco que pensamos que el mundo se nos venía encima. Entonces se levantó en dos patas, como poseído por un terror indescriptible, y se puso a correr frenéticamente entre las sombras de la tormenta sin hacer caso de mi conducción ni de mi varilla.

No puedo precisar el momento en que caímos. Solo recuerdo que la lluvia nos golpeaba con violencia y el viento hacía remecerse el corazón por dentro. El cerro estaba blando de barro y caímos hacia el abismo por la pendiente. Me encontré de pronto solo aferrado a algún arbusto sin distinguir nada más que el calor de la sangre que salía de los rasguños en mi piel. Sentí que la lluvia había disminuido y que el viento había dejado de soplar. También los truenos pararon y los relámpagos. No había señas del caballo por ningún lado. Estaba solo, completamente solo. Aquella noche me acomodé y logré dormir como estaba, mojado hasta el alma, aferrado a un arbusto suspendido sobre el vacío de los cerros, sintiendo hondo la resignación de saber que ya nada más podría hacer por esa noche.

Amaneció y aún llovía, ahora mucho más despacio que la noche anterior y yo me encontraba aferrado a

una saliente que bordeaba el cerro. Miré hacia abajo; de haber seguido cayendo, seguro ya estaría muerto. Debería escalar para volver al camino y así lo hice, apoyándome en los troncos y en las piedras, todos sumamente resbalosos a causa de la lluvia nocturna. Llegué arriba y vi que, gracias a Dios, no había sufrido una caída tan larga como la que sufrió mi padre, quien había muerto al caer por una quebrada hacía ya varios años.

Me saqué la ropa embarrada y al poco andar sentí un ruido familiar entre los matorrales. Mi caballo salió de prisa a encontrarme y me di cuenta de que también tenía rasguños. El pobre animal, de una u otra forma, había logrado subir por la pendiente y alcanzar el camino antes que yo. Me alegré de verlo vivo y en buen estado. Él también se alegró. Cabalgué ahora con más tranquilidad viendo el desastre en que se había convertido el camino, lleno de hojas, ramas y troncos que seguían escurriendo. Ya no sentía esa angustia mortal que durante la noche me sofocaba por dentro. Ahora sentía una especie de vacío interior mucho más

placentero y pasivo. Una libertad que me hacía ir con más cautela y precaución.

Las nubes palidecían y el viento se había detenido cuando logré vislumbrar a la distancia mi rancho. Había un álamo caído por el viento y a medida que avanzaba los perros salían a encontrarme. Bajé de mi caballo y crucé la cerca caminando mientras miraba alegremente que mi casa estaba firme y había aguantado todos los embates de la tormenta. Mi criada salió a recibirme notoriamente sorprendida. Se acercó cabizbaja.

—Señor... —me dijo sin mirarme, quedándose muda y suspirando.

—¡Qué! ¿Qué pasa? —pregunté.

—Es la señora... la señora... —me dijo llorando— ¡No pudimos hacer nada...!

Y se largó a llorar amargamente.

REGIÓN DEL BIOBÍO

LA QUINTA DE RECREO

Lucía Verónica Parada Cuevas (46 años)

Educatora diferencial

Laja

Tercer lugar regional

El joven se sostiene con fuerza al bote que cruza temerariamente las barrosas aguas del Biobío. No termina de acostumbrarse a este zangoloteo que remolca río arriba sus temores. La lluvia de la mañana ha dado paso a una neblina pegajosa que no deja ver la orilla, aumentando su sensación de miedo.

La Micaela le había asegurado que si lograba entrar a trabajar en la nueva fábrica, ella sin más aceptaría el casorio. Luis, sin embargo, solo sabe de animales y siembras, le gusta sentir la tierra y respirarla. Los deseos de Micaela se habían convertido en la razón de su vida. Recuerda cuando su primo llegó el verano pasado al campo haciendo tintinear las monedas en los bolsillos y abanicándose con los billetes de escudos. No le había parado la lengua de tanto contar las maravillas que día a día ocurren en el pueblo.

—No se trabaja como caballo, primito —le dijo socarrón—. Y las noches se vuelven día los fines de semana. Este sábado se anuncia bailoteo y orquesta. La Aurelita promete bailar hasta descoyuntarse, gancho.

Luis no se imaginaba cómo sería una orquesta. Muy a lo lejos la radio del “taita” lograba chirriar música y canciones. Lo que más había asombrado a Micaela fue cuando el Óscar, su primo, habló del teatro que daba funciones el sábado en la noche a los obreros.

—Sabe que parece que estuvieran los futres al lado suyo. Y las mujeres son angelitos caídos del cielo —dijo, restregándose la boca después de zamparse la chupilca.

Ir al pueblo y trabajar en la nueva fábrica le quitaba el sueño. Al igual que pensar en sus taitas, que ya estaban viejos. Sus ojos se posaban en el horizonte recortado de cerros, mientras sus pensamientos volaban como los tiuques sobre los campos.

Una vez instalado en el pueblo, fue a vivir de allegado con el primo. Se imaginaba a la Micaela convertida en su mujer, asomada en una casita de población con agua y luz, sus críos yendo a la escuela. Si hasta decían que la *sita* tocaba un piano. ¡Qué maravilla! Si él nunca había ido a la escuela. Unos misioneros que se quedaban en su casa los veranos, cuando ya era cabro grande, le habían enseñado a juntar las letras y leía a tropezones. Su madre, agradecida, les había regalado unas gallinas gordas y ponedoras.

Pasados unos días había podido acompañar a su primo, quien lo presentó con el jefe. Su trabajo ahora consistiría en mantener los enormes hornos de la caldera ardiendo con palos de pino. Luis no lograba explicarse cómo esa pulpa hedionda se convertía en papel. Al principio, la timidez lo embargaba y con un

gesto ausente contestaba el saludo de sus compañeros. Sentía una vergüenza apabullante cada vez que miraba sus pies con ojotas, envidiaba los bototos duros y lustrosos de los ganchos que resonaban en la tierra dura. Sus ropas pobres y remendadas las mantenía ocultas bajo la manta que era de su taita. Olía a humo, a caballos y sudor.

El último día del mes es de pago. A todos les cambia el caracho. “Cantó Gardel”, se dicen unos a otros. Se trabaja con rapidez y alegría, anticipándose a la farrá que se darán esa noche en la quinta de recreo de doña Maigo. Luis espera ansioso a que lo inviten los compañeros. En las últimas semanas se había tornado más sociable, celebraba los chistes de los ganchos. Se ganó con cariño un apodo: “El Cerruco”. Le dijeron “cabro, tu *venís* del otro lado del río”.

El pueblo es un villorrio que en tiempos de La Colonia había sido bautizado como Isla de Laxa, y está rodeado por el caudaloso río Biobío y el serpenteante río Laja. En medio hay una laguna a la que los abuelos llaman Ojo de Mar. En sus champas anidan taguas y coipos. A cada lado de la calle principal se levantan casas construidas de cualquier manera. Los más previsores han abierto almacenes para surtir las necesidades de una población pujante que cada fin de mes tiene cómo pagar las deudas contraídas.

Por las calles barrosas las mujeres equilibran sobre sus cabezas canastos cargados de verduras o vasijas de leche, mientras dan órdenes a los niños para que esquiven los carretones colmados con sacos de trigo y carretas tiradas por bueyes de flancos sangrantes a punta de picana. La quinta de recreo de doña Maigo es el punto obligado para descansar las bestias. Desde temprano los campesinos pasan a recuperar las

fuerzas con una *pituquita*, un *enharinado*, una malta con huevo, un chacolí o una chichita que apague la sed. Luis camina sin despegar los ojos de sus zapatos lustrosos. Los ha ido a comprar donde el Turco, además de una ropita para ir como un señor al baile de esta noche.

Las ampolletas y la música estrepitosa dan la bienvenida a la quinta de recreo. El lugar está atestado de hombres y mujeres dispuestos en pequeñas mesas que dan hacia una tarima sobre la que los músicos venidos del norte hacen sonar guitarras y acordeón. Luis se acomoda entre los parroquianos que acompañan entusiastas con sus palmas mientras beben sin dar tregua a la noche. Los gordos brazos de doña Maigo alzan sobre las cabezas las bandejas con ponches y *clerys*¹; un desfile de rosadas cabezas de chancho, acompañadas de cebollas y ajíes en escabeche, arrollados de huaso y huevos duros, todo acompañado con humeantes tortillas de rescoldo. Al final, los ensimismados jugadores de cacho y naipes dejan apagar sus cigarros en las comisuras, invariablemente terminarán zanjando las derrotas a combos. Las mujeres, azuzadas por la dueña, amainarán presurosas las riñas, no sea cosa que el negocio se vea afectado. Estas llegan desde la misma capital solo los días de pago, luego se vuelven en tren a Santiago, llevando los billetes a resguardo entre los senos.

Esta noche hay un grupo de ellas con los labios fruncidos de color sandía, que ríen fuerte y entrechocan los vasos. Luis no puede dejar de mirarlas; observa cómo entre arrumacos obligan a los reacios a comprar tragos, mientras se les cuelgan a los cuellos y bailan sudorosas. La noche acompasa su calor a los *tum tum* de caderas y piernas que se mueven frenéticas sobre el piso de tablas ralas.

1 *Clery*: Vino joven y dulce preparado en base a uvas blancas, al que se agregan frutillas (nota del editor).

—Hola, *guachito* —le dicen. La que habla es una mujer que no había visto hasta ese momento. Sus ojos parecen brillar como los de una gata y le miran aturridos por el alcohol. Tiene un cuerpo menudo y viste un traje de trapecionista jubilada. A Luis le parece que en su pecho trotan caballos asustados. Tembloroso devuelve el saludo.

Blanquita, dice llamarse la mujer que ahora envuelve con sus brazos flacos su cuerpo rígido. No bailan, pero permanecen aspirando sus cuerpos como perros en celo. Luis nunca ha estado tan consciente de su cuerpo y de sus urgencias. Ahora debe bailar y sus compañeros le empujan sin miramientos en la pista. Él simula enojo y abraza a su compañera para salvarla de los molestosos. Entre bailes y caricias prometedoras, Blanquita lo insta a beber y a pedir una copa tras otra.

La noche se evapora entre polvaredas de humo y música. La bruma que sube desde los ríos amortigua los pitazos lastimeros de las locomotoras cargadas de pinos. Campanadas penitentes llaman a la primera misa de domingo. Irrumpe escandalosamente doña Maigo. Viene arrastrando baldes y escobas. Con fuertes voces llama a los aseadores borrachines que demoran en llegar por las mañanas. Luis ha abierto con dificultad los ojos; pide acallar los ruidos que ahora martillan su cabeza, pero la lengua se le revela hinchada en la boca sedienta. Es su primera resaca y lo invade un extraño dolor que se le agolpa en las tripas. Mira sus ropas sucias y manchadas. Hoy debe ir a ver a sus taitas, llevarles un engaño más que sea.

—Usted entenderá que yo también debo descansar, joven —lo insta la dueña y sin miramientos lo toma

con su fuerza de mujer rechoncha. Luis atina a pedir una Pilsen, pues la sed le devora sin piedad. Una vez saciado, hace gesto de pagar y remueve confiado sus dedos en cada lugar posible en el que encontrar su dinero, pero nada. Mira el suelo lleno de basura, pero nada. La mujer golpea el suelo con un pie impaciente y la regordeta mano estirada.

—Oiga, ¿sabe? No encuentro mis chauchas. Ustedes me robaron —la increpa Luis, incrédulo y molesto. La doña abre su boca para proferir insultos que lo hicieron ponerse como tomate.

—Eso te pasó por gil. Estuviste con una *peuca* que es ladrona como gato de monte. Si son de la capital, cabrito, y siempre *pelan* a un tonto. Yo no puedo hacer nada. Todo negocio tiene sus riesgos. Aprende a cuidar tu plata, mejor será. Ahora ándate, no me espantes a los clientes. Mira que yo no robo a curados, la Pilsen es atención de la casa —lo corretea sin miramientos.

Camina hacia el río sintiéndose “un saco de nueces”, como le dice su madre cada vez que se demora en arrear a los animales. Ir a embaucarse así... con qué cara va a mirar a la Micaela. Cuando llega a la orilla, el botero le sonríe de medio lado. Le basta mirarlo para saber que *anda con la mona viva*. Luis cuenta que ha perdido su platita donde doña Maigo, promete que si lo pasa al otro lado le pagará con creces. Sus taitas lo esperan.

—Tráigame una *marconcita* de pollos, compadrito. Y quedamos tan de amigos.

Al subir al precario bote, el hombre lo palmorea en la espalda. Agradecido baja la mirada hasta las aguas oscuras. Lentas y silenciosas las lágrimas le corren por la boca.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

JUAN EL CAMPESINO

Luis Humberto Narváez Vilche (76 años)

Jubilado

Temuco

Primer lugar regional

Esa tarde en la precordillera de la Novena Región, aprovechando el buen tiempo de mayo en el que los primeros indicios del otoño se hacen notar, Juan enyugó su yunta preferida, por su mansedumbre y salió con la picana al hombro por delante de ellos, que tiraban la carreta donde llevaba el arado.

Cuando trazaban el primer surco, empezó a recordar cómo habían adquirido ese pequeño predio acompañado de su mujer, con la cual recién se había casado. Ambos estaban llenos de bríos juveniles, los cuales les permitían trabajar sin descanso por largas horas diarias. Así, en pocos meses, construyeron su hogar, dejando la modesta *mejora* que tenían en la propiedad del padre de Juan. Fueron años felices en los que gozaron del amor que ambos se prodigaban y del cual siguen disfrutando, ahora rodeados de dos pequeños hijos que incansablemente corretean tras las mansas gallinas, perros, terneros y cualquier animal que se les cruce.

Llevaba dos vueltas de arado al sector que se disponía preparar para sembrar lupino, cuando sintió una vibración a la altura del muslo. Hizo detenerse a la yunta mediante un “¡SOOO!”; pero cuando metió la mano al bolsillo, ya se había parado. Sacó su joyita, de la cual se sentía muy orgulloso y la quiso hacer funcionar, para ver de qué se trataba. La apretó por aquí y por allá, sin lograr ningún resultado: se había descargado

la batería. Posiblemente era un llamado de su mujer. Siguió laborando un rato más, con la inquietud que lo absorbió elaborando múltiples interrogantes. Optó por volver temprano a casa. Podría tratarse de algo importante.

—Se cortó la luz —dijo ella— y te llamé para que trajeras agua del estero.

Juan echó un par de bidones a la carreta y volvió para llenarlos. Desde hacía un tiempo corría muy poca agua. Al parecer, las plantaciones de pino que algunas compañías habían promovido entregándoles dinero adelantado a los pequeños agricultores, estaban absorbiendo las napas subterráneas.

Juan, acompañado del monótono ronroneo de la carreta que avanzaba tras el caminar sin apremio de la yunta, aprovechaba de pensar en las contradicciones del destino: antes tenían un pozo de escasa profundidad del cual sacaban agua a cualquier hora, con un balde atado a una cuerda. El progreso les aconsejó profundizarlo, ponerle un estrecho tubo a través del cual iba una cañería adosada a una bomba eléctrica que tiraba el agua con gran presión. El resto del pozo estaba tapado con una gruesa loza que protegía el líquido elemento de impurezas y alimañas. Sin embargo, en el campo caen ramas sobre el tendido eléctrico, un chofer irresponsable destruye

un poste, se estropea un transformador, desaparecen misteriosamente los alambres conductores. Así, permanentemente se corta el suministro, por largo tiempo.

Juan recordaba que antes metían unas piernas de chancho recién faenado en un tarro de manteca, o las colgaban al humo, y cero problemas. Ahora, las carnes nadaban en agua hasta descomponerse en las conservadoras eléctricas, según le había conversado un vecino. El mayor avance, el teléfono móvil, queda inservible descargado.

En silencio llenó sus envases con agua corriente, hizo entrar sus bueyes para que bebieran y emprendió la vuelta. Rumiando su desazón cuando ya el sol se había ocultado, se encontró con su amigo, el lechero, que caminaba con el rostro bastante contrariado. Juan le saludó con el mejor ánimo, pero la respuesta fue cortante. Y en el acto escuchó un rosario de diatribas:

—¡Pu... la gü...! ¡Se volvió a cortar la maldita luz! No pudimos sacar la leche a tiempo y esa tarde el camión recolector se fue sin ella.

—¿Tuvieron que ordeñar a mano?

—Claro, por eso no salimos a tiempo al camino.

El vecino Pedro había pedido un préstamo a INDAP para comprar más vacas. Además, tuvo que invertir en infraestructura, con maquinaria ordeñadora. En teoría era un buen negocio, sin embargo, recientemente las empresas lecheras habían bajado el precio de compra. El valor del alimento concentrado para las lecheras seguía subiendo y a causa de las constantes sequías, no podían almacenar pasto suficiente.

—El problema es que las cuotas del préstamo corren igual —seguía maldiciendo Pedro.

Por largos minutos avanzaron en silencio, solo se escuchaba el ronroneo de la carreta sobre el camino pedregoso. Ambos sufrían problemas similares, sin que pudieran resolverlos. Se despidieron con un parco “chao” cuando Juan se desvió del camino para entrar en su propiedad, pensando en la impotencia de no poder ayudar a su vecino.

Una vez en casa quiso tomar una ducha, pero le fue imposible. Tampoco tenía agua el inodoro y los pequeños hijos, recién llegados de la escuela, lo habían dejado colapsado. Tuvo que vaciarle el contenido de un bidón. ¡Cómo añoraba el hoyo negro que habían sellado por insinuaciones de sanidad! Se lavó un poco y se dispuso a jugar un rato con sus traviosos retoños.

—Se descargó mi celular —fue a comunicarle su mujer—. Estuve llamando a la empresa eléctrica, pero me contestaba una máquina que me echaba a otros números y ahí me decían que esperara en línea, porque las funcionarias estaban ocupadas... ¡El problema es que el uniforme escolar de los críos necesita ser lavado!

—Bueno, alguien más tendrá que reclamar —dijo Juan, resignado, tratando de darse ánimos para dedicarle tiempo a sus hijos que correteaban tras una pelota de fútbol, sin asomos de preocupación.

Temprano al día siguiente Juan enyugó otra vez a Jardín y Florido para ir a buscar agua, llevando esta vez más envases, pensando en que sería prudente abrir otro pozo para los casos de emergencia sin dar cuenta a nadie, porque la burocracia, ignorante de los problemas campesinos, no guarda empatía con ellos desde sus cómodas y bien dotadas oficinas.

Por fin los funcionarios de la compañía habían encontrado el desperfecto: cuando llegaron a la parte alta de una quebrada, cubierta por un bosque de

pino insigne que reemplazaba al depredado bosque nativo de cientos de años, echaron de menos un transformador de once mil voltios, además que los macizos postes que lo sostenían lucían resquebrajados. También faltaban cables, por lo tanto pensaron en el robo de material. Sin embargo, alrededor había matorral quemado que afortunadamente no prosperó por la humedad reinante. Pero más allá se veía un enorme cráter. En el fondo vieron lo que quedaba del enorme transformador semi fundido. Junto a él descubrieron restos de material desconocido. Con mucha dificultad lograron arrastrar los vestigios hasta el camión para llevarlos a la planta central.

—Este material no es nuestro —dijeron los peritos después de examinar la pieza extraña que al parecer era de titanio corrugado. Lo enviaron al laboratorio, donde llegaron a la conclusión de que se trataba de chatarra espacial que había resistido al ingresar a la atmósfera terrestre.

Recién empezaban a cavilar sobre el desastre que el ser humano había estado forjando a través de décadas.

—Con el envío de centenares de miles de artefactos al espacio —dijo uno de los funcionarios—, tenemos que ir acostumbrándonos a recibir chatarra de vuelta.

—Sí —acotó otro compañero—, porque después de un tiempo los satélites quedan inservibles y vagan sin

control hasta ser atraídos nuevamente por nuestro planeta. Indudablemente, algunos se desintegran. Sin embargo, es enorme la cantidad de chatarra que cae a los océanos, por ser los espacios más grandes.

—El problema —dijo un tercero— es que ya están causando un siniestro desequilibrio en el ecosistema marino, empezando con la destrucción del plancton, alimento natural de infinidad de seres acuáticos.

—También descontrolan el eco radar de los cetáceos —agregó el primero—, lo que hace que varen permanentemente en diversas playas del Pacífico Sur, de las cuales no pueden zafarse y mueren, inevitablemente.

—Ahora ya están impactando esporádicamente en tierra intervino el experto, observando el material encontrado—. Algún día no muy lejano pueden causar un genocidio mayúsculo al caer sobre centros poblados de importancia.

Dos días más tarde alumbraron las ampolletas en la casa de Juan y sus vecinos. Empezaron a funcionar nuevamente los artefactos y continuaron con su rutina normal. Nunca supieron la causa del corte. Y cuando alguien descubrió el cráter, mucho tiempo después, y corrió la noticia, se quedaron con el desconocimiento y las interrogantes de cómo se había producido.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA GOLONDRINA Y EL BUEY

Francisco Marconi Juárez (34 años)

Agricultor

Carahue

Segundo lugar regional

Los bueyes son animales resistentes, robustos, de caminar pausado y expresión grave. Íntimamente son pacíficos, severos consigo mismos y pacientes con los demás. Pero su rasgo más esencial es que, de todos los animales salvajes o domesticados, son los más apegados a sus convicciones y por eso rechazan cualquier opinión ambigua. "Llevados de sus ideas", como dice la gente. Ellos lo llaman "integridad". Del mismo modo en el que mastican y mastican su alimento sin prisas durante todo el día para que luego fermente lentamente en la oscuridad de su vientre, así también su pensamiento animal, pese a sus limitaciones, estudia con cuidado cada asunto importante, a veces durante años, hasta dominarlo como nadie y resolverlo siempre. Esta posición la defienden con orgullo y placer intelectual en cualquier ocasión y aunque nadie les pregunte.

A veces, sobretodo en primavera, la idea del suicidio se apodera de los bueyes más sensibles o maltratados. Naturalmente, ellos nunca terminan de medir los alcances de este inescrutable dilema y suelen morir por causas ajenas a su voluntad, sin resolverlo. Sin embargo, siempre se habla —entre los bueyes no hay tabúes— de algún pariente que aparentemente violó esta frontera filosófica hasta alcanzar la certeza desconocida de la necesidad de la muerte. Y todos saben que para eso están las hojas de palqui.

—Pero dicen los antiguos —así narraba un buey a una golondrina—, que una vez el más fuerte y hermoso de entre todos los bueyes, que trabajaba en el monte donde no crece el palqui. Por lo tanto, el día que decidió morir, intencionalmente metió la pata entre los troncos que arrastraba cerro abajo y se fracturó. Los hombres lo mataron y carnearon allí mismo frente a los ojos de su hermano.

La golondrina quedó impresionada. Era una mañana calurosa y la fresca brisa del sur aliviaba a los animales refugiados bajo la sombra de un viejo ciprés. Un incesante zumbido de abejas acompañaba al crujir de las ramas altas.

—¿Lo admiras? —preguntó la golondrina.

El buey agachó la cabeza y arrancó algo de hierba.

—Sí —respondió sin mirarla—, pero no por su decisión, que no comprendo, sino porque actuó según sus propias convicciones, superando al temor y al dolor.

—Te entiendo...

La golondrina chilena o pilmaiquén es una pequeña ave migratoria, ágil y hermosa. También es muy audaz y de vida desordenada, pese a sus esfuerzos por ceñirse

a una rutina. Perspicaces, sensibles y compasivas, las golondrinas son las sicólogas del reino animal. Sin embargo, al contrario de los grandes bovinos, es una especie muy vulnerable a los depredadores, a los parásitos y a las bajas temperaturas y por eso están acostumbradas a sobreponerse a dolorosos golpes en la vida. Casi todos los polluelos mueren dentro del primer año y muy raramente una golondrina llega a la vejez.

—Yo no entendía la oscuridad de la noche hasta que pregunté por la luz del día —dijo la golondrina, como pensando en voz alta. El viento cambió de dirección y se hizo más fuerte. Las abejas se retiraron.

—¿De qué estás hablando? —preguntó el buey.

—Es algo que siempre repetía mi mamá —respondió la golondrina—. Puede significar muchas cosas. Por ejemplo, que no basta con sacar las cuentas y decir "me conviene morir", porque siempre podemos rastrear algo muy adentro de nosotros que, como una luz, no pesa en ningún cálculo y que al final nos salva. Mi mamá también me dijo una vez que su deseo de vivir a pesar de todo provenía de una "loca alegría" y que no sabía de dónde le venía.

El sol se ocultó detrás de una nube y una ráfaga helada cruzó el valle como un escalofrío. El viejo ciprés crujió sonoramente y en el potrero contiguo los terneros corrieron al lado de sus madres.

—Cuando yo era ternero ignoraba muchas cosas y era feliz —dijo el buey—. Pero ahora sé demasiado y tal vez por eso no conozco eso tan esencial que señalas, lo que me salva.

—Y lo que perdió ese buey que se mató —agregó la golondrina. El buey asintió.

—Los hombres van y se inventan un propósito para su vida, pero ¿qué nos queda a nosotros? —agregó con algo de enfado. El cielo se oscureció y cayó una suave llovizna arrastrada por el viento.

—Tengo que irme —dijo la golondrina—, mis amigos me esperan en el viejo galpón. Mañana partiremos temprano con el viento del sur.

—Adiós, amiga.

La golondrina y el buey no volvieron a verse en muchos años.

El día que regresó la golondrina el último temporal del invierno azotaba el valle con fuerza. El viento la zarandeaba y las alas mojadas le pesaban. Venía exhausta cuando por fin divisó el enorme ciprés cercano al viejo galpón y se dispuso a descender. Inesperadamente, un mugido ahogado por la furia del viento la alcanzó. Era su amigo el buey que la llamaba asomando su cabeza por debajo del árbol.

—¡Amiga! ¡Acá! ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! —gritaba alborozado.

La golondrina no quería detenerse, pero sintió mucha alegría al ver a su viejo amigo y su tierno entusiasmo la conmovió. Con una maniobra perfecta se posó a los pies secos del árbol donde el buey la esperaba impaciente.

—Querida golondrina, qué gusto me da verte —saludó el buey con cortesía. La golondrina, casi sin aliento, tardó en recobrase.

—¡El gusto es mío, querido buey! —gritó finalmente para hacerse oír en la tormenta—. Pero dime, ¿qué es eso que dices que ya sabes?

—¿Es que no te acuerdas? Siempre hay algo que nos salva —un relámpago cruzó el cielo—. Tú me lo enseñaste y ahora yo sé lo que me salva a mí —dijo el buey.

—¿Y qué es? —gritó la golondrina. El buey contestó algo, pero el rugido de un trueno se llevó sus palabras.

—¿Qué?! —gritó la golondrina.

El buey no pudo contestar. Una violenta ráfaga golpeó al ciprés con un ruido atronador. La rama principal se resquebrajó y cayó arrastrando abajo gran parte de la copa. Cuando los animales entendieron lo que

pasaba, ya era demasiado tarde. La golondrina no pudo reaccionar, pero el buey alcanzó a cubrirla con su cuerpo, recibiendo todo el golpe en su lomo. Cuando pasó el peligro y la golondrina pudo salir de entre las ramas, el buey se desplomó, agónico. Entonces los dos amigos esperaron juntos a la muerte con dolor y tranquilidad.

Era una absurda esperanza. Antes de morir el buey pudo confiarle a su amiga lo que le daba fuerzas para vivir día tras día: una absurda esperanza. Ese día la golondrina puso en su corazón, junto a la loca alegría de su madre, la absurda esperanza del buey y siempre sintió deseos de vivir con infinita gratitud.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

PAZ EN LA ARAUCANÍA

Margarita Inés Sánchez Pincheira (42 años)

Profesora
Villarrica**Tercer lugar regional**

La tarde está hermosa. Juanito, sentado a orillas de la laguna, acecha las ranas que aparecen con la bajada del sol a croar por los alrededores. Le gusta verlas y escucharlas. Le gusta ver sus colores y observar sus movimientos. A lo lejos, en la carretera, se escuchan pasar los vehículos de mucha gente que va y viene. Tanto *huincas*¹ como gente de la tierra pasan por allí. Todos son buenas personas con él. A veces, cuando lo encuentran cerca de la carretera, lo saludan alegremente o le regalan alguna fruta. Él los saluda imitando cantos de pájaros, lo que divierte mucho a la gente, sobre todo a los *huincas*.

Juanito tiene ocho años y es alumno de la Escuela Fiscal número 6, que queda como a media hora de su casa. Es una escuela pequeña donde todos los días lo recibe su profesor, ya avanzado en años, y una tía asistente que viaja desde Temuco y que es joven, hermosa y muy alegre. La señorita se llama Yenny y le enseña matemática a Juanito. El niño le habla del campo, de cómo atiende los partos de sus ovejas, del poder curativo del canelo y de la importancia de atender a las fases de la luna para sembrar y asegurar buenas cosechas. Yenny lo escucha siempre muy atentamente y en ocasiones le ha dicho con lágrimas en sus ojos que vive en un mundo maravilloso y que es un niño muy sabio.

En la escuela solo hay once alumnos y Juanito es el único que va en cuarto año. Su madre se llama Rosa y trabaja en la casa grande de los vecinos *huincas*. Él los conoce desde siempre y le gusta hacer *trafkintus* con el patrón, que suele cambiarle juguetes recién comprados por huevos de sus gallinas o útiles escolares por plantas medicinales que él recoge en el campo. Le llama “socio” y le conversa de sus animales y siembras como lo hace con cualquier adulto. Eso le gusta a Juanito.

Hoy es sábado y tiene un rato libre para ir a la laguna. Ha tomado una rama de sauce y la comienza a mover en círculos sobre el agua. No sabe el porqué del movimiento y tampoco sabe explicar por qué esto le produce algo como un mareo, como que lo separa de sí mismo. Se concentra en el movimiento circular de la varilla sin darse cuenta. Un cisne todo blanco se acerca volando a la laguna. El niño se distrae al mirarlo, es grande y muy lindo. Se ven a menudo estas aves por acá. El niño lo mira de nuevo y abre los ojos, estupefacto. Los cierra y los vuelve a abrir muy asustado, porque ha tenido una visión: mientras vuela, el cisne se muestra degollado y lleno de sangre. Juanito tira su varilla y corre llorando y llamando a su *ñuke* Rosa. Ella lo abraza y camina con él hacia la laguna, mientras escucha el relato. Allí está el cisne, nadando tranquilamente y

1 *Huincas*: gente no mapuche, extranjeros (nota de la autora).

acicalando sus bellas plumas. “Esto es un mal presagio”, piensa Rosa. Invita al niño a entrar en casa y le dice que olvide el suceso, porque nada ha pasado. Aunque internamente ella será quien asuma la preocupación.

Sucedirá más tarde, más bien en la madrugada. La casa de los vecinos donde trabaja Rosa arde en llamas, hay hombres gritando frente a la casa y tiran piedras.

—Dios mío, Juan —le dice Rosa a su marido—. ¿No serán nuestros hermanos?

—Claro que no, mujer, no son nuestra gente, no lo son —dice Juan mientras corre hacia la casa dispuesto a pelear y tratar de salvar al matrimonio *huinca* que está dentro.

Juanito quiere ir. Su madre lo retiene a su lado, aunque también corre hacia la casa gritando a su patrona. Juanito quiere llorar, recuerda su visión de la tarde y su corazón se encoje, tiene miedo. La casa arde en llamas, los bomberos aún no llegan y adentro se escuchan

gritos. Todo es confusión. Un hombre encapuchado ataca al padre de Juanito, que intenta entrar. Él entra igual.

Lo demás, por alguna extraña razón, el niño no lo recuerda. Su próximo momento de lucidez es cuando esperan a papá, que viene en ataúd junto a los patrones. Han muerto los tres. Hay mucha gente, muchas lágrimas y todas las conversaciones hablan de la policía, violencia, conflicto y otras palabras que no agradan al niño. Ha venido también su profesor y la señorita Yenny.

—Algunos dicen que los malos eran mapuches, otros que eran *huincas* —dice Juanito.

—Ni mapuches ni huincas, mi Juanito querido. No se es de una raza para tener un mal corazón, la maldad está en quien la lleva, no en su apellido ni en su descendencia —dice Yenny, abrazándolo.

Debemos recordar eso, es la única forma de lograr la paz en nuestra Araucanía.

REGIÓN DE LOS RÍOS

MI NOMBRE ES OBDULIA

Luz del Soviet Acuña Aguayo (70 años)

Cantautora

Los Lagos

Primer lugar regional

Si no fuera por esta cabrita que estoy criando, me quedaría un ratito más en la cama, pero tengo que hacerle el desayuno y acompañarla hasta donde la recoge el minibus que la lleva a la escuela, porque es peligroso que se vaya sola, sobretodo en este tiempo del año, cuando todavía está oscuro a las siete y media de la mañana.

Y empieza mi día, como todos los días no más. Hoy voy a seguir dándole al hilado, porque tengo que aprovechar estos días de lluvia ya que es poco y *na'* lo que puedo hacer afuera. Qué suerte que la señora Juanita me regalara su rueca. Ahora me rinde mucho más el hilado. Y ya que digo rueca, ¿cómo estará la pobre viejita en la capital? Yo me la imagino triste y llorosa, echando de menos el sur, el campo que la vio nacer, crecer, criar a su hija y envejecer; pero a la tonta esa le dio por llevársela a la ciudad, cuando yo la podría haber cuidado lo más bien hasta el fin de sus días. Después de todo lo buena que fue ella conmigo, yo no habría tenido problema en cuidarla.

¿Cuánta lana habrán hilado estas manos mías? Y sin rueca, a puro huso. Y mientras tanto, crié a mis seis hijos, atendí al José, hice queso, crié gallinas, pavos, patos; lavé a mano montañas de ropa; hice huertas y mejor ni sigo sacando cuentas de cuántas cosas hice en esa época. ¿Cuántos años me pasé haciendo quesos? ¡Ya ni me acuerdo! Pero la Teruca estaba *re* chica cuando empecé y cuando se fue de la casa yo seguía en la misma cantinela. Por eso debe ser que me duelen

tanto las manos. Tanta sal, tanta agua, tanta cuajada que pasó por entremedio de mis dedos. Y pensar que también crié al hijo de la Teruca, al Pancho. Claro que ahora que está grande, *pa'* qué se va a acordar de su abuela el cabro ingrato. Ojalá que la Ramira salga más agradecida. Pero después de esta mocosa no pienso criar ni un nieto más. El otro día había venido el Humberto a dejarme su guagua porque tenía que hacer un trámite, pero le dije que no podía cuidarla y lo más bien que se las arregló. Ese venía siempre a pedirme que le hiciera pan, que le lavara la ropa y ahora que está con pareja y tiene su casita poco y *na'* se acuerda de mí. Pero mejor me pongo a hacer las cosas en lugar de estar pensando tantas leseras.

Debería hacer pan para unos tres días y tal vez no sería mala idea cocinar para dos días, porque así me alcanzaría el tiempo para hacer algo en el invernadero también. Ya luego voy a tener que trasplantar lechugas y tomates y todavía no tengo lista la tierra. Lo malo es que estos hombres, sobre todo José, no van a querer comer comida añeja. Tan *fregados* que son, y tan servidos.

La semana pasada fui al pueblo a hacer las compras y eso sí que es cansador; me cansa más que los trabajos del campo. Debe ser porque en el campo a uno le da gusto oír el canto de los pajaritos, el canto del gallo, el cacareo de las gallinas. Una, cuando mira alrededor, ve los árboles meciéndose al vaivén del viento y un poco de verde, aunque sea invierno. En el pueblo, en cambio,

lo único que uno oye es el ruido de los vehículos, de las bocinas y lo que ve es cemento por todos lados y casas amontonadas. Lo peor es que una llega del pueblo cansada como perro y tiene que hacer todo en la casa, porque ni fuego hacen estos hombres.

En unos días más, apenas se arregle el tiempo, tengo que empezar con la huerta porque las verduras, además de lo que se consume en la casa, me dan unos cuantos pesos. Lo bueno es que una vecina que va todos los días a la feria me vende las verduras y es poco lo que me cobra. Los huevos también dejan unos pesos. Claro que la comida de las gallinas no es barata y lo peor es que no se pueden soltar, porque las bandidas se van a la huerta y a la chacra y escarban todo lo que encuentran a su paso y el José regaña y *se la agarra* conmigo. Tan rabioso que es este viejo, se enoja por todo y a veces le da por no hablar un día entero. Pero a mí ya no me importa, me da lo mismo.

Me había olvidado que la próxima semana tengo que ir a control médico por esta lesera de la tiroides y seguro que el José no va a querer que vaya sola. Tiene miedo de que me caiga en la calle cuando me da la lesera esa. Pero yo no creo que al José le importe yo; lo que teme es quedarse solo, sin cocinera, sin la empleada que le hace todas las cosas.

Ya me tomé mis mates y es hora de empezar con el almuerzo. Como siempre, estos hombres no picaron ni un palito de leña. Menos mal que ahora tengo lavadora, así que mientras yo cocino, la lavadora lava. Y... ahora que me acuerdo, el próximo mes voy a tener que ir a sembrar papas con ellos, porque José volvió a conseguir un terreno para sembrar. No sé por qué el viejo no piensa que tiene 75 años y la salud ya no lo acompaña *pa'* un trabajo tan pesado como las siembras. Lo peor es que su primo lo apoya en su *porfiadez*. Y para rematarla yo tengo que trabajar codo a codo con ellos todo el santo día; y en la tarde, cuando volvemos de la siembra, llego a cocinar, a amasar y a

servirles, porque ellos los señores están cansados. ¿Y yo? ¿Acaso no me canso? No, yo soy de fierro. Hasta leña tengo que picar. Yo le digo a José que tenemos que ajustarnos y vivir con las pensiones y lo poco que nos da la parcelita. Además, como yo soy bastante más joven que él y mi salud todavía aguanta, puedo ir a ganarme unos buenos pesos donde la vecina más cercana que tengo, haciéndole el jardín y un poquito de huerta.

A esa vecina la conocí hace como cinco años y me llevo muy bien con ella. A veces viene a vernos o yo voy a su casa, pero casi siempre por lo del trabajo en su jardín. A ella le gusta mucho conversar y yo no lo hago mal. Ya ni me acuerdo cómo fue que le conté que no sé leer. Y ¡claro! Cómo iba a aprender si no fui nunca a la escuela. Mi mamá me empleó en una casa cuando yo tenía apenas seis años. Me emplearon para cuidar una guagua de dos añitos. O sea, yo era una guagua cuidando otra guagua. Lo que pasó fue que mi papá murió y mi mamá se quedó con todos nosotros bien chicos. Éramos seis y yo era de las mayores. Mi hermana de ocho también se fue a una casa como empleada. Cuando le conté esto a mi vecina se le llenaron los ojos de lágrimas. Poco tiempo después ella se ofreció para enseñarme a leer, pero qué voy a aprender yo a mi edad. Voy a cumplir sesenta años, ya estoy vieja para esas cosas.

El año pasado mi vecina me dio una prueba de amistad, porque me fue a visitar al hospital apenas se enteró de que había tenido un accidente. Lo que pasó fue que me caí del techo de mi casa cuando estaba limpiando el cañón de la cocina. Menos mal que como mi casa es baja, aparte de unos machucones, no me ocurrió nada grave y los exámenes que me hicieron salieron todos bien. La vecina se puso triste y enojada y me dijo que hasta cuándo iba yo a trabajar tanto y a servir a los hombres como si fuera esclava o algo así. Pero qué le voy a hacer, es lo que me ha tocado vivir.

REGIÓN DE LOS RÍOS

EL CANTO DEL TUÉ TUÉ

Emilia del Carmen Calisto Godoy (54 años)

Dueña de casa

Mariquina

Segundo lugar regional

Había ya oscurecido cuando don Benito se levantó apresurado de su silla para correr a la puerta. Su esposa e hijos lo siguieron exaltados, sin saber lo que ocurría.

—¿Qué pasa papá? —preguntó su hija menor.

—Tshhhh... Callados —dijo cortante, con el dedo índice en sus labios.

Todos pusieron atención. La luz de la casa alcanzaba a iluminar muy poco de la parcela y la luna estaba casi cubierta de nubes, por lo que el negro del cielo se perdía entre las siluetas de los árboles aún más negros y solo se oía el viento y los insectos.

Vivían cerca de una quebrada y bastante lejos de la próxima casa, por lo que siempre estaban atentos al paso de la gente por el camino de ripio, a los carretones y a los pocos autos que por allí pasaban. ¿Qué había llamado la atención de don Benito? En ese momento no sabría decirlo. Pudo ser el zorro que merodeaba la zona en busca de gallinas, atravesando los arbustos; un ladrón acercándose a su predio o el revoloteo de algún pájaro nocturno. No lo sabía con seguridad, pero su intuición pudo más que él y tuvo un mal presentimiento. Algo parecía sacudirse pesadamente en la distancia.

—El tué tué —dijo en voz baja. Fue lo primero que se le cruzó por la cabeza. Había oído un chillido

carrasposo pronunciando ese nombre y se posó bruscamente en un árbol cercano. Ahora agitaba sus alas, estremeciendo las ramas.

Todos miraron en silencio al viejo salir despacio al jardín. Buscó una piedra, intentando hacer el menor ruido posible al recogerla y se quedó estático mirando hacia la nada, como buscando de dónde provenía el ruido con la mirada. La familia, agrupada en la puerta, contenía la respiración lo más posible, hasta que se escuchó a la distancia, pasada la cerca del sitio, un leve ruido y don Benito pudo observar la sombra de un árbol que tiritaba. Apuntó y arrojó la piedra varios metros. Primero se sintió atravesar el follaje, golpear la madera del tronco y caer rebotando en una y otra rama hasta que se escuchó un chillido inentendible para el oído común, algo inhumano: ¡el tué-tué estaba en ese árbol! Nadie podía creer lo que pasaba. Tenían miedo y don Benito ya ni sabía por qué había hecho lo que hizo. Fue un impulso llevado por un presentimiento. No se dio cuenta si quiera que ese impulso lo estaba obligando a gritar:

—¡Ven a mi casa! ¡Mañana en la t-tarde! —tragó saliva— ¡Te invito a t-tomar once con queso fresquito!

Hasta él estaba sorprendido de lo que había dicho. Quedó helado, inmóvil afuera de la casa. Su familia, con los ojos abiertos de par en par, no creía lo que veía. Habían invitado al tué tué a su propia casa, a sabe Dios qué criatura.

La lluvia comenzó a caer estrepitosamente y todo fue iluminado por los relámpagos. Sin duda era un mal augurio y casi no se volvieron a escuchar palabras en la casa aquella noche.

La tarde siguiente estaban reunidos en el comedor. Su esposa recriminaba a don Benito por la barbaridad que había cometido y solo esperaban que pasaran las horas y que nadie tocara a su puerta. Habían oído la historia del tué tué miles de veces, pero no sabían qué hacer si alguien llegaba exigiendo que se cumpliera la invitación. En la mesa había mate y el queso prometido. Don Benito lo había comprado recién al casero y se suponía de tan buen sabor y calidad que le costó mucho dinero. Ya se reprochaba haberlo ofrecido a un extraño.

Cuando creían que el día acababa, los ánimos se calmaron y se sintieron hasta torpes por creer que alguien efectivamente iba a aparecer. Claramente no habían visto aún la silueta que pasaba frente a la ventana. Los perros no ladraron. Solo se sintió un fuerte golpeteo en la puerta. El ambiente se volvió tenso. La lluvia caía ligeramente y de pronto un ¡pum, pum, pum! sacudió nuevamente la puerta. El hijo menor corrió a los brazos de su madre. Don Benito se acercó lentamente y parecía que habían pasado horas. Abrió y se encontró a un hombre cubierto completamente por un abrigo negro. La hija menor apareció de la nada corriendo y le propinó un certero golpe en la cabeza con el uslero, que le hizo caer de espaldas como si fuera un saco de papas.

La noche anterior, don Checho andaba zigzagueando por el camino. La oscuridad no permitía ver más allá de un metro y el jote y la chicha habían hecho más que un efecto en su cuerpo. La naturaleza lo llamó y se internó entre los árboles al lado del camino para hacer sus necesidades. Se tambaleaba y respiraba pesadamente

cuando de pronto perdió el equilibrio y fue a parar varios metros más allá, arrastrado por "el viento", hasta caer estrepitosamente entre los árboles y la maleza.

—¡Jueeeeeé! —gritaba mientras caía. Le tomó un tiempo darse cuenta en dónde estaba. Por él, se hubiera quedado dormido ahí mismo, pero su señora no estaría nada contenta con que pasara la noche afuera. "Voy a tomar unas copitas y vuelvo", es lo que le había dicho. Se tomó su tiempo ahorrando las fuerzas que necesitaba para pararse. Apenas pudo levantarse, "el viento" casi lo bota nuevamente, pero gracias a sus buenos reflejos logró detener su pesado cuerpo con un cabezazo en un árbol; tan fuerte, que el gigante de madera se tambaleó. Lento pero seguro. Por fin estaba de pie cuando un golpe seco se oyó sobre su cabeza. Levantó la mirada y una piedra impactó en su frente. Una especie de alarido sin sentido salió de su garganta mientras se cubría la cabeza.

—¿Quién andará arriba del árbol? —susurró, creyendo que lo había pensado, cuando una voz conocida lo llamó:

—¡Ven a mi casa mañana en la tarde! ¡Te invito a tomar once con queso fresquito! —era su compadre don Benito, que seguramente lo había visto pasar.

—¡Ya nomás, compadre! —pensó, creyendo haberlo dicho. Y siguió su camino a casa, donde fue recibido a gritos por su esposa. Gritos y algún par de cachetadas. Claro, si estaba mojado, embarrado y "algo" tomado.

El pobre hombre durmió como pudo en el sillón y aún con la caña mala despertó casi al oscurecer, adolorido y muerto de hambre. Se puso un abrigo largo para la lluvia y caminó hasta la casa de don Benito en busca del queso fresco prometido. Seguramente allá lo recibirían mejor que en su casa.

REGIÓN DE LOS RÍOS

EL LEÓN Y LA NAVIDAD

Juan Francisco Delgadillo Alún (35 años)
Funcionario público
Paillaco
Tercer lugar regional

Cierto día, hace muchos años atrás en un sector rural del sur, en lo que actualmente se denomina Región de los Ríos, se encontraba recorriendo el espeso bosque un humilde trabajador. Caminaba tranquilo de regreso del campo del patrón con destino a su casa, donde lo esperaba su esposa. Era víspera de Navidad, y a eso de las ocho de la tarde aún estaba el sol viviendo el crepúsculo. Había brisa suave que golpeteaba la copa de los hualles y olivillos enormes que cubrían en aquel entonces las vastas planicies de esta zona. En esos años aún no se producían en gran proporción los planteles ovinos; solo animales menores y muchas gallinas y gansos. Don Pancho vivía solo con su mujer y su pequeño hijo, Francisco Segundo. Eran una familia muy pobre pero muy unida, sin grandes lujos más que su modesta casa.

Ese día veinticuatro de diciembre, luego de haber colaborado con la huerta, de desmalezar el maíz y aporcar las papas, don Pancho se aprestaba a subir una de las lomas que estaban antes de circundar el cerro que lo llevaba hasta su casa, cuando de pronto sintió unos gemidos fuertes y extraños que le llamaron mucho la atención. Caminó con paso sigiloso entre las ramas y logró divisar un puma; el león, como le dicen en el campo. Cazadores furtivos habían dejado un *guache* para cazar animales. Con tan mala suerte del animal, que quedó atrapado en una de sus patas.

Muchos esfuerzos hacía para salir de ese entuerto, los que eran estériles ante la firmeza del acero que se incrustaba cada vez más en su carne.

Ante tal escena, don Pancho, que lo que no tenía de recursos lo tenía de corazón, se apiadó del sufrimiento del felino y, mirándolo a los ojos, le dijo:

—Mira, león, yo te voy a ayudar para que salgas de ahí, pero por lo que más quieras, ¡no me vayas a comer!

El puma, que solo se quejaba del dolor que le provocaba la trampa, se tranquilizó porque tal vez logró comprender que el campesino quería ayudarlo. Con una vara de maqui y con sigiloso cuidado, don Pancho se estiró lo que más pudo. Estaba agazapado a varios metros del puma. Luego de varios intentos, logró desactivar el *guache*. El animal lanzó un terrible rugido, lo que hizo pensar al campesino que sería su fin. Se cubrió con las manos, esperando un ataque de la bestia, lo que para su sorpresa no sucedió. El felino salió cojeando y caminó sin mirar atrás hasta subir la loma y desde arriba solo atinó a devolver, a través de una mirada, un agradecimiento que fue perfectamente comprendido por el campesino. Al llegar a su casa, lo esperaba su mujer y su pequeño, a quienes narró la historia.

Pasó ese año y en septiembre se quedó sin trabajo. La situación económica estaba muy mala y ya en diciembre no tenían cómo *parar la olla*. Era víspera de navidad y estaba solo con su mujer y su pequeño, sin tener nada para pasar esa fiesta especial. La alegría nunca faltó y la radio AM, fiel compañera en ese idílico paraje, sonaba suave, acompañando la tarde.

En eso estaban cuando, de pronto, sintieron el balido de una oveja. Este suceso era poco común, ya que en

los alrededores muy pocas personas tenían este tipo de animal. Les pareció muy extraño. Salieron a ver y se percataron de que efectivamente una oveja estaba al lado de su casa, como una especie de regalo.

Al subir a ver a la pequeña loma que circundaba la casa, lograron divisar aquel puma que hacía exactamente un año atrás don Pancho había salvado de morir. Ese día le traía una ofrenda en agradecimiento.

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL DOMINGO

Matías Alejandro Díaz Huirimilla (20 años)

Estudiante

Calbuco

Primer lugar regional

Las arrugas en la ropa no le gustan, porque pareciera que uno no se preocupara de cómo anda. Por eso, cuando ve una en su falda verde la alisa con fuerza hasta que desaparece. Podría usar la plancha para hacerlo, pero el fuego está malo y no calienta. Su blusa florida está dobladita, tal cual como la dejó el domingo pasado y su chaleco tejido a crochet sigue teniendo el mismo olor a ajo. Sus zapatos café están arrugados y despegados en la punta, pero siguen quedando bonitos cuando se les pasa pomada. A sus medias les apareció un hoyo a la altura de la rodilla derecha, pero si se las sube un poco ni se nota. Se peina con esmero ese pelo que se confunde entre el blanco y el negro y se amarra su pañuelo azul oscuro en la cabeza. Ya son las ocho y media de la mañana; el piso está barrido, las gallinas y los chanchos ya comieron, hay leña en el cajón para todo el día y las ventanas están abiertas para que entre aire. Ya está todo listo, solo le queda sentarse. Sentarse y esperar tranquila.

Con el ladrido de los perros, sus ojos se agrandan. Con los cinco minutos que suceden a los ladridos, vuelve a la tranquilidad. Cuando las gallinas cacarean un poco más alto, vuelve a alisar su falda. Cuando no oye ningún golpe en la puerta, coloca su mano de nuevo al costado. Ya van siendo las doce, hora de almuerzo. Se levanta, sin mirar a las ventanas, y busca en el mueble su mate y la panera. Come unos pedazos de tortilla que

le quedaron de ayer y disfruta el mate bien azucarado. Las chupadas hacen armonía con el tic-tac del reloj y ella se preocupa de que no le caigan migas en la ropa. Cuando le dan las doce y media, *echa una mirada para afuera* y ve que las vacas se andan montando entre ellas. Les pega un silbido y maldice al vecino que le quería cobrar por prestarle su toro.

Qué cómodo que es ese asiento detrás de la cocina y qué bien que arden los palos de luma cuando están secos. El cielo se oscurece un poco. Parece que *se va a largar un chubasco*, así que se levanta a cerrar las ventanas. Después de eso, va al baño y orina todo lo que la deja en estos tiempos su cuerpo. Se seca y se levanta. Va a mirar de nuevo a la ventana y, menos mal, las vacas se calmaron. Se sienta otro rato.

Se despierta de repente. Ni cuenta se dio que cayó a dormir. El fuego se está apagando, así que busca la cera, unta un poco en un cartón y, santo remedio, de nuevo arden los palos. No escucha gozar a los chanchos, así que deben haberse ido al monte a buscar avellanas. Se limpia las comisuras de la boca, porque le había quedado saliva pegada de la siesta. Va a mirar el reloj y son las cuatro y media. Se sienta otro ratito. Le pica una pierna y piensa en esa pulga que no la deja dormir en la noche. Vuelve a buscar su mate y corre la mesita chica al lado de la cocina, ahí matea tranquila.

Cuando dan las cinco, guarda el mate y la panera, pone la mesita chica donde estaba antes y va al baño. Se mira un rato en el espejo, hasta que se aburre y se va a su pieza. Ahí vuelve a mirar el reloj, son las cinco y media. Y se empieza a desvestir. Se desata el cabello y se acuerda de cuando la Camilita le regaló ese moño para la Navidad. Se saca un poco de esa sombra de ojos que le había regalado Andresito para su cumpleaños, esa que le pica un poco y que no se sabe poner bien. Se toca un ratito el pecho y acaricia la tela de su blusa florida. Se la saca y se acuerda de esa vez cuando se le destiñó su mejor blusa con el agua de mar por andar mariscando y ligerito se acuerda de cuando Juan le regaló la blusa florida. Se acuerda de cuando su falda

se rajó en la siembra de papas y ligerito se acuerda de cuando la Olivia se la regaló. Se acuerda de cuando sus zapatos se quedaron sin suela de tanto corretear a los animales que se arrancaron al monte y se acuerda ligerito de cuando Ramón le regaló estos zapatos cafés. Se acuerda de esos tiempos en que no se conocían las medias y se acuerda ligerito de cuando la Olivia llegó con el primer par para ella.

Se acuerda de todo eso cuando se desviste. Y el próximo domingo, cuando se vuelva a vestir así, a lo mejor se acuerde de lo mismo. A lo mejor se acuerda otra vez de sus niños. A lo mejor el otro domingo vengan.

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL VUELO DEL CHIUQUE

Víctor Adrián Barría Hernández (43 años)
Bibliotecario y agricultor
Quemchi
Segundo lugar regional

El Chiuque era su apodo, ese también es el nombre que aquí en Chiloé se le da a un pequeño aguilucho de color café. Lo cierto es que nuestro Chiuque no era un pájaro, sino un hombre de pequeña estatura, solitario, de tez morena, ojos negros y pequeños y mirada fría y tosca que acostumbraba a salir siempre de noche a visitar a los pocos amigos que tenía en Huite, un pequeño sector rural de Chiloé.

Uno de esos pocos amigos que visitaba este personaje era mi padre. Solía llegar cada quince días a nuestra casa cuando empezaba a oscurecer, no importaba que fuera invierno con fuertes vientos y chubascos de lluvia, truenos y granizos, él igual llegaba con su sombrero descolorido, sus pies descalzos, el pantalón arremangado hasta las rodillas y su vieja manta raída tejida de lana de oveja.

¡Cuánto temor nos causaba a mí y a mis hermanos la llegada de este hombre! Todos aseguraban que él era un poderoso brujo que podía causarte un mal o matarte si algo o alguien lo molestaba. También se decía que en las noches tenía el poder de volar, transformándose en un chiuque, el aguilucho de Chiloé. Esa era la razón de su apodo. Nosotros éramos unos niños y al verlo llegar temblábamos de miedo y corríamos a escondernos, mientras escuchábamos a nuestra madre rezongando contra mi padre, reprochándole su amistad con ese brujo malvado. Mi padre se defendía diciendo que era mejor tenerlo de amigo que de enemigo, así que corría

a encontrarlo. Eso sí, creo que lo invitaba a pasar con falsa euforia y fingidos gestos de amabilidad.

Nuestra casa era un fogón chilote revestido de tejas de canelo ubicada entre un cerro y el mar. Nuestras camas eran unos colchones rellenos de paja de trigo llamadas *payasas* y estaban en el lado opuesto del fogón para evitar el humo y las posibles chispas que pudieran incendiarlos. El fogón, por su parte, era un espacio cuadrangular con piso de tierra ubicado en una esquina de la casa y en mitad de este lugar había un círculo de piedras en el que constantemente ardía el fuego y en donde se desarrollaba toda la vida familiar. Allí se recibía a las visitas que se sentaban frente al fuego. Las mujeres cocinaban en unas ollas de fierro o simplemente enterraban los alimentos en la arena caliente mientras hablaban de la huerta o hilaban. Los hombres conversaban de las mingas, del tiempo, contaban historias tomándose una chicha caliente o tocando algún viejo acordeón.

Esa noche los cinco hermanos nos acostamos al verlo llegar; desde nuestras camas podíamos ver en el fogón a mi mamá cocinando y a mi padre sentado al lado de su amigo, el Chiuque. La luz, que era solo la que el fuego podía proporcionar, alumbraba tenuemente aquella noche de invierno, lo que hacía más terrorífica a nuestros ojos de niños la presencia casi espectral del brujo. Mi madre sirvió la cena y, seguramente incómoda por la presencia del indeseado visitante, se despidió con un "buenas noches" y se fue a acostar.

Mi padre se apresuró a sacar desde un barril de alerce una tetera llena de chicha de manzana que puso sobre las brazas para entibiarla. Yo escuchaba el sonido de los vasos que chocaban con los brindis, cada vez a intervalos más cortos. A ratos se avivaba más el fuego y podía verlos con mayor claridad; también podía escuchar su animada conversación, eso sí interrumpida por uno que otro trueno que borraba sus voces con el temporal que arreciaba afuera.

Siempre supimos que mi padre le temía a este hombre por su condición de brujo, pero creo que el Chiuque también le temía a él, porque mi padre era un hombre muy creyente en Dios. Él era el fiscal de la iglesia, participaba piadosamente de todas las festividades religiosas, de las misas y, cuando no estaba el cura, bautizaba a los niños, daba la extremaunción a los enfermos moribundos y rezaba todas las noches antes de acostarse. Ambos eran dos fuerzas opuestas que preferían no enfrentarse; el Bien y el Mal unidos por una extraña amistad.

Entre *teteradas* de chicha consumidas, la noche fue avanzando y la borrachera se fue apoderando de mi padre y de su amigo. Tanto así que caían al suelo los vasos y a ratos, abrazados, rompían en carcajadas sin mediar palabra o conversación alguna. Luego el silencio. De pronto este silencio fue roto por la pregunta que mi padre siempre le quiso hacer a aquel hombre. La pregunta que él aseguraba un día se iba a atrever a realizarle y que mi madre le tenía terminantemente prohibida, ya que muchos que la habían hecho habían sufrido graves enfermedades o hasta la muerte por causa de la ira del Chiuque.

Creo que el mundo se detuvo en un silencio eterno, nuestros corazones dejaron de latir, el viento y los truenos se unieron al silencio y las lenguas del fuego del fogón quedaron petrificadas al oír de los labios de mi padre esas seis palabras prohibidas.

—¿Es verdad que tú eres brujo?

El silencio y la inercia cedieron terreno y los ojos de mi padre enfrentaron a los ojos del brujo en una actitud desafiante, disparando chispas de fuego tan intensas como las que se desprendían del fogón. Entonces oí a mi madre murmurar en su cama:

—¡No, no, no!

El Chiuque lanzó una carcajada que caló mis huesos y luego respondió:

—Eres bien atrevido. ¿Quieres que te diga una mentira o la verdad?

—La verdad —dijo mi padre.

—Bueno —dijo el Chiuque—. Tú eres mi amigo y no te puedo mentir. Es verdad. Yo soy un poderoso brujo, por eso ando solo de noche y por eso no tengo familia ni amigos.

—Yo quiero ser como tú, quiero ser un brujo, quiero aprender ese arte. Si somos tan amigos, debes enseñarme y así saldremos a volar juntos —le dijo mi padre, ya más relajado y con una voz que delataba su ebriedad. Su amigo movió la cabeza de forma horizontal.

—No, Eligio. Tú no sirves para esto, jamás podrías hacer lo que yo hice para ser lo que soy ahora. Tú eres demasiado creyente y piadoso...

—¡Te equivocas! ¡Yo soy capaz de todo! —dijo mi padre.

—¿Serías capaz de matar a la persona que más amas de tu familia? ¿A tu mujer o a algunos de tus hijos y así seguir cada tres años matando a tu familiar más querido, hasta acabar con todos? ¿Por qué crees tú

que murió mi mujer y luego cada tres años uno de mis hijos, hasta que me quedé solo como estoy ahora?

—¡Yo no sería capaz! Tienes razón, amo a mi familia y amo a Dios.

—¡Nooo! —gritó el brujo —¡No *mientes* a mi enemigo!

—¿A quién? —preguntó mi padre —¿A Dios?

—Sí. ¡No lo nombres más! No puedo ni debo escuchar esa palabra, porque tengo mi alma vendida al Diablo y cuando él quiera vendrá a buscarme. Puede ser luego, mañana o en diez años más. Solo él lo sabe.

Mi padre lanzó una carcajada, creo que de incredulidad, envalentonado por la embriaguez.

—¡No te creo! Es verdad que ha muerto toda tu familia, pero no creo que hayas sido tú el culpable. No te voy a creer hasta que me lo demuestres y vea con mis propios ojos que tú eres un brujo.

—Dime qué quieres que haga y lo haré —respondió el Chiuque.

—Vuela. Transfórmate en un chiuque y vuela, ahora mismo —dijo mi padre.

—Lo haré —respondió el brujo y los dos se pararon abrazados y un poco desequilibrados mientras se dirigían hacia la puerta. Entonces, el brujo se zafó de los brazos de mi padre y de un brinco se subió a la ventana desprovista de vidrios después de sacar la cortina de tablas que la tapaba. Quedó en cuclillas mirando el abismo. Extendiendo sus brazos, se lanzó al vacío, perdiéndose en las negras tinieblas de la noche.

Mi madre, que al igual que yo lo había visto todo, se levantó de un salto de su cama y se dirigió hasta la ventana donde mi padre trataba en vano de sostenerse en pie para mirar. Mientras ella lo regañaba por estar

haciendo estas locuras, a viva voz llamaba al Chiuque, que suponía debía estar en el suelo revolcado de dolor ante tan dura caída. Lo llamó un par de veces y después, farol en mano, corrió hasta afuera mientras nos gritaba:

—¡Chicos, vengan a ayudarme!

Yo y una de mis hermanas corrimos descalzos detrás de nuestra madre, buscando al malogrado Chiuque bajo el aguacero de granizos y el viento que arrancaba las ramas de los manzanos del jardín, pero no lo hallamos por ninguna parte. No estaba. ¡Se había ido! Entramos a la casa totalmente empapados de agua y tiritando no sé si de miedo o frío. Encontramos a mi padre roncando al lado del fogón, de nada le servía a ella seguir regañándolo.

Mi madre se disponía a cerrar la ventana con las tablas cuando de pronto la oí gritar mientras apuntaba con su índice hacia el ennegrecido cielo.

—¡Allá va! ¡Allá va! ¡Allá va el maldito! —exclamó. Mi hermana y yo corrimos hacia la ventana mientras mi madre seguía gritando.

—¿Ven esa luz? ¿Ven esa luz en el cielo? ¡Es él! ¡Allá va volando el maldito brujo!

Efectivamente pudimos ver un resplandor zigzagueante que cruzaba el estero mientras nuestra madre seguía gritando. Mi madre se persignó y cerró de prisa la ventana con las tablas mientras nosotros corrimos a nuestras camas. Esa noche no logramos conciliar el sueño. Solo cuando mi hermana y yo nos cambiamos a la cama de mamá y nos aferramos a ella, nos sentimos un poco más seguros. Mi padre siguió roncando al lado del fogón, ignorante de lo que había sucedido mientras afuera el invierno, escondido en las negras sombras de la noche, usaba toda su artillería contra el mundo.

REGIÓN DE LOS LAGOS

RECUERDO DE NIÑA

María Isaura Saldivia Saldivia (58 años)

Dueña de casa

Ancud

Tercer lugar regional

Tenía yo cinco años cuando dejamos el lugar donde primero vivimos. Pilluco se llamaba. A mí me gustaba mucho, porque había un carril donde jugaba todas las tardes. Estaba rodeado de árboles y el camino llegaba hasta el mar.

Un día emprendimos viaje a otro lugar que mi papá había comprado. Lo hicimos todo caminando y a *pata pelá*, porque en esos tiempos no se usaban zapatos. Ese día había sol, recuerdo, y nos fuimos mi mamá, mis dos hermanos mayores, Sonia y Betty, yo y mi hermano pequeño Renato y una vecina que nos ayudó a llevar las pertenencias, doña Estela se llamaba. Mi papá y mi hermano mayor se habían ido el día antes con la carreta que llevaba todas las demás cosas. Caminamos mucho, mucho. Pasamos por grandes pampas, cercos y también por donde solo había una huella en medio del bosque. Muy cansados, pero felices, llegamos al atardecer al lugar donde viviría toda la familia, Ancoco. Estaba todo rodeado de montes, solo estaba limpio el pedacito donde se encontraba el galpón. Este era grande y estaba todo hecho a mano. Era de madera rústica partida a pura hacha. Mi papá la había construido con la ayuda de algunos conocidos y familiares.

Esa fue nuestra casa por varios meses. Bueno, mi papá la dividió en dos partes: en una, nos cobijábamos

nosotros y en la otra parte, se encerraba a las ovejas, las gallinas y los chanchitos. Mi papá nos decía que esto era igual a un pesebre, al menos hasta que estuviera lista la mediagua donde después nos cambiaríamos nosotros. Era hermoso, creo, pero también me daba susto en la noche, porque pensaba muchas cosas y sentía el ruido de los animales que estaban más allá y el ronquido de mis padres y de mis hermanos; ellos sí dormían, porque seguramente estaban muy cansados de tanto trabajar, pero yo no pegaba un ojo. Sí dormía en el día, porque me sentía más segura. Al llegar la mañana escuchaba cuando mi papá abría la puerta del otro lado para que los animales salieran afuera, mientras por el otro lado nosotros nos levantábamos a tomar el desayuno y a empezar a trabajar. Había tanto que hacer.

Pasados los meses, mi papá *hizo las limpias* en el campo. Había más pampa e hizo otra casita de dos mediaguas, un poco más retirada del galpón, pero en el mismo lugar. Ahí cerquita de la casa había un riachuelo hermoso, majestuoso y muy útil del que sacábamos el agua para beber, para lavar, para lavarnos y para preparar la comida que mi mamá hacía. Yo también conducía el agua en baldecitos de lata para llevar a casa, pero me demoraba mucho, porque me ponía a jugar con las truchitas que había en el río y mi mamá me tenía que llamar muchas veces.

Ya en diciembre había muchos corderitos nuevos y también comenzaban a parir las vacas y había que ordeñar. Mi mamá me despertaba temprano para que yo fuera a buscar el jarrón con la leche que habían sacado mi papá y mis hermanos mayores al pie de la vaca. Yo la traía para hervirla y tomar desayuno con café de grano y de higo y con las tortillas que mi mamá hacía por la mañana temprano. Qué ganas de volver a aquel tiempo tan bello. Volver a sentir el sol en mi cara a las nueve de la mañana y el perfume de las flores del campo y escuchar a tantos pajaritos junto con el relincho del nuevo potrillo que había nacido de la yegua La Galleta, que corría glamoroso en la mañana. Le puse el nombre “Doradillo”: era tan hermoso que su piel brillaba con el sol.

En marzo del año siguiente tuvimos que ir a la escuela que había en el lugar. Qué gran día el comienzo de clases. Mi mamá nos hacía nuestra ropa especial para ir a la escuela con sus propias manos. Mi vestido era rosado con pintitas. Recuerdo lo bella y hermosa que me sentía. El de mi hermana era de color verde, pero el mío me gustaba más. Antes de irnos teníamos que dejar hechos nuestros quehaceres, los que consistían en acarrear el agua y la leña para que a mamá no le faltaran. Después tomábamos desayuno y nos íbamos. En el camino nos íbamos reuniendo con los demás niños, todos *a patita pelada*. Pasábamos por huellas hasta que llegábamos al colegio. Entonces nos formaban. Yo era la primera de la fila. Como era la más pequeñita mi profesor casi todos los días, a modo de cariño, me levantaba en sus brazos y me alzaba hasta arriba. Yo no quería que lo hiciera, porque me daba vergüenza y pensaba que los demás niños podían verme mis calzones.

Recuerdo que aprendí pronto a leer y a escribir; me gustaba hacer bien mis letras y me felicitaban por ello. Y a fines de ese año recibí mi primer regalo del colegio.

Qué espera más grande, qué ansiedad, qué emoción; y al recibirlo, qué gran alegría sentí. Era un osito plástico rosadito. Cómo quería yo a mi oso. Era todo para mí y no había más. En navidad en casa en esos años no había regalos; mi mamita solo nos hacía para ese día pan dulce con pasas y papá daba gracias a Dios por estar todos juntos y que ninguno estuviera enfermo.

Fue pasando el tiempo y crecimos. Teníamos que quedarnos a cargo de los trabajos y de la casa cuando nuestros padres tenían que ir a la ciudad de Ancud a vender sus productos y a su vez comprar cosas. Salían muy temprano, a las cinco de la mañana, para llegar a la ciudad más o menos a las nueve de la mañana.

Viajaban cada quince días o una vez por mes. Tenían que irse a caballo y a veces también en carreta. Padeían mucho, porque en aquel entonces no había ni siquiera camino de ripio, solo huellas, y muy estrechas. Su regreso era muy tarde, siempre como a las doce de la noche, porque después se juntaban con los demás vecinos que también viajaban a la ciudad. Los maridos se ponían a beber y se emborrachaban. Era un gran sufrimiento para las mujeres, porque tenían que cuidarlos para que no se cayeran al barro y para que entre ellos mismos no se pelearan, aunque igual muchas veces eso pasaba. Nosotros esperábamos y esperábamos hasta que de pronto escuchábamos sus voces desde lejos, pues venían hablando y cantando muy fuerte. Era muy sacrificada la vida en el campo, pero igual tenía su encanto.

Y así, yo me quedé en la tierra que fue de mis padres. Mis hijas jugaron en el riachuelo en el que yo jugué y ahora, cuando vengan mis nietos de paseo, yo les mostraré los lugares en donde su abuela fue feliz de muy niña.

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL ÁMBAR DE LA BALLENA

Carlos Eliecer González Saldivia (61 años)
 Profesor jubilado
 Ancud
Mención honrosa

—¡**H**ay que llamar a don Francisco para que se haga cargo de la ballena! —se escuchó de madrugada la voz de uno de los primeros mariscadores de machas que habían llegado a la playa de Mar Brava. La ballena era grande y estaba siendo azotada y arrastrada por la fuerza del oleaje hacia unos roqueríos. A esa hora, al parecer, ya no tenía signos de vida. Uno de los mariscadores más jóvenes corrió a la casa del faenador de ballenas y entregó la información. Don Francisco, experto en estos afanes, preparó una pilgua¹ en la que guardó sus herramientas para despostar al animal. Concurrió a la playa con dos de sus ayudantes y procedió. Entrada la tarde, casi oscureciendo, distribuyó entre sus vecinos las piezas que quisieron llevar a sus hogares.

—¿Alguien quiere un pedazo de ámbar? —preguntó a los presentes. Los vecinos se miraron, encogieron sus hombros y nadie pidió nada. Don Francisco llevó una que otra presa, su preocupación mayor era guardar el ámbar de la ballena.

A la mañana siguiente, el ballenero bajó a la playa a la hora de la baja marea, llevando consigo una parte del ámbar. Revisó su corral de mar, reparó algunas varas

que estaban sueltas, restregó el enrejado del corral con el ámbar y regresó pausadamente a su casa.

A la madrugada siguiente, una vez que la marea había vuelto a recogerse, don Francisco y su familia fueron a cosechar la pesca que había generado el corral de mar. La recolección había sido tan abundante que sorprendió a todos. Los vecinos quedaron asombrados con la captura del corral de don Francisco que, a diferencia de los suyos, había sido notable. Don Francisco explicó las propiedades que tenía el ámbar de la ballena y que era la causa de los exitosos resultados de su corral de mar. De inmediato, los vecinos solicitaron un pedazo del prodigioso ámbar y don Francisco, sin inconvenientes, le regaló un pedazo a cada interesado. A la marea siguiente, todo el vecindario gozaba de la milagrosa captura de peces dentro de sus corrales.

Al otro día amaneció con un sol esplendoroso. A mediodía, cuando la señora de don Francisco salió a darle comida a sus gallinas, sintió un silencio extraño: los pájaros estaban mudos, los animales de la granja guardaban un silencio temeroso y los perros, activos en todo momento, estaban en un estado de

1 *Pilgua*: Palabra en mapudungun que significa bolsa o malla de compras (nota del editor).

irreconocible insomnio. Pronto la señora se dio cuenta de que el entorno de su patio había sido invadido por una inmensa cantidad de lagartijas que permanecían como extasiadas respirando algún aroma que era imperceptible para los humanos. Ella intentó espantarlas sin resultado.

—¡Pancho, Pancho! —gritó, preocupada. Don Francisco salió presuroso ante el angustioso llamado de su esposa.

—¿Qué pasa, mujer?

—¡Mira el patio, Pancho! ¡Cientos de lagartijas!

Don Francisco quedó estupefacto. Después de un rato empezó a especular en las causas de esta invasión. Se dirigió a una vara alta en la que había colgado el ámbar de la ballena para secarlo. Lo descolgó y lo guardó en su casa. A los pocos minutos y lentamente, las lagartijas fueron desapareciendo. También la incredulidad de la esposa que, ya más tranquila, regresó a sus faenas diarias del hogar.

REGIÓN DE AYSÉN

LOS PERROS

Mauricio Antonio Melgarejo Jorquera (47 años)

Guía ornitológico

O'Higgins

Primer lugar regional

Apenas sintió ladrar los perros se enderezó en la cama y buscó en la oscuridad la vela, los fósforos y, por si acaso, buscó a tientas también el estuche de su fiel facón. No podría asegurar si aquel silbido había sido de algún cristiano o si era el viento pampino que a fines del otoño soplaba frío desde el este, el viento puelche, el mismo frío desgarró que se colaba por el techo del *puesto* haciendo bailar las latas como si fueran hojas de nalca. Las latas bailaban a pesar del pesado trozo de riel sobre el techo. Lo había rescatado de la antigua línea del tren antes de que no quedara nada, antes de que la compañía, los otros puesteros y cuanto curioso que pasaba por esos pagos se llevara como recuerdo partes de lo que había sido la estación Palos Quemados; mismo nombre de la Estancia, del poblado ya desaparecido y donde ahora él oficiaba de puestero, cuidando las últimas cien cabezas de ganado.

No quiso prender la vela, por lo que prefirió esperar a que los perros callaran para al menos poder identificar algún sonido claro que lo hiciera salir de la cama, ponerse las botas, arroparse con su viejo abrigo de marinero y enfrentarse al sueño, al frío del otoño pampino o a algún sobresalto de la noche, todo en ese mismo orden. Pero no, no fue necesario salir. Los ladridos se calmaron a los minutos y se quedó allí solo.

Poco a poco fue soltando el cuerpo, se arropó bien hasta quedar casi sepultado bajo las cuatro mantas de vellón que lo abrigaban por las noches y que en verano le brindaban abrigo cuando prefería dormir entre coirones, neneos¹ y bajo ese manjar de estrellas que lo cobijaba por los pagos de Palos Quemados. En eso estaba, recordando sus arreos y dando vueltas en la cama, cuando una pesada angustia le robó de golpe el sueño. Esperó otros minutos sin resultados y de nuevo el insomnio lo llevó por caminos que ya conocía y que no quería volver a andar.

Mientras repasaba mentalmente el día anterior, pensó que el silbido podría ser del viejo Suárez, único puestero capaz de salir a buscar un trago de ginebra en plena escarcha de invierno. "Pa' espantar los demonios", solía decir el viejo Suárez. Hizo memoria y dio con la última botella de Carancho Negro, la peor ginebra que había probado y que, por lo mismo, guardaba bajo su cama para convidar a algún sediento que pasara frente a su puerta. Y si no era el viejo Suárez, ¿quién? ¿Sería el Polaco que, arropado en su chaqueta de cuero y bufanda de vellón, venía a cobrarle por lo sucedido en la última mano de truco que habían jugado, molesto aún por lo que considerara una trampa el fin de semana anterior, al perder los últimos pesos de la remesa del mes?

1 *Neneo*: arbusto endémico de Chile, característico de la Patagonia, que se presenta como cojín globoso. Nombre científico, *Mulinum spinosum* (nota del autor).

Cierto era que por el reflejo del ventanal había visto las cartas del Polaco y que por eso había revirado, dejando al pobre hombre sumido en la ira y con la mejor mano de cartas boca abajo. El Polaco era cosa seria. Lo doblaba en edad y porte, aunque esto último no era problema, pues desde chico se había enfrentado a tipos más grandes que él, saliendo casi siempre victorioso, no sin llevarse también como trofeo un labio partido, un ojo inflamado o una costilla rota. Nada que el trabajo de campo no le hubiera mostrado desde que era niño, o más tarde, jineteando reservados y haciendo buenos pesos, fama o consiguiendo miradas y favores de las mujeres más lindas de los poblados.

“Mal no me iba con las viejas”, pensó para sus adentros y rió orgulloso, arropándose la espalda. ¿Y si era don Figueroa? Al viejo se le había puesto la idea fija de que había andado mirando mucho a su señora. Mucho menos le había gustado que la invitara a bailar la noche que terminó la esquila. Pero bueno, se había echado unos tragos de más, andaba con el alma ligera y la lengua afilada. Como fuera, *la ñora* igual se reía

bailando y no era su culpa ser veinte años más joven que don Figueroa. Pero el viejo era dueño de Palos Quemados y si lo echaba ahora estaba liquidado, sin techo, sin trabajo ni dinero. Y lo que era peor: estaba por empezar el invierno.

De a poco se le terminó de espantar el sueño. Ahora se daba vueltas incómodo en la cama, sudando como caballo en verano, temblando, sabiendo que esa noche ya no podría dormir, que volvería a tener que lidiar con sus pesadillas pasadas, los renuncios y cuanta embarrada tenía en su cuenta personal. Y sin saber cómo, el frío se le volvió miedo. Miedo a la oscuridad. Miedo al frío. Miedo a la soledad, a la venganza de hombres pampinos a los que más de una vez les había jugado chueco. Hombres y mujeres con los que no se juega.

El miedo ahora llenaba la pieza. Y el viento otra vez trajo un silbido, esta vez más corto. Y otra vez los perros y el miedo. Y otra vez los perros y los malos recuerdos. Otra vez los perros y la puerta que se empezaba a abrir.

REGIÓN DE AYSÉN

LA LEYENDA DE CALAFATE

Valentina Gabriela Natasha Francisca Carrasco Hasen (17 años)

Estudiante

Chile Chico

Segundo lugar regional

Mis flores doradas se mimetizan con los rayos del sol primaveral; el cielo y el lago se reúnen en el horizonte como viejos amigos y puedo jurar que no hay nada más bello. Puede que sea vieja —tengo más años de los que me gustaría admitir—, pero los días como hoy, hermosos y tranquilos, causan algo especial en mí. Me baja la nostalgia y me sumerjo en mis recuerdos; vuelvo a ser una joven de un particular color de ojos, con sueños por cumplir. Las cosas han cambiado, y mucho. Sin embargo, aún puedo escuchar la grave voz de mi *anko*¹, a quien siempre obedecía sin mayor cuestión. Aunque como también era el jefe de nuestra banda, ¿de qué otra forma podía ser?

He visto generaciones y generaciones de familias ir y venir delante de mí, pero ninguna se compara con mi *yemel*² tehuelche. Vivíamos varias familias juntas, cada una en su *kau*, naturalmente. Como ya dije, mi padre era el jefe de nuestra tribu y su labor era elegir y organizar el lugar para levantar el campamento o *aiken*. Viéndolo desde mi perspectiva actual, puedo decir que nuestras labores eran algo desiguales; el hombre cazaba y traía el alimento al hogar, mientras que nosotras, las mujeres, debíamos cocinar, cuidar de los niños, preparar las pieles para las vestimentas, recolectar leña, buscar el agua, armar, desarmar y

transportar las viviendas. “Debilidad” no era un término que nos definiera precisamente.

Generalmente, los *aónikenk* éramos alegres; no faltaban las fiestas y ceremonias (para nosotros *camarucos*). Es cierto los adultos que bebían y comían hasta cansarse, pero los bailes eran los verdaderos protagonistas. Esa era mi vida, por lo menos hasta antes de conocerlo.

A pesar de todo, aún puedo visualizarlo claramente. Era un joven selknam, alto y hermoso a mis ojos, del que me enamoré casi de inmediato. Bien sabíamos el trágico futuro que nos esperaba si nuestras tribus se enteraban de nuestro especial trato, por lo que preferimos esconderlo. Sin embargo, las cosas no se dieron de la forma esperada y alguien fue con el cuento a mi padre, por lo que decidimos huir.

Yo, su mayor orgullo, estaba en plan de huida con el enemigo. Claramente esta no fue una noticia bien recibida. Al contrario, su enfado lo llevó a recurrir a la chamán, rogándole que interviniera en mi huida para terminar con mi relación. El resto es una historia ya sabida; no pudimos fugarnos, pero con mi cuerpo ocurrió algo sorprendente. Mis piernas se transformaron en raíces. De mis ojos surgieron pétalos

1 *Yemel*: Familia (nota de la autora).

2 *Anko*: “Padre” en tehuelche (nota de la autora).

y mis brazos se multiplicaron, se endurecieron y se llenaron de espinas. Lo que sucedió fue esto: con su magia, la chamán me cambió de forma, de modo que nunca pudiera estar con aquel selknam. Me transformó en un arbusto, pero no en uno cualquiera, sino en uno completamente nuevo, uno que mira al mundo en los días de primavera como hoy, a través de sus flores doradas, como antes lo hacía con mis dorados ojos. De esta nueva forma, jamás pude volver a verlo.

Después de esto, se contó que él no dejó de buscarme. Unos dicen que murió de pena, pero otros cuentan otra historia. Después de tanto buscarme, los espíritus lo ayudaron, le dieron alas para facilitar su búsqueda y lo transformaron en una pequeña ave. Me gusta inclinarme por esta última.

Así que en días como hoy espero ver a un pájaro en especial. He recorrido grandes distancias en mi forma de planta. Ya no soy la pequeña de solo un lugar, sino que he viajado por toda la región que hoy llaman Patagonia. Yo tampoco he cesado mi búsqueda.

Cada año, en primavera, florecen mis ojos y reanudo mi exploración, aunque solo hasta la llegada del verano; entonces se caen mis pétalos y mis frutos, que son mi corazón, me impiden seguir buscando. No pierdo las esperanzas, pero, cegada, debo esperar hasta que mi vista vuelva. ¿Y si viene cuando me es imposible verlo? Debo hacer que vuelva, así que solo me queda algo por hacer: quien coma de mis frutos caerá en mi hechizo y regresará. Es decir, quien coma calafate siempre volverá a la Patagonia.

REGIÓN DE AYSÉN

HOMBRE CAMPERO

Daniel Alejandro Jiménez Cifuentes (15 años)

Estudiante

Coyhaique

Tercer lugar regional

Les voy a contar la historia de Daniel Jiménez, un hombre campero de gran baquía con el yegüerizo, domador que trabajaba en las estancias como puestero, domador y quintero.

Una tarde de calor en una estancia llamada La Nicolasa, llegó un hombre de estampa criolla, chiripa, faja, bota de potro, sombrero de ala corta y poncho fino tapándole la espalda. Esa era su habitual vestimenta. Dejó su caballo zaino requemado atado con el cabestro y maneado de las manos con el perro barcino echado al lado, cuidándolo. El hombre habló con el patrón de la estancia y le dijo que andaba buscando trabajo. Se ofreció de quintero, limpiador de patio o tambero. Su pinta de chacarero le cayó en gracia al patrón, así que le ofreció el trabajo de peón.

Él casi siempre encendía el fogón de la matera y esa costumbre campera le atrajo la simpatía. Cuando al fogón se reunían los gauchos para matear, a él nunca se le escuchó; calladito jugaba con un palito, ensayando a dibujar. En esas andadas un día escuchó hablar a los demás de los trabajos camperos y los concursos que realizaban en La Nicolasa. En la estancia hacían pialadas puerta fuera de vacuno y yegüerizos del lugar, también hacían jineteadas.

Eso era lo que más le gustaba a la gente de esos pagos, porque hartos de ese lugar practicaban la jineteada. El hombre también escuchó ponderar a una zaina

redomona de la tropilla Santa Cruz, que ninguno del lugar la pudo andar; estaba acostumbrada a voltear a la gente en todas las jineteadas a las que la llevaban para que la montaran. Cada vez que se reunían todos los criollos de la estancia en el fongoncito donde tomaban mate, se producía la misma conversación. Y de noche se repetía, porque todos esperaban el día de la capa que hacían en la renombrada estancia.

El día señalado de la capa y jineteadas, empezaron a llegar los vecinos del lugar, pialadores y jinetes muy renombrados con potreras en los recados, que alcanzaban en los cabezales cueros negros casi iguales, mandiles bien recortados, grandes estribos *calaos*. Casi toda la gente gaucha andaba de lazo terciado, porque iban a pialar en los grandes corrales de la estancia, como también había criollos del lugar que llegaban con sus cosas, *por decir*, espuelas clínicas o cogote de gallo, con sus grupas o cinchones. También llevaban basto con encimera para todo aquel que quisiera montar.

Ese día llegaron muy lindas sogas que usaban los gauchos o criollos como pretales, bozales, potreras, lazos, maneas, rebenques, riendas, bocados y muchas otras sogas más que hacían ellos mismos, porque estaban acostumbrados a vivir en el campo. Desde los primeros años de vida que estaban viviendo en estancias, entre animales, galpones, sogas, corrales y otras tantas cosas más del campo.

La capa era un pretexto para despistar al patrón, porque en verdad la reunión de toda la gente se hacía con otras intenciones. Todos habían llegado a las jineteadas más que nada porque era lo que más le gustaba a la gente. Así que comenzó la función abandonando el fogón de la matera, después de la churrasqueada, mientras la bota de vino empinada por la gente campera y por los paisanos del lugar llegaba a crujir por los apretones que le daban. Ya por esas horas todos estaban bastante mamaos con el vino y los entreveros.

Varios muchachos del lugar montaron con recado, algunos de los otros paisanos montaron en pelo, con la grupa surera o bien con basto y encimera. Bueno, era a gusto del montador. En esos entreveros que tenían, hablaban de muchos caballos bravos y corcoviadores que había ese día de la fiesta, pero a la zaina redomona ni por broma la nombraban. Aunque sí ponderaron su fama ganada de bellaca y corcoviadora, que era una yegua que a tanta gente había dejado lastimada. Compadreando, el mayordomo dijo con espuela y el paquete:

—A esta no ha habido jinete *que se le tenga en el lomo*.

Después subió un domador en otro caballo, renombrado por lo bellaco y astuto como un zorro. Pero el jinete era un mocito forastero y entreverado. De repente, se escuchó al quintero Daniel aplaudiendo con fervor y con un aire amenazador saliéndose de la vaina.

—¿Quién monta a la zaina? Que he sentido tanto ponderar. O si no yo la voy a montar por unos tragos de caña —dijo.

Todos *coparon la nota* y rodearon al quintero, que estaba medio *mamao* por efectos de la bota.

—Si es que me baja esa polla, no va a bajar ningún turco, le voy a ir abriendo unos surcos como *pa'* plantar cebollas —completó la chacota, con esa expresión

tan *criollosa*. Cuando el lazo le pusieron a la zaina en el cogote, se vino escarceando al trote, lo mismo que un parejero. Le largaron al quintero esta boda campechana:

—La zaina ya está baquiana. Sabe que es día de fiesta y parece estar dispuesta a comerse otra picana.

Poco caso hizo el quintero a esta broma tan *embogá* y siguió atando las sogas de sus espuelas de acero. Un compañero le hizo pie para que subiera a la zaina y la montó con coraje, diciendo un dicho criollo.

—Tal vez me baje, porque estoy algo chupado. Pero largue nomás, cuñado, y abra cancha al paisanaje.

La zaina, al sentirse suelta, pegó un brinco como un rancho, pero el quintero los ganchos le afirmó de forma resuelta y, en la polvareda envuelta, a la zaina le cambió el trote. Sacudiéndose el cogote, al aire se zarandeaba y el quintero la llevaba más serio que perro en bote. Pegaba unos *arrastrones*, amagando a disparar para volverse a clavar, sentándose en los garrones, pero el quintero en algunos sacudones *se componía* y, cambiándole *de ligero* las espuelas, le cruzaba y otra vez se le clavaba como carretilla en el barro, haciendo temblar la cancha con los arrastrones de la zaina. Pero la zaina bellaca ni por los azotes aflojaba y cada salto que pegaba fueron otros tiros que ensayaba. Y así le fueron quedando las rayas a la zaina con las espueleadas que le daba el jinete. Hasta que en una sentada quiso volverse, pero ya no aguantó más, porque estaba muy, pero muy herida. Entonces cayó acalambrada.

Toda la gente, en montón, rodearon al domador por la grande y machaza jineteada que se había pegado. Este se sacudía las bombachas mientras la gente *lo afamaba*. Algunos gauchos, con emoción, fueron a darle la mano y a felicitarlo por lo que había hecho. De pronto, un gaucho veterano dijo:

—Es criollo. Es conocido. Se llama Daniel Jiménez.

REGIÓN DE AYSÉN

LA TRAVESÍA DE MI JOVEN PADRE

Óscar Enrique Martínez Guzmán (16 años)

Estudiante

Coyhaique

Mención honrosa

Mi padre tenía siete años cuando por primera vez se atrevió a montar un caballo. Este era de mi abuelo y era un zaino de nueve años que acompañó a mi padre durante toda su infancia. Vivió con él sus mejores travesías. Para mi padre fue sin duda un compañero fiel.

Una fría mañana de invierno, cuando era joven y alentado, se levantó como de costumbre minutos antes del amanecer, dejó que mi abuelo siguiera durmiendo y salió a dar una vuelta por el potrero que se encontraba a un costado de su casa. Vio que los corderos aún estaban encerrados en su cabaña y decidió soltarlos para que fueran a alimentarse y para que tomaran agua. Una vez que los soltó, exclamó:

—¡Y mi amigo cómo estará, che! —Luego se dirigió a la pesebrera donde descansaba su anhelado caballo.

Pero desde lejos divisó algo raro. La sorpresa fue tal cuando llegó que se le pusieron las manos frías y el rostro pálido. La pesebrera estaba casi desarmada, la puerta la habían echado abajo y las tablas se encontraban esparcidas por todo el lugar. Era una escena cruda y desgarradora. Su único amigo había desaparecido. Mi padre se sintió desgarrado, atónito y desesperado.

—Estoy seguro que aquí estaba, lo he escuchado relinchar esta mañana —exclamó con voz temblorosa.

No esperó ni un solo minuto para correr por los alrededores con la esperanza de que el caballo solo se hubiera escapado y se encontrara en el mismo campo.

Lo buscó por los potreros aledaños hasta que amaneció. Su esperanza ya había decaído. No encontró ninguna señal de él por los potreros, sólo halló unas borrosas huellas en el camino que daba hacia el pueblo más cercano, pero cómo saber si eran de él o, peor aún, cómo saber si eran de ese día. Pero no perdía la fe. Sabiendo que no debía estar muy lejos, corrió a casa. Cuando llegó, mi abuelo aún dormía plácidamente. Para no despertarlo, le dejó una nota sobre la mesa que decía:

Papá esta mañana ha desaparecido el caballo, sabes que él es muy importante para mí así es que he salido a buscarlo. Seguiré un rastro que he pillado por la calle hacia la villa. Si no llego hoy, te pido que no te preocupes, porque ya me sé cuidar. Regresaré cuando haya pillado a mi querido amigo.

Hecho esto, tomó algunas cosas de la casa: un cuchillo, un lazo, su manta, sus botas y su boina, un regalo de una tía de la Argentina. Llevó también consigo un trozo de charqui de yegua que era su favorito y rumbo al pueblo siguiendo las huellas por el camino. Al poco andar, el cielo comenzó a nublarse y comenzó a correr una brisa inquietante, de esas que te hielan hasta los huesos, traicioneras a quemarropa. Mi padre

seguía caminando por la aislada carretera patagónica, siguiendo el rastro borroso de barro en las orillas. La huella se hacía cada vez más invisible y la esperanza de mi padre se fue desvaneciendo poco a poco con cada paso que daba. Llegó a lo alto de una colina y desde ahí vio la Villa Ortega, que para algunos es un pueblo vacío, era un pueblo sin vida. Para la gente de los alrededores, sin embargo, era sinónimo de fiesta y entretención. En ese entonces no era el mejor lugar para que un joven de apenas quince años deambulara solo, pero él estaba decidido a seguir las huellas de barro que lo guiaban hasta allá.

Cuando le faltaban apenas cuatro kilómetros, apareció una luz de esperanza en medio de la fría mañana: una camioneta Ford de la época, modelo f250. Quien manejaba era un tal Luis Martínez, un hombre muy respetado en la zona por poseer una piscicultura donde criaba peces. Era un alguien de mucha plata. “Este no alza a nadie”, pensó mi padre. En ese mismo instante el vehículo se estacionó a la orilla del camino.

—¿Pa’ donde va con este frío, amigo? —preguntó el hombre.

—Pa’ la Villa —respondió con voz dominante mi padre.

—Vamos, sube. Yo te llevo —dijo el hombre.

Dicho y hecho. Mi padre subió a la camioneta, lo que para la época era casi como un lujo. Al partir la camioneta, mi padre no le sacó la vista de encima a las huellas que había en el barro. Tanto así que en un momento don Luis creyó que mi padre se había dormido.

—Y qué lo trae por estos lados —dijo don Luis.

—Vengo en busca de alguien importante —respondió mi padre con voz fría.

—Pues que tengas suerte en este pueblo avaro.

Al llegar se bajó justo donde la huella llegaba a la calle y le agradeció a don Luis por el favor.

—De nada. Que estés bien, amigo. Cuídate —le respondió.

El rastro seguía hasta el patio del restaurant “El Farolito”. Mi padre, sin pensarlo, entró hasta el interior del recinto y desde ahí salió un perro ovejero a torear. Desde la puerta de atrás se asomó el dueño del restaurant.

—Échate, Angustia. Perro ordinario.

Mi padre se sintió acorralado y solo pensó en no abandonar todo lo que había hecho.

—Hola, mi nombre es Eduardo, pero me dicen Lalo —dijo mi padre en señal de respeto—. He seguido las huellas de mi caballo y todo me indica que llegé hasta aquí. ¿No ha visto usted a un caballo zaino por casualidad?

—¿Quieres una alegre mentira o una triste verdad? —preguntó el hombre con una expresión compasiva en su rostro.

—Prefiero la verdad en todo orden de cosas —con su voz joven y firme mi padre le respondió.

—Como un ave, emprendió el vuelo y nunca volvió —contestó. Con su mirada perdida el dueño se marchó lejos. Cantó el hombre con tal indiferencia que mi padre se enojó y cuando se preparaba para decirle algo, el hombre exclamó:

—Posiblemente ya esté lejos, quizá no lo vuelvas a ver más. Hoy por la mañana un peón de don Luis Martínez pasó por mi restaurant con un caballo como el que tú me describes. Se veía muy agitado, pude notarlo en su voz. Pensé que andaba en malos pasos y tu inquietud me lo confirma.

—Pero, ¿dónde fue? ¿No lo vio partir?

—Lo vi salir muy apurado, montó aquel caballo y se esfumó sin dejar rastro. ¿Te digo algo, amigo? Si piensas que encontrarás a tu caballo, date por vencido. Nadie se mete con esa gente, ellos controlan todo en este pueblo y sin ellos nosotros seguiríamos siendo un pueblo en el olvido. Pero si eres terco, como pienso, ve a la cantina de don Machoqui. Allí todas las tardes se reúnen los hombres de don Luis a tomar. Quizá esté allí aquel hombre. Es alto, tiene pelo crespo, piel blanca y un bigote.

—Bueno. Gracias por la información. Haré lo que sea más conveniente, hasta luego —dijo mi padre retirándose de aquel triste lugar.

Más esperanzado que nunca, se sentó en un tronco que había en la calle y se dispuso a comer de su charqui. Una vez que terminó, emprendió su viaje hacia la cantina.

Era un joven de quince años con la inconsciencia de la gente de la época. Solo pensaba en encontrar a aquel hombre. Miró a todos lados cuando de pronto, a un costado de la barra, divisó a un hombre con las mismas características que le había dado la persona del restaurant. No esperó ni un solo segundo y se acercó. Se encontraba de espaldas a mi padre y tomó su cuchillo, aún en su funda, y se lo afirmó en las costillas.

—Un caballo zaino de nueve años... Dime dónde está o te juro que lamentarás haberte metido conmigo.

A aquel hombre se le puso la piel de gallina y disimuladamente salió de la cantina, siempre con el cuchillo apoyado en el costado de su torso. Una vez fuera, le dijo con voz temblorosa:

—Está ahí, detrás de esos matorrales.

En un intento por escarpar, el hombre golpeó a mi padre con su codo en la cara. Mi padre cayó, pero en un acto de agilidad, sacó su lazo y enlazó al hombre. Lo amarró a un árbol que se encontraba cerca y nuevamente se dispuso a buscar su caballo. Efectivamente, estaba allí con montura y todo. Lo montó y se acercó al hombre.

—La pobreza de tu gente es la riqueza de nuestra empresa. Tú fuiste el primero de muchos que vendrán en el futuro. Tranquilo, no te emociones por decírselo a todos, que a un pendejo como tú no le cree nadie —le dijo a mi padre.

—Tal vez mi gente no tenga dinero, pero su riqueza es interior y con nosotros no se meten. Si quieres ve y cuéntale a tu gente lo que un cabro de quince años te hizo —sonrió mi padre y se echó a cabalgar hacia su casa, olvidando su lazo, que en ese momento era algo insignificante comparado con la alegría que sentía al estar de vuelta con su amigo de la infancia, su único y fiel caballo.

Cuando llegó a casa, estaba mi abuelo sentado.

—¿Cómo te fue? Creo que bien, por la alegría que sale de tus orejas —rió mi abuelo y mi padre le contó toda su historia. Al terminar, mi abuelo dijo:

—Me saliste igual a tu madre. Qué pena que ya no esté con nosotros. Ya, anda a buscar las ovejas que se hizo tarde y tú te sacaste el día *leseando*.

—Sí, papá, altiro —dijo mi papá y salió corriendo. Montó en su caballo y se fue galopando hacia la pampa, tan feliz como debía estarlo. Y desde ese día mi padre recuerda a su amado caballo. Un amigo incondicional.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

UN LIENZO DE NUBES

Myriam Oualit Rubio (30 años)
Trabajadora social
Río Verde
Primer lugar regional

Más de cuarenta años en esta Patagonia, no estoy en una isla como de la que vengo, pero el aislamiento que se siente en esta tierra es mayor. Las distancias entre tú y yo no se miden en kilómetros, se miden en meses. Estoy aquí, en mitad de la pampa, en mi falso hogar, que pertenece al patrón igual que todo lo que mis ojos alcanzan a ver, pero que siento mío. Él me ha visto generar mi rutina desde que llegué: madrugar, desayunar, trabajar, comer, ver televisión, tomar mate y... esperar a que alguien se acuerde de que en mitad de la nada estoy yo, nieve, llueva, escarche o salga el sol.

Aquí todos los climas son hermosos. La nieve cubre la pampa como una manta virgen, pero quema las manos y los pies, la lluvia se congela haciendo que uno resbale, el sol mancha los rostros. Y cuando parece que *hace el día* más estupendo del mundo, recordamos que estamos donde nacen los vientos, los que hacen imposible estar a la intemperie.

No me quejo de haber elegido vivir aquí; es duro, el campo es un páramo adornado con ovejas y unos cuantos matorrales de calafate y yo soy parte de ese adorno. Yo, montado en mi caballo acarreado animales con mi boina, mi manta, mis botas. Yo soy el adorno más hermoso de esta tierra, con mis manos grandes, fruto del trabajo. Me siento orgulloso de disfrutar de esta soledad tan agridulce, que a veces me da melancolía y otras me da paz, entre pan amasado, cordero y cazuelas. No sé vivir de otra forma. Algunas veces quiero irme, dejar este surrealismo

que pocos conocemos, entrar dentro del mundo que parece girar en torno al consumismo, la tecnología y la burocracia. Salto dentro, a la ciudad, la que está a meses de distancia, y allí me sacio de alcohol y mujeres y vuelvo a mi falso hogar más vacío de lo que me fui. Pero eso es parte de mi rutina, desconectarme de esta soledad que nos hace especiales, que nos hace desconocer muchos códigos impuestos, que nos hace gesticular como queremos, reír de la forma que queremos, amedrentarnos ante la seguridad de otros "más educados" que nos faltan al respeto.

A mis sesenta años sé que aún me quedan años por vivir y que los viviré aquí. No porque no tenga otro lugar; tengo mi casa, mis hijos y mi mujer, pero nuestras vidas son paralelas y solo se cruzan mediante un sobre que entrego mensualmente, donde va todo mi trabajo materializado en dinero. Además, si yo me voy, ¿quién se va a hacer cargo de todo? No quedamos muchos y la gente nueva no dura. La gente joven no sabe lo que es trabajar, exigen más dinero, exigen mejores condiciones, mejor comida. Aquí te pagan el mínimo, trabajas cuando el patrón diga y las horas que estime. Tienes tu cama con tus mantas en una habitación con cuatro más como tú, un baño y una cocina donde compartir el calor y la comida. La comida es cazuela de cordero, cordero, fideos de cordero, sopaipillas y pan amasado. ¿Quién ha visto verduras creciendo en la pampa? ¿Quién va a hacerse cargo de un invernadero? Pobre, mi falso hogar. Cuando yo no esté, nadie más lo va a cuidar.

Pero mientras pueda seguiré montando mi caballo, hablando solo cuando me plazca; nadie me va a ver, puedo ser loco sin disimular.

Confieso que mi conversación más común es con las nubes. Las nubes en la pampa son de algodón y ocupan todo el espacio, son el lienzo que luego se decora con todos los otros ingredientes. Y al ser todo cielo, los pájaros aparecen. Los caminos parecen flotar. Así ando yo, con los otros habitantes de este paraíso frío solo para valientes: el chingue, el zorro, los cóndores, los cisnes, los patos, el armadillo y las toninas. Porque no somos isla pero estamos llenos de canales de agua. Yo creo que están puestos para alimentar a mis amigas las nubes.

Me gusta juntarme con los que son como yo, con los otros que cuidan otras tierras, los que están a kilómetros. Es difícil juntarse, pero cuando se hace uno vuelve a casa lleno de energías, comparte experiencias, se habla el mismo idioma, hay un cálido sabor a comunidad, a la que de verdad pertenecemos; porque nosotros somos ahora la civilización de esta tierra, nadie más que nosotros, que entendemos el paisaje. Las actividades que nos hacen a veces nos gustan y otras nos dan igual, pero siempre disfrutamos de estas instancias, nos hacen sentir importantes o por lo menos que no estamos olvidados.

Cuando llegué extrañaba mi isla, también rural, pero diferente. Allí el verde predomina y se respira otro aire, otras historias y muchas leyendas. No quería dejar mi hogar, pero para vivir había que trabajar y me agarré a la suerte y a lo que ella me entregara. Tenía familiares que habían venido a Magallanes en busca de un sustento para vivir. Así que partí con mi mujer y su guata de siete meses, mi tío ya me había conseguido donde quedarme. Los primeros años vivimos los tres juntos, ella, la pequeña y yo en la estancia que hoy es mi falso hogar. Mi mujer cocinaba para todos. Éramos siete sin contar al administrador y al patrón. Cuando la

pequeña creció y debió asistir al colegio, ella decidió partir a la ciudad. Fue ahí cuando la distancia con mi familia se empezó a medir en meses. Nos veíamos primero una vez al mes. Al cabo de diez años tenía dos hijos más, esta vez varones. Con el tiempo, cuando yo bajaba, sentía que no pertenecía allá. Mis hijos ya no se juntaban alrededor de la mesa a esperar a que su papá llegara. Mi hija me veía como a un ser de otro planeta y mi mujer era más la madre de mis hijos que mi mujer. Así que empecé a alargar la distancia que existía entre nosotros. Sin embargo, siempre los tengo presente y son la ilusión de mi vida, me proyecto en ellos, imagino que soy parte de su crecimiento. Deseo que todo mi esfuerzo, mi soledad, mis arrugas y mi incompreensión se transformen en su triunfo y su felicidad. Quiero sentir que yo puse una piedra en las bases de ese camino que les tocará recorrer y fantaseo con eso. Realmente no quiero que me cuenten cómo les va en la vida, no quiero escuchar sus problemas. Solo quiero inventarme sus logros, créermelos con toda la certeza que se pueda tener sobre un hecho y saber que participé.

A mis hijos me hubiera encantado enseñarles a montar a caballo, a ser hombres de verdad, porque es lo único que sé hacer. Pero no tengo tierras propias y mi caballo no es mío. Tampoco tengo un cordero para matarlo y asarlo al palo. Además, yo decidí este camino para mí, no lo quiero para mis hijos; quiero que ellos sean como esos jóvenes que son capaces de exigir y de buscar su felicidad. Yo he sido feliz, no lo puedo negar, porque uno vive de ilusiones. Mi ilusión queda en mis descendientes. Espero que un día tengan un pedacito de tierra en cualquier parte del mundo donde acurrucarse con los suyos alrededor de un fuego, donde mirar las estrellas y donde recordar que yo fui real y que desde algún lugar los estaré mirando y sonriendo porque mis sueños se cumplieron.

Ya, chao. Viene el patrón. Son las seis de la mañana y es época de esquila. Buenos días mis queridas nubes.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

EL JAGUAR OVERO

Cristian Alejandro Hernández Núñez (15 años)

Estudiante

Laguna Blanca

Segundo lugar regional

En la estancia Gallinales se realizó hace unos tres años una fiesta criolla donde se corrió una *polla*¹ entre peones y puesteros. Hubo vino y asados para todos los asistentes a la reunión. Se respiraba gran entusiasmo ese hermoso día; una de las razones que causaba aquella alegría era el cumpleaños del patrón.

Al lugar donde se encontraban los gauchos llegó un desconocido. Era un hombre bien vestido, de imponente estatura, usaba una rastra de oro en la cintura, una faja finísima, una hermosa vincha y un buen sombrero; excelente presentación tenía aquel forastero de rostro simpático. Calzaba unas botas de cuero de potro con grandes rodajas de acero como espuelas. El capataz se le acercó y se presentó. El trabajador le solicitó permiso, *fijándole compromiso* para ayudar a la criolla. El capataz dejó amarrado a la troya a su caballo precioso, el Jaguar Overo. Quedó junto a veinte potros muy bellos, pero el suyo era un mestizo imponente, era sobresaliente. Por las mañas que tenía, aquel que lo conocía jamás lo quería montar. Era terrible en el lomo, baqueano en la volcada, igualmente en la patada. Cuando negaba, el estribo para el diente positivo; cuando le señalaban el lazo, daba curtidos porrazos a quienes se atrevían a montarlo. Era audaz, atropellador y sometía al domador. El capataz hizo una oferta a aquel que lo ensillara, siempre que no lo bajara. Le pagaría quinientos mil pesos.

—Yo acepto —dijo el paisano recién llegado—. Soy un forastero y procuro ganar dinero, aunque me lleve un porrazo. No extrañarán mi fracaso si me caigo.

—Tampoco será el primero que arroje al suelo un corcel indomable como este —dijo el capataz—. Tenga cuidado, amigo, porque hombres y mujeres lo han tratado de montar, pero nadie *le para en el lomo* a este astuto animal. Con una astucia enemiga, es muy rudo y sin fatiga. Jamás nadie lo castiga.

—Creo que es un animal de temer —dijo el forastero—, pero soy algo porfiado. Le tengo fe a mi mente ganadora y también a mis rodillas y a mis espuelas sencillas y baqueanas. Le doblo la apuesta —le dijo—. Usted me da un millón de pesos si no me saca prontamente. Yo le doy toda mi vestimenta cara y le trabajo un año gratis si es que me bota enseguida. Junto con mi vestimenta, le doy también mi sortija, que es una prenda estimada.

—Acepto —dijo el capataz—. Me gusta esa parada valiente. Lo desafiado acepto, con testigos importantes, con la mano apretada sellemos la apuesta ahora.

Estaban todos expectantes, tanto los domadores como la peonada. Se reían porque sabían que el forastero saldría en segundos disparado del esquivo

1 Polla: apuesta (nota del autor).

equino. Tenía fuerza en los carrillos y se sentía seguro. Había una hermosa fiesta, más de veinte mil personas presenciaban la jornada. Guitarras y acordeones sonaban, tocaban alegremente chamamés y rancheras australes. El capataz, sonriente, preparó a su corcel, que estaba como una fiera que acecha a su presa. Otros hacían apuestas. Era una fiesta total. Con el Jaguar apartado, los autos estaban bien colocados con testigos, fotografías y mucha gente ansiosa de ver el espectáculo.

Comenzó la monta. El Jaguar en el palenque con el jinete, que con el rebenque en la mano gritó:

—Lárguelo, paisano.

A esa fiera tan mentada, a ese potrillo arisco, en la punta del hocico le pegó una cachetada. El Jaguar, con todo el agravio, soltó un ronquido alterado igual que tigre enojado, salió buscando ventaja. Cuando sintió las rodajas, se cambió de costado. El jinete iba parado. Aquella forma entonada hacía crujir los dientudos. Cómo voltearlo. No pudo. Buscó con astucia lanzarlo al suelo, pero no pudo. Parecía irse cayendo, pero se agarraba de la montura y aguantó como un hombre

con fortaleza de león. El Jaguar se molestó y el rebenque retumbó en las paletas heridas, casi se volcó, pero lo salvaron las espuelas en el cuero retorcido y el animal se rindió.

Bajó el gaucho, tropezándose, totalmente acalambrado. El público le aplaudió con entusiasmada gloria.

—¡Viva, viva! —gritaban todos—. Una hazaña ha realizado y ahora tiene merecida fama.

Hasta un enjambre de damas que se encontraban reunidas también lo felicitaron. Con gusto le curaron las dos rodillas heridas. El Jaguar Overo quedó mal herido y con remedios naturales lo curaron, pero nunca más lo montaron. El joven jinete recibió lo acordado y un gaucho viejo dijo:

—Este indio tiene reserva. Debe tener buena yerba o doma con brujería.

Ese fue el fin del Jaguar Overo, el caballo más fiero que jamás se ha conocido en la Patagonia hermosa de nuestro país.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

TIERRA DE ORO

Valeska Ayelen del Pino Silva (17 años)

Estudiante

Porvenir

Tercer lugar regional

Hace mucho tiempo escuché por ahí hablar de una historia relacionada con el origen de las tierras en las que he vivido toda mi vida y me pareció muy curiosa por todas sus características. Aquella historia decía que en el momento en el que todas las regiones de Chile fueron creadas, aquel que las estaba creando decidió darles características intrínsecas a cada una de ellas. Fue así que yendo de norte a sur terminó en el fin del mundo, en la Isla Grande de Tierra del Fuego. Estaba a punto de crearla y se percató de que ya se le habían acabado las ideas con las regiones anteriores. Ya había otorgado la minería a la XV región; la economía industrial a la I región; la ganadería, agricultura, silvicultura, economía agropecuaria y silvoagropecuaria a las demás regiones y comunas. Entonces, ¿qué le otorgaría a la región del fin del mundo? Pensó y pensó, pasó días y noches enteras pensando en qué le podía regalar a ese rincón tan olvidado del mundo. Pensaba: “Tiene que ser algo que llame la atención, algo para que venga gente de todo el mundo a visitar este lugar”. Se le ocurrió la primera idea.

—¡Ya sé! ¡Les daré la nieve para que sus niños se diviertan y para que tengan paisajes únicos! —dijo—. No, no, no, algo le falta —concluyó. Luego le vino a la mente la segunda idea.

—Les daré además, por unos cortos períodos de tiempo, todos los climas de las anteriores regiones, lo tendrán todo. Pero no... Aún le falta algo.

Entonces pensó en la tercera idea.

—Les daré pampas y pampas donde podrán tener la libertad de hacer lo que deseen, no les faltarán tierras, pues no serán muchos los que allí vivirán.

Así y todo consideró que aún le faltaba algo. Por ello se le ocurrió la cuarta idea.

—Les daré tranquilidad, aires limpios, paz para vivir. ¡Casi! ¡Está casi perfecto! Aún falta algo...

Finalmente se le ocurrió la quinta idea, aquella que hizo que toda la gente conociera los lugares desolados y tranquilos de la Patagonia, el oro.

—¡Eso es! —exclamó—. Les daré, además de todas las anteriores características, riquezas, grandes riquezas, pero no les caerán del cielo. Tendrán que trabajar arduamente para conseguirlas, tendrán grandes riquezas aquellos que a estas tierras vengan y trabajen.

Fue así como Tierra del Fuego se hizo famosa como tierra de ricos, tierra de oro. Venían *gentes* de todos lados para obtener este mineral. *Gentes* de caras blancas y oscuras, altas y bajas. Todos querían venir, obtener riquezas y ser felices. Y así fue que Tierra del Fuego tuvo su época de oro, aquella por la que se crearon muchas ciudades, ciudades bellas y tranquilas que hoy en día tienen todo lo que el creador prometió otorgarles un día. Aquellas grandes ciudades un día se crearon por esta fiebre del oro. Hoy estas ciudades tienen paisajes bellos, tranquilidad, grandes pampas, climas cambiantes, clara y blanca nieve. Tienen todo aquello que las hace únicas.

ME LO CONTÓ MI ABUELITO



PREMIOS NACIONALES

LA CARTA

Aelyn Michell Ruiz Muñoz (13 años)
Colegio Kalem
Aysén

Primer lugar nacional
Primer lugar regional

Hoy traté de enseñarle a leer a mi hermana menor, sin mucho éxito. En eso llegó mi abuela, quien se sentó a la mesa con su mate y nos comenzó a contar una historia.

Hace mucho tiempo, cuando Aysén aún estaba en pañales y la conectividad no se hacía efectiva, una mujer llegó a estos parajes con sueños de colonizar la Patagonia. Se trataba de una pequeña joven de 17 años que se llamaba Carmen; era delgada, de pelo largo, crespo, y tenía una cara alargada y blanca como la nieve. Le gustaba mucho ayudar a los demás colonos: caminaba a diario varios kilómetros para ver si alguno de sus vecinos necesitaba ayuda. Así fue como un día llegó a pie a ver a una abuelita llamada María, la cual hacía muy poco tiempo había perdido a su único hijo en un accidente en Argentina. Carmen golpeó la puerta de la casa de la abuela María, quien le abrió con los ojos llenos de lágrimas y la voz entrecortada. La hizo pasar a su casa.

—¡Qué bueno que viniste a verme, hijita! —le dijo la abuela.

—¿Aún sigue triste por su pérdida? —le preguntó Carmen.

—Creo que es más que tristeza. Tengo una sensación de no haberle podido entregar más cariño y lograr despedirme de él.

En eso, se levantó la abuela María y fue hacia su dormitorio. De vuelta trajo una caja en sus manos, se sentó detrás de la cocina y le mostró a Carmen lo que su hijo le había dejado: una carta.

—¿Es de su hijo? —le preguntó Carmen. La abuela María contestó:

—Sí. Mi hijo me escribió esta carta, que fue la última que recibí. Nunca le conté que no sabía leer ni escribir, puesto que me daba vergüenza reconocer que soy una ignorante.

—Abuela María, no se preocupe, yo le enseñaré a leer. Nos llevará tiempo, pero lo logrará.

De esta conversación pasaron varios meses. Carmen viajaba a diario muchos kilómetros a pie solo para que María pudiera lograr leer aquella carta. Un día la abuela volvió a buscar la caja donde tenía la carta. La sacó de allí y comenzó a deletrear, uniendo una a una las sílabas que decían:

Mamá, sé que eres lo mejor que me ha pasado, nunca podré agradecerte todo lo que hiciste por mí en mi infancia. Nunca olvides que te llevo siempre en el corazón. Es muy probable que viaje pronto a Chile y solo iré a buscarte para que estemos siempre juntos.

Tu hijo que te ama,

Luis.

Carmen abrazó a la abuela y lloraron juntas, porque ahora sabía lo que decía la carta. Carmen se sintió aliviada al darse cuenta que el hijo de María la quería mucho.

Al mes después la abuela María murió, entonces Carmen decidió dedicarse a enseñarle a la gente que, como María, necesitaba aprender a leer para poder superarse y darle sentido a sus vidas. Así lo hizo por generaciones; enseñando en los campos y zonas aisladas.

Hoy en día Carmen tiene más de noventa años y es una de las pioneras que ayudó a la educación de nuestra región, con paciencia, sabiduría y esfuerzo. Ella sabe que el aprender no se logra de un día para el otro y que enseñar es un camino con piedras y hoyos, los cuales se deben saber llevar.

PREMIOS NACIONALES

EL LEGADO DE UNA PARTERA

Catalina del Carmen Cárcamo Mena (13 años)
Escuela Rural Lliuco
Quemchi

Segundo lugar nacional
Primer lugar regional

En estas líneas intentaré plasmar parte de la historia de una comunidad, específicamente del mundo rural, en el sector de Pido, en la comuna de Quemchi. En este lugar se rescatan vivencias humanas que nacen a partir de costumbres, necesidades, formas de vida y rituales.

Cuenta mi abuelo, don Jorge Octavio Cárcamo Cárcamo, nacido y criado en este sector, parte de la historia de su madre, doña Bernarda Cárcamo Cárcamo, nacida el 8 de septiembre de 1923, en el mismo sector. Fue hija de madre soltera y creció en diferentes hogares de la comunidad, ya que su madre no pudo hacerse cargo de ella. A temprana edad comenzó a trabajar en lo mismo que la mayoría de las personas del sector, se dedicó al oficio de mariscadora. Lo que recolectaban, luego lo cocinaban y ahumaban. Después preparaban el viaje hacia la ciudad de Ancud, donde los mariscos podían ser vendidos. Pero nada de esto era sencillo; todo implicaba un gran sacrificio. Unos realizaban este viaje a pie y otros a caballo, por lo que tardaban entre tres a cuatro días en llegar a su destino y, como en esos tiempos no existían caminos, el traslado era mucho más extenuante.

Cuando ella realizaba estos viajes, caminaba generalmente hasta el sector de Llanco, distante a unos 25 kilómetros de su casa. Allí tenía algunas conocidas que le ofrecían alojamiento para poder continuar al otro día su trayecto hasta Ancud. Al regreso debía hacer lo mismo. De igual forma, ella hospedaba a otras personas que venían desde Aucho o Lliuco y que también debían ir avanzando poco a poco, hasta llegar a su destino y concretar la venta de diferentes productos, del mar o de la tierra.

Cuando fue creciendo, comenzó a formar su propia familia. Fue madre soltera de nueve hijos cuyos padres nunca reconocieron ni ayudaron, por lo que debió enfrentar su responsabilidad de una forma muy sacrificada, con muchas carencias afectivas, sociales y económicas.

La abuelita Bernarda no se rendía y día tras día se esforzaba por ganar el sustento necesario para mantener a sus hijos. Continuó con el trabajo como mariscadora y, más tarde, trabajó en el hogar de una de las familias más acomodadas del sector. Allí debía atender a diez niños, lo que la obligaba a dejar a sus propios hijos solos con tal de poder llevarles

alimento. En esta casa trabajaba desde las 8:00 de la mañana hasta las 22:00 horas y el pago que recibía por su trabajo eran papas, harina, azúcar y otros alimentos que no bastaban para alimentar a todos sus hijos. Fueron muchas las necesidades vividas. Era frecuente que pasaran hasta una semana sin poder comer otra cosa más que papas.

Su vivienda era un pequeño fogón, ya que en esa época no existían las estufas a leña. Los camarotes eran unas *payasás* de paja que se renovaban cada año, cuando se realizaba la trilla de trigo, avena o centeno. Se cubrían con *acolchados* rellenos con lana de oveja escarmenada y sus sabanillas eran tejidas en el *kelgo*¹.

En aquellos años no había luz eléctrica, solo se alumbraban con velas o mecheros caseros fabricados a base de grasa de animal y una mecha. Los lavados de ropa también se realizaban a mano, para los que existían tinas de madera y fregaderos que se usaban para escobillar. Para poder acarrear el agua se debía caminar grandes distancias, hasta donde hubiera un pozo, una vertiente o un río. Para cocinar existían las ollas de pata y para hacer el pan se ponían las tortillas en la arena caliente, hasta que estuvieran completamente cocidas.

La abuelita Bernarda cumplió un rol muy importante dentro de su comunidad y en los sectores aledaños, ya que dedicó gran parte de su vida al oficio de partera, que hoy en día es la función que realizan las matronas. Es decir, ella era quien ayudaba a las mujeres a dar a luz a sus hijos. Para esta importante

labor realizaba muchos sacrificios, ya que varias veces debía dejar a sus hijos solos, salir de noche o de amanecida, caminar grandes distancias y atravesar montes o huellas para llegar a las viviendas donde era requerida. A veces tardaba horas en llegar a su destino pero, pese al cansancio, entregaba toda su energía y sabiduría para ayudar en los partos. Muchas veces no se contaba con las condiciones mínimas: no siempre había una cama. Se usaban sábanas o trapos limpios, agua tibia y un lavatorio. Todo esto se preparaba, la mayoría de las veces, en cocinas a fogón.

A pesar de todas estas dificultades en las atenciones de partos, nunca falleció un bebé ni su madre. Con el tiempo, su historia poco a poco fue cambiando, ya que una de sus hijas mayores se fue a trabajar a la ciudad de Santiago y lograba ayudarla con dinero y alimentos.

A medida que pasaba el tiempo, la mujer se quedó viviendo con el menor de sus hijos, quien es el que narra toda esta historia de vida. Él comenzó a trabajar a los 11 años, dejando de lado sus juegos de niño y sus responsabilidades de escuela para ayudar y dedicarse a su madre y retribuirle de alguna forma todo lo que ella había sacrificado para darle el sustento a él y a sus hermanas.

Las oportunidades se fueron dando paulatinamente. Al sector llegó una empresa encargada de construir el puente Metrenquén, lo que abrió nuevas posibilidades de trabajo; ella pudo trabajar preparando la alimentación para los jornaleros y su

¹ *Kelgo*: Telar (nota de la autora).

hijo ingresó a trabajar en las obras de este nuevo proyecto. Por primera vez recibían un pago justo por su trabajo y a partir de ahí, con perseverancia y sacrificio, lograron salir adelante e ir cambiando la historia.

Para arreglar su campo también realizaron grandes esfuerzos, ya que antes de poder tener acceso a un arado o cultivadora, todo trabajo se realizaba a puño, con hacha y azadón. Era habitual en esta familia, como en muchas de la comunidad, realizar *carneos* de chanco, con los que se realizaba un *reitimiento* en la olla de patas para extraer la manteca y los chicharrones. En estas ocasiones también se cocinaban roscas, sopaipillas y prietas para compartir con la familia. También se preparaba un *yoco*, que consistía en repartir entre algunos vecinos o familiares carne acompañada por el resto de preparaciones. Cuando la persona que recibía

este paquete faenaba sus cerdos, debía devolver el *yoco*. Era una forma de tener una reserva que llegaba inesperadamente.

Doña Bernarda logró vivir una vejez tranquila y digna acompañada de su hijo, nuera, nietos y bisnietas, luego de haber luchado arduamente durante toda su vida. Siempre fue una persona noble y de sentimientos buenos, generosa con todo el mundo; jamás le negó hospitalidad ni ayuda a nadie, a pesar de su humildad.

Sin duda este es un gran testimonio de vida capaz de enorgullecer a sus descendientes y a todos quienes la conocieron. No solo por su esfuerzo y por sus vivencias de sufrimiento y adversidad, sino también por su ejemplo de gratitud, porque no perdió la fe y por su gran amor hacia su comunidad.

PREMIOS NACIONALES

OTROLO

Bastián Alexander Arratia Garrido (8 años)
Escuela Ralco Lepoy G-1181
Alto Biobío

Tercer lugar nacional
Primer lugar regional

Años atrás, cuando las familias pewenches que habitaban en las riberas del Biobío subían a las veranadas para engordar sus animales y recolectar leña y piñones, surgió una de las tantas historias de nuestra comunidad, la cual fue transmitida de generación en generación por los ancianos al calor del fogón.

Cuentan los *kimches*¹ que, en aquellos días de calor, unas hermanas pewenches, entre juegos y la recolección de piñones, observaron en las montañas y los enormes bosques de pewén una laguna de aguas turquesas, la que se encuentra a los pies de la nieve eterna del volcán Copahue. Las niñas vieron una de sus islillas desde un monte cercano. La isla, que estaba en medio de la laguna se había movido de un lugar a otro en un abrir y cerrar de ojos. Fue así que decidieron bajar hasta la orilla de la laguna para comprobar lo visto.

Durante uno de los movimientos de la isla hacia la orilla, una de las hermanas se adentró con una canasta en sus pequeñas manos para recolectar huevos de patos correntinos y butardos, los cuales

hacían nidos para cuidar sus pichones en ese lugar. Cuando la más pequeña de las hermanas fue en busca de los huevos, la isla tomó un movimiento hacia el centro de la laguna, llevándose a su hermana sola e inmóvil en la orilla. La *pichilamngnen*² que se quedó en la laguna, corrió desesperada a buscar a sus padres, porque no pudo hacer nada para rescatar a su hermana de ese lugar.

Después de tres días la isla se aproximó y quedó al alcance de los padres, los que nadaron y se acercaron a ella moviendo sus brazos con energía, amargados por la desaparición de su hija. Encontraron a la niña sentada en una roca peinando sus cabellos con brillante *trilanwe milla*³. Ella se encontraba hechizada por un *ngen*⁴ protector de las aguas de la laguna, el cual había tomado posesión de su cuerpo y su espíritu, conquistando por siempre su corazón. La niña siguió peinando sus negros cabellos; con sus ojitos iluminados sonrió mirando a sus padres por última vez, mientras su cuerpo era arrastrado y sumergido por una fuerza sobrenatural a la profundidad de la laguna.

1 *Kimches*: Sabios (nota del editor).

2 *Pichilamngnen*: Hermana pequeña (nota del editor).

3 *Trilanwe milla*: Peine de oro (nota del editor).

4 *Ngen*: Espíritu (nota del editor).

PREMIOS NACIONALES

LOS MAPUCHES DE ANTES

Catalina Ximena Lincoñir Morales (10 años)
Rayen Paine N° 73
Padre Las Casas

Premio especial Pueblos Originarios

Antiguamente la familia mapuche era muy pobre; el hombre por no tenía oportunidad de trabajar en la ciudad y las mujeres solo se dedicaban a las labores de la casa y cuidaban a sus hijos. El hombre se dedicaba a trabajar en su tierra y vivían en *rukas*; no había asientos en las casas, por lo que los niños se sentaban en *trilkes*¹ en el suelo. La alimentación de la familia era escasa: los niños muchas veces pasaban hambre, mientras los hombres se escabullían de sus responsabilidades, se dedicaban a tomar alcohol y no traían alimentos para sus *pichikeche*². Cada familia era muy numerosa y casi no sabía cómo alimentar a tantos hijos.

Cuenta mi abuelita que algunas veces la mamá se ponía a llorar porque le faltaban alimentos. Como en todas partes, había familias muy pobres y otras que tenían más recursos. La gente rica tenía animales como caballos, chanchos, pollos y vacas y tenía alimentos de sobra para darles a sus hijos. Sin embargo, esa gente era mezquina con sus vecinos. Las dueñas de casa, desesperadas por tanta necesidad, se atrevían a pedir alimentos para sus familias, pero ellos se negaban a dárselos. Una mamá estaba tan afligida que le habló en mapudungun a su perro. Los perros mapuches son bilingües, porque entienden todo lo que se les dice,

sea en castellano o en mapudungun. Mis abuelitos a veces pareciera que conversan en mapudungun hasta con sus perros.

Entonces un día, esa mamá le habló casi llorando a su perro y le dijo:

—Mis hijos están pasando hambre. En esa casa tienen comida en abundancia; cómo quisiera que me trajeras un poquito de harina tostada, un poco de harina cruda.

El perro entendió la orden y se dirigió hasta la casa vecina y trajo un *trongtrong*³ lleno de harina cruda y se lo pasó a su ama. Aquella tarde la familia estuvo feliz porque la mamá preparó ricas *yiwíñ kofke*⁴. El perro parecía estar consciente de las necesidades de la familia. Un día llegó con charqui, otro día llegó con chicharrones. Con esos productos la mamá preparaba ricas sopas y los niños pudieron crecer y alimentarse.

Cuando los niños tenían como once años, tuvieron su primer trabajo cuidando los chanchos de los vecinos. Como paga recibían comida que servía para toda la familia. Así, pudieron salir adelante y el hambre fue solo un triste recuerdo.

1 *Trilkes*: Cueros (nota de la autora).

2 *Pichikeche*: Niños (nota de la autora).

3 *Trongtrong*: Contenedor de ubre de vaca (nota de la autora).

4 *Yiwíñ kofke*: Sopapillas (nota de la autora).

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

LOS MARCHANTES DE GUAÑACAGUA

Daniela Andrea Leppe Nina (12 años)

Escuela E-15 Ricardo Silva Arriagada

Arica

Primer lugar regional

Soy Juliana, pero me dicen Juli. Tengo 12 años... bueno, los acabo de cumplir. Esta es la parte donde yo les debería contar una historia, pero primero vamos por el comienzo.

Estaba con mi madre, que estaba haciendo el aseo. Le fui a ayudar, pero había un silencio incómodo, así que decidí preguntarle:

—Mamá, ¿por qué no vamos a la casa de mi abuelito?

—Mmm... No es mala idea, pero primero terminaré de barrer y vamos —me dijo. Cuando terminó, nos fuimos a la casa de mi abuelito.

Al llegar, vi a mi abuelito casi dormido.

—Abuelito, ¿está despierto? —le dije, interrumpiéndolo en su descanso.

—Hola, Juli. ¿Cómo estás? Y sí... estoy despierto —dijo mi abuelito, un poco cansado.

—Estoy bien. Mi mamá está conversando con mi tía —le dije—. Abuelito, ¿me cuentas una historia? Para que se te quite el sueño.

«Está bien, aunque de todos modos no tenía tanto sueño —dijo mi abuelito—. Hace tiempo atrás, Guañacagua era un pueblo donde la gente producía fruta como el membrillo, la uva y el vino *pintatani*, que se hace de esta. Para poder comer, secábamos nuestra fruta y esperábamos que llegaran los marchantes que venían desde Bolivia. Así, les cambiábamos la fruta seca que nosotros teníamos por el arroz, el azúcar, el queso y la carne que ellos nos traían. Todos esos productos venían en llamos, eran como 40 o 50. Cuando no venían los marchantes estábamos obligados a llevar nuestra fruta seca hacia Arica en mulares, para venderla o intercambiarla por mercadería que llevábamos de vuelta a nuestro pueblo de Guañacagua.

»Ahora, con la tecnología, llegó el vehículo a todos los pueblos y también a nuestro Guañacagua. Con la llegada de estos vehículos, ya nunca más bajaron los marchantes a intercambiar sus productos por nuestras frutas secas. Así se fue alejando toda la gente de mi pueblo hacia la ciudad, a buscar nuevas expectativas de trabajo».

Cuando contó esta historia mi abuelito, me puse triste porque yo también me iré a la ciudad a estudiar para ser una profesional. Pero nunca olvidaré mi pueblo de Guañacagua ni esta historia que me contó mi abuelito.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

LA BANDA DIABLA

Pablo Antonio Yanye Chambe (10 años)

Escuela Valle de Chitita

Camarones

Segundo lugar regional

Había una vez una señora que vivía sola en un pueblo llamado Palca. Vivía entremedio de una quebrada y tenía una pequeña chacra. Una vez, cuando era de noche, miró hacia el cerro y escuchó una banda con el sonido característico del bombo y las zampoñas. A ella le extrañó mucho, porque no era mes de fiesta. Se escondió en su casa y al rato golpearon muy fuerte la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la señora.

—¡Soy tu hijo Héctor! —le respondieron de afuera. Ella abrió la puerta y vio a una persona con ropa negra, con un ancho sombrero y con los ojos rojos como velas ardientes. Asustada, cerró la puerta rápidamente. No era su hijo. Puso el seguro y trancó la puerta. Temblando de miedo, se puso a rezar y, de tanto hacerlo, se quedó dormida.

En la madrugada golpearon nuevamente la puerta. La señora despertó extrañada y asustada.

—¿Quién es? —preguntó.

—¡Soy yo, Héctor, tu hijo!

Ella ya no quería abrir la puerta. Pero el hijo volvió a decir:

—¡Abre, mamá! ¡Soy tu hijo!

—¡Ándate de acá, maldito demonio, en el nombre de Dios!

—¡Mamá, ábreme, tengo frío! ¡Está amaneciendo!

La mamá corrió la cortina y vio por la ventana los primeros rayos del sol. Allí se dio cuenta de que era su hijo de verdad y le abrió la puerta. El hijo le preguntó:

—¿Qué pasó? ¿Por qué no querías abrir la puerta? ¿Por qué me dijiste “maldito”, en el nombre de Dios? ¿Qué pasó madre?

—Es que pensé que eras el diablo, porque me apareció la banda diablo anoche y el diablo quería entrar a la casa a matarme —dijo la mamá, llorando. El hijo le contestó:

—Cálmate. ¡Ya estoy aquí contigo, madre! Eso pasó porque no realizaste la ceremonia de la *pawa* en la casa cuando la construiste. Por eso fue que se te apareció la banda diablo. ¡Vamos a buscar un *yatiri* para bendecir la casa!

Así encontraron al *yatiri* llamado José y recolectaron los elementos para hacer la *pawa*. Todo volvió a la normalidad.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

LA NOVIA DE AZAPA

Cristina Alejandra Ortega Véliz (13 años)

Escuela E-15 Ricardo Silva Arriagada

Arica

Tercer lugar regional

Un día iba por la carretera del valle de Azapa a la casa de mi abuelita. Era una noche oscura y fría, apenas se notaba la luz de la luna. Si no es por esos escasos postes de luz que se encuentran en los costados de la carretera, diría que no se puede transitar con normalidad en esa vía. Iba junto al chofer del taxi, escuchando con mis infaltables audífonos las últimas canciones de mi banda favorita. El trayecto de ida duraría apenas 25 minutos y me lo sabía de memoria. De repente mi música se empezó a escuchar mal. Cada vez se escuchaba con más ruido y oí que alguien decía mi nombre. Sin darle importancia, empecé a revisar mis audífonos y mi *iPad mini*, que hacía poco me lo había regalado mi mamá por mi cumpleaños número 15. Pasó un rato y se arregló solo, lo cual me pareció muy extraño, porque desde que lo tenía no me había fallado nunca.

Ya estaba acercándome al kilómetro 11 por el camino Alto Ramírez y sabía que muy pronto iba a llegar a la casa de mi querida abuelita, pero en un instante el chofer apretó el freno del taxi y gracias a mi cinturón de seguridad no me pasó nada, solo quedé asustada. Miré al chofer y vi que estaba asustado también.

Miraba fijamente por el parabrisas. Entonces giré mi mirada hacia donde él estaba mirando y vi a una mujer vestida de blanco con el rostro cubierto con un velo. El chofer salió corriendo y me dejó sola con la mujer frente al auto. Yo sabía que tenía que huir, pero me llené de valentía y comencé a bajarme del auto y a caminar poco a poco hacia la mujer. Me acerqué a ella pensando que nunca más volvería a ver a mi familia y que ese día iba a ser el último de mis días. La mujer estaba quieta y apenas se veía debido a la oscuridad que había. Cuando estuve casi frente a ella y a punto de hablarle, se me adelantó y con una voz tenebrosa me dijo:

—Hola.

Yo sabía que era la Novia de Azapa, porque mi abuelita me lo había contado cuando era más niña. Aquella novia se les aparece a los hombres que van en auto por la carretera en el kilómetro 11. Busca a su novio, con el cual se iba a casar. De hecho, existe una animita con el nombre de ella justo en el lugar en que falleció producto de un accidente automovilístico que sufrió el día de su matrimonio.

Me pareció extraño que a mí se me hubiera aparecido ese día. Con la voz un poco temblorosa le contesté el saludo y me empezó a decir que necesitaba que yo la ayudara, ya que hacía mucho tiempo que estaba esperando a una persona y me dijo que no le tuviera miedo. Me pidió un favor para poder descansar en paz y dejar de asustar, sin intención, a los hombres al tratar de poder comunicarse con ellos cada noche por la carretera. Después que me contó lo que quería hacer me dio un poco de pena por ella, por su situación, y decidí ayudarla.

Me devolví al auto rápidamente y saqué de mi mochila un cuaderno con un lápiz y comencé a escribir lo que me decía. Una vez terminada la carta, que iba dirigida a su ex novio, que en el día de hoy ya es un anciano, llamé por teléfono a mi abuelita para que me viniera a buscar. Me había estado llamando muy preocupada por el retraso. La novia se despidió de mí y no logré verle el rostro. Me dijo que por favor le entregara la carta a su ex novio. Y eso fue lo que hice después.

Al día siguiente, luego de contarle lo sucedido a mi abuela, busqué por internet la dirección del

caballero y me dirigí a su casa, acompañada por mi abuelita. Toqué la puerta y salió un joven. Le expliqué el asunto por el cual estaba allí y me dejó pasar a su casa. Llamó a su abuelo y le entregué la carta que había escrito el día de anterior. Él la leyó y se le formó una pequeña sonrisa en su boca. Me contó que el día del accidente él había quedado destrozado, porque ella era el amor de su vida y nunca la pudo olvidar. Cada año, en la misma fecha del día del matrimonio, sueña con ella y con el accidente. Yo casi me puse a llorar por todo lo que me contaba, pero recordé que le había entregado la carta que ella misma me había dictado y en la cual ella expresaba todo lo que por años había guardado.

Desde ese día en que le entregué la carta al anciano, él vive tranquilo y ya no la recuerda con tristeza, sino con alegría. Espera con ansias el día en el cual pueda volver a estar con ella. La temida novia ya no se les aparece a los hombres que transitan por la carretera del valle de Azapa, porque ahora descansa en paz y con la plena confianza de que por fin pudo contestar todas esas preguntas que el anciano tanto anhelaba que fueran respondidas.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

EL MISTERIO DE LAS MOMIAS CHINCHORRO

Benjamín Ignacio Arancibia Fabio (11 años)

Escuela E-15 Ricardo Silva Arriagada

Arica

Mención honrosa

Hace mucho tiempo unas personas habitaban las playas de Arica. Eran los chinchorros. Ellos se alimentaban de pescados que cazaban en la playa y de lobos marinos. Lo que nadie sabe es cómo los preparaban; algunos dicen que hacían fogatas, pero si hubieran hecho fogatas, habrían dejado los rastros. Otros dicen que se los comían crudos. Aquí comienza mi aventura en busca del misterio de las momias chinchorro.

Fui a la playa Chinchorro como primer destino para mi investigación. Después de mucha búsqueda, encontré sólo un collar chinchorro.

Mi siguiente destino fue la Caleta Camarones. Allí encontré una prueba: un esqueleto de pescado. En ese momento pensé que podría ser mi oportunidad para descubrir este inquietante misterio. Mandé el esqueleto a un laboratorio, con el fin de descubrir las causas de la muerte del animal, pensando que me dirían cómo se comían los pescados los chinchorros. Meses después llegaron los resultados y no fueron lo que yo esperaba; el pescado había muerto por causas naturales. Esa noche me costó mucho dormir sabiendo que mi investigación había sido un fracaso.

Cuando por fin pude dormir, soñé que era un chinchorro; que cazaba peces. Cuando me los iba a comer, sonó el despertador y no pude ver cómo los preparaba. Me dije que no me podía rendir, que tenía que descubrir este misterio. Salí corriendo a la playa a buscar más restos para poder resolverlo.

Llegué a la playa Chinchorro para buscar, pero era temporada de jaibas, así que no me atreví a entrar. De repente se fueron, ya que una ola gigante se las llevó al mar. Salí corriendo a la zona de evacuación antes de que me alcanzara la ola y me llevara al mar como a las jaibas. Por suerte me salvé, pero no se pudo decir lo mismo de la playa, ya que la ola se llevó unos puestos de vigilancia y destruyó los juegos. Caí en cuenta de que ahí no podría continuar mi investigación, así que me tuve que ir, decepcionado.

De paso por el centro, fui al museo en la subida del Morro para ver si decían algo del tema, pero nada. Así que bajé y pensé a dónde podría ir para continuar mi investigación. Pensé y pensé, más de lo normal, así que decidí ir al valle de Azapa para investigar sobre este inquietante misterio.

Cuando por fin llegué a Azapa, fui al museo para ver qué decían, pero no sabían nada de este tema. Sin embargo, me dijeron que podría investigar en el cementerio de momias que estaban desterrando. Me ayudaron en mi investigación, aunque nadie pudo resolver el misterio. Pensé dónde podría seguir investigando, pero me acordé de lo que había pasado en la playa Chinchorro, así que decidí descansar un tiempo.

Después de meses descansando, volví a la playa para buscar más restos de momias y resolver el misterio. Para mi sorpresa, había muchas jaibas muertas y, como me daban miedo, me retiré. Fui al puerto de Arica para ver si encontraba algo importante, ya que los pueblos chinchorro habitaron toda la costa de Arica. Pero no encontré nada.

Después de descansar un tiempo más, pedí permiso a los carabineros para excavar en el sitio arqueológico de Morro 1. Me dejaron, así que fui allí a proseguir la investigación. Desenterré unas cuantas puntas de lanza que no me ayudaron en mi investigación.

También encontré una momia, pero como tampoco servía para mi investigación, la doné a un museo de momias chinchorro. Luego fui al lugar en donde se habían comenzado a desenterrar las momias, pero tampoco pudieron ayudarme.

Finalmente, fui a la playa Corazones a ver si encontraba algo. Me metí a una cueva que le pudo haber servido de refugio a los chinchorros, pero tampoco encontré nada, así que me fui a la playa La Lisera. Me metí al fondo a ver si encontraba algo, pero tampoco hallé absolutamente nada. Cuando ya daba la vuelta para salir, un pulpo me agarró el brazo y tuve que salir con él a la superficie.

Después de un largo rato intentando quitarme al pulpo, se me ocurrió volver al museo. Me dejaron sacar un pedazo de hueso para mandarlo al laboratorio y poder determinar cómo comían, pero durante la noche unas personas entraron al laboratorio y se robaron los resultados y el hueso. Al saber esto, me puse triste y supe que mi investigación había sido un fracaso.

REGIÓN DE TARAPACÁ

PICA, UNA FLOR EN LA ARENA

Arianne Katarí Neyén Garcés Tapia (9 años)

Escuela San Andrés de Pica

Pica

Primer lugar regional

Un día mi tatarabuelita Mamatina me quiso contar cómo había nacido Pica. En verdad, yo no sabía si sería cierto su relato, porque todos mis abuelitos me habían dicho cosas diferentes. Por ejemplo, mi *mabue* Lucía me había dicho que los aymaras bajaron desde la laguna del Huasco, porque allá hacía mucho frío. Mi tata Germán me había dicho que un jefe aymara tenía una hija que era tan linda, que todos estaban enamorados de ella; pero solo podría casarse con su hija el hombre que encontrara agua en el desierto. Y así pasó que un joven español se atrevió a cavar por todo el desierto, creando los socavones. Y ahora mi tatarabuelita Mamatina me quería contar otra historia, así que me acomodé a su lado y la escuché.

«Hija, hace mucho tiempo atrás, dos tribus aymaras, los *Wila Suri* y los *Janq'u Michi*, que vivían en la laguna del Huasco, se odiaban tanto que ya no aguantaban vivir cerca. Así es que un día decidieron hacer una competencia. Los que ganaran se quedarían en la laguna y los que perdieran tendrían que irse tan lejos, donde nadie los pudiera alcanzar. Las tribus estaban nerviosas por la competencia; todos querían ganar, nadie se quería ir. El duelo consistía en que los que atraparan la mayor cantidad de quirquinchos hasta el mediodía, ganarían.

»Había llegado el gran día. Por primera vez, todos juntos hicieron una *pawa* para pedir a la Pachamama que bendijera la competencia para no pelear más. Comenzado el duelo, nadie quería mirar, todos estaban nerviosos. Toda la mañana rogaron por ganar, hasta que al mediodía se supo cuál había sido la tribu ganadora: los *Wila Suri* habían atrapado 50 quirquinchos, mientras que los *Janq'u Michi* habían perdido solo por 3 quirquinchos. Los *Janq'u Michi*, muy tristes, aceptaron su derrota y se prepararon para partir por rumbo desconocido.

»Al día siguiente, antes que saliera el sol, partieron de la laguna del Huasco y caminaron, caminaron... caminaron y caminaron hasta que se cansaron. Nadie podía más y nadie quería seguir caminando, porque estaban en medio del desierto, con muy poca agua. Tres jóvenes, Jaririnku, Lari y Kisimiri se ofrecieron a buscar agua, porque estaban seguros de que la lluvia de las alturas bajaba por algún sitio. A lo lejos se veía que el cerro se quebraba, así es que caminaron, caminaron y caminaron en esa dirección hasta que llegaron. Pero ¡no había agua! Derrotados y cansados, pidieron a Dios y a la Pachamama que no los abandonaran y, llorando, se quedaron dormidos. Mientras dormían escucharon un sonido muy raro, como una canción a lo lejos. Se levantaron asustados

y siguieron el sonido con mucho cuidado, hasta que de repente... ¡Qué alegría! ¡Era un riachuelo de agua! Este se iba haciendo más y más grande. Tomaron un poco de agua y se pusieron a pensar cómo podrían llevarla hasta donde estaba su tribu, con tremendo sol sobre sus cabezas.

»Entonces Lari dijo: “Llevémosla por debajo de la tierra, de esa forma el Inti no nos vencerá”. Pero solo eran tres, así es que Jaririnku, lleno de energía, volvió a buscar a los hombres de su tribu y todos juntos comenzaron a cavar. Cavaron y cavaron un largo socavón hasta que escucharon voces sobre la tierra y supieron que habían llegado por fin a su destino. El agua brotó por debajo de la tierra. Todos estaban felices. Bailaron y tomaron agua hasta cansarse. Con el tiempo, crecieron árboles frutales desconocidos

para ellos. Así obtuvieron un fruto muy dulce y delicioso al que llamaron mango, una fruta crujiente y llena de semillas que llamaron guayaba, un fruto *q'illu* y ácido al que llamaron limón y una fruta *aruma* y dulce a la que llamaron naranja.

»La vida entonces fue diferente para ellos. El tata Inti bendijo su largo viaje. El agua se acumulaba por todos lados y así se formaron las cuatro cochas donde los *Janq'u Michi* se juntaban a bañarse y disfrutar. Así nació Pica, hija. Así nació esta flor en la arena».

Cuando mi Mamatina terminó de contarme la historia, me quedé dormida y soñé toda la noche que era una *Janq'u Michi* bañándome en la Cocha Cónca. No sé si será cierto pero mi Mamatina me lo contó.

REGIÓN DE TARAPACÁ

MI ABUELITO EL YATIRI

Mariane Amanda Mamani García (12 años)

Escuela Básica Oasis en el Desierto

Pozo Almonte

Segundo lugar regional

Hace años atrás, cuando fui a visitar a mi abuelito Pancho en el pueblo de Limaxiña, él nos contaba por las tardes sus vivencias como *yatiri*. Dado que yo en ese entonces era muy curiosa, le pregunté qué era ser *yatiri*. Fue entonces que me dijo que me sentara a un lado de la fogata para contarme la historia por la que pasó cuando se enfermó mi abuela Marcelina y él tuvo que cumplir la función de *yatiri*.

Mi abuelito me contó que hacía muchos años atrás, él y mi abuela salían a pastear llamos en la cordillera y que él siempre le decía a la abuelita que anduviera con cuidado, porque se podía asustar y se le podía ir el ánimo.

—¿Qué es que se le vaya el ánimo, abuelo? —le pregunté yo. Él respondió:

—Según la creencia aymara, hay lugares en donde uno tiene que andar con cuidado...

Interrumpí a mi abuelo, diciéndole que me siguiera contando la historia.

—Ah, verdad —dijo él—. Sigamos. Fue en esa tarde en la que pasteaban los llamos cuando de la nada

saltó una vizcacha delante de la abuela, asustándola mucho. Luego de eso, en las noches, tuvo pesadillas, no podía dormir. Al pasar los días la abuela se enfermó y nadie sabía lo que tenía. La llevamos a la ronda médica, que en esos tiempos iba una vez al mes, y no le encontraron nada. Entonces recurrí a ver la hoja de coca para averiguar lo que tenía.

—¿Cómo se hace eso? —pregunté yo.

—Eché hojas de coca en mi *chuspa*¹. Luego hice que tu abuela soplara dentro y después las saqué en la palma de mi mano. Lo que vi me asombró mucho: a tu abuela se le *había ido el ánimo*, es por eso que nadie le encontraba lo que tenía.

Fue así como mi abuelo Pancho había realizado la ceremonia del *llamado del ánimo* y, con los días, mi abuela se recuperó.

Hoy me queda una tristeza grande de que mi abuelo ya no esté para seguir contándome sus aventuras como *yatiri*.

1 *Chuspa*: Bolsa que usan los aymaras para guardar hojas de coca. Esta tradición tiene su origen en la época incaica (nota del editor).

REGIÓN DE TARAPACÁ

EL CÓNDOR Y EL LAGARTO

Pablo Josúe Aravire Marca (9 años)
Escuela Básica Estrella del Sur
Pozo Almonte

Tercer lugar regional

Había una vez un lagarto comiendo muy concentrado. De repente vino un cóndor hambriento, vio al lagarto y lo quiso comer. Entonces el lagarto corrió lo más rápido que pudo y escapó. Después vino un león y se hicieron muy amigos, así que el cóndor ya no pudo atacar al lagarto.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

LA NIÑA QUE TENÍA UN PROBLEMA CON SUS DIENTES

Ariadna Daniela Lasnibat Alcota (9 años)

The Antofagasta Baptist College

Antofagasta

Primer lugar regional

Había una vez una niña que bailaba saya y se llamaba Kori. Bailaba muy bonito, pero todos se burlaban de su físico; era muy tierna, bailaba bonito y era linda, pero sus dientes no. Un día fue a la pampa. Allí se encontró con la Reina del Tamarugal, y esta le dijo:

—Hola, yo soy la Reina del Tamarugal y te doy una bendición del Norte...

—Mmmm, sí. Claro —respondió, dudosa, la niña.

—Bueno, qué te gustaría pedir —le preguntó la reina en un tono algo enojado.

—Está bien. Me gustaría tener dientes grandes y bonitos —le dijo la niña, no muy segura de que la reina cumpliera su palabra. Sin embargo, pasó lo imaginable.

—¡Deseo concedido! —dijo la reina.

Y... ¡pafff! La niña tuvo unos hermosos dientes, que resaltaban aún más su belleza. Luego fue el ensayo

de saya y todos la admiraron. Ella se sentía muy agradecida y feliz. Al empezar el ensayo, los niños la miraban y le coqueteaban, pero las niñas estaban muy celosas. Luego de eso fue a descansar. Se comió un pedazo de torta de chañar y se fue a dormir. Entonces empezó a ver una luz muy brillante. Sus padres se preocuparon mucho.

Esa luz ocurría por sus dientes. La reina había olvidado algo: el hechizo se iba a romper a las pocas horas. Al día siguiente, Kori se miró en el espejo; algo feo había pasado. Miró sus dientes y estaban como antes. Se dirigió a su ensayo de saya y todos se burlaron más que antes. Kori se puso muy triste, más que antes. Se sintió decepcionada. Luego del ensayo se fue muy apesadumbrada a su casa y no quiso comer. Al quedarse dormida, se volvió a ver la luz brillante saliendo de su boca. Era *Warayana*¹. Se había compadecido de ella, por lo que cumplió su deseo.

Los dientes de Kori volvieron a ser grandes y bonitos. Nunca más la volvieron a molestar y fue muy feliz por siempre.

1 *Warayana*: La estrella que viene de lejos (nota de la autora).

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

AYHAWIRE Y LA MARIPOSA

Alexis Paolo Alvarez Pizarro (9 años)
The Antofagasta Baptist College
Antofagasta

Segundo lugar regional

Mi nombre es Ayawire, tengo nueve años y vivo a los pies de un gran volcán llamado Lászar. Quizás lo conocen. Es muy bello y enorme, y a veces le da por rugir fuerte. Hay que tenerle respeto, dice mi abuelo. Mi abuelo se llama Chuwi, que en aymara significa simpático, agradable. Así es mi abuelo; es el más viejo del pueblo. Él escogió mi nombre, Ayawire, que significa soldado. Me gusta, porque es así como me siento en estas tierras desiertas: como un soldado que cuida de sus llamas, alpacas y de nuestros cultivos y, sobre todo, de la naturaleza y de la Madre Tierra, porque ella nos regala el alimento cada día. “Debemos agradecer a la naturaleza”, dice mi abuelo, que es muy sabio. Sin ella no podríamos existir.

Acá en mi pueblo nos enseñan a aprovechar cada cosa que nos da la tierra. También a respetar al gran volcán que, como les decía, de repente rugie muy fuerte. Yo no le temo; sí lo respeto, y de vez en cuando voy y le converso para que no se sienta tan solo. Yo soy algo así como un pastor de esos que andan con ovejas, solo que por acá en vez de ovejas tenemos llamas y alpacas. Las saco a comer y a que caminen. Las llevo a pastar cerca del volcán para que así él vea que queremos a los animales, que los cuidamos. Ahí

aprovecho de conversarle un poquito y le pido que no ruja tanto, porque aunque mi abuelo dice que no pasa nada, a mí me da un poquito de miedo.

A veces pienso que el volcán hace eso sólo para llamar la atención, porque debe sentirse solo. Cada vez somos menos los que vivimos por estos lugares. Muchos se han ido a la ciudad. Encuentran que este lugar es seco y frío, pero para mí es genial. Ellos no ven lo mismo que yo: un lugar lleno de misterios, donde se respira aire puro, donde las horas pasan lentamente y nada nos apura, un lugar donde puedo correr, brincar, pasear con mis animales y en donde mi abuelo se sienta a contarme largas historias.

Yo le creo a mi abuelo porque es alguien que ha vivido muchos años. Sabe todo de este lugar. Conoce cada rincón y yo quiero ser como él cuando grande: un viejo sabio, amante de su pueblo. Quiero contarles a mis nietos las historias que él me contó.

Como les decía, yo saco a pastar a mis llamitas cada mañana, pero antes tengo otros deberes, como estudiar. “Eso es importante”, dice mi abuelo. Lo que más me gusta es estudiar la historia y lengua de mi pueblo, eso quiero darlo a conocer al mundo; que

todos sepan dónde estamos ubicados, cuáles son nuestras costumbres y cómo amamos nuestra tierra. Después del estudio pastoreo a veces por largo rato; otras, no tanto. Me gusta llevarlas por donde está el volcán. Pero mi abuelo me dice que debo ser cuidadoso con eso, porque me puedo perder. Dice que no debo confiarme solo. Él conoce estas tierras al revés y al derecho. Cuando llego a casa, ya casi al atardecer, me siento junto a su lado para que me cuente sus historias. Me encantan, porque de ellas aprendo.

Un día como cada mañana, después de mis estudios y de ayudar en casa a mamá, me fui a pastar con mis animalitos. Siempre pensaba en la recomendación de mi abuelo, pero esa vez fui un poco más osado y me acerqué mucho más al volcán. Quería verlo de cerca; cómo humeaba, la nieve en la cima. Reconozco que mi osadía me provocó un gran problema y susto, ya que descuidé a mis animales. Tanto caminé que me sentí agotado y me dije “una siestecita no me hará mal”. Pero pasaron varias horas. Desperté con el rugido enorme del volcán, que de seguro era para avisarme que mis animales se habían ido. Bajé como pude entre cactus y rocas y al llegar a los pies del grandote no había nada: las llamas y

alpacas habían desaparecido. Mi corazón parecía explotar. Cómo les explicaría a mis padres y abuelos mi descuido. Por más que buscaba, no las hallaba. Sentía una gran angustia. Esta vez el soldado había hecho mal las cosas.

Entonces recordé las historias que me contaba mi abuelo, esas que me decían que si amas a la Madre Tierra, a la naturaleza, y se lo has hecho sentir, ella te devolverá su amor. Fue entonces que les pedí a mi amigo volcán y a la Madre Tierra que me ayudaran, les dije que yo amaba a mis animalitos, que me guiaran. Fue entonces que de no sé dónde apareció una bella mariposa de colores muy vistosos. Se me acercó y revoloteó sobre mí, así como queriendo decir algo. Yo solo la seguí, no sé por qué, sólo la seguí. Me guió hasta un monte que, desde donde yo estaba, no se veía. Detrás del monte estaban mis animales. Fui corriendo a abrazarlos. Después de un rato agradecí a mis amigos, porque estoy seguro que fueron ellos quienes enviaron a esta mensajera y que sin ella no los habría encontrado jamás.

Soy agradecido de donde vivo, de quién soy y de tener estos amigos que nadie más tiene.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

LA LLORONA DEL CARBONCILLO

Luciano Bastián González Pérez (14 años)

Liceo Técnico de Antofagasta

Mejillones

Tercer lugar regional

Todo comenzó en un lugar de arena y metal donde los hombres trabajaban hasta desmayarse. Cuentan que la mujer más bella del pueblo vivía cerca del ferrocarril y que caminaba por las vías hacia el pueblo, cantando “Mi lindo Mejillones” con ese hermoso vestido blanco que todos querían. Llegaba al pueblo, compraba sus cosas y se devolvía mirando el tren que llegaba al ferrocarril. Cuando llegaba a su casa, por la ventana seguía observando el tren.

Un día vio que se bajó de aquel tren un hombre alto, de pelo castaño. Ella, flechada, creyó que había sido amor a primera vista. Él la miró, sonrió y se fue.

Al siguiente día ella hizo la misma rutina, solo que más rápido, para poder hablarle a aquel hombre que la había enamorado y, como el día anterior, él se bajó a la misma hora.

—Hola, buenas tardes —dijo ella, acercándose. Él respondió con una sonrisa y un beso en su mano.

—¿Cuál es su nombre, señorita? —preguntó.

—Ester —le respondió ella, susurrando.

—Yo me llamo Antonio, más conocido acá como *mascarrieles*, por mi trabajo —contestó él.

Después de una larga conversación, empezaron a salir. Se enamoraron, se convirtieron en novios y tomaron la decisión de unirse en santo matrimonio.

El día del casamiento ella se encontraba ahí esperando a que su futuro marido llegara en aquel tren que dirigía todos los días. Esperó y esperó. Pasaron las horas y no había rastro suyo. Ella siguió esperando. Luego de cinco días; ella, delgada y desnutrida, cayó al riel. Nadie se dio cuenta.

Dice la leyenda que cada noche que sacan y tiran el carbón usado encendido, ella aparece de las cenizas y recorre las vías esperando a su amado.

REGIÓN DE ATACAMA

LOS APESTADOS

Keyla Valentina Iriarte Aracena (14 años)

Liceo San Francisco

Alto del Carmen

Primer lugar regional

Mi tata Pancho siempre me contaba esta historia. Decía que una vez, en los años sesenta, llegó una familia a vivir al final de la población Rafael Torreblanca, que en aquellos tiempos era “Los Canales”. Levantaron una mediagua y armaron una cocinilla de barro. Eran el papá, la mamá y los hijos pequeños. En el día todo funcionaba normal, pero en la noche el viento silbaba fuerte y sacudía la casa de manera brusca. Se sentía mucha bulla, se oían murmullos y gritos molestos. Era confuso para ellos. Cuando dormían, soñaban que estaban enterrados bajo tierra, enterrados vivos, presionados y ahogados. Ellos no entendían nada, pero estaban preocupados. Hasta que un día el caballero fue a buscar trabajo.

—Al final de la población “Los Canales” no hay calles ni números —contestó cuando le preguntaron su dirección.

—Usted vive en el pueblo de “Los Indios” —replicó un anciano que se le acercó.

—¿Cómo? —preguntó intrigado.

—Sí, *puh'* —dijo el anciano—. Ese era territorio indígena. Ahí vivieron los primeros habitantes de Vallenar, pero una terrible epidemia de viruela azotó a gran parte de los vallenarinos y ahí, donde usted vive, había un cementerio. Ahí están todos los apestados enterrados.

Cuando el caballero se volvió a mirar al anciano, este ya no estaba. El caballero consiguió dos carretillas, desarmó su casa, cargaron como pudieron todas sus cositas y se fueron.

Por eso cada año en primavera florece todo ese sector con hermosas ñañaucas amarillas, dejando un eterno recuerdo de nuestros antepasados.

REGIÓN DE ATACAMA

MI ABUELO Y LAS CABRAS

Verónica Valentina Escobar Escobar (10 años)
Escuela Virginia San Román
Freirina

Segundo lugar regional

Un día en la mesa almorzando y hablando de la vida, llegó mi abuelo llamado Amador Escobar. Él me contó que su papá tenía más de 130 cabras que cuidaba mucho, porque de ellas podía vivir bien junto a su familia.

Un día el papá le dijo que cuando él se fuera al cielo, las cabras le iban a pertenecer y que tenía que darles

de comer y beber. Mi abuelito se hizo cargo de ellas, hasta el día de hoy. Yo voy siempre a su rancho y miro las cabritas y cómo él las cuida. Además, ahora también tiene caballos.

Me gusta mucho que mi abuelito se haya hecho cargo de las cabritas, porque ahora yo puedo ayudarlo a cuidarlas y jugar con ellas.

REGIÓN DE COQUIMBO

HAY QUE VIVIRLO PARA CREERLO

Michelle Katherinna Belén Barraza Bustamante (12 años)

Escuela Básica Berta Hidalgo Barahona, Tahuinco

Salamanca

Primer lugar regional

La abuela nos hablaba de los terremotos, de cuando ella estaba chica, de cómo se caían las cosas, de que una vez había pasado por debajo de una muralla y se partía la tierra. Se hacían zanjones enormes, donde se caían los animales y la gente. Después venían los maremotos y la gente arrancaba hacia los cerros y el agua inundaba todas las casas y las botaba.

Todos los nietos sentados alrededor escuchábamos sus historias, nos mirábamos unos a otros con caras de aburridos, esperando el momento para arrancar, porque se nos ocurrían historias muy fantásticas, como que la abuela *le ponía mucho color*, quizás para asustarnos; pero todo para mí cambió la tarde del 16 de septiembre en la que, después de haber pasado un día de juegos campesinos, yo empezaba a hacer las tareas. De pronto, empezó a temblar. Estábamos solas con mi mamá.

—No te preocupes —dijo ella—. Ya va a pasar.

Luego tomó una fuerza que es imposible de imaginar. Nos abrazamos.

—Tranquila, Michelle. Ya va a parar.

Pasaban los minutos y cada vez era más fuerte. Mami empezó a rezar, yo repetía con ella. Todo se caía, todo se quebraba; quería pensar que era un sueño. La casa se retorció entera... ¡Mi pobre casa de palitos!, como le digo yo. Mi corazón estaba loco, ya mis nervios no aguantaban, ¡ya no era yo! No sé cuánto habrá durado, pero no terminaba nunca.

Después de que mami dijera que no saliéramos hasta que parara, al ver explotar las ampollitas, miró hacia el cielo y dijo:

—Vamos a salir. Entra a la pieza de tu hermano Ariel y salta por la ventana.

Yo creo que ella estaba tan nerviosa como yo, o tal vez más. Pero es mi mami y simulaba que todo estaba bien (eso me dio mucha pena). Fui por mi cuye. En la oscuridad, entre tantas cosas que caían, traté de tomarlo. Pero no paraba de temblar y el movimiento se volvió más fuerte. Mi cuye cayó al suelo y salté. Mamá, con su enfermedad a las rodillas, también saltó. Con un nudo en la garganta y con el pecho apretado, nos acercamos a la calle, donde la gente gritaba, corría y lloraba desesperada.

Las réplicas eran peores y muchas. Le dije a mi mamá que tenía miedo de morir y a ella no le salían las palabras. Entonces me acordé de mi abuela; ¡cuánta razón tenía! Era verdad lo que contaba... ¡Había que vivirlo para creerlo!

No esperaba vivirlo tan chica. Ahí supe que para mi mamá también había sido el terremoto más fuerte que había sentido y visto. Ella pensó que era el fin del mundo, que todo se acababa. Dicen que fue 8.4 grados, pero nosotras pensamos que fue más. Cayeron casas, murió gente y hubo maremotos en

varios lados. Y me imaginé a mí misma en 70 o 75 años más, contándoselo a mis bisnietos y a ellos, aburridos y no creyéndolo.

“Niñitosh, hace muchosh añosh, cuando yo era chica por allá por el 2015, shí fue el 16 de sheptiembre del 2015, hubo un terremoto tremendo, shalté por la ventana con mi madre, lash lucesh explotaban, todos lloraban...”

“¡Qué abuela más alaraca!”, dirán ellos.

REGIÓN DE COQUIMBO

HISTORIA DE UN GRAN ABUELO

Luis Andrés Soto Astudillo (13 años)
Escuela Arturo Alessandri Palma
Ovalle

Segundo lugar regional

Cuando tenía cinco años, mi abuelo Marco me contaba sus inolvidables historias de cuando él vivía en Andacollo. Recuerdo que una noche me contó una historia sobre la piedra andacollita. La verdad, yo nunca había oído hablar de esa piedra, por lo tanto lo escuché atentamente. Me encantaba mirarlo detenidamente; ver sus ojos, su cara y sus gestos cada vez que él relataba sus hermosos cuentos. Aún lo veo en mis recuerdos...

En ese tiempo me contó que durante las fiestas grandes de Andacollo, él tenía alrededor de diez años. Entre tantos puestos comerciales, en un pequeño mostrador se exhibían piezas artesanales de piedra que representaban jarrones, ánforas, animales, aves y paneras.

—¿Cómo se llama esa piedra? —preguntó él allí.

—Andacollita —le dijo el vendedor. A mi abuelito le gustó esa piedra por su vistosidad, sus vetas, sus colores y su parecido al mármol. Él, sin dudar, la compró por unos seis mil pesos. En esa época era buen dinero, según él.

Mi abuelo heredó de su padre la fascinación de crear y hacer artesanía con sus manos. Cuenta un

día que llevó la piedra comprada hasta su casa. Esta fue tema de conversación entre su familia. Su padre y él pensaban a diario qué podían hacer con ese hermoso mineral. Fue entonces cuando a mi abuelo se le ocurrió la genial idea de crear una alhaja muy diferente a todas las demás o a las que hubieran visto. Le pregunté qué la hacía diferente. Él me dijo que la diferencia era que al ser creada con la piedra andacollita, unía de por vida al amado con su amada. Me seguí interesando en conocer la historia. Entonces mi abuelo me dijo que su abuelo siempre le contaba la leyenda de la piedra de Andacollo.

Un día, sentado en ese sillón rojo desgastado por los años, con olor a alquitrán y lleno de pelusas de gato, me dijo:

—Nieto mío, ¿te conté la leyenda de la piedra de Andacollo?

—No —le respondí.

Ese día pasamos toda la tarde juntos y mi abuelito me relató que en Andacollo vivía una hermosa indígena con la que todos se querían comprometer. Sin embargo, ella solo amaba al cacique de la tribu enemiga Anhda, por lo tanto, su amor era prohibido.

No obstante, el amor era más fuerte y cada vez que podían se enredaban en su amor como la hiedra. Collo, que era el cacique de la tribu a la que pertenecía esta joven, decidió idear un plan para matar al cacique del clan Anhda. Para detener esa matanza, los jóvenes decidieron encomendarse a los dioses y ancestros para que su amor viviera por siempre. Es así como los enamorados se fugaron una noche de lluvia por el cerro Lyita, pero la tribu de los Anhda sabía de su plan y dirigieron sus flechas hacia los enamorados. Los clanes nunca volvieron a encontrar sus cuerpos y es por eso que esa piedra llamada andacollita, extraída desde el cerro donde los enamorados desaparecieron, tiene gran poder de encantamiento para quien la lleve.

—Desde entonces —me dijo mi abuelo—, es un lujo para Andacollo poseer una historia arqueológica y presentar una piedra tan hermosa como la andacollita.

Es así como todos los enamorados llegan hasta Andacollo a comprar esta hermosa alhaja, creada

por mi abuelo Marco y por mí, que posee el don de mantenerlos juntos por siempre. En Andacollo todos conocen la historia de mi abuelo y de cómo dio vida a esta piedra. Los enamorados también llegan a la casa de mis abuelitos para contar su historia de amor y dar fe del poder de la alhaja. Es por eso que la casa se encuentra llena de pedazos de papel pegados en la pared o en cualquier lugar que permita dejar plasmado en un papel la historia de amor de cada enamorado que va en busca de la alhaja andacollita.

Me siento muy orgulloso de ser parte de esta familia y, aún más, de ser nieto de mi abuelito Marco. Día a día, y cada vez que yo llegaba de la escuela, me enseñaba cómo crear y dar vida a una nueva alhaja utilizando mis manos para trabajar la piedra.

Cuando sea grande quiero ser como mi abuelo. Yo siempre lo quise mucho y cuando yo esté viejito seré como él: cariñoso y a veces tranquilo, pero no aburrido. Como él, siempre contaré historias y a mis nietos les contaré sobre él.

REGIÓN DE COQUIMBO

LA CUCA MULA

Iván Rafael Bugeño Bugeño (12 años)

Escuela Arturo Alessandri Palma

Ovalle

Tercer lugar regional

Hace ya muchos años, el abuelo Enrique, que era el abuelo de mi mamá, le contó a ella esta historia. Trata de una niña a la que le decían Cuca. Tenía al menos quince años y vivía con sus padres al interior de El Durazno, una localidad muy apartada de la comuna de Canela. En esos años, mi abuelo Enrique trabajó en la hacienda llamada El Durazno. Entonces, alrededor de 1940, la historia se conocía y decían que a la niña la había maldecido su padre, por desobedecerle luego de que él la mandara a hacer unos trabajos en el terreno. Le dijo así: “Niña, habrás de volverte mula y vivirás en el campo como un animal”.

Aunque la madre rogó y lloró por ella, no hubo vuelta atrás y la pobre muchacha así quedó. Desde entonces se escucha por las noches el llanto de una niña. Es muy confuso, porque parece el rebuzno de una mula. Se pasea de noche por los campos gritando y llorando de pena por la maldición que le provocó su padre.

Se comentaba en ese entonces que las maldiciones no se podían regresar y que la que provenía de un padre se hacía realidad. También contaban que su cuerpo era mitad mula y mitad mujer. Por lo mismo, se escondía. Solo su madre la podía ver. Se piensa que por lo que le pasó a su hija, la madre se fue consumiendo, hasta que un día murió.

La pobre Cuca Mula, que así la llamaban, empezó a deambular mucho más por los cerros. Día tras día,

se escuchaban más sus llantos por la noche. Los pueblerinos comentaban a sus hijos y parientes de lejos que cada vez que la escuchaban decían: “por ahí viene la Cuca Mula. Ya le dio hambre o pena”. Les pedían que siguieran la misma costumbre de dejarle comida y abrigo, así como lo hacían ellos. Decían que le dejaban una ollita con comida colgada lo más cerca posible, para que ella pudiera alcanzarla. Al otro día amanecía vacía la olla. La gente se ponía contenta porque la pobre se comía toda su comida. Desde entonces se fue traspasando esta historia y el compromiso con la Cuca Mula.

A los años después, mi abuelo Enrique se fue de esa hacienda a vivir y a trabajar a otra localidad. Ya no volvió, pero por lo que supo mi mami, las siguientes generaciones no creían la historia y no se preocupaban de esas cosas. Decían que eran puras mentiras y no hacían caso a lo que había pasado. Los pocos que quedaron en la hacienda y que conocían la historia, ya estaban muy viejos y no podían hacer eso de dejarle comida a la Cuca Mula.

Se presume que con el tiempo la Cuca Mula fue abandonada por el pueblo y que murió de hambre y de pena.

El abuelo Enrique siempre se acordaba de ella. Por eso mi mami me contó esta historia, que solo quedó en el recuerdo, como cosas de creencias y vivencias que sucedían en esos años.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA CARRETA NEGRA

Daniela Ignacia Espinoza Espinoza (8 años)
Escuela Pedro Aguirre Cerda de Pucuro
Calle Larga

Primer lugar regional

Cuenta mi abuelo que en el tiempo en que existía el toque de queda, en el sector llamado Pucuro, de la comuna de Calle Larga, a una hora y media de Santiago, él salía a caminar y a mirar todos los días el campo donde vivía. Una tarde caminó y caminó y sin darse cuenta se le hizo demasiado tarde. Al mirar su reloj, vio que marcaba las dos de la madrugada. Para que la caminata no se le hiciera muy larga, comenzó a tirar piedras a los parronales. De repente, sintió un ruido muy fuerte. No quiso mirar para atrás, sintió miedo, pero pensando que tal vez podía ser un accidente de alguien de por ahí, decidió mirar. Lo primero que vio fue un bulto negro y grande. Al fijar su mirada se dio cuenta de que era una carreta. Con mayor atención miró, pensando que podía ser un amigo o un vecino del sector, pero no fue así. Comenzó a correr, sin saber por qué. Corrió y corrió. Cuando vio que cerca de él pasaba un canal que en ese momento no tenía agua, lo mejor que se le ocurrió fue saltar y esconderse de la carreta que venía casi alcanzándolo. Cuando estaba en el suelo, asomó la cabeza y vio a la carreta pasar muy cerca suyo. Era muy negra, pero tenía cierto brillo, con unos puntos amarillos. Al mirarlos bien, se dio cuenta de que eran de oro. Con solo cerrar los ojos, la carreta desapareció.

Al llegar a la casa no quiso contar lo sucedido, porque sabía que nadie le creería. A los pocos días fue a la casa su amigo de toda una vida, Salvador. Mi abuelo le dijo que tenía que contarle un secreto, pero que por favor no se lo contara a nadie, porque de lo contrario nadie le creería y todos se burlarían de él. Le narró con muchos detalles todo lo vivido esa madrugada. Su amigo Salvador lo quedó mirando con ojos grandes y le dijo que fueran esa misma noche en la madrugada. Prepararon la salida sin contarle a nadie lo que harían; su amigo quería ver con sus propios ojos lo que mi abuelo le había contado. Arreglaron su mochila con algunas cosas, entre ellas una botella de un licor llamado canelita, un trago que preparaban en casa de mi abuelita y que ya es popular de esta zona.

Llegó la esperada tarde. Su amigo lo pasó a buscar y empezaron la caminata. Mi abuelo dice que tenía un poco de miedo de volver al lugar, pero su amigo lo calmaba. Era medianoche y solo se escuchaba el cantar de un extraño pájaro. La noche era oscura, tanto, que casi no se veían las manos. Así empezaría la espera. Para el frío llevaron unas mantas gruesas y cada uno un gorro de lana; no querían prender una fogata, porque podría espantar a la misteriosa

carreta. Las horas se hicieron largas y frías. Ruido que había, saltaban de miedo. Sin darse cuenta, se quedaron dormidos, pero un gran estruendo los despertó. Al abrir los ojos lo único que pudieron ver fue la carreta negra a gran velocidad iluminando el

camino como si fuera de día. Los puntos de oro no se vieron. Ellos, como buenos amigos, juraron que cuando tuvieran nietos les contarían lo que habían visto, para que supieran que la carreta no era puro cuento.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

PAJARITO

Karla Daniella Aliaga Fuenzalida (13 años)
Liceo Bicentenario de Valparaíso
Valparaíso

Segundo lugar regional

*Cuando se muere la carne, el alma busca su sitio
adentro de una amapola o dentro de un pajarito.*

Violeta Parra

—Tanta razón tiene la Violetita aquí. Cada uno busca el mejor lugar para sentir paz —dijo mi abuelo en su silla de madera mientras admiraba un viejo cuadro donde se encontraba la frase.

—Sí, eso creo —le sonreí y seguí comiendo mi pan con mantequilla.

Hace más de un año que vivo con mi abuelo mientras mis padres trabajan en la ciudad. A ellos no los he vuelto a ver, pero de seguro no se han olvidado de mí. Desde que comparto la mayoría de mis días con él, me ha enseñado todo lo relacionado al campo para poder ayudarlo en su trabajo. Él, don Pepe y yo hacemos buen equipo al momento de sembrar las papas en los surcos. ¿Quién es don Pepe? Bueno, él es un viejo hombre que vive cerca y que siempre viene a desayunar con nosotros. Mi abuelo dice que es medio *pasadito por el agua*, pero le dio trabajo ya que era buena gente.

Una mañana, ya habían pasado varios minutos y el señor no llegaba. Su tecito se enfriaba y el pan se iba a poner duro si nadie se lo comía. Finalmente nunca llegó y yo tuve que sembrar sin ayuda. Cuando

pasaron más de dos horas, encontré a don Pepe sentado a los pies de un árbol, metros más allá.

—Oiga... ¿por qué no vino a desayunar?

—le pregunté mientras me acercaba.

—No tenía hambre —me contestó sin levantar la cabeza.

—¿Qué le pasa? Se ve triste...

—La Madre Tierra se ha llevado a mi hija.

— ¿Usted tenía una hija?

—Como tú dijiste... “tenía” una.

Un triste silencio se apoderó del lugar. Al anochecer lo fui a ver a su casa. Él se veía tranquilo. Al momento de entrar a su sencillo comedor, un lindo dibujo de una amapola me llamó la atención.

—¿Y esto? —le pregunté curioso.

—A ella le encantaba dibujarlas.

Después de una semana de todo esto don Pepe no fue más a tomarse un tecito y menos a trabajar. Mi abuelo lo visitó preocupado. Me contó que el señor estaba muy decaído y que actuaba extraño. Cada cinco minutos se ponía a hablar con la amapola que había sido dibujada por su difunta hija.

Un día don Pepe se fue y no volvió más. No se había llevado sus cosas. No se llevó su ropa ni sus zapatos, solo su dulce amapola pintada con un lápiz de color.

La gente y mi abuelo lo dan por muerto. Yo lo doy por un nuevo pajarito acompañado de su querida flor.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA HISTORIA DE LAS SIEMBRAS DE LOS PERALES

Bárbara Narayana Morales Morales (12 años)

Escuela Brasilia

Limache

Tercer lugar regional

Se cuenta que en Los Perales, un lugar muy alejado de la ciudad de Quilpué, hace muchos años atrás sucedieron cosas que no tenían explicación. O quizás sí. Este paraje está lleno de grandes y pequeños cerros, mucha naturaleza y gran variedad de animales, pero los que abundan son los conejos... hay *muuuuchos* conejos.

Los campesinos en esta localidad eran muy unidos, sembraban y cuidaban sus siembras. Como en todas partes, había casas y existía una casona muy grande con hermosos jardines y una gran cantidad de siembras. Al pasar por ahí todos la quedaban mirando. Pero esta casona grande y linda guardaba un secreto que de a poco se fue materializando y mostrándose a algunas personas, las que de vez en cuando hacían sus comentarios. Nunca le dieron mucha importancia, porque se imaginaban que estas visiones eran producto del viento y de los árboles. Se decía que los campesinos veían por las noches una silueta con inmensas alas y que a lo lejos parecía una persona. Este rumor se fue acrecentando y las personas empezaron poco a poco a creer.

Un día esta sombra alada se les apareció a los cazadores que por las noches salían con sus escopetas a cazar conejos, ya que estos dañaban los cultivos que con gran sacrificio sembraban cada

temporada. Estas apariciones eran rápidas, casi imperceptibles. En una oportunidad, un hombre que cargaba una escopeta vio la silueta alada de la que se hablaba entre los campesinos, lo que lo inquietó mucho y se preguntó por qué se le habría aparecido a él.

En otra ocasión, estando varios cazadores reunidos al lado de la gran cantidad de conejos que habían matado, apareció nuevamente esta silueta, se notaba furiosa. Uno de ellos gritó: "¡Miren, miren! ¡Es la silueta de la que muchos hablan y está volando!". Todos los hombres vieron al monstruo alado. Corrieron por el lugar sin saber qué hacer, pero la intención de esta aparición era la destrucción. La silueta los confundió y se camufló entre ellos y fue así como murieron muchos campesinos y cazadores. Entonces se dieron cuenta de que la aparición tenía sentido.

A partir de esa tragedia en Los Perales, que dejó varias muertes y demasiada tristeza, los campesinos se unieron y decidieron en ese mismo momento jamás volver a cazar conejos. Entendieron que estos son parte de los hermosos campos y de la gran naturaleza que existe en ese lugar, por lo que buscaron otra forma de proteger sus siembras.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

UN CARABINERO BIBLIOTECARIO

Matías Jesús Valenzuela Toledo (10 años)
Instituto Santa María Hermanos Maristas
Limache

Mención honrosa

Había una vez un hombre que era carabinero al que le gustaba leer libros. Él tenía una esposa y dos hijos, una mujer y un hombre. La mujer se llamaba Antonia y el hombre se llamaba Ignacio. El carabinero se llamaba Joaquín.

Un día fue a la ciudad de Metrópolis. Estaba en una camioneta y justo se había quedado dormido cuando, después de ocho minutos, pasaron dos delincuentes y robaron una casa. Joaquín no se enteró y no pudo detener a los delincuentes. Después fue a la comisaría, lo despidieron del trabajo y no supo a dónde ir a trabajar.

Joaquín fue a la feria a comprar verduras y justo se encontró con un joven que vendía libros. Le impresionó uno que se llamaba “Escrito en las estrellas”. Le gustó y se lo compró. Después de haberlo leído, fue a la biblioteca y vio varios libros más. Escogió uno y lo pidió. Una semana después, vio que afuera de la biblioteca decía: “SE NECESITA ALGUIEN QUE TRABAJE EN ESTA BIBLIOTECA”. Él se impresionó mucho y fue a hacer una prueba para el puesto y tuvo la suerte de quedar y conseguir el trabajo.

Joaquín fue muy feliz. Esa ocupación le encantó y desde ese día siempre fue feliz en su trabajo.

REGIÓN METROPOLITANA

UNA CARRERA MUY ESPECIAL

Matilda Amanda Maturana Sotelo (11 años)

Escuela Lo Arcaya

Pirque

Primer lugar regional

Mi tata es conductor de colectivos, hace mucho tiempo que trabaja en eso, como hace 30 años. Antes era un joven campesino de Chillán, pero tuvo que emigrar a la ciudad en busca de nuevas oportunidades ya que allá donde vivía no había mucho que hacer para los jóvenes. Y aunque su sueño en realidad era ser militar, la altura no lo acompañó y tuvo que desistir de su sueño. Así fue como un día, sin más ni más, agarró unas *pilchitas* y se vino a Santiago a buscar su destino, como él dice.

Después de un largo tiempo de conocer, aprender y buscar, terminó por llegar a la comuna de Pirque, lugar que se adecuaba perfecto a su gusto. Al fin volvía a un lugar parecido a su tierra, sector de entorno rural, casas con terrenos grandes y gente amable.

Cuando comenzó a trabajar de chofer de colectivos trasladaba a las personas de una comuna a otra, entre Pirque y Puente Alto, para que fueran al médico, al supermercado o al pago de los abuelitos. Como la gente lo conocía, tenían un trato muy familiar con él y siempre le pedían “carreras”. Esto consistía en que las personas le hacían encargos de la ciudad y él se los llevaba al domicilio. Por ejemplo, le pedían que

les pasara a comprar un saco de harina, que llevara a una persona de urgencia al hospital o que fuera a buscar algún pariente al terminal de buses. Era tanta la confianza que le tenían, que le daban llaves de los portones, porque en el campo el portón queda como a un kilómetro de la puerta de la casa. Así que el dueño no salía a abrirle la puerta. Además, muchas de estas casas estaban arriba en los cerros, a largas distancias de la ciudad, donde solo había micro tres veces al día. Si se te pasaba la micro, no había más opción que caminar por sectores donde ni luz eléctrica había en las calles.

Un día de esos le pidieron que fuera a dejar unos encargos a la casa de un señor que vivía en un cerro muy arriba. Ya se había oscurecido, eran como las nueve y media de la noche. La casa estaba bien alejada de la calle principal. El camino para subir era de tierra y estaba rodeado de almendros y paltos, todos árboles muy grandes. Como él conocía perfecto el camino, no se le hacía difícil subir y bajar. Luego de subir por varios minutos llegó al portón de entrada, que era grande y pesado, sacó sus llaves y lo abrió. La entrada al terreno estaba muy alejada de la casa, así que la dejó abierta; además que nada ocurría, porque arriba de los cerros a esa hora no

anda ni un alma, así que decidió que a la vuelta la cerraría. Llegó a la casa, entregó el encargo y luego de conversar un poco se despidió y subió a su auto para volver. Al llegar al portón, se bajó para cerrarlo, pero justo cuando iba a hacerlo sintió una voz que le dijo:

—Deje así nomás.

Se dio la vuelta para ver quién le hablaba, pero no había nadie. Luego se agachó para mirar a ras de suelo —que es así como se debe mirar en la oscuridad para distinguir mejor las siluetas—, pero nada. Se paró pensando que tal vez todo

era producto de su imaginación, pero cuando nuevamente fue a tomar el portón, oyó la voz que le dijo otra vez que lo dejara así. Eso sí que esta vez le pareció que la voz era más quejumbrosa y sintió un frío que le recorrió el cuerpo. No atinó a nada más que a subirse rápido al auto y partir a todo lo que daba. Logró tranquilizarse un poco al retomar el camino asfaltado, pero no dejó de pensar en lo que acababa de vivir y trató de explicarse qué era lo que había sucedido, pero no encontró respuesta. Así, mirándose en el espejo retrovisor, se prometió a sí mismo nunca más hacer una carrera de noche y menos solo. Y en vez de volver a trabajar ese día, prefirió irse derecho para la casa.

REGIÓN METROPOLITANA

LA VIEJA COPUCHENTA

Keila Mirna Méndez Ibacache (12 años)
Escuela Julieta Becerra Álvarez
San José de Maipo
Segundo lugar regional

Cuenta mi tata que en Pueblo El Volcán había una señora que se la pasaba mirando por la ventana para enterarse de todas las copuchas. Así se dio cuenta que durante toda una semana, a las doce de la noche, pasaba una carreta negra tirada por un caballo percherón del mismo color.

Una noche no aguantó más la curiosidad y fue a preguntarle al conductor de dicha carreta qué hacía él pasando todas las noches a la misma hora. Él se levantó su sombrero de copa y, mostrando un diente de oro, le contestó:

—Busco a alguien que cuide mi bolso de cuero.

—En mí puedes confiar —dijo y se ofreció ella a cuidarlo. El hombre la miró y respondió:

—Con una condición: jamás abras el bolso.

Ella estuvo durante todo el día mirándolo, pensando qué habría dentro. Cerca ya de la medianoche, no aguantó más, lo abrió y encontró dentro huesos humanos. Con espanto, arrojó lejos el bolso.

Llegada la medianoche, sintió golpes en la puerta. La abrió y se encontró con que era el conductor de dicha carreta, quien había ido a buscar su bolso de cuero. Ella, con el miedo de haber visto el contenido del bolso, le preguntó, haciéndose la inocente:

—¿Qué tiene en el bolso?

—Están los huesos de las personas que lo cuidaron y lo abrieron. ¡Ahora serás parte de él! —le respondió muy enojado el hombre. Con mucho miedo la mujer trató de escapar, pero se dio cuenta de que él ya no estaba frente a ella, sino detrás.

—¡Ahora te llevaré al infierno, porque lo sabes todo!
—le gritaba.

Al día siguiente los vecinos del pueblo extrañaron a su vecina. Fueron a su casa y vieron que estaba todo en orden. Lo extraño fue que su ropa estaba tirada en el piso hasta con los zapatos, pero no su cuerpo...

REGIÓN METROPOLITANA

PEQUEÑA VIVENCIA DEL RÍO LAMPA

María Jesús Ramos Riquelme (10 años)
Escuela Manuel Segovia Montenegro
Lampa

Tercer lugar regional

Decía mi abuelito que en esos años el río venía con mucha agua y que esto era muy lindo, porque familias lampinas y de otros sectores lo visitaban. Incluso una vez lo navegaron cerca del Puente Lampa. Los niños se pasaban con sus padres desde el colegio hacia el río a disfrutar toda la tarde. También iban mis padres y tíos a pasar un tiempo agradable e inolvidable junto a toda la familia.

En pleno invierno ya no había tanta felicidad, porque una vez el río arrasó con casas, animales, cercas y siembras. Muchas familias tuvieron que recurrir a albergues, de los cuales el Liceo Manuel Plaza Reyes y nuestro Colegio Manuel Segovia Montenegro prestaron servicios. El liceo sirvió como consultorio, porque a mi tía la atendieron allí. En nuestro colegio, cada sala pertenecía a una familia.

El mal tiempo parecía que no iba a pasar nunca. Luego vino el tiempo de reconstrucción. Gente de la televisión llegó a ayudar a nuestra comuna. Entre ella estaba Cecilia Bolocco, que visitó la localidad de Lo Echevers cuando era *puro peladero*. En este mismo episodio, mucha gente sirvió de guía a militares que andaban en busca de familias aisladas. Uno de ellos fue el tío de mi mamá. Ellos recorrieron en helicóptero para socorrer a las familias.

Bueno, mi tata decía que todo tiempo pasado fue mejor. Las personas eran más humanas, más solidarias y trataban de ser felices con muy poco. Él partió al cielo y no alcanzó a ver que yo también tuve la oportunidad de presenciar un río tan caudaloso como el que lo marcó en ese año.

REGIÓN DE O'HIGGINS

CUENTOS DE LA ABUELA INÉS

Javiera Antonia Ignacia González Briones (14 años)

Liceo María Auxiliadora

Santa Cruz

Primer lugar regional

Cada verano, mi mamá y todos sus primos salían de clases y emprendían rumbo al campo, a la casa de la abuela. Eran meses esperando ese ansiado día... Para que lo imaginen: es una gran y vieja casa de adobe entre cerros, con aroma a té y tortillas tostándose en un bracero redondo que jamás se apagaba y que cada noche los reunía para escuchar los cuentos de la abuela.

Cada tarde nos reuníamos a la hora del té los diez nietos. Cuál de todos más entusiasmado con tanto por hacer. Porque si bien estábamos de vacaciones, teníamos tareas, como sacar leche, traer agua, juntar las vacas, traer choclos de la chacra, ir a buscar leña, en fin... mucho por hacer. Pero lo más entretenido de todo estaba por comenzar. No era que lo estuviéramos esperando, pero inconscientemente comenzábamos a pararnos y a juntarnos alrededor del bracero donde mi bisabuelita estaba con su mate. De pronto, comenzaba a mirar hacia el estero y nos decía:

«¿Saben? Hace 20 años había unos trabajadores que venían a ayudarnos con la trilla de garbanzos. Bueno, antes hacía mucho calor, no como ahora, y en invierno llovía mucho. Estábamos todo julio encerrados en la casa. Ahora llueve cada vez menos...

Pero bueno, estos trabajadores, como hacía tanto calor, se iban a refrescar a orillas del estero. Dormían un rato a los pies de unos grandes sauces. Uno de ellos era Pedro: un hombre muy delgado y bajito que usaba una chupalla y era muy trabajador y honesto, por cierto. Mientras todos dormían la siesta, Pedro se quedaba mirando el agua. De pronto, un día vio una culebra acercarse a orillas del estero. Muy cautelosa, tomaba agua y se iba.

»Así pasaron los días. Pedro la veía todos los días hacer lo mismo, pero un día se acercó más para observar cómo tomaba agua. Su sorpresa fue mayor al ver que esta culebra, antes de tomar agua, dejaba a un costado una bolsita transparente. Él, muy asustado y sin saber qué era lo que estaba mirando, se quedó pensativo y, bueno, esperó hasta el otro día. Al día siguiente, cuando iba conversando con los otros tres compañeros, les contó lo que había descubierto. Ninguno le creyó. Le dijeron cosas como que estaba ebrio e incluso que si se había pegado en la cabeza. "Voh tay tonto", le dijeron. "Hoy la vamos a esperar", les dijo él, serio.

»Y así fue. La esperaron todos reunidos y sin meter ruido. De pronto apareció entre la arena. Miró, vio que no hubiera peligro y comenzó a acercarse de

a poco. Todos ellos comenzaron a acercarse para mirar entre las matas de parqui. Ahí estaba, dejando su bolsita con aspecto pegajoso, traslúcido, no más grande que una bolsa de té. Todos estaban con unos ojos que ya se les salían de asombro. Mientras tanto, la culebra protegió un poco la bolsita con arena y se sumergió en el agua. Después salió lentamente, tomó la bolsa con su hocico, la dejó dentro y se fue.

»Todos ellos quedaron muy asustados, sin saber qué diablos era eso que sacaba de su boca y dejaba para que no se mojara. Asombrados se fueron conversando y se pusieron de acuerdo para el otro día. Tan ingenuos e ignorantes, ni se imaginaban lo que pasaría.

»Estaba Pedro preparado junto a la mata de parqui más cercana. Como todos los días llegó la culebra, sin imaginar lo que estos hombres habían planeado. Esperaron a que entrara al agua y Juan corrió a tomar la bolsa. Con un saco la llevó donde estaban los demás. Todos muy asustados la vieron y comenzaron a romperla, la pisaron y notaron que tenía agua pegajosa adentro. “Qué escalofrío”, dijeron. Esperaron. De pronto, salió la culebra y comenzó a buscar lo que había dejado. Empezó a desesperarse, a mirar bruscamente de un lado para otro, con su lengua cada vez más tenebrosa. Buscaba

y buscaba, desesperada, y no encontraba nada. Entonces, comenzó a azotarse en la arena y saltó de un lado para otro. Todos estaban muy asustados, casi a punto de salir corriendo. De pronto, dejó de azotarse contra la arena, no se movió. Sangraba. Raúl se acercó y con una vara larga la movió, pero no tuvo respuesta. Estaba muerta.

»Pasó un rato. Todos se habían quedado en silencio, mirando, cuando pasó don Florindo y les preguntó: “Y ustedes, ¿qué diablos hacen ahí mirando?”. Pedro le contó todo. Don Florindo les dijo: “No saben lo que hicieron. Estas *bichas* cuando toman agua o se refrescan, dejan su veneno afuera. Era eso lo que rompieron y seguramente como ella salió y no encontró su defensa, comenzó a desesperarse hasta morir”.

»Por eso, niños, les digo: todo lo que tienen a su alrededor, como pájaros e insectos, tiene su propio entorno, nosotros no debemos interferir. Corren peligro ustedes y hacen mucho daño. Cada ser vivo está acá por algo. Al igual que la culebra, ustedes tienen su propia defensa... Ya, bueno, es tarde. A ver, ¿quién quiere dormir conmigo?»

Todos muy pensativos nos fuimos a dormir y, claro, peleamos por dormir con la abuela.

REGIÓN DE O'HIGGINS

¿CÓMO SE HACEN HOMBRES?

Matías Diego Díaz Aburto (13 años)
Colegio Manuel Rodríguez Erdoíza
Las Cabras

Segundo lugar regional

Hace tiempo uno tenía que ayudar a su abuelo a su padre en las chacras desde pequeño. Si lo hacías durante un año y resistías las altas temperaturas del campo, te ganabas el respeto y el derecho a que cuando el padre o el abuelo murieran, pasabas a ser el hombre de la casa. Para considerar tu inicio como hombre de la familia debías tener callos en las manos. Si tu padre o tu abuelo habían fallecido y todavía no los tenías, no podías mandar en la casa... hasta que en las dos manos te salieran. Los callos debían salirte con herramientas como la pala, la horqueta o la picota.

En mi casa esta tradición se mantiene. Yo ya he estado yendo a trabajar en las chacras de mi abuelo

hace tiempo y tengo mis callos. Mi abuelo me contó que si yo cultivo mis propias tierras y puedo darle a mi familia sustento durante un mes, entonces podría pasar a ser el siguiente heredero de sus tierras. Y si lo logro, me enseñará los mejores secretos para que mis cultivos salgan mejores y bonitos, los cuales podré vender a las mejores empresas y ganar bastante dinero. Pero yo no hice esto por querer tener las tierras de mi abuelo, sino porque quería ayudar, porque él ya está muy avanzado de edad y no quiero que le pase algo.

Yo quiero tener un buen trabajo y mantener a mi familia, pero mientras mi abuelo viva, lo seguiré ayudando. Hasta que él fallezca.

REGIÓN DE O'HIGGINS

LEYENDA DE DOÑA INÉS Y SUS CABRAS

Ignacio Andrés Palominos Cantillana (10 años)
Escuela Municipal G - 496 Valdebenito
Las Cabras

Tercer lugar regional

Hace muchos años atrás vivía por estas tierras de El Manzano Doña Inés. Ella era dueña de una gran cantidad de terrenos, por lo que se dedicó a la crianza de cabras. La Doña como era, tenía muchos criados, pero era muy tacaña con los alimentos y les daba muy poco a sus empleados, los que pasaban mucha hambre y penas.

Entre quienes trabajaban para ella había un viejito llamado Lorenzo, que un día empezó a robarse los quesos, el charqui y la leche que producían de la crianza de las cabritas y se los daba a los criados. Esto pasó durante un tiempo, hasta que ella lo descubrió. Como ella era muy enojona y cruel, mandó a matarlo. Este viejito aceptó su muerte muy tranquilo, pero antes de partir de este mundo le lanzó una amenaza a Doña Inés.

—Por mala, se te van a perder las cabras. Yo del otro mundo voy a venir a robártelas.

En eso una bala atravesó su corazón. Doña Inés, como era supersticiosa, lo mandó a quemar y a tirar sus cenizas por donde hoy es la cuesta de Quilicura, donde había una honda quebrada. Pasó un tiempo

y las cabras empezaron a perderse. La Doña mandó a más criados a vigilar, pero las cabras se perdían igual y mientras más guardias mandaba a cuidarlas, más cabras se perdían.

Un día pasaba por esos lados un sacerdote y Doña Inés le contó lo que le pasaba. El sacerdote le preguntó a Doña Inés si acaso no tenía nada que contarle, de cómo se había portado y, como a la Doña le dio miedo, le contó de la amenaza de Lorenzo. El sacerdote le recomendó que buscara sus restos y le diera cristiana sepultura y que, por sobre todo, cambiara su forma de ser y su actitud. Doña Inés, que algunas veces sí le temía a Dios, mandó a sus criados a hacer lo que el sacerdote le había recomendado.

Lorenzo fue sepultado en una tumba sin marca y sin nombre en el que es hoy el cementerio de El Manzano. Doña Inés dejó de ser tan mala y tacaña con los alimentos y los criados estuvieron más contentos, pero sucedió algo más extraño aún: en las noches de luna llena se ve a Lorenzo cuidando a las cabras, recordándole así a Doña Inés cómo debe actuar con su gente.

REGIÓN DEL MAULE

EL PARIENTE DEL HUESO

Valentina Constanza Martínez Jaque (13 años)
Escuela Peumo Negro del Maule
San Clemente
Primer lugar regional

Mis abuelos son de un lugar muy bonito pero lejano que se encuentra en San Clemente. Este lugar se llama Carretones. Recuerdo que desde pequeña mi papá me habló de don Chamorro y la historia decía de él que había nacido hijo de una pareja que hacía muchos años había vivido allá. Él nació con un problema de salud físico: se veía como *chuequito* y por eso sus padres no lo quisieron, lo abandonaron. Se crió a los pies de un cerro en una casucha muy pobre; allí creció solo y se alimentaba de lo que podía cazar y pescar.

Mi papá decía que don Chamorro iba a ver los partidos de fútbol y las carreras a la chilena y siempre sacaba de su bolsillo un hueso que chupaba por largo rato y que luego volvía a guardar. Eso hasta que alguien le daba algo de comer o beber. Lo hizo por años.

Un día a mi tata le dio mucha pena ver cómo don Chamorro, que ya tenía 60 años, lo miraba comerse una empanada. Él le convidó y le preguntó si quería

trabajar en su casa. Le dijo que le daría un sueldo a cambio de que él cuidara de su ganado. Don Chamorro aceptó, así que le construyeron una casita al fondo del terreno que era pequeña, pero muy acogedora y calentita: tenía luz y agua, y sobre todo era limpia. Nunca dejó su hueso. ¡Era lo único que tenía!

Don Chamorro estaba feliz. Solo tenía que darles comida y agua a las vacas y ovejas. Con el dinero que le pagaban se compró por primera vez una cama en la que podía dormir como un niño. Así pasaron los años y siguió cuidando vacas y ovejas.

Un día se enfermó, porque ya era muy adulto. La gente de Carretones le tenía mucho cariño y lo visitaba en sus últimos días. Así, el día en que murió estuvo contento y se sintió querido. Hay una tumba con su nombre en el cementerio de Vilches, donde pusieron dentro de un frasco su querido huesito. Dicen que cada vez que don Chamorro tiene hambre, viene, lo chupetea y luego lo guarda en su frasco.

REGIÓN DEL MAULE

LOS SANTITOS DEL MAR

Estefanía Alejandra Andrades Pérez (10 años)
Escuela Rural Carreras Cortas
Chanco

Segundo lugar regional

En un sector llamado Loanco hay una hermosa playa con enormes rocas donde habita una gran cantidad de lobos marinos que aúllan y saltan desde las rocas al mar. Es una playa muy tranquila, de un oleaje suave y arena de color plomo. Es muy agradable ir a visitarla, es un lugar muy acogedor. El primero de enero de cada año la playa es visitada por muchas personas que viajan de distintas localidades a vacacionar en este hermoso lugar y visitan a los santitos del mar que se encuentran ubicados entre las rocas.

Se dice que a las 16:00 horas se ven los santitos, cuando el sol da de frente hacia las rocas. Son muy milagrosos. Las personas les hacen mandas y todas son concedidas. La gente cree mucho en los milagros de estos santitos del mar. Es una tradición ya de todos los visitantes ir a la playa Loanco para ver a los santitos y pagar sus mandas. También, más al norte de la playa, está el faro Carranza, que cumple con la misión de dirigir las embarcaciones que pasan por esta playa. Ahí vive un señor marino con su familia. A los pies del faro se encuentra un río llamado Santa Ana, que es de gran profundidad. Las personas igual se bañan en el río, pero con mucha precaución, solo en la orilla.

La playa Loanco es una zona de pesca. Hay alrededor de ocho botes en la caleta. Los pescadores son personas de mucho esfuerzo y viven en el mismo sector; don Carlos Luna, un conocido pescador, tiene cuatro hijos, todos ellos pescadores, al igual que él. El padre de don Carlos se llamaba don Héctor Luna, un señor muy valiente. Un día de verano entró al mar en su bote llamado "La Sirenita" con ocho turistas. Frente al faro Carranza hay un barco enterrado en las profundidades. Se cuenta que venía de otras ciudades cargado con oro. Sobre el mar se ve una roca en forma de barco. Don Héctor les contó la historia del barco a los turistas y ellos se interesaron mucho en ir a visitarlo. Por eso siguió su viaje y se acercó al sitio. Todas las personas iban felices, pero al llegar se les terminó el combustible y ahí quedó el bote, dando vueltas. Llegó la noche y las personas estaban muy asustadas por unas inmensas olas que iban y venían golpeando muy fuerte la embarcación. Al día siguiente, andaba otro pescador y ayudó a salir a todas las personas que se encontraban con don Héctor. Todos quedaron muy agradecidos de que los fuera a buscar.

Una noche muy oscura del 27 de febrero de 2010, había muchas personas veraneando y disfrutando

de sus vacaciones en la playa Loanco. Tenían sus carpas armadas y otros estaban en casa de familiares a orillas de playa. Esa noche, a las 03:45 de la madrugada, sucedió un gran terremoto grado 8.8. Nadie entendía lo que estaba sucediendo. Todas las personas gritaban desesperadas. Caían cosas de las casas. También se cayeron casas muy antiguas de adobe y algunas personas quedaron sepultadas.

Los que estaban acampando en la playa regresaron a sus carpas a dormir, pero no más de 30 minutos después del terremoto sucedió un tsunami, saliendo con furia el mar y unas olas inmensas. Todos corrían y gritaban muy asustados. Unas personas de avanzada edad estaban dormidas en su casa a orillas de la playa y el mar se las llevó con casa y todo. Las demás personas arrancaron todas solo con su ropa puesta, lo perdieron todo.

Al otro día, ya de madrugada y aclarado el cielo, se podían ver en el mar botes destruidos, restos de zinc, madera, artefactos eléctricos y muchas cosas más que las olas habían tirado hacia afuera. Muchas personas llegaron al lugar para ver la desgracia que había pasado. Don Francisco Vásquez, un conocido señor agricultor muy buena persona, llegó en carreta con mucha ayuda para quienes habían sido afectados por el terremoto y tsunami. Todos estaban muy agradecidos del gesto que había tenido don Francisco. Luego regresó a su casa, donde lo esperaba su esposa María. Ella, muy triste, no sabía qué había pasado con su hija que vivía en Constitución. Entonces fue donde una vecina para que la acompañara a Constitución a buscar a su hija. La locomoción estaba muy escasa. Pasó un auto y las llevó. La señora María lloraba desesperada y pensaba lo peor. Luego de dos horas, llegaron.

La ciudad se encontraba destruida, era un pueblo fantasma y las personas andaban todas arrancando por los cerros. La señora María empezó a correr hasta llegar a la casa donde vivía su hija. Gritaba: “¡Anita! ¡Dónde estás, hija!”, pero nadie le respondió. Entró a la casa y siguió gritando, pero nada. Miró hacia el piso y ahí estaba su hija, sepultada bajo los escombros. La señora María se desmayó y la señora Mireya, su amiga, la abrazó y la trató de consolar. Llegaron personas, marinos y carabineros, sacaron el cuerpo ya sin vida de Anita y lo llevaron al gimnasio de Constitución.

Al día siguiente, día domingo, llegó su hermano Marcelo de Concepción y se encargó de la funeraria. Se veló el domingo en la noche y, como es tradición en el campo, el padre de Anita tuvo que matar a un novillo para atender a toda la gente que había llegado a acompañarlos al velorio. Toda la familia estaba muy triste y los padres estaban destruidos por completo. El día lunes se realizó el funeral en la comuna de Chanco. Su hermano Marcelo dijo unas palabras de despedida en el cementerio antes de dar sepultura a Anita y dio las gracias a todas las personas que los acompañaron en esos momentos de dolor. Toda la gente que estaba en ese momento acompañando en el cementerio de Chanco lloró.

Los padres aún no asimilan la pérdida de su querida hija y todos los domingos le llevan flores al cementerio. Están muy agradecidos de su familia, que siempre los apoya. La familia está tranquila, porque encontró su cuerpo y sabe dónde descansa. En otras partes, como en Constitución, sin embargo, murieron muchas personas y nunca más aparecieron sus cuerpos. El mar se los llevó para jamás devolverlos. Jamás olvidaremos el terremoto y tsunami. Marcó muchas vidas por siempre.

REGIÓN DEL MAULE

LOS NIÑOS Y LOS TREILES

Camila Jacqueline Orellana Garrido (12 años)
Escuela Básica Rural Santa Rosa de Lavaderos
Maule

Tercer lugar nacional

Había una vez unos niños que iban al colegio de su sector: era una escuelita muy tranquila y tenía cinco alumnos en total. Ellos tenían un terreno al lado de la escuela y los niños pedían permiso al profesor para ir al terrenito. Un día se encontraron con que unos treiles iban a ser padres: tenían tres huevitos. Poco después de nacer, se murieron dos treiles y quedó solo uno. Los niños iban todos los días a jugar con él.

En el terreno había un pozo muy profundo donde el treile se escondía. Un día no lo pudieron encontrar. Los niños salieron de vacaciones de invierno y semanas después, cuando entraron al colegio, se encontraron con el treile ahogado. Sus papás se habían ido de ahí.

Al otro año volvieron otros niños que no sabían que había treiles.

REGIÓN DEL BIOBÍO

EL VIAJE A TEMUCO

Matías Ignacio Alarcón Alarcón (13 años)

Escuela Turquía G - 1218

San Rosendo

Segundo lugar regional

Con mi papá despertamos muy temprano. Teníamos que hacer un flete. Enyugamos los bueyes, los pusimos a la carreta y partimos hacia la casa de don Mañungo. Su señora nos tenía huevos revueltos de desayuno. Comimos rapidito, porque debíamos cargar la carreta con las pipas vacías y después llenarlas con vino a baldes. A mí me tocó sostener el embudo. Era tan pesado que se me cansaban los brazos. Era de madera, igual que las pipas. Después mi papá amarró con cordeles y dejó bien apretadas y seguras las pipas. Hicimos un largo y lento recorrido hasta que llegamos a la estación de Turquía y dejamos la carga en la bodega. Era tan grande y fresquita.

Al día siguiente acompañamos al patrón a vender el vino. Esperamos el tren de las once, echamos las

pipas al tren y nos subimos, don Mañungo en el coche de primera y nosotros con mi papá en unos carros más atrás. Nos demoramos muchas horas en llegar a Temuco. Era ya muy tarde, pero comenzamos a entregar el vino en los lugares donde don Mañungo *tenía tratados* y después nos fuimos a dormir. Me pareció que recién había cerrado los ojos cuando nos tuvimos que levantar. Como le habían pagado a mi papá, fuimos a comprar muchas cosas para la casa. Don Mañungo también llevó una tremenda carga.

Regresamos contentos porque llegamos con regalos a la casa. Mi mamá nos dio once y yo le conté todo lo que habíamos hecho. Después nos fuimos a dormir.

REGIÓN DEL BIOBÍO

LA LEYENDA DEL ROBLE

José Antonio San Martín Alvear (14 años)
Colegio San Diego de Alcalá
Tucapel

Tercer lugar regional

Esta historia que me narraron ocurrió después de que Trentren lograra vencer a Caicai Vilu. Cuando las personas empezaron a bajar a los nuevos valles formados por la pelea de las dos serpientes, descubrieron que especies de las plantas que normalmente utilizaban, se habían extinguido por culpa de la subida de las aguas; en especial un árbol llamado *mawenku*, que ellos usaban mucho por sus frutos y por su madera, que les servía para construir sus casas. Trentren se compadeció de la gente y pudo recrear todas las plantas destruidas, excepto el *mawenku*, una planta que había aparecido mucho antes de que él existiera, así que no sabía cómo replicarla.

Los meses pasaron hasta que llegó el frío y duro invierno de la zona centro-sur de Chile. Por la falta de la buena madera del *mawenku*, la gente apenas pudo sobrevivir en sus viviendas. Además empezaron a sentir hambre, porque en la época de la transición de la primavera al invierno encontraron muy pocos alimentos. Al ver la aflicción, hambre y

desesperación de la gente, Trentren intentó recrear el *mawenku*, pero fue en vano. Hizo múltiples intentos, pero ninguno quedaba exactamente igual al árbol que la gente solía utilizar en esa época.

Un día a Trentren se le ocurrió una idea: en vez de tratar de recrear el *mawenku*, crearía un nuevo árbol que le sirviera a la gente para sus viviendas y para alimentarse. Entonces empezó a crear. Después de muchos intentos, llegó a uno que tal vez les podría parecer bien a las personas. Cuando se los mostró, a ellas les pareció muy bien el árbol, dada su buena madera y su fruto, que era un hongo comestible de muy buen sabor. Trentren se alegró mucho de saber que les había gustado. Entonces les dijo a las personas que el árbol pasaría a llamarse “roble” y su hongo comestible, “digüeñe”. Dicho esto, Trentren esparció las semillas del roble por casi toda la zona del centro-sur de Chile, con ayuda de las aves y los vientos. Desde ese momento este árbol ha existido en Chile por muchas generaciones.

REGIÓN DEL BIOBÍO

DÍAS DIFÍCILES

Alexis Hernán Garrido Mariguan (10 años)
Liceo Agroindustrial Llano Blanco
Los Ángeles

Mención honrosa

Mi abuela me contó que su infancia había sido muy difícil y triste, ya que su mamá falleció al cumplir ella un año de vida, por lo que desde ese día estuvo al cuidado de una tía, la cual no le daba cariño. Al contrario, solo recuerda haber vivido días muy duros y tristes a su lado. Me comentaba que no le compraban ropa ni zapatos.

Desde pequeña la enviaron a cuidar las ovejas en las colinas cercanas a la cordillera, donde debía cumplir estas labores a *pies pelados*, pasando hambre y frío. Recuerda la falta que le hacía su mamá en esos momentos marcados por la tristeza y soledad, en los que su único consuelo era el llanto que salía del alma por pasar tanta hambre y frío en las cordilleras del Alto Biobío.

Cuando al atardecer volvía a la casa de su tía, no le daban nada de comer y ella buscaba a escondidas algo para quitar el hambre, incluso el pan duro era lo más delicioso para ella. Pese a esos momentos de dificultad, pudo salir adelante.

Nunca fue al colegio, no existía esa posibilidad para ella, ya que debía colaborar en las labores del campo. Todo esto marcó su vida. Siendo una jovencita de tan solo 15 años fue mamá y desde entonces formó su propia familia junto a mi abuelo. Tuvieron ocho hijos y les dieron la educación que pudieron a cada uno de ellos. Uno de ellos es mi madre, a quien dedico esta historia de vida.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL TERREMOTO DE 1960 EN PU BUDI, MI LUGAR

Tamar Acenat Malo Malo (10 años)

Escuela Diego Portales

Puerto Saavedra

Primer lugar regional

Me contó mi abuelito las cosas que sucedieron en Puerto Saavedra y también en mi comunidad llamada Pu Budi para el maremoto de 1960. Me dijo que en aquella ocasión él junto a su hermano venían *de a caballo* en un lugar llamado Boca Budi cuando comenzó a temblar muy fuerte; entonces el mar comenzó a entrar al lago Budi. Para poder continuar tuvieron que pasar a nado, montados en sus caballos. De ahí dijo que temblaba tan fuerte que tuvieron que bajarse de los caballos, porque les daba mareo y los tuvieron que llevar tirando. Así subieron los cerros grandes que hay a la orilla del mar, llenos de arena.

Cada vez temblaba más fuerte y parecía que estaban ebrios de vino. Cuando llegaron a la cima del cerro mi abuelito dijo que el mar se había recogido muy hacia dentro. Se vieron muchos esqueletos de barcos que tiempo atrás habían quedado varados en la orilla. Dijo que estaban en hileras. Continuaron camino a casa y una vez que llegaron notaron que sus familiares estaban todos en el cerro, muy asustados porque para ellos esto era nuevo. En aquel tiempo no había radio, menos televisión ni ningún medio de comunicación en el campo de nuestras comunidades.

Dijo mi abuelo que el mar había salido con mucha fuerza por el lugar que se llama el Cerro de la Mesa. Él pasó por el estero de Pu Budi y el mar salía a chiflones por las cuevas de los camarones y por los pozos de agua. También hacia Collileufu salió el mar; allí pasó a buscar una ruka entera y se la llevó hacia el lago Budi. Encima de la ruka de la familia Huaiquian iba un gallo cantando. En las vegas de Deume también salió el mar. Allí mucha gente perdió su terreno, porque quedó bajo el agua hasta hoy.

Mi abuela, que en ese tiempo habitaba en Puerto Saavedra, dice que cuando comenzó a temblar cada vez más fuerte, la gente tuvo miedo y se fue al cerro y del cerro veía cómo el mar se recogía lentamente muy hacia adentro. Entonces dio lugar para que la gente arrancara hacia los cerros, pero no toda la gente arrancó. Cuando el mar salió con toda su fuerza, se llevó muchas casas que había en Puerto Saavedra y la gente que no arrancó simplemente murió con la gran ola.

En la ahora llamada escuela San Sebastián, antiguamente perteneciente a las monjas, hubo dos monjitas que no quisieron arrancar. Una vez que venía la ola tuvieron que subir al techo de la escuela

y se quedaron ahí mientras pasaba el maremoto. Ambas monjas se salvaron, ya que el edificio resistió.

Una vez que pasó el maremoto, vieron el desastre que este había causado: todas las casas estaban en los canales que había en ese tiempo, estaba todo destruido. Antes había muchos negocios grandes en Puerto Saavedra, había bancos, había un puerto, por lo mismo se llama Puerto Saavedra, pero todo eso se perdió con el terremoto y maremoto. Quedó muy baja la costa y no pudieron hacer nuevamente el puerto. Puerto Saavedra era puerto, ahora sólo es "Saavedra".

Mientras pasaba la gran ola y arrasaba con todo el lugar, muy cerca de acá, en el llamado Cerro la Mesa, un grupo de personas de la comunidad y una machi decidieron que la única forma de calmar las aguas era con el sacrificio y la ofrenda de un niño al mar. Y así lo hicieron. Cuenta mi abuelito que el niño debía

ser de sangre *huinka*. Este niño estaba solo en el lugar, la mamá estaba en Santiago. La machi fue a hablar con los abuelos del niño y estos cedieron sin el consentimiento de la mamá. Lo fueron a buscar y lo llevaron al Cerro la Mesa. Se dice que el niño sintió lo que le iban a hacer. Él se humilló frente a la gente y frente a la machi para que no le hicieran daño, pero no lo tomaron en cuenta y lo llevaron al Cerro la Mesa, lo taparon con una manta para que no viera y lo despedazaron con un cuchillo y lo lanzaron por partes al mar. La gente pensó que con esto el mar se calmaría, pero no pasó. Hasta el día de hoy la mamá del niño está sentida con esto. Nunca volvió con su familia, tampoco tuvo más hijos ni pareja. Vive hasta el día de hoy con ese dolor.

Mi abuelito me contó esta historia. La he escuchado de distintas maneras, pero en todas se siente el dolor de los trágicos hechos que pasaron acá en mi comunidad.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA PIEDRA EMBRUJADA

Josué Eduardo Adolfo Reydet Roldán (11 años)

Complejo Educacional San Agustín

Lican Ray, Villarrica

Segundo lugar regional

Hace un tiempo atrás, cuando era más joven y tan solo tenía nueve años, en casa de mi bisabuela Florinda —tengo la fortuna de tenerla aún y paso algunas tardes con ella— solía acomodarme entre sus piernas, o me ovillaba a sus pies como un gato a escuchar sus relatos de tiempos pasados. Hay uno que no puedo olvidar, porque le ocurrió a ella al cumplir los diez años, y yo los cumplo en exactamente un mes, con un día y una hora más. Aún recuerdo el relato que ella comenzaba así:

«Mijita, hace muchos años atrás, el día de mi cumpleaños número diez, mi madrecita me arregló bonita, con mis mejores pilchas, *pa'* ir a Curihue, que queda al otro lado del Lago Calafquén. Iba a conocer a la parentela de mi padre, que había muerto trágicamente apenas yo nací, razón por la cual su familia era muy lejana para mí; tanto que recién entonces, a los diez años, la iba a conocer.

»Ese día el Lago Calafquén estaba tranquilo, su azul intenso se confundía con el cielo. Para cruzar debíamos subirnos a una pequeña barcaza llamada "Rayén", que transportaba tanto personas como sacos de papas, gallinas y las infaltables garrafas de vino. Yo, curiosa, quise irme sentada en la parte delantera de la barcaza. Cuando íbamos en medio

del lago, entre las tres islas y la península, comenzó a levantarse de la *na* una niebla densa, muy densa. Perdimos de vista hasta las islas. Mi asustada madrecita me llamaba para que saliera de ahí, para que volviera a su lado, pero algo me detenía, una fuerza. De pronto alguien gritó: "¡Cuidaño que por aquí 'tá la *mentá* Piedra Bruja!". Yo con mi curiosidad no me escondí como los demás, seguí ahí, firme. De pronto la vi: era una roca como cono de volcán, que sobresalía unos dos metros sobre el lago. Estaba a solo metros de nosotros, no sé de dónde me salió una voz tan fuerte. Sin más, grité: "¡Cuidado! ¡La Piedra!". Don Crecente, el que manejaba la barcaza, la alcanzó a esquivar, lo que nos salvó la vida.

»Al bajarnos en Curihue todos me miraban, se persignaban y se iban. Una anciana se acercó a mi madre y le dijo: "Cuide a la niña, ella tiene un don". Me hizo la señal de la cruz en la frente y se alejó mientras se persignaba. Mi madre, al ver mi cara de sorpresa, me explicó que desde hacía muchos años nadie había podido ver la Piedra, menos a tan corta distancia y que durante años se habían producido hundimientos inexplicables de botes y barcasas que divisaban la Piedra desde la orilla. Cuando llegaban al lugar ya no veían ni rastro de ella. Por eso el nombre, por eso bruja».

Mi bisabuela Florinda dice que durante mucho tiempo fueron a su casa a consultarle por la Piedra antes de atravesar el lago. O la invitaban cuando se inauguraba una barcaza nueva. Pero todo quedó en el olvido cuando el Gobierno comenzó con los caminos y carreteras; ya no hubo necesidad de

atravesar el Calafquén en botes o barcazas. No sé si al cumplir yo los diez años veré la Piedra Bruja, pero tengo claro que ese día —o sea en un mes, un día y una hora— quiero que mi regalo sea un paseo en bote al Calafquén, ojalá al atardecer, acompañada de mi bisabuelita. Ambas con la mirada fija hacia el horizonte.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

UNA ÉPOCA DE MUCHO FRÍO

Matías Nicolás Carreño Rodríguez (8 años)

Escuela San Pedro la Barra

Toltén

Tercer lugar regional

Me cuenta mi abuelito Arturo que en su época de antes, cuando él era un niño y salían a la pesca del róbalo, había grandes temporales de viento y lluvia. Ellos llevaban sacos para protegerse, los que usaban como trajes de agua. Así se cubrían de la lluvia y el frío. No usaban botas de goma como las que se usan hoy, sino que iban *a patita pelada* y con los pantalones arremangados hasta las rodillas. Después de volver de la pesca, se iban sin zapatos a la escuela. Algunos con más platita usaban zuecos; los demás *a patita* nomás.

—Caían grandes heladas y usábamos piedras blancas, las que calentábamos en el fogón un poco y usábamos como guateros; nos las poníamos en las chombas y así podíamos calentarnos las manos y luego los pies, los que casi ni sentíamos por el frío. Me acuerdo también que mis primeros zapatos me los compró mi hermano mayor, el Nono.

Mi abuelo siempre nos contaba que sus pies se le partieron con tanto hielo.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL PUMA BUENO PA' L VINO

Rafael Martín Caniullan Milla (10 años)
Colegio Ayün Mapu
Teodoro Schmidt
Mención honrosa

Cuenta mi mamá que antes mucha gente de la novena región viajaba a Argentina a trabajar. Mi abuelo lo hacía: iba a trabajar y de allá traía muchas ovejas que ganaba cuidando estancias en Argentina. Él se iba por unos dos años y después regresaba a Chile. Conocía los pasos para atravesar la cordillera y la temporada más adecuada para realizar los viajes. Mi madre cuenta que este gran sacrificio que mi abuelo hacía era bueno, ya que aquí no había dónde trabajar; al menos a él lo apreciaban mucho y lo recibían sin problemas. Así es que mi abuelo traía animales y dinero. Las ovejas las traía arriándolas, se demoraba mucho tiempo en llegar acá a Guiñimo.

Sucedió que un día de verano viajó nuevamente a trabajar a la Argentina. Llevaba *roquín* o comida para el viaje y siempre llevaba una cantimplora con agua y otra con vino. Un día, mientras descansaba en un lugar con muchos árboles espesos donde no pasaba ni siquiera la luz del sol, acomodó sus cosas después

de darle agua a su caballo y encendió un fueguito para calentarse y comer un poco... *cuando en eso* apareció un enorme puma. Mi abuelo se dirigió al animal y le dijo:

—No estoy aquí para molestarte, voy a trabajar a la Argentina para poder llevarle comida y alimento a mi familia que es muy pobre.

El puma fue rápidamente y tomó la cantimplora que justo era la que tenía vino. Le puso sus grandes colmillos y chupó y chupó el vino hasta que se lo tomó todo. Al poco rato se ladeaba de un lado a otro hasta que al fin cayó y se durmió. Mi abuelo cuenta que esa noche durmió muy tranquilo, ya que tenía un inmenso puma al lado suyo, durmiendo.

Al día siguiente, apenas aclaró un poco, mi abuelo tomó sus pocas cosas que llevaba y se puso en marcha rumbo a Argentina arriba de su hermoso caballo, mientras el puma seguía durmiendo.

REGIÓN DE LOS RÍOS

EL AÑO DEL SOL

Matilde Paz Arriagada Leyton (8 años)
Colegio Nuestra Señora del Carmen
Valdivia

Primer lugar regional

Mi abuelita me contó que en Chiloé llueve mucho; y es verdad, porque siempre que volvemos con mi mamá y mis hermanas está lloviendo. Pero mi abuelita me dijo una vez que hace como cien años o más, hubo un tiempo en el que hizo mucho calor en esta isla. Esta historia se la escuchó mi abuelita a otras personas del campo, cuando recordaban la historia de sus comunidades. Me dijo que ese período se llamó el "Año del Sol", porque no llovía y la gente que no estaba muy acostumbrada sufría mucho con el sol y el calor. Entonces tuvieron que esconder bajo tierra sus alimentos para que duraran. Generalmente

los guardaban en sus casas, porque en ese tiempo no había refrigerador como ahora. Por ejemplo, bajo tierra guardaban la carne que ahumaban. También guardaban el trigo, que molían con piedra de moler. Otra cosa que tenían que guardar eran los huevos. Los ponían en unos tarros con cal, con eso no se echaban a perder. También mi abuelita decía que la mantequilla que hacían la guardaban en vejiga de animal. Todas esas cosas tenían que esconderlas en unos hornos bajo la tierra, para que no se echaran a perder con el sol. Así dicen de ese "Año del Sol" en Chiloé.

REGIÓN DE LOS RÍOS

EL CAMPESINO Y LA GALLINA

Andrés Alexis Mansilla Maldonado (14 años)

Lago Ranco

Segundo lugar regional

Este era un campesino llamado Juan y su esposa, llamada Juana Rosa. Ellos vivían en un parcelita chica del campo y tenían muchos animales: gansos, gallinas, chanchos, un par de vacas y dos corderos.

El campesino Juan se levantaba temprano, todos los días a las cinco y media de la mañana, porque tenía que ir a *lechar*, a separar a los terneros de las vacas y luego llevar un poco de leche a la casa para tomar desayuno con su viejita Juana Rosa. Como siempre en el campo, las personas tienen un animal favorito: a Juana Rosa le gustaba una gallina rojiza muy linda, según ella. El animal que más quería Juan era un cordero al que él llamaba “Lindo Lindo”.

—Ya viejo, hoy cocinas tú. Sorpréndeme con una rica cazuela —le dijo un día su viejita. Entonces don Juan pensó y pensó y decía en su mente: “qué animal puedo matar...”. Se acordó que a su esposa le encantaban las cazuelas de gallina.

Entonces, al otro día, se levantó a las cinco y media de la mañana. Estaba oscuro todavía y no se distinguían bien las gallinas. Él pescó una que estaba gordita. Después, cuando ya la había matado, se dio cuenta que era la gallina preferida de su esposa. Se asustó mucho, porque pensó que ella lo regañaría,

pero como ya estaba hecho, siguió preparando la cazuela. A escondidas peló la gallina y decidió no decir nada de lo sucedido.

Luego de probar la cazuela, su esposa le dijo:

—Está muy rica, viejito.

—Eh... sí, sí. Gracias, viejita —le respondió su esposo, muy nervioso. La esposa lo notó extraño y le preguntó por qué estaba así.

—Viejita, maté a tu gallina favorita. Esa rojiza, la Linda Linda —le dijo él, muy triste.

—Pero viejo, ¿cómo pudiste matar a mi gallina favorita? —le dijo ella, sorprendida—. Me tendrás que comprar otra... y mucho más linda.

Juan aceptó y se tranquilizó un poco, ya que Juana Rosa no se enfureció tanto como él pensaba. Al otro día, tomó rumbo a la ciudad para comprar una gallina. En la ciudad, andaba *todo perdido* porque nunca iba. Entonces le preguntó a una persona que andaba en la calle:

—Oiga, *añora*. ¿A cuántos potreros venden gallinas por aquí?

La señora, sin entender mucho, le dijo, quizás para burlarse de él:

—Unos cuatro potreros más allá.

El campesino Juan anduvo tres horas perdido y preguntando, hasta que por fin logró encontrar un

lugar donde vendían gallinas. Escogió una gallina supuestamente linda, pero en realidad era un tanto fea.

Al llegar a su vieja granja, le mostró la gallina a la Juana Rosa y ella le dijo:

—Pero viejo, esa gallina es la más fea que he visto. Mejor matémosla, hagamos una rica cazuelita y olvidemos este percance.

Ese día almorzaron una cazuela de la gallina más fea.

REGIÓN DE LOS RÍOS

EL CAMPESINO

Cristian Alexis Pinuer Neira (14 años)

Liceo Ricardo Fenner Ruedi

La Unión

Tercer lugar regional

Había una vez un campesino tan pobre, que ni siquiera le alcanzaba para mandar a sus hijos a estudiar. Por lo tanto los hijos, que eran cuatro, le ayudaban al campesino llamado Juan. Los niños se llamaban Óscar, Sebastián, Carolina y Constanza.

Un día salieron a caminar y encontraron a otros niños que iban a la escuela. Les preguntaron a dónde iban.

—Nos dirigimos a estudiar. ¿Y ustedes no van a la escuela? —les dije a los niños.

—¿Qué es una escuela? —preguntaron los hijos de Juan.

—Una escuela es una casa grande donde hay salas de juegos y también uno va a aprender a leer y a escribir —respondieron los otros.

Los hermanos volvieron a su casa y le dijeron a su papá que querían ir a la escuela. El papá les dijo que no podían y los niños le preguntaron por qué. Así que él les respondió que no tenía suficiente dinero como para llevar a los cuatro a la escuela. Los niños le contestaron que ellos podían trabajar para tener dinero y costearse ellos mismos sus propios gastos.

De este modo, los cuatro hermanos fueron a pedirle a la profesora que estaba encargada de la escuela que los aceptara y que ellos le ayudarían en lo que quisiera. La profesora les dijo que podían entrar, pero que el padre debería hablar con ella.

Los niños regresaron a su casa y le rogaron a su padre que fuera a la escuela. Así que fue y le planteó su situación a la profesora. Luego de escuchar, la profesora les dio una beca a sus hijos, para que pudieran estudiar. Los niños quedaron felices. Todos los años obtuvieron muy buenas calificaciones.

Después de veinte años salieron de la universidad, cada uno con un título: Óscar y Carolina estudiaron medicina, Sebastián se tituló de profesor y Constanza siguió la carrera de actuación.

Después de un tiempo los chicos volvieron a sus tierras a visitar a su papá. Le regalaron una casa y un auto y lo trataron como un rey durante todos los años que siguieron. Sebastián pasó a ser el profesor del pueblo donde vivía, se casó con una chica del sector y fueron muy felices por siempre.

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL ECLIPSE

Vicente Patricio Antrio Illanes (10 años)
 Colegio Técnico Profesional Misión San Juan de la Costa
 San Juan de la Costa

Segundo lugar regional

En una noche de frío invierno, mientras mis abuelos tomaban mate, nos sentamos junto al brasero a hacerles compañía. El viento golpeaba la ventana y a través de las rendijas se podía sentir la brisa húmeda y fría que helaba nuestros cuerpos. La viejita echaba hierbas, harina tostada y hojas de laurel al brasero para que el temporal acabara. Es así como en la oscuridad de la noche nos contaban muchas historias y esta me la contó mi abuelita.

«Cierta noche, cuando el cielo estaba muy estrellado y la luna brillaba en su máximo esplendor, pasó algo inesperado: un monstruo maligno se apoderó de la reluciente *Ñuke Ale*¹. Era un monstruo oscuro que la devoraba poco a poco. El Taita dijo: "A ese espíritu devorador de luz hay que espantarlo. Ayudaremos

a la luna dándoles golpes a las casas con el fin de provocarle miedo".

»Todas las familias se reunieron esa noche: niños, jóvenes y mujeres rezaban al *Chao Dios* haciendo ofrendas de *cachillahues*². Los ancianos golpeaban sin cesar con sus bastones las esquinas de las casas. El ruido se oía por todos lados. Poco a poco el monstruo se arrancó, dejando ver la luz. Fue la noche más oscura. Sin embargo, fue la de mayor unidad y solidaridad, ya que todos colaboraron con sus oraciones y ruidos para espantar al monstruo devorador de luz. Sus esfuerzos se vieron recompensados con una *Ñuke Ale* que recuperó su resplandor. Los abrazos y la alegría fueron enormes en las familias. Aquella noche el trueno y el temporal habían cesado».

1 *Ñuke Ale*: Luna (nota del autor).

2 *Cachilla*: Trigo (nota del editor).

REGIÓN DE LOS LAGOS

LA SIEMBRA DE PAPAS

César Ignacio Martínez Vargas (12 años)
Escuela Rural Los Arces
Maullín

Tercer lugar regional

Cuenta mi abuelito que cada año siembra papa para poder vender, comer o alimentar a su familia. Lo primero que hay que hacer es *enyugar* los bueyes y poner el carretón y cargarlo de abono para botarlo en el *chancado* que se hace para sembrar. Después hay que ir a buscar los sacos de papa en el carretón para dejarlos en el *chancado*. Luego de que está todo listo, dice que se siembra papa el primer fin de de semana de octubre. Cuando uno empieza a sembrar debe pasar el arado una vez y entonces comenzar a poner las papas. Si las semillas son muy pequeñas, deben ir poniéndose de a dos; y si son muy grandes, deben ir de a una.

Cuando ya está hecha la primera corrida, pasan el arado tres veces y en la última vuelta se vuelven a poner más papas y así hasta que se terminan o se termina el *chancado*. Cuando ya han pasado dos meses, se ve que empieza a salir un pasto que se llama "pasto paloma". Cuando las papas empiezan a brotar, o cuando empiezan a salir los primeros tallos, hay que regar con un líquido para quemar ese pasto, porque si no se riega con ese líquido el pasto tapa toda la siembra o los animales se meten a comer adentro y pisan los tallos de las papas y los rompen, por lo que puede que las papas no tengan mucha fuerza para crecer.

En la última *melga* se pone una cruz o unas papas para engañar a las malas vibras y a los brujos. El

arado debe ir *sujetado* por una cadena más o menos larga, para poder distanciar los bueyes con el arado, porque si la cadena es muy corta, la punta del arado puede chocar con las patas de los bueyes y el guiador puede ser chocado o aplastado por los animales o el arado. También la cadena debe ser *sujeta* por una cosa que se llama "traba" que va puesta en el yugo. El yugo tiene una hundida de diez centímetros en el centro donde va la traba. La traba puede ser puesta en cualquier extremo o se puede poner en el lugar del buey que tenga más fuerza para que el arado se entierre con mayor fuerza. Al ponerlas en la tierra, las papas deben ser tapadas con abono de corral o abono de ciudad, pero es mejor sembrar con abono de corral porque les da mejor fuerza y más proteínas o más fortaleza para poder crecer.

Las papas salen grandes cuando no cae tizón. El tizón es una llovizna que hace parecer que afuera estuviera todo blanco. Las papas no crecen, porque están quemadas por dentro. Cuando uno saca papas debe escarbar con el *gualato* hasta abajo, porque cuando empiezan a granar debajo de la tierra, la raíz se entierra hacia abajo. Cuando se siembran las papas chicas, la distancia debe ser la del porte de un pie. Cuando uno riega papas puede ser con una mochila o con un canasto; la mochila se pone al pecho y así uno va regando las papas hasta terminar.

REGIÓN DE AYSÉN

LOS CHOCHOS AMARILLOS

Beatriz Helena Arregui Contreras (10 años)

Colegio Santa Teresa de los Andes

Aysén

Segundo lugar regional

Había una vez una niña llamada Emilia que vivía en Puerto Aysén. Ella era muy hermosa, pero se caracterizaba más por su lindo cabello de color amarillo. Un día, los papás de Emilia la llevaron a Coyhaique para celebrar su cumpleaños, pero justo ese día estaba lloviendo muy fuerte y había mucho viento.

Cuando estaban a punto de llegar, en una curva la rueda del auto se resbaló y chocaron contra una roca. Emilia salió disparada por la ventana del auto y cayó en el pasto mojado. Luego de unos pocos segundos, en la parte donde había caído Emilia se empezó a abrir poco a poco la tierra hasta que se formó un gran hoyo que absorbió a la niña y luego

se volvió a cerrar. Cuando dejó de llover y todo se calmó los padres, desesperados, bajaron para buscar a su hija, pero por más que buscaron no la lograron encontrar. Los padres pisaron justo encima de donde había sido absorbida Emilia y comenzaron a llorar desesperadamente. Sus lágrimas cayeron encima de la tierra.

Luego de un rato, cuando los padres ya se habían ido, comenzó a crecer una hermosa flor llamada chocho, que era especial porque era de un lindo color amarillo. Dicen que todos los años, en la fecha del cumpleaños de Emilia, la flor crece más y más. Esto me lo contó mi abuelito.

REGIÓN DE AYSÉN

UN PEQUEÑO PANAL DE CURIOSOS

Jasmin Elena Barrientos Yáñez (14 años)
Colegio Antoine de Saint Exupery
Coyhaique

Tercer lugar regional

Era una mañana calurosa, como siempre. Desperté feliz, ¡era un gran día! Debía viajar e irme a vivir lejos, a la casa de la abuela. Ella era de Coyhaique y yo de Osorno. Después de varias horas de viaje y aburrimiento, al fin llegué. Eran como las nueve de la noche así que tomé un baño y dormí como nunca antes.

Al día siguiente llegaron mis primos a casa de la abuela y estuvimos todo el día juntos. Más tarde, la abuela nos contó varias historias. Entre ellas, una sobre un árbol que se ubicaba en la región; a mí me pareció muy interesante, al igual que a mis dos primos. Ahí fue cuando decidimos que al día siguiente nos reuniríamos para averiguar más sobre ese árbol.

Al otro día, echamos en un diminuto bolso lo necesario para salir a averiguar: dinero, un lápiz, sándwiches por si llegábamos tarde y una libreta para tomar apuntes. Salimos a tomar un taxi y nos dirigimos a la biblioteca municipal. Buscamos entre libros y libros algo que resultara útil para saber más sobre ese árbol tan interesante, hasta que al fin encontré algo verdaderamente necesario. Observé con ansias la portada del libro durante unos

segundos. Era muy llamativa: tenía letras grandes y brillantes que decían: “El árbol de Eva, un tesoro en nuestra región”. Observé a mis dos primos, que al parecer estaban igual de ansiosos que yo. Sus ojos se habían agrandado y brillaban ante la presencia de aquel libro. Tomamos asiento y comencé a leer. La historia nos llevó a otra y esa otra, a otra. Todo esto nos permitió conocer más sobre la región y fue verdaderamente interesante. Había llegado la tarde y se oscurecía cada vez más, así que tomamos nuestros sándwiches y los devoramos como perros callejeros. Después de eso volvimos a casa y decidimos que iríamos a la mañana siguiente a averiguar nuevamente. Había sido muy agotador indagar sobre el árbol.

Al día siguiente, le preguntamos todo lo que se nos vino a la mente sobre el árbol de Eva a la abuela, total ella tenía paciencia para aguantar los desórdenes y *preguntaderas* de sus nietos, y eso que éramos muchos. Como decía mi tío Ian: “más de tres son multitud.” Pero nosotros éramos nueve, por tanto éramos como un panal de abejas o, más bien, una plaga de hormigas. El árbol de Eva estaba en un lugar precioso ubicado en la Carretera Austral, en el sector de Puyuhuapi. Tenía vista al mar y era

todo un privilegio de la Patagonia. Existe solo en tres países del mundo y este es el único en Chile, “además de estar protegido por Conaf y todo Chile”, repetía mi abuela cada vez que se le preguntaba. Yo me entusiasmaba siempre con esas historias y todo me llevaba a investigar cosas. Decía la gente que yo era una niña muy inteligente, pero yo no creo eso, porque al final la gente miente constantemente: hasta yo le he dicho mentiras a Luke, mi perro. En fin, con mis dos primos le *pataleamos* toda una hora a todos los que estaban en casa de la abuela, ya que tenían automóviles, para ver si alguno se apiadaba de este panal de curiosos y nos llevaba a conocer el árbol de Eva. Como ninguno *nos dio pesque*, comenzamos a contarles sobre ese increíble árbol y el asombroso lugar en el que se encontraba ubicado. Mientras, mi abuela sostenía su risa. Finalmente, mi tío Facu dijo que nos arregláramos ya que nos llevarían a conocer el famoso árbol ese. Estaba tan emocionada que las ansias me devoraban y sentí que podría haber sonreído de oreja a oreja todo el día.

Yo me imaginaba ese árbol. Pensaba en que tendría hermosas florecillas azules y un tallo grueso y que mediría quizás cuántos metros. Me imaginaba los rayos del sol iluminando aquel árbol y piedrecillas doradas a su alrededor y que estaría adornado por largas ramas con unas inmensas hojas de un color tan verde que harían juego con el bosque.

Fueron aproximadamente unos 350 kilómetros de viaje. Al llegar, mi tío Facu estacionó el vehículo y con mis primos salimos disparados hacia el lugar. Ahí se encontraban dos gringos varados apreciando la belleza del árbol. Fue allí cuando nos comenzaron a contar por qué el árbol de Eva se encontraba protegido por árboles milenarios. Después de que los gringos nos explicaron todo el enredo ese de los árboles milenarios y lo demás, nos tomamos fotos de recuerdo y volvimos a casa. Después de toda la película que me pasé, el árbol no era ni parecido; pero igual me había cautivado, cada rama era un verso para mí.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

LA SOMBRA DEL JINETE

Fabián Agustín André Rojas Rojas (14 años)

Escuela Diego Portales

Laguna Blanca

Primer lugar regional

Una tarde en la que no corría mucho viento, salí a pasear por la pampa con mi abuelo Vicente. Caminamos hasta unas matas de calafate y nos sentamos a la orilla de un riachuelo. Mi tata me dijo:

—Este riachuelo me trae malos recuerdos.

—¿Por qué, tata? —le pregunté yo.

«Porque aquí falleció mi mejor amigo. Te traje aquí porque te voy a contar esta triste historia que ocurrió hace muchos años atrás —me contestó—. Segundo fue mi compañero de trabajo por muchos años, trabajamos juntos en la estancia “El Ovejero”. Mi amigo, en esos años, era un hombre alto y delgado, de pelo castaño, ojos verdes, y muy alegre. Él tenía una yegua muy regalona a la que trataba como su máspreciado tesoro, ya que era su única compañía en dicho lugar. La yegua se llamaba “La Refalosa”. Él siempre apoyaba a los demás a pesar de su soledad.

»Un día viernes en época de verano —era el último día de trabajo de la semana— su jefe le dijo: “Segundo, este día solamente tienes que ir a Río Verde con Vicente a buscar un rebaño de ovejas y traerlas al galpón de la esquila, después de eso te puedes ir”. Mi querido amigo Segundo le dijo al

patrón que no se preocupara, pues cumpliría con lo encomendado. Nos preparamos y salimos a las ocho de la mañana. De repente, cuando estábamos a punto de llegar a Río Verde, escuchamos un ruido cerca de unas matas de calafate. La yegua de Segundo empezó a bufar. Cuando la vi haciendo eso estuve seguro de que un peligro se acercaba. Con espanto vimos salir desde los arbustos a un feroz puma. La yegua, asustada, galopó sin rumbo. Yo saqué el lazo que tenía en el anca del caballo y salí tras él.

»La yegua llegó con mucha velocidad a una laguna muy honda y no pudo frenar su carrera. Fuertemente, le gritó: “¡Amigo, cuidado!”, pero era demasiado tarde. Segundo cayó a la laguna junto a su yegua. Yo me bajé del caballo que montaba y corrí a rescatarlo, pero lamentablemente no pude hacerlo pues a la orilla de la laguna tropecé y caí, golpeándome la cabeza sobre una piedra. Cuando desperté estaba en el hospital de Punta Arenas. Lo primero que hice fue preguntar por mi amigo Segundo. Me dijeron que la corriente de la laguna lo había arrastrado y no hubo forma de rescatarlo. Cuando llegaron al lugar los demás trabajadores que nos andaban buscando, él ya había muerto. Después de oír esto lloré desconsoladamente, pues había perdido a mi

mejor amigo y esas pérdidas son irrecuperables, sentía demasiada tristeza.

»Pasados unos meses de su trágico accidente, los ovejeros y gente que vivía cerca de la laguna comenzaron a rumorear que en las noches veían

la sombra de un jinete galopando velozmente con su caballo. Muchos turistas que han acampado allí dicen que también lo han visto. Creemos que es el espíritu de mi buen amigo Segundo que aún permanece en la pampa que tanto amó».

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

MUJER DEL CAMPO

Adamari Constanza Belén Remolcoy Aguilante (12 años)
Escuela Diego Portales
Laguna Blanca
Segundo lugar regional

Había una vez una niña que vivía en el campo con su papá y abuelos. La niña se llamaba Catalina y su gran pasión era montar a caballo. Desde pequeña cabalgaba en las pampas magallánicas, ayudaba a su papá con las ovejas y lo acompañaba en el amanse de caballos. Pasaron los años y Catalina había crecido. Su familia se convenció de que la mejor decisión era que se le prohibiera a la niña continuar ayudando en el campo, porque podría ser mal visto y además que, al ser mujer, debía preocuparse de ayudar a la abuela en los quehaceres del hogar.

Catalina se sintió muy confundida con lo que le estaba pasando y eso hizo que se le viera triste. El abuelo, al observar lo desanimada que andaba su nieta, se acercó a conversar con ella, con la intención de alentarla. Durante la conversación, ella le preguntó qué hacía cuando era chico, a lo que él contestó que andaba a caballo, porque le encantaba y era lo que le había enseñado su padre. Después de la respuesta ella volvió a preguntar, pero ahora solicitando saber qué era lo que apasionaba a la abuela. El abuelo se puso pensativo y le respondió que la abuela hacía

todos los quehaceres de la casa, como preparar la comida, barrer y mantenerla ordenada, pero que su gran pasión era tejer chalecos y calcetines de lana.

Luego de esa conversación ella se sintió más confundida, debido a que sus abuelos podían seguir con sus pasiones y ella no. Después de mucho pensarlo, tomó una decisión y al otro día se acercó a su papá para conversar. Al comienzo el silencio rondó entre los dos, hasta que la niña comenzó a hablar. Le dijo que quería trabajar en el campo porque era eso lo que la hacía feliz y que sabía que debía ayudar a su abuela, por lo que no descuidaría sus quehaceres. El padre se sintió sorprendido por las palabras que había escuchado, abrazó y apoyó a su hija.

Desde ese día Catalina dividió su tiempo para cumplir con sus obligaciones: por la mañana ayudaba a la abuela en la cocina y en las tardes arreaba las ovejas con su padre, montada en su caballo fiel. La abuela al comienzo no estaba muy de acuerdo, pero al ver a su nieta tan dichosa, solo lo aceptó.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

EL HOMBRE DE LA LUZ

Nicole Francine Barrientos Leiva (13 años)

Escuela Diego Portales

Laguna Blanca

Tercer lugar regional

Mi abuela me contó que cuando tenía 12 años, su mamá le dijo que no se acercara al bosque, porque los campesinos que pasaban por ahí jamás salían. Por esa razón no podía ir. Un día mientras dormía la despertó una luz; se levantó de la cama, tomó una linterna y salió por la ventana a ver qué era. Vio que la luz provenía del bosque. Como era muy curiosa, fue en su dirección, pero no había nada, la luz había desaparecido y estaba muy oscuro. Sintió escalofríos, pero siguió caminando. Mientras avanzaba, escuchó un ruido y vio a un hombre que estaba herido, con su ropa toda rasguñada y con sangre.

La madre se despertó y vio que su hija no estaba en la cama. Salió corriendo hacia el bosque, pero no veía nada. Estaba muy aterrada. Dio un grito desesperado.

—¿Dónde estás! —exclamó. La joven escuchó los gritos de su madre.

—¡Acá estoy! —respondió. Su madre la encontró rápidamente. Fue hacia ella llorando y le dio un fuerte abrazo. La niña le pidió que le ayudara a llevar al campesino que estaba herido. Lo llevaron a su hogar y entraron.

—Tráeme el botiquín —le dijo. Luego lo curaron y esperaron a que se recuperara.

Al día siguiente, y una vez despierto el campesino, la joven le preguntó:

—¿Qué era esa luz extraña?

—Era la luz de una nave extraterrestre. Me secuestraron.

Ellos le habían hecho daño. La adolescente y su madre quedaron muy sorprendidas al escuchar al campesino.

—¡Vendrán por nosotros! —gritó la joven. Inmediatamente una luz remeció la casa. Todo se iluminó y el suelo se movió como si fuese un terremoto. Sucesivamente todo se apagó. Estaba muy oscuro.

Ella y su madre despertaron en el suelo, sin saber lo que había sucedido. Al levantarse se dieron cuenta de que el señor no estaba, había desaparecido dejando un gran silencio en el lugar. Mi abuela todavía recuerda ese día en que aquel hombre se esfumó de la faz de la tierra.

POESÍA DEL MUNDO RURAL



PREMIOS NACIONALES

UN AYMARA CUEQUERO

Héctor Manuel Callasaya Bartolo (45 años)
Empleado
Huara
Primer lugar nacional

Aquí comienza la historia
de un negro que baila cueca
pa dejar atrás las muecas
de quienes gustan burlarse
y decir que aquí en el norte
no hay cuna para este arte.

Aquí se baila valseo
con lakitas o con bandas
en los tambos y parrandas
y en las fiestas patronales.
También en los carnavales
que es como Dios nos manda.

De niño bailé la cueca
en mi pueblo y el colegio
con garbo y con privilegio
llegué hasta tres campeonatos
donde mostré que este negro
tiene cepa 'e cultor nato.

De la tercera pal sur
dicen que somos paisanos,
algo como bolivianos
que sólo bailan huaynito:
Ese como trotecito
que se baila de la mano.

Es cierto, yo soy andino
y lo digo con orgullo
soy hijo del kollasuyu
y guardo en mis raíces
los colores y matices
de esta tierra norteña.

Aquí bailamos Sikuris
Takiraris y Cachimbos,
también cantamos los himnos
como en todas las regiones
y con igual emociones
nos alegramos el alma.

Niño me dijeron indio,
ya de más joven paisano;
Traté de darles la mano
como me enseñó mi abuelo
porque todo lo que anhelo
es tratarnos como hermano.

Así pasaron mis años
entre zampoñas y quenás,
viviendo también con penas
como nos discriminaban,
y de indios nos trataban
sobre todo pa' estas fechas.

Para cambiar todo eso, dije:
 voy a mostrar mi cultura
 y aunque sea una aventura
 espero que lleguen gentes
 sobre todo los conscientes
 de esta, mi raza pura.

Llegaron como sesenta
 al curso de danza andina
 y aunque uno no adivina
 como serán los presentes
 confío que sean mentes
 que aprendan de mi cultura.

En ese mismo taller
 conocí dos folkloristas,
 me invitaron los artistas
 a aprender cueca central,
 el baile tradicional
 de esta tierra chilena.

Pa' allá partió este negrito
 del brazo de su morena
 a bailar cueca chilena
 con los demás folkloristas,
 todos ellos optimistas
 de mostrar su tradición.

Estaba en esa misión
 aprendiendo paso a paso
 con mi morena del brazo,
 cuando dijeron formal
 que para el baile final
 hay que vestirse de huaso.

El día final llegó
 Mi negra anduvo arrugando,
 y mi mente vacilando
 si ir a apechugar o no.
 Me dije: ¿Quién me mandó?
 Chicharra muere cantando.

estaba lleno el recinto
 todos vestidos de huaso,
 las chinas con bello lazo
 se paseaban muy nerviosas
 yo tomé humilde mis cosas
 buscando ahí un regazo.

Me arremangué el pantalón
 mientras mi faja ajustaba
 sentí que mi Negra faltaba
 ¡La otra parte de mí!
 Ahí mismito sentí
 Que todo esto acababa.

De pronto escuché mi nombre,
 me llamaban por parlante
 me paré y salí adelante,
 esta vez sin mi Morena,
 dispuesto a ocultar mi pena
 bailando cueca chilena.

No faltó la dama bien
 que salió a acompañarme;
 yo comencé a animarme
 y a bailar como cuequero
 y aunque no llevaba apero
 demostré toda mi clase.

Al final me preguntaron
¿Porqué tomé el curso de cueca?
Le respondí por las muecas
de aquellos que por burlarse
dicen que aquí en el norte
no hay cuna para este arte.

Así termina la historia
de este negro payador
un aymara, un cultor
lo digo con mucho orgullo:
Yo soy pampano'ejaiña
soy hijo del KOLLASUYU...
¡Y viva mi pueblo mierda...!¹

¹ Tito Callasaya, testimonio real, año 2003 (nota del autor).

PREMIOS NACIONALES

LA LEYENDA ES DESPLAZADA

Ricardo David Vargas Cisternas (21 años)

Estudiante

Puente Alto

Segundo lugar nacional

El Trauko está en el altar
la Pincoya en el desierto
el Cuero en un río seco
el Caleuche halló su puerto.

Por pensión alimenticia
fue citado frente al juez
como en tierra firme el pez,
no es su hábitat propicia.
Creyó realidad ficticia,
ángeles oyó cantar
palabras debió pactar
pa' sellar sus travesuras,
siendo su alma ahora pura,
el Trauko está en el altar.

Muchas penas de amor tuvo:
pescadores en su red
buscaban saciar la sed
del amor que no se obtuvo.
Hasta en tierra firme anduvo
pa' que no terminen muertos
pero les diré lo cierto,
confunde amar con matar
y está condená vagar
la Pincoya en el desierto.

Que sufrió cambios el clima,
calentamiento global
que desplaza al animal
lo lleva de sima a cima.
Hoy no se escuchan las rimas
considerándolas ecos,
mensajes vacíos, huecos,
mas yo les veo sentido:
que el ave no tiene nido,
el Cuero en un río seco.

Nadie tiene un rumbo fijo:
perdidos en mundo propio,
cubiertos por nubes de opio,
dibujan mapa prolijo.
Que el cantor se contradijo,
y dio vida al que está muerto
yo con esto me divierto
y me río a carcajadas,
pues con la ayuda de un hada
el Caleuche halló su puerto.

La leyenda es desplazada
por el mito del progreso,
que se entierra hasta en los huesos
y ya no nos queda nada.
Como la última calada,
me despido tristemente,
esperando que la gente
a los versos dé valor,
pa' que inunde de color
cada espacio de su mente.

PREMIOS NACIONALES

MUROS VIEJOS

María Lorena Poblete Bustos (53 años)
Cajera de pastelería
Penco

Tercer lugar nacional

Que nadie me recrimine
el cariño que yo tengo
al lugar donde nací
y me criaron mis viejos,
porque si la vida supo
hacerme hombre de provecho,
fue por lo que yo aprendí
viviendo bajo ese techo.
No me diga que la casa
"son tan solo muros viejos",
yo le aconsejo mi amigo
que se mire en el espejo.

Como en sus mejores tiempos,
pero sobre esos cimientos
¡se forjó mi crecimiento!
Y al igual que con los años
se deteriora el cemento,
también nuestro rostro luce
con arrugas en el ceño.
Y si hay algo que he aprendido
así como fui creciendo,
es que en el alma se tienen
siempre frescos los recuerdos:

El calor de la cayana
tostando trigo en el fuego,
el sabor de la tortilla,
las cazuelas de cordero.
Mi madre y su delantal,
mi padre con su sombrero
y el ruidoso cacareo
en medio del gallinero.
Los juegos de mi niñez,
la ropa en el lavadero,
las tareas del colegio,
la tetera en el brasero.

Y aunque los viejos no estén
y todos nos fuimos lejos,
yo quisiera que algún día,
cuando se llegue el momento,
en estas tierras de antaño
¡vengan a tirar mis huesos!

PREMIOS NACIONALES

EL NGUILLATUN

Ronaldo Osvaldo Huenual Millaleo (9 años)
Estudiante
Freire

Premio especial Pueblos Originarios

El nguillatun nos reúne
con alegría y paz
llevamos nuestras cosechas
que la madre tierra da.

El nguillatún se comparte
con respeto y humildad:
las fuerzas de nuestra tierra,
que presentes ya están.

En el centro de la tierra,
se encuentran los cantaritos,
todos muy ordenados
y todos adornaditos.

Cada uno en su ramada
ofreciendo lo mejor:
ya se bebió el muday
fruto de un gran amor.

Con lentitud ya los hombres
Salen todos a bailar.
¡Se ha unido tierra y cielo
en oratoria final!

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

CONVERSANDO CON BALBINA OCHOA

José Maldonado Segovia (36 años)
Técnico Agrícola del Valle de Azapa, especialista en plagas agrícolas
Arica

Primer lugar regional

Desde los sillones de mi *pukara*¹
contemplo aquel cuadro
de la fotografía antigua,
el de la *awicha*² putreña,
el de la señora enmarcada
que me mira desde un rincón,
como adivinando mis pensamientos.

¿Quién eras, Balbina Ochoa?
(que así dice tu nombre)
en aquel cuadro que casi botan
y alguien rescató del olvido,
regalándoselo a mi madre,
quien dijo “te corresponde”,
como escasa historia paternal.

Historia que desconozco
al no criarme ese hombre,
al que nunca llamé padre,
confesándote mi indiferencia
a tierras, apellido y familia,
de la que solo tú me llamas la atención,
por obra y gracia del destino.

De ropas antiguas y elegantes,
los rasgos aymaras bien puestos,
el rostro duro y protector
lleno de sabiduría e historias.
¿Cuántos inviernos surcarían tu rostro?
Es lo que trato de adivinar,
calculando siglo y años mozos.

1 *Pukara*: Fortaleza, en Aymara (nota del autor).

2 *Awicha*: Abuela, en Aymara (nota del autor).

Y te pregunto,
como a los aymaras les gusta,
sin el “usted”, término inexistente
en el idioma que ya se nos pierde,
para tutearnos,
pues, Balbina,
con el mismo respeto y cercanía.

“Ingrato eres”, me dirías,
a sabiendas que solo te convoco
cuando tengo preocupaciones
y la tristeza inunda mi alma.
“Todo pasa, hijo, todo se olvida”
ya presiento que me dices.

De seguro te burlarías
comparando mis dramas económicos
con tener que abandonar la tierra;
con tener que enterrar un hijo,
o el cambio de patria a la fuerza:
“Todo pasa, hijo, todo se olvida”
tus sabias palabras serían.

Cómo hubiera querido conocerte,
vieja altanera,
para tratar de sacarte una sonrisa,
justo en aquella fotografía
con la que ahora me acompaña,
y conversamos
a través del tiempo.

Quizás caminas conmigo por la casa,
como dice la tradición aymara,
y te sientas con nosotros a la mesa.
Riamos, pues, Balbina,
Y *challemos*³ por la vida y la muerte,
traspasando las frágiles fronteras
de lo terrenal y el *Arack Pacha*⁴.

3 *Challemos*: De challar, regalando alcohol a la Madre Tierra (nota del autor).

4 *Arack Pacha*: El “mundo de arriba”, en la cosmovisión aymara (nota del autor).

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

EL YATIRI

Daniel Alejandro Lazcano Robles (16 años)
Estudiante
Arica

Segundo lugar regional

En el barrio Los Industriales de la ciudad de Arica,
vivía un viejo que decía ser yatiri.
Nosotros que tan solo
jugábamos al fútbol en la cancha
lo veíamos pasar al almacén:

¡Ahí va el yatiri!
Pero ¿qué es un yatiri?
Preguntábamos mirándonos las caras.

A nadie le importa, decía uno,
mete la pelota, marca un gol.

El anciano venía de Belén,
nosotros, que tan solo jugábamos fútbol en la cancha
decíamos: mira, ahí va el que nació
donde nació Jesús.

Un día vi en él a mis antepasados;
sentí una pena enorme,
cuando chuteábamos con los niños
en la cancha.

Me salí del juego y le dije: oiga yatiri,
tómese un vaso de agua.
El anciano me miró y me tocó la frente.

Regresé a la cancha, marqué cinco goles.

Desde entonces supe que el yatiri tenía magia
en las manos.

Venía de un pueblo llamado Belén,
un lugar alto, lejos de mi barrio,
donde estoy seguro, muy cerca vive Dios.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

CORAZÓN ALEGRE

Héctor Manuel Jesús Morgado Gámez (52 años)
Asistente social
Camarones
Tercer lugar regional

¿Escuchas, hermana, a lo lejos, esa canción infinita?
Recuerdos me traen de nuestra alegría infantil
cuando nos colábamos en la ronda
para salir envueltas en nubes carmesí.

Cuando tomábamos de la mano al abuelo
danzando con el retumbar del bombo octogenario
que marcaba nuestros pasos por el ruedo;
ecos de un pasado jamás olvidado.

Saludemos con *challa* y *pawa* al abuelo Carnavalón
que se acerca orgulloso cantando a nuestro lar
para vaticinarnos augurios de mejores cosechas
que reverdecerán de vida este año el solar.

¡Vamos, unámonos a la rueda, que ya llega y se va!
Cantemos, juguemos, vivamos por última vez
la tradición más bella de este valle de Codpa bendecido;
oír los versos cadenciosos que anuncian, ahora y ya:

“A esta casa vengo sin ser convidado,
no solo por eso seré desairado,
ábranos la puerta o la echamos abajo”.

Qué importa que con bastón bailemos encorvadas.
Qué importa que nuestro andar no sea el de antaño.
Qué importa que el tiempo haya arado nuestros rostros.
Qué importa que no seamos las reinas, como hace años.

Hermana, ¡no duermas, por favor, te lo pido!
Te prometo: antepasados bailarán y guiarán nuestros pasos.
No duermas ¡vamos! Antes que llegue la barcaza
que navega por el río y nos lleve a los mares oscuros del olvido.

¿Escuchas, hermana, desde tu lecho, amortajada?
Es el latir de mi corazón triste, y el prístino cántico
que asciende al azul del cielo, por la colina escarpada.
Sus sones te acompañarán a tu última morada:

“Ya se van los carnavales,
triste está mi corazón,
ya se van por la ladera,
corazón alegre,
para el año volveremos;
triste está mi corazón,
a bajar por la ladera,
corazón alegre”.

REGIÓN DE TARAPACÁ

A MI PAMPA

Humberto Marcelo Meneses Olivares (43 años)

Agricultor

Pozo Almonte

Segundo lugar regional

Pampa hermosa de mi tierra, Pampa del Tamarugal;
qué feliz me sentía cuando solías verdear.
Con tu lindo manto verde cautivabas al viajero,
dabas vida al ganadero,
alimentabas su rebaño y al correr de los años.
No sé si te has cansado,
de un tiempo a esta parte te noto muy diferente
y lo comenta la gente
que tu manto se ha secado,
que el ganadero ha emigrado,
que ya no tienes tu encanto,
que el ganado está flaqueando
porque el agua está faltando.
Las mineras la están gastando
para alimentar su riqueza:
a ellos no le interesa
lo que sufre el pampino
y también el campesino
día a día va sufriendo,
su chacra se va muriendo.
Su ganado está más flaco y plata de dónde saca
si nadie compra huesos,
por eso cada día rezo
por su chacra y su ganado. Por eso
es que tengo pena: porque esto es un carajo
la gente se va del pueblo porque aquí no hay trabajo.
Todo lo comentado me ha causado una herida,
con pena dejo mi pueblo porque sin agua no hay vida.

REGIÓN DE TARAPACÁ

LA MAGIA DEL NORTE

Alejandra Makarena Gacitúa García (30 años)

Profesora

Alto Hospicio

Tercer lugar regional

Del campo a la pampa, del frío al sol,
he llegado a este pueblo, por mi vocación.
Salares y desiertos, música y folclor,
esto es parte de mi tierra que desconocía yo.

Con gente muy linda he podido compartir,
recorriendo el altiplano de principio a fin.
De lenguaje aymara he aprendido aquí,
he abrazado alpacas y parinas vi.

De chachacoma y llareta, un mate tomé,
un tecito de coca, cuando me apuné.
Pasados los días, ya me acostumbré
con las historias de esta zona yo me encanté.

Kalapurka de almuerzo, guayaba de postre,
sabrosa fue mi cena cuando llegué a Pozo Almonte.
Salitreras de antaño, olores y nombres
tengo mi corazón lleno con la magia del norte.

La distancia no es fácil, el recuerdo es vital,
observando el paisaje, nostalgia da.
Ocre bendito, de atardecer sin igual
gracias por todo pampa del tamarugal.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

PUEBLO LIKAN ANTAL

Lucas Gabriel Guzmán Henríquez (9 años)

Estudiante

Antofagasta

Primer lugar regional

Pukaras, ayllus y canales
río Loa surca el desierto,
cordillera, valles y quebradas,
lo más bellos del universo.

En las noches estrelladas
la inmensidad del desierto,
se escuchan los carnavales
danza alegre de los pueblos.

El pueblo de Atacama
da gracias a la madre tierra,
pues de ella viene la vida
Pachamama agradecida.

En el desierto de Atacama
de lejos se puede escuchar
charango, quena y bombo
del pueblo LIKAN ANTAL.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL PETITORIO

Naróa Lemus Villa (73 años)
Profesora normalista jubilada
Antofagasta

Segundo lugar regional

*Dedicado a los campesinos que creyeron
en la Ley 16.625 y que sufrieron por ello*

El patrón se acerca lento
muy orgulloso en su andar,
aquí estamos todos juntos
sin saber cómo empezar.

Nos mira desde su altura
y espera nuestra razón
de haber llegado a la casa
a interrumpir su labor.

Al ver que nadie se atreve
sombbrero en mano y temblor,
nos dice con voz altiva:
“¿Que les da tanto temor?”

No quiero perder el tiempo
con rotos que no hablan claro
sólo hablaré con quien sea
un poquito más letrado.

Nos miramos angustiados
tratando de ver a quién,
porque ese grupo de huasos
no sabe ni aún leer.

¿Leer y ser muy letrado?
¿De dónde sacó el patrón?
Si al ocuparnos de “cabros”
Eso jamás le importó.

Hasta que el roto Fernando
que era bueno pal discurso
se atrevió a enfrentarlo cauto
poniendo su lengua en uso:

Bueno patrón, aquí estamos
con respeto a señalar
que venimos a pedirle
un sindicato formar.

Hay una Ley que ampara
esta lucha sindical,
y nos permite ahora
un petitorio entregar.

Sólo queremos patrón
nuestro salario cobrar
en dinero al contado
y en especies nunca más.

Otra cosa que pedimos:
no tener que caminar
hora tras hora en el campo
pa' la faena llegar.

Y si es posible, patrón,
nuestro sueldo mejorar
trabajar de sol a sol
pa' la miseria ganar.

Y como último pedío
pa' los cabros, una escuela:
que aprendan ahí estudiando
que a veces la vida es buena.

¡Estos rotos atrevidos
hasta exigentes están!
Espérense sentaditos
que nada les voy a dar.

Y en cuanto al roto Fernando,
que tan re bueno es pa' hablar:
agarraste tu linyera
y te mandaste cambiar.

¿Alguien más quiere opinar?

La columna silenciosa
no le supo contestar,
y con la cabeza gacha
volvimos a trabajar.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

UN DESPERTAR EN MI CHILE

Josefa Antonia Mesías González (9 años)

Estudiante

Antofagasta

Tercer lugar regional

Mi país, flameante tricolor
aquí el desierto floreció
donde abunda la esperanza
y en el cielo el huemul plasmó.

Mi Chile del norte yo soy:
Voy naciendo niña minera
entre mar y cordillera
te ofrezco mi sabiduría,
alma, vida y corazón.

Mi tierra bendita, tu pureza
uno de mis mayores placeres
el azul del cielo, el blanco de la montaña,
con el rojo nació un copihue
de la sangre araucana.

Somos árbol que da frutos:
La raíz es nuestra vida
en cada hoja un corazón
en el horizonte un bello sol.

REGIÓN DE ATACAMA

ÁTAME A UN ÁRBOL

Ettiene Anaís Gálvez Campos (14 años)

Estudiante

Copiapó

Primer lugar regional

Átame a un árbol cuando muera
pa' que mis pies nunca se despeguen de mi tierra,
pa' que los pájaros aniden sobre mi cabeza
y al sol como siempre mirarlo de frente y con fuerza.

Átame a un árbol cuando muera
pa' que mis raíces se rieguen con la niebla
pa' que la noche como siempre sea negra
y el diablo no me asuste a las ovejas.

Átame a un árbol cuando muera
pa' que el viento se lleve mi pena
pa' que el campo se acuerde de mi nombre
y la risa se contagie como abeja en la colmena.

Átame a un árbol cuando muera
pa' crecer pa arriba como la planta de cosecha
pa' que el cielo no me extrañe levantado al alba
y la nube no me lllore porque dejo de llamarla.

Átame a un árbol cuando muera
no me eche cemento ruidoso del olvido
que aquí con mis pollos ni hambre ni frío
que aquí en mi campo permaneceré por siempre VIVO!!!!

REGIÓN DE ATACAMA

POR CULPA DEL NEGRO LLANTO

Robinson Rodolfo Pérez Cuadra (35 años)

Profesor rural

Vallenar

Segundo lugar regional

En Alto del Carmen canto:
 "Un día de sol dormido
 despertó mi valle herido
 por culpa del negro llanto".

Aquí resplandece el cielo
 y nace el preciado río;
 la menta se pinta al frío
 en tonos de blanco hielo;
 las parras con verde velo
 esparcen su fresco encanto;
 los cerros de grueso manto
 parecen fundirse en uno,
 por eso como a ninguno
 en Alto del Carmen canto.

El terral de noche asoma
 y siempre el otoño es lento;
 la nieve parece cuento
 que pasa y el campo doma;
 mas la madre entrega y toma
 sin aviso prevenido,
 y así, sin mediar sentido
 rasgó su celeste velo.
 ¡Cayó a cántaros el cielo!
 un día de sol dormido.

Quebradas adoloridas
 regaron su lenta muerte
 con piedras y barro inerte
 sobre casas escurridas.
 Las gotas despavoridas
 siguieron su vil suicidio
 al son del grave deicidio
 de tralcas en lentos tragos,
 y entre tantos mil estragos
 despertó mi valle herido.

Desastre fue la palabra
 al ver los campos de pena,
 y para nadie fue ajena
 aquella lluvia macabra,
 pero la tierra se labra
 y se siega el vil espanto.
 El día con sol en santo
 ve renacer sus fulgores
 donde durmió sin colores
 por culpa del negro llanto.

REGIÓN DE ATACAMA

EL POLLO DE CUATRO PATAS

Moisés Edelberto Álvarez Monroy (53 años)
Profesor de Educación General Básica
Huasco

Tercer lugar regional

Don Pedro cuenta la historia
del pollo de cuatro patas:
tenía dos en la guata,
las otras dos daban glorias.
Está siempre en mi memoria
porque es un cuento de antaño,
el pollo no hacía daño
pero era muy diferente,
la admiración de la gente,
mientras pasaban los años.

Este pollo iba creciendo
con patas al espinazo,
él no se daba porrazos
cuando salía corriendo.
Muy raro se está poniendo
un día dijo el abuelo.
cuando lo vio tomar vuelo
ordenó: ¡Hay que matarlo!
Todos fuimos a pillarlo,
mientras andaba en el suelo.

Salimos todos juntitos,
a pillar al desdichado,
era un pollo desarmado,
que corría rapidito.
Descansó un momentito,
fue la cosa más sensata,
ya le dolía la guata,
por tanta persecución,
se dio vuelta este bribón,
de espaldas con sus dos patas.

Así termina este cuento,
del pollo picaronazo,
no le pusimos el lazo,
él corría como el viento.
Tan solo se oye el lamento
del abuelo que relata
a orillas de la fogata
esta grande desventura:
El pollo aún perdura
corriendo con cuatro patas.

REGIÓN DE COQUIMBO

ODA A LA LECHE DE CABRA

Ismael Efraín Rojas Carvajal (53 años)

Poeta

Combarbalá

Primer lugar regional

Canto a la leche espumosa
en su estado natural,
prodigio de un animal
de estas zonas escabrosas.
Rica en calcio y sin lactosa,
lo confirma mi palabra
sin ser preciso que abra
estudios sobre esta misma,
su calidad lo confirma
canto a la leche de cabra.

Canto a la blanca ambrosía,
por siglos inmemoriales
sustento de mil zagales
de valles y serranías,
yo canto en mi poesía
a sus lácteos derivados,
que a muchos ha cautivado
con su sabor y pureza,
yo le canto a la grandeza
de sus quesos adobados.

Canto al aspecto sublime
de esta leche prodigiosa,
¿será la cabra una diosa?
Si de sus ubres se exprime
blanco manjar que define
de esta zona la etiqueta,
con su leche mil recetas
dan bienestar a su gente
y al paladar exigente,
satisfacciones completas.

De las leches existentes
como esta no hay ninguna,
la cabra es una fortuna
para esta zona y su gente,
yo le canto simplemente
este verso es la justicia,
homenaje sin malicia
por sus nobles condiciones,
¡arriba los corazones!
por esta blanca delicia...

REGIÓN DE COQUIMBO

EL TREN DE LOS CASERÍOS RURALES

Melania Alzamora Alzamora (79 años)
Profesora jubilada
Illapel

Segundo lugar regional

De Salamanca, temprano,
lentamente, por el riel,
con su chiqui, chiqui, chaca,
y monótono vaivén
por El Tambo, sale el tren.

Por Tahuinco, por Los Loros,
por Limahuida también,
por Choapa, Pintacura,
por Cuz-Cuz, ya pasa el tren
en monótono vaivén.
Junto al tren, ya van pasando,
un cerro, un puente, un estero,
y en el valle están pastando,
los vacunos y terneros.

Ya las mozas temporeras,
que van en plan de conquista,
saludan alegremente,
al apuesto maquinista.
Y las volutas de humo,
pintan de nubes el cielo,
mientras la máquina gime
su yujjuuuuuu, lastimero.

Los boletos de segunda,
los boletos de tercera,
que ya viene el conductor:
¡Hey! los tengo, aquí mesmito,
en el bolsillo, patrón,
busca y mira, con descaro,
al amable conductor
rueda del tren, para el gol.

No me espante la gallina,
mi doña misiá Estela,
porque la llevo gordita,
pa mi comadre Manuela,
quien con chuchoca y papitas,
me hará una rica cazuela.

Ya se divisan las casas,
del poblado de Illapel:
¡Compadrito, ya llegamos!
Se oyen voces, por doquier.
Con los canastos repletos,
se acercan los vendedores,
mientras pregonan alegres,
sus dulces, frutos y flores.

¡Caseriiiita!, aquí los dulces,
La empaná, el picarón,
Con almíbar de chancaca
para darle buen sabor
y alegrarle el corazón.
Yo le traigo flor de malva,
muy verde la yerbagüena,
fresquecita, el agua 'el Carmen,
para quitarle las penas.

El gentío se dispersa,
el tren queda en el Andén,
esperando hasta la tarde,
para empezar otra vez.

Con su chuqui, chiqui, chaca,
y monótono vaivén,
yujjuuuuuu, lentamente
se va el tren hasta el campo,
por el riel.

REGIÓN DE COQUIMBO

UN DÍA EN EL CAMPO

Rocío Alexandra López Aro (14 años)

Estudiante

Los Vilos

Tercer lugar regional

Despertar en la mañana
con un reloj de amapolas
o con el cantar de un gallo
al sol que ya asoma.

A la hora del desayuno,
esto es lo mejor que hay,
tomar la leche de cabra
calientita en el corral.

Pero antes del almuerzo
hay mucho por hacer
galopar los caballos
y algo de leña traer.

Ya nos llegó la hora
de sentarse a almorzar:
un gran plato de cazuela
y vinito pa' charlar.

Con el estómago lleno
aún nos queda por hacer:
comenzar con el arado
pa' ver el trigo crecer.

Ahora los animales
tendremos que alimentar
tirar maíz a los pollos,
los huevos recolectar.

Y luego continuaremos
con chanchos, patos, caballos,
todavía es muy temprano:
¡Aún ni se duerme el gallo!

Ya avanzada la tarde
oncecita hay que tomar,
sentados junto al brasero
es hora de conversar.

Sentados tomando mate
no me canso de escuchar
mi historia favorita
del piuchén en el corral.

Y ya nos llegó la hora
de acostarse a descansar:
a esperar el nuevo día
que está por comenzar.

Y lo único que espero
es volver a despertar
con este aire de tierra
que la ciudad jamás destruirá.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

ASUNTO DE ANIMALES

Carlos Jorge Cuneo Ferreti (72 años)
Pequeño agricultor
Casablanca
Primer lugar regional

Una demanda ha llegao
desde el fundo de La Rana:
se prendió ya bien la llama,
este juicio ha terminao.

I
En el pueblo Quepilchano
hay un viejo muy contento
dueño de un toro pulento
que a su juicio no era sano:
ha preñado sin engaño
cien vaquillas pa' callao;
el ricacho se ha enterao
y furioso por el hecho
puso barbas en barbecho:
una demanda ha llegao.

II
El dueño bien se defiende,
junto a su toro atigrao
su descargo ha presentao:
como Usía, usted comprende
este mi toro no entiende
lo que el señor le reclama:
su corazón se le inflama
y pierde el razonamiento;
lo buscan pa casamiento
desde el fundo de la Rana.

III
Son mis vacas raza pura
y este toro un atorrante,
declara el reclamante
que por razones oscuras
pide daños con usura.
Mi torito vacas ama,
pero el viejo le reclama
y el toro frente al juzgao
pa' adentro dice callao:
se prendió ya bien la llama.

IV
Hoy el juez dicta sentencia:
ya vistos los expedientes
declaro al toro inocente,
ya que frente a la presencia
de vaquillas de excelencia
precaución no se ha tomao;
el torito se ha cruzao
porque estas vacas coquetas
le mostraron bien las tetas
¡Este juicio ha terminao!

Despedida

Al fin el toro *agatao*
junto a todas las terneras,
una tarde en primavera
un curita lo ha casao.
El burro lo ha'padrinao
y hasta esa boda asistieron
invitados que llovieron,
las crías que eran un ciento.
Los litigantes contentos
un gran abrazo se dieron.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

LOS PERSONAJES DEL MITO

Fernando Guajardo Zenteno (62 años)

Profesor

Petorca

Segundo lugar regional

En estos tiempos ¡ay sí!
cuesta creer,
¡ay! que asusta el demonio
y canta el tue-tue.

Canta el tue-tue ¡ay sí!
da escalofrío,
¡ay! cuando grita la Cuca
allá en el río.

Allá en el río ¡ay sí!
en altas horas,
¡ay! también se le escucha
a la Llorona.

A la Llorona ¡ay sí!
triste encanto,
¡ay! también la Calchona
pena en el campo.

Pena en el campo ¡ay sí!
sobre una piedra,
¡ay! en l`agua del río
ví a la sirena.

Vi a la sirena ¡ay sí!
o qué gran tesoro,
¡ay! entre sus trenzas brilla
un peine de oro.

Un peine de oro ¡ay sí!
dentro un cajón,
¡ay! tenía mi abuela
bajo el colchón.

Bajo el colchón ¡ay sí!
ella guardaba,
¡ay! estos cuentos miedosos
que me contaba.

Que me contaba ¡ay sí!
no sigo escuchando,
¡ay! m`está dando susto
m`están penando.

M`están penando ¡ay sí!
tranquilo quedo,
¡ay! personajes del mito
duerman en mi recuerdo.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL MOTEMEI

José Osvaldo Rocha Herrera (51 años)

Mecánico

Valparaíso

Tercer lugar regional

La tarde ha entrado en su canto
galopando entre faroles,
el pedernal de los soles
se ovilla cual noble santo.

El mar se escucha a lo lejos
entre peces y corales,
entre bramidos de naves
cual si fuesen toros viejos.

Y más allá de lo ignoto,
pleamares calinosas,
entre dos manos piadosas
crepita el grano remoto.

La olla en su nebulosa
de lejía y de niebla,
al roce del fuego tiembla
como el viento entre las rosas.

Leños atizan sus capas,
al punto llevan el agua
y la coqueta su enagua
se levanta entre la tapa.

La castellana en su oficio,
escarba, mira, cloquea,
siempre un granito otea
desde algunos intersticios.

La negra anuncia la hora
ladrando juntito al loro,
hay que echar los reyes de oro
de prisa y sin demora.

Ahí van los vanidosos:
goloso, hambriento, risueño,
saltando como un ensueño
al caldo tierno, espumoso.
Dos horas de pre-cocción
ya sin capas los luceros,
¡a bañarse en aguacero!
para seguir la función.

Siete horas más de camino
abrazados al hervor,
mientras bosteza la flor
y se embriaga alegre el vino.

Gordito ya como poma
y radiante como futre,
quedó el oromiel que nutre
las almas con sus aromas.

Ya humea en su camastro
el mosto del maizal,
como si fuese un panal
de dorados dulces astros.

¡Nutricio pan de los pobres!
sangre pura de mi tierra,
miel madura que destierras
toda el hambre de los hombres.

Atrás ya quedó el fogón
y entre boldos y maitenes,
arreando la luna viene
el motero y su pregón.

¡Motemei calentito!
repite el eco lejano...
y su pregón es en vano:
ya nadie escucha sus gritos.

¡Motemei calentito!
su voz es cántaro de agua,
sutil aliento de fragua,
espiga, parva de luz, sacro rito.

A veces algún chiquillo
estira su manos hambriento,
que él llena de sedientos
alfajores amarillos.

Sobre su viejo sombrero
Hay nidos de lluvia y frío,
bajo su poncho un navío
con estrellas y luceros.

Duro oficio el del motero,
¡cuánto trabajo y anhelo!
¡cuánto sudor y desvelo!
como Cristo en el madero...

Hoy he venido a tu verso
a tu lámpara olvidada,
a cantar en tu morada
a perfumar tu universo.

Ancha y larga es la senda
de la vida y sus azares,
y a pesar de los pesares
alegres tus mansase riendas.

Yo sé que nada es eterno,
ni las piedras, ni las flores,
que el llanto con sus dolores
se irán como los inviernos.

Así te irás algún día
donde vuelan las torcazas,
repartiendo con tu taza
la madura ambrosía.

Y entre ángeles de luz,
aquel Cristo abandonado,
con su mote azucarado
comiendo al pie de su cruz.

REGIÓN METROPOLITANA

CASAMIENTO HUASO

Francisco Antonio Pereira Cancino (70 años)

Agricultor

Las Condes

Segundo lugar regional

Una densa polvareda
dice que llegan los novios,
caminos de tierra y greda
recorridos en jolgorio.

El trinar de pajarillos
envuelve su recorrido,
hasta el cantar de los grillos
ensordece los sentidos.

Novios que flotan al viento
en caballos renegridos,
cabalgan su sentimiento
en diamantes esculpido.

Los corceles ya se amarran
en los jardines floridos,
flores que se despilfarran
en nerviosos resoplidos.

Brillan espuelas de plata
en piso de tierra pura,
tierra color escarlata,
tierra de amores madura.

Ya los envuelve la noche;
velas y un chonchón que brilla,
vihuela con mucho boche
en compases de sirilla.

Mil novecientos cincuenta
año de Nuestro Señor,
sentimiento que acrecienta
tiempos idos con honor.

Ponchos de vivos colores
florece bajo la luna,
música de mil tambores
desean amor y fortuna.

De Purapel a Sauzal
fueron donde el Señor cura,
bendiciones a raudal
van sellando su ternura.

La patria se va poblando
con firmeza y galanura:
amores huasos llenando
las poblaciones futuras.

REGIÓN METROPOLITANA

A LAUTARO MANQUILEF

Nora del Carmen León Acuña (64 años)
Enfermera asistencial
Curacaví

Tercer lugar regional

Hijo de un bravo cacique
fue Lautaro Manquilef
defendía su cultura
con gran valentía y fe.
En esos tiempos difíciles
del apagón cultural,
alzaba su voz con fuerza
y no cesó de cantar
sus cantos, danzas y ritos
jamás dejó de enseñar.

Muchas veces nos faltaba
para pasajes y pan
mas él seguía adelante
con entusiasmo y afán,
para no apagar la luz
de su cultura ancestral.
Bailaba con tal denuedo
con qué gracia sin igual,
que parecía elevarse
hasta el cielo y más allá.

Fui una integrante más
de su ballet cultural:
me enseñó a tocar pifilca,
las *guadas* y a danzar,
y el vestuario de mi raza
también pude presentar,
gran orgullo yo sentía
con Lautaro trabajar.

Este sencillo homenaje
a ti Lautaro maestro,
a tu cultura y trutruca
y a todos tus instrumentos.
Gracias por tu gran legado
y por tu hermoso cantar
por tus danzas y mensajes,
tu amistad y lealtad.

Gran Lautaro Manquilef,
aún escucho resonar
tus *guadas* y tu trutruca
y ese trompe sin igual.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LA CANCIÓN DEL VIENTO

Jorge Ramón González González (76 años)

Compositor musical

Graneros

Primer lugar regional

1

Hemos venido a enterrar
a un hombre aquí al cementerio
no fue grande la compañía
más bien, un grupo discreto
el cura lo despidió
con algunos Padre Nuestro
y destacó las virtudes
que pudo tener el muerto.

2

Dijo que en vida fue un hombre
con muy escasos defectos,
que no ofendió ni por broma
a un amigo o compañero
que trabajó fuerte y duro
entre soles y aguaceros
para arrancarle a la tierra
el tanpreciado sustento.

3

Hombre como el que hoy se marcha
comentó en un balbuceo
quedan pocos en la tierra
y los que hay, ya están viejos
porque yo llegué muy joven
a la parroquia del pueblo
a casar y a bautizar,
y a despedir a los muertos.

4

Por eso es que conozco
a campesinos y obreros;
aunque el día domingo en misa
son muy pocos a los que veo
pero igual, soy el pastor
de este rebaño disperso
de ovejas que se desvían
a los rediles sin templo.

5

Este hombre que ven aquí
en este ataúd funesto
con esos ojos sin luz
y su cuerpo frío y yerto
que está próximo a emprender
su viaje al olvido eterno;
en vida fue un campesino
de la soledad mediero

6

Nunca tuvo religión
nunca fue un creyente serio
no sé si creía en Dios
en la gloria o el infierno,
porque este no fue católico
tampoco fue un evangélico
eso sí fue un hombre honrado,
trabajador de los buenos.

7

Nunca por curiosidad
le pregunté al forastero
de dónde había venido
con su bagaje de sueños;
lo cierto es que una mañana
ya de lejano año nuevo
vino a la iglesia a pedir
un mendrugo de alimento.

8

Pero lo que sí sé yo
que fue virtuoso y honesto,
solitario y taciturno
reacio a aceptar consejos
siempre vivió en un ranchito
en los faldeos del cerro
solamente acompañado
de un gato montés y un perro.

9

Era un jovencito entonces,
de profesión: andariego
de rostro bien dibujado
de ojos verdes y risueño
yo le conseguí trabajo
en la Hacienda de don Pedro,
donde duro trabajó
hasta convertirse en viejo.

10

Por eso he venido aquí
a este triste cementerio
a despedir a un gran hombre
y darle el adiós postrero
y dejarlo para siempre
en este gris aposento
donde por todos los siglos
duermen los muertos.

11

A pesar de conocerlo
 cincuenta y tantos años creo,
 nunca supe más allá
 de lo que todos sabemos
 nadie nunca oyó hablar
 de familiares disperso
 si algo comentó algún día
 palabra que no me acuerdo.

12

Aquí donde todos llegan
 incluyéndome por cierto
 sin vanidad, ni orgullo
 sin riquezas, ni dinero
 tanto rico como el pobre
 el patrón como el obrero
 sin distinciones de clases
 aquí quedamos parejos.

13

El epitafio dirá
 aquí descansa un labriego
 de profesión campesino
 sin familia, ni herederos
 labrador de mil jornadas
 sembrando en campos ajenos
 que se fue como llegó
 a dormir su último sueño.

14

Cuando el cura terminó
 su réquiem de Padres Nuestros
 todos estábamos llorando
 junto al ataúd del muerto
 nadie habló media palabra
 se hizo un espectral silencio
 porque la oración del cura
 nos caló hasta los huesos.

15

Y cuando pasen los años
 no quedará ni recuerdo
 de este hombre que en vida
 fue excelente jornalero
 que salía de madrugada
 a enfrentarse a los barbechos
 y regresaba de noche
 cansado, triste y maltrecho.

16

Sólo me resta decir
 tal vez como último rezo
 que Dios le tienda los brazos
 y los conduzca a su reino
 y allá en la mansión divina
 entre ángeles y luceros
 su alma se siente dichosa
 Adorando al Padre Eterno.

17

Después que lo sepultaron
salimos del cementerio
nadie hizo un comentario
todos íbamos en silencio
solamente en los rincones
se oía cantar el viento
esa canción que estremece
y que destroza los nervios.

18

Porque algún día nosotros
cruzaremos el mismo trecho
haremos el mismo viaje
a ese mismo aposento
y quedaremos prendidos
en una noche sin tiempo
sin oír ni percibir
la triste canción del viento.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LA PARENTELA RURAL

Aurora Rosa Moreno Sepúlveda (70 años)
Profesora básica jubilada (especializada en lenguaje)
Coinco

Segundo lugar regional

Señoritas y varones
de este Chile tan preciao
por poetas tan cantao,
que Dios ha dado sus dones
Y extranjeros sus honores:
hoy les quiero yo brindar
estos versos y un cantar
a toda la parentela
que deja siempre una estela
cuando uno quiere viajar.

Me refiero con cariño
a los parientes rurales.
a esa gente de ideales
que llamamos campesinos.
Corazones tan divinos,
invitando con porfía
y que con brazos abiertos
te reciben en su huerto
de paz, de palma y oliva,
poniendo todo su empeño
para que te sientas dueño
como en tu casa ¡Es cierto!
esperando tu venida.

Los calditos de gallina,
los pastelitos de choclo;
aves van a tiritar
sintiéndose ya cazuela,
y hasta Josefa, la abuela,
ha comenzado a amasar
y aunque sus manos son viejas
se mueven con gran destreza
cuando las sirve a la mesa
y hace las buenas tortillas.

Y pa' qué hablar del vino:
se destapa lo mejor
de las viñas con amor
y se chupa a lo divino.
En eso no son mezquinos,
con una buena empaná
que traen de la ramá,
donde el gran horno de barro
las entrega con agrado
para darle una mascá.

Ya han pasao los días,
y se van los pijecitos
cargados de regalitos:
con salud, con alegría,
a esta su tierra festiva,
estrechándose las manos
como dos buenos hermanos.

No le importaron los gastos
en que incurrieron en casa,
en pan, en queso y mostaza,
para tantos invitaos
que aplaudían los bocaos
que a diario les ofrecían:
con amor, con alegría.
Y una lágrima sincera
caía como una hilera
¡Que saben a maravillas!
de sus caras bien curtías.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LA DEL ALBA

Génesis Belén Rojas Contreras (10 años)

Estudiante

Peralillo

Tercer lugar regional

En el campo el alba
va inventando el día,
descubriendo el nido
de la golondrina,
la trucha en el río,
la nieve en la cima...

Cuando cante el gallo
en la amanecida,
como un ascua de oro
todo se encandila.

El agua en la aceña
Pasaba y molía
ha más de cien años,
y así es todavía.

Este mismo trigo
que hoy es la flor de harina,
ayer fue, en las hazas,
brote de semilla.

Así pasa el tiempo
molido a maquila.

REGIÓN DEL MAULE

EL CARBONERO

Luis Ernesto Parada Contreras (43 años)

Empleado público

Cauquenes

Primer lugar regional

La carreta era de mimbre,
 era el yugo de avellano,
 mi sombrero era de paja
 y mi rostro encarbonado,
 la picana en la mano,
 en la carga veinte sacos,
 más la yunta que tenía
 una hembra y otro macho.

¡Carboncito mi casera!
 voz campestre les gritaba,
 dos mil pesos les pedía,
 pero a mil me los pagaban,
 yo por dentro tan humilde
 ¡Si en el campo fui cria'ó!
 más callado que el silencio
 porque así me han enseñá'o.

Los señores de este pueblo
 ¿No sabrán que le han birlado?
 el trabajo de este hombre
 que se encuentra ya cansado,
 que ha bajado la montaña
 ofreciendo su carbón,
 aceptando la miseria
 sin saber decir que no.

¡¡Hasta cuándo mis señores?!
 me han de darme más dolor,
 yo tranqueando a paso firme
 y soportando el calor,
 ¡Más mejor me voy pa'l campo!
 donde dejo mi sudor,
 donde canta el gallo al alba

donde

yo

estoy

mejor.

REGIÓN DEL MAULE

CHILE... MI PAÍS, MI ORGULLO

Bárbara Carolina Rodríguez Canales (11 años)

Estudiante

Curicó

Segundo lugar regional

Una estrella solitaria,
adorna nuestra bandera,
y le dice al forastero
bienvenido a nuestra tierra.

El cóndor y el huemul,
del escudo nacional,
junto con nuestra bandera,
son el pabellón nacional.

El mapuche fuerte y ágil,
el campesino trabajador,
junto con el minero nortino,
de nuestra tierra son lo mejor.

También está el pascuense,
que con su ritmo popular,
a toda la gente de Chile,
¡lorana! Nos hace danzar.

Pero la cueca es nuestra reina,
pónganse los lindos vestidos,
y dándose la última vuelta,
señores yo me despido.

REGIÓN DEL MAULE

LA CUECA

Julio César Corvalán Norambuena (44 años)

Profesor

Longaví

Tercer lugar regional

La cueca monta a caballo,
 La anca de un gran jinete.
 Mueve rienda con su bayo,
 entre Troya y barrilete.
 Y qué decir del galope
 con una entrada de patas.
 Mientras la china en su escote
 guarda pañuelo y hazañas.
 La cueca baila en el campo,
 zapatea en las chinganas.
 Entre brindis, entre cantos,
 entre versos y entre almas.
 La cueca tiene un vestido,
 llamativo como dama.
 Tiene garbo y tiene bríos,
 tiene curvas de guitarra.
 Tiene la cueca un hechizo...
 ¡muy coqueto en la mirada!
 Tiene rumores castizos
 y tiene espuelas de plata.
 La cueca usa un chamanto
 hecho de himno y bandera.
 Tiene la cueca en sus brazos
 un romance en primavera.
 La cueca lleva un vestido
 colorido en las ramadas.

Tiene un ramal en el cinto
 y picardía en las palabras.
 La cueca se baila en ruedo,
 en medialuna de palmas...
 Es la reina del rodeo,
 es el alma de mil almas.
 Tiene la cueca en su apero
 un tricolor en su magia
 con tres bailes en su encuentro
 como tres corridas en vaca.
 Tiene la cueca un misterio,
 tiene sonrisas, miradas,
 coqueteos y silencios,
 tiene brindis, tiene payas.
 Lleva la cueca un lamento
 entre ecos de guitarra,
 nacida en campos chilenos
 teñida en sangre gallarda.
 La vez que tomo un pañuelo
 y siento batir de palmas,
 parece que un lazo 'e sueños
 me atrapara en esta danza.
 Es la cueca un sentimiento,
 un galanteo de magias,
 es de gallos y su ruedo
 es de Chile y de su casta.

REGIÓN DEL BIOBÍO

CHACAYAL NORTE

Ruth Noemí Jara Aqueveque (33 años)

Dueña de casa

Los Ángeles

Segundo lugar regional

A mo mi tierra, mi campo
y a mi gente campesina,
al que la tierra va arando
y cultivando hortalizas.

Al que madruga temprano
y se acuesta de bien noche,
al que saluda de mano,
al que ayuda sin reproche.

A ese huaso bien alegre
que celebra el dieciocho
que habla un poquito fuerte
y hasta resulta chistoso.

En esta tierra se siembra,
se baila, se hace deporte.
Qué fértil mi hermosa tierra
llamada Chacayal Norte.

REGIÓN DEL BIOBÍO

A MI TIERRA

Karla Andrea Saldías Valenzuela (13 años)
Estudiante
Coihueco

Tercer lugar regional

Amo esta tierra,
que me vio nacer,
estos campos hermosos
que me han visto crecer.

Las aves recorren
los grandes sembrados,
mientras abro la tierra
con caballo y arado.

No siento cansancio
tampoco dolor;
trabajo gustoso
a pesar del calor.

Amo esta tierra
que me da de comer,
En este campo glorioso
quiero yo envejecer.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

INVIERNO

Sebastián Fernando Sáez Hidalgo (11 años)

Estudiante

Carahue

Primer lugar regional

Invierno que cubres todo
con lluvia y nevazón,
deja que el astro rey
pase sus rayos de amor.

Sabemos te quedas tres meses
en este país de poetas
y que dejas escribir
todos aquellos poemas
que un día escribió Neruda
y también cantó la Violeta,
mientras llovía y llovía
y no paraba la fiesta.

De las estaciones del año
el invierno es la peor
aunque todos nos quejamos
cuando llega el calor.

Invierno que dejas huellas
en el campo donde vivo:
¡Todos se esconden en casa
y nadie juega conmigo!

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

UNA HISTORIA REAL

Edelberto Jesús García Catalán (62 años)
Asistente de educación
Lonquimay
Segundo lugar regional

Después que llegó a este mundo,
aniñado y picarón,
reclamaba en su momento
si no estaba el biberón.

Así le quisieron mucho
porque fue de los primeros
y en una parvada grande
él hacía de niño.

Su padre, un hombre mayor,
sin profesión ni oficios
deleitaba su ansiedad
alimentando sus vicios.

Su madre, joven mujer,
dedicada y buena moza,
en la ausencia de su esposo
sola ordenaba las cosas.

De niño aprendió a luchar:
a usar su mente y sus manos
porque había que ayudar
a criar a sus hermanos.

Así creció responsable,
desafiando al sacrificio
porque aprendió de su padre
que el alcohol es un mal vicio.

De pronto se enamoró,
como todo buen mortal,
fue razón de incomprensiones
y harina de otro quintal.

Debió entonces elegir
entre ganar o perder
y se quedó en el momento
con sus perros y mujer.

Así comenzó de nuevo
a machacarse el talón,
y en una ruca de quilas
masticaba otra ilusión.

Era su propio futuro
que se empezaba a labrar,
junto a sus perros leoneros
y una mujer para amar.

Usando siempre su astucia
se supo bajar la fiebre:
se alimentó de piñones,
de zorros, leones y liebres.

Le supo ganar al sol,
con la luna se alumbró
y en el humo de la leña
su plato se calentó.

Con su esfuerzo y su tesón
logró una familia hermosa,
animales por montón
su casa, fundo y sus cosas.

Pudo entonces progresar
con cariño y con paciencia,
y hoy la nieve de su pelo
le delata la experiencia.

Ahora hermosos recuerdos
se guardan en su memoria;
la constancia y la humildad
son testigos de su historia.

Esto que parece un cuento
es una noble aventura
de un soñador arraigado
en las tierras de Liucura.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

MI PRIMER DÍA DE CLASES

Verónica de la Cruz Poveda Gutiérrez (69 años)
Profesora de Educación Básica jubilada
Perquenco
Tercer lugar regional

Mi casa está en el campo
muy lejos de la ciudad,
mis padres son dos mapuches
y yo una mapuche más.

Es mi primer día de clases,
iremos a la ciudad,
conoceré la escuela,
donde me matriculó papá.

Es una casa muy grande
¿Cuántos niños albergará?
Cuando papá venga a buscarme,
quizás no me encontrará.

A pesar de mis temores
me siento bastante contenta,
porque en unos momentos
conoceré a mi maestra.

La clase va a comenzar
ha llegado la maestra
me ha preguntado mi nombre
y me ha dado vergüenza.

Si mis padres lo supieran
qué tristeza les daría
que su hija se avergüence
de lo que ellos se enorgullecen día a día.

Siempre me he preguntado
si el sol nos calienta a todos
¿Por qué solo a algunos
la piel nos oscurece?

La maestra nos ha dicho
que todos somos iguales
que solo nos diferenciamos
por nuestros ideales.

Esas sabias palabras
han penetrado en mi ser,
igual que un vaso de agua
cuando calma mi sed.

Ahora estoy tranquila,
observo a mi alrededor:
siento que me han aceptado
tal cual yo soy.

Mañana volveré a clases
con la cabeza erguida
y no sentiré vergüenza
de haber nacido mapuche un día.

REGIÓN DE LOS RÍOS

LA FLOR LINDA

Edmundo Dagoberto González Umaña (67 años)

Agricultor

Mariquina

Primer lugar regional

Su silencio eran palabras
de profundos sentimientos;
con el agua, el sol y el viento,
una flor pudo sembrar,
que pa' ganar el sustento
nos enseñó a cultivar.

Cuando aún el alto cielo
no brindaba su esplendor,
inclinada por los cerros
era la más bella flor,
azotada por el viento
o revestida de sol.

En el agua del estero
de cristales transparente,
sobre los tablones viejos
la ropa de tanta gente...,
y cargaba grandes tarros
con agua de la vertiente.

Arrumaba los tizones
para avivar el fogón,
mientras llamaba los pollos
con su alegre tiquití...,
que despertaban de un salto
para alcanzar su maíz.

Amasaba las tortillas
para darnos de comer,

sacaba leche a la vaca
que se dejaba ordeñar
y aun le sobraba tiempo
para barrer y parchar.

En la huerta los repollos,
las papas, las zanahorias,
las arvejas y porotos,
los tomates y achicorias,
eran como la alegría
de su nueva inspiración,
y terminaba rendida
sentada sobre un cajón.

A ella le llamé madre...,
su amor incondicional
en medio de la pobreza
fue la más grande riqueza
que tuve por heredad,
no hay en la naturaleza
otro amor que sea igual.

Ya los sauces del estero
están secando su llanto,
pero el tiempo no ha podido
borrar el río de amor
que aquella pequeña flor
entregaba con sus manos,
que sin habernos parido,
dio su vida por criarnos.

REGIÓN DE LOS RÍOS

ORFELINA

Luz del Soviet Acuña Aguayo (70 años)

Cantautora

Los Lagos

Segundo lugar regional

Me duele tanto y mucho
el nunca más contigo;
suavidades de felpa,
silencio hecho pasitos.

Las flores me preguntan
¿Qué pasa con tus días,
si acaso ya no gozas
de su policromía?

Y tristes, los arbustos
reclaman tu presencia,
y creo que presienten
mis lágrimas señeras.

De sombra en sombra ibas,
siempre y siempre tan cerca;
pequeñita obstinada,
hoy pareces quimera.

Minúscula amiguita,
leal y sin premura;
¿En cuántas primaveras
nos aunó la ternura?

Fueron lindos los años,
indelebles estelas;
yo aprendiz de las flores,
y tú en tu duermevela.

La tarde aún no muere
cuando tú te despiertas,
y despiertan contigo
tus felinas destrezas.

Cazadora incansable,
un “no” a la diferencia;
ratones y avecillas,
y un “sálvese quien pueda”.

Hiciste tu trabajo
con grande diligencia;
ganaste tu sustento
como si un juego fuera.

Y si algún colibrí
se convirtió en tu presa
y su amada murió
enferma de tristeza...

Te perdono pequeña
porque un error de esos,
en tantos ajetreos,
lo comete cualquiera.

Manipulaste a gusto
a aquel que te mimaba,
y lograbas tu antojo
y en sus hombros paseabas.

Y hoy, que bajo el daphne
duerme tu ronroneo,
mi soledad y yo
paseamos tu recuerdo.

REGIÓN DE LOS RÍOS

EL OCASO DEL COLOR

María Alejandra Oyarzún Manquemilla (52 años)

Secretaria

Valdivia

Tercer lugar regional

El campo ya no goza de especies nativas
el agua se ha enlodado
el coipo ha muerto,
la garza ha volado a otro puerto
los cisnes se cobijan en el Santuario
cuidando a sus polluelos
del rifle, de la contaminación.

La basura inunda caminos,
bosques y ríos.

El olor es indescriptible:
no brota el olor de la rosa
el copihue ha dejado su color
solo un hedor repulsivo
de irresponsabilidad,
cultura vacía
mentes en blanco y sin corazón.

Hileras de eucaliptus
dibujan las praderas
¿Dónde está el roble, el arrayán, la lenga, el ñirre?

La mano del hombre abre el telón,
el fuego se apodera de kilómetros
de flora y fauna
de naturaleza virgen,
la tierra llora de desazón.

Todavía tengo esperanza
por eso cuido mi jardín:
El avellano, el coihue y el arrayán
los protejo con seda y azafrán.

REGIÓN DE LOS LAGOS

SEMBRANDO EL ARCOÍRIS

María Ximena Burgos Soto (56 años)
Agricultora de plantas medicinales orgánicas
Puerto Montt
Primer lugar regional

Bajo la llovizna
sigo la huella de los romeros en el huerto medicinal
observo el tibio amarillo de las manzanillas
el olor de la malvarrosa en el invernadero
mi sombrero azul con tiras rosadas, un eco de la vertiente
el cedrón está cautivo en las manos de mi madre
en el círculo de las estaciones.

Son mi consuelo de tu amor desolado como una lágrima en el estuario
un vivero que se cuida del lamento sobrio de los malos sueños.
Las rudas que viajan de abeja en abeja.

Siembro como sembraba mi abuela y la abuela de mi abuela
sigo el patrón de las lunas con el sol dormido en las mañanas
una gotera en el paraíso
una cascada de pasifloras en las noches del insomnio.

El boldo crece para alcanzar su historia desde Monte Verde
hay catorce mil seiscientos años
borboteando entre las risas del río Chinchihuapi.

La hierba buena la menta
Las caléndulas que llevan su sombrero de sol
en las tardes del verano junto a las lavandas olorosas de los amantes
están regando sus pétalos
en una tibia ventolera que sacude los sauces.

Cultivo todas las hierbas sanadoras cuando caen los jilgueros
entre los granizos del invierno.

Con mis canastos de ñocha cosecho al ritmo de las colmenas
una hebra de salvia en las orejas
un diamantino llantén
una verbena para alcanzar las alabanzas del creador en las siembras.

Se cubre el cielo con su nube de agua
dos arcoíris se despliegan de horizonte a horizonte
mientras sigo abriendo el corazón de tu nombre en la tierra
cultivando las caléndulas.

REGIÓN DE LOS LAGOS

ATARDECER

Domitila del Carmen Uribe Vargas (63 años)
Profesora jubilada
Puerto Montt

Segundo lugar regional

No sé qué tiene la tarde
que como un sueño me invade.

Entre las ramas del chilco
asoma cantando el río

y los zorzales anuncian
que el sol fue al infinito.

Fresca la brisa se esparce
entre las quilas ya secas.

Gozo la hora en penumbra
bajo las primeras estrellas.

Este paisaje me sigue
hasta hoy, desde la infancia.

Vuelve ese recuerdo tibio
de mi madre junto al huso,
desprendiendo el hilo fino
de blanca lana sedosa.

Te veo, madre querida,
haciendo múltiples cosas,
dentro y fuera de la casa,
inquieta, sabia, incansable,
siempre humilde y laboriosa.

El aroma de los bosques,
y eterno ruido del río
se quedaron para siempre
grabados en mis sentidos.

REGIÓN DE LOS LAGOS

UN CURANTO AL HOYO

Constanza Javiera Aguilar Barría (13 años)
Escuela Rural Curaco de Vilupulli
Chonchi

Tercer lugar regional

El curanto al hoyo,
reflejo de nuestras costumbres,
que siempre los sureños gozamos,
hasta que el sol nos alumbre.

Su preparación comienza
con un hoyo en el suelo,
tan grande y amplio
que cabe hasta el cielo.

Las piedras ya están calientes,
en el hoyo todo dispuesto,
los alimentos sacamos
para poner en el tiesto.
Con su sabroso nutriente
y sus papas calientes
todos llegan al son
del aroma candente.

Curanto querido,
curanto amado,
curanto festivo,
curanto tradicional.

Con tus chapaleles y milcaos,
con el ahumado caliente,
que estos hombres bien dota'os
le sirven a toda su gente.

REGIÓN DE AYSÉN

LOS TEROS

Matías Ignacio Jeréz Báez (11 años)

Estudiante

Cochrane

Primer lugar regional

Vigilantes y atentos a todo
parecen tener un radar
como avisando peligro
por mi ventana me pongo a mirar.

Sus ojos son como soles
de plumaje elegante y sencillo
su canto me da alegría
aunque no son de muy lindo trino.

Espero cada año su vuelta
atento a su especial sonido
que de mi casa yo oigo
y he conocido de niño.

Cuando mi gato los oye gritar
los queda mirando muy serio
de todas las aves del campo
el que más me gusta es el tero.

REGIÓN DE AYSÉN

RAMÓN NOLASCO

Juan Eduardo Cárcamo Barrientos (60 años)
Profesor y empleado público
Cochrane

Segundo lugar regional

Cuando la tarde cae sobre las bestias
y el piño baja por las quebradas;
cuando los perros ladran
entre coironales arreando la vida,
me arrimo a esta tierra
buscando una salida.
¡Soy Ramón Nolasco! Ovejero,
puestero, arriero y esquilador
y hoy quiero contar mi canto
que nace de la mañana
y de este mate campero,
amargo y soñador.
Sigo el rumbo de otros gauchos,
soy la voz de la pampa
que nace de mi estampa
de ese campesino que soy.
Busco el agua, busco el aire
busco al ñirre por su olor.
Soy de pasto que escasea
en los inviernos de mi hoy,
soy de viento en las quebradas
de rocío que da vida
y la lengua por su flor.
Sé del quebranto,
sé del llanto de mi pueblo

que ha sabido del dolor,
dolor de mi carne
que me pega a esta tierra
sin pausas, sin sufrimientos
tan solo por amor.
¿Será acaso mi canto
una queja de este cantor?
o su lamento se hace eterno
y lo siente su corazón
¡No a Ramón Nolasco! Ovejero
puestero, arriero y esquilador.
Salgo a buscar mi queja
simple fría honesta,
dolor de este cantor
que pregona su protesta
en cada surco de su siembra,
en cada gota de sudor.
Quiero terminar mi canto
con sentimiento, con esperanza,
sin penas ni dolor.
Vivo cabalgando sin rumbo
tras los piños entre quebradas
buscando mi salida, buscando mi perdón
que es el canto eterno,
eterno de este cantor.

REGIÓN DE AYSÉN

EL NIÑO ENFERMO

Gamaliel Alejandro Asenié Morales (13 años)

Estudiante

Cochrane

Tercer lugar regional

Estaba el niño enfermo
en los brazos de su madre
y ella espera que sane
antes que el perro ladre.

Cochrane era muy pequeño
y no había enfermera
la madre pidió remedios
a una mujer curandera.

Echado había un gato
a la orilla de la mesa
estaba esperando un rato
a ese niño con tristeza.

A la luz de la vela
la madre cuida al niño,
que se sana lentamente
con un beso y con cariño.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

SANTIAGO ZAMORA

Iván Darío Rojel Figueroa (47 años)
Empleado
Punta Arenas
Primer lugar regional

Zamora fue el padre de todos los baqueanos
perdió los dedos en la pampa al contacto
terrible de los baguales de ojos rojos
se hizo sur y canto.

A los 90 años
desafiaba todavía las auroras
revestido de la piel del ventarrón
era mata arisca y negra
brumosa amanecida, brutal racha
color de sombra, piel de coironal
cruzó los límites de los arcoíris sureños
con dirección a cualquier sitio
rastreó las huellas de los pumas
y de los vendavales
escuchó el dialecto del viento
y se vistió de blanco frío cimarrón.
En la cartulina alba de la pampa nevada
marcó sus iniciales a cascos de caballo.
Su silueta fue alarma de los teros
en interminables cañadones
y lagos y ríos
guardaron su reflejo en la memoria
otoñal del austro viejo.
Zamora pasó en silencio por el reino
del guanaco macho
fue bienvenido en los dominios del Aonikenk
y fue llamado hermano por caciques colosales
que arreciaron en la historia como temporales

Zamora fue latido inolvidable de los tiempos viejos.
Como un ñandú desbocado
como una luz indeleble en la bruma
de aquellas distancias inabarcables.

Y así cayó a su ley
después de señalar todas las huellas
después de domar todos los potros
después de trenzar todos los lazos
después de dejar su dígito indeleble.
y criollo como una estela de códigos
para la gloria futura de futuros baqueanos.
Generoso Zamora, dormido Zamora
Zamora, en el vaivén de una brisa indecisa.
Zamora en el último camino
Zamora baqueano de baqueanos.

Lo hallaron muerto en Última Esperanza.
Muerto tal como vivió
a puro campo bajo la intemperie agreste.
Tendido sobre el verde desteñido de la piel pampeana
como una hoja seca a punto de elevarse
como una rama desangrada y derribada
por la imprudencia paternal del viento
como el epílogo de un libro amarillento
que se cierra.
Zamora, dormido Zamora
Zamora baqueano de baqueanos...

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

LA GRAN FIESTA

Raúl Estanislao Lorca Slabosz (56 años)

Profesor rural

Torres del Paine

Segundo lugar regional

¡Vengan a la fiesta en la patagonia!
 los pumas con sus cachorros,
 mis guanacos y sus chulengos,
 cisnes y coscorobas con sus pichones,
 las ñandúes con sus charitas,
 las borregas con sus capones.

¡Solo animales nuestros!,
 todos juntos vengan a la fiesta de la Patagonia
 vengan de a miles con sus balidos,
 canturreos y graznidos.

La orquesta será de los loros,
 caranchos y zorzales.
 Haremos un ponche con chauras y calafates.

Adornaremos la pampa con barba de viejo,
 farolitos chinos y coirones.

Bailaremos al son del viento,
 la nieve
 y la lluvia.

¡La entrada será por Torres del Paine!
 en el glaciar Tyndall estarán los corrales,
 y en los bretes de guardia los zorzales.

Los flamencos danzarán una coreografía de patas largas,
 los cóndores volarán a ras del suelo,
 las águilas caerán en picada
 y todos juntos hasta Laguna Amarga.

¡Vengan mis caballos baguales!,
 ¡Mis yikiyiki y sus pichones!
 ¡Vengan todos de a montones!

La fiesta comenzará
 cuando los teros lleguen de su gran viaje.
 ¡Ahí comenzara este gran baile!,
 El DJ será el huairavo,
 el menú tendrá mate y sopaipillas,
 nalcas y chicoria
 y de competencia el baile de la silla.

De tanto ruido y gritos,
 despertaremos a los milodones,
 y los tigres dientes de sable
 bailarán a los empujones.

Descansaremos en la silla del diablo
 y dormiremos sobre camas de coirones.
 ¡Vengan a la gran fiesta de la Patagonia!,
 no se olviden de nuestros quiltros que son danzones.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

ES TIEMPO DE ESQUILA

Omar Mateo Alejandro Cuevas Aguilera (44 años)
Carabinero
Laguna Blanca
Tercer lugar regional

Hoy es día de faena
ya llegan los madrugadores,
es la comparsa de esquila
que da vida a los galpones.

Tijerones y máquinas tintinean
los corrales se iluminan,
el ovejero y su fiel perro
tras las ovejas caminan.

Una a una van pasando
al compás de ladridos y silbidos,
parecen esferas de nieve
que del piño han emergido.

¡Qué admirable ocupación!
¡Cuánta destreza y pasión!
Tan esforzados personajes
cada uno en su misión.

En escena los esquiladores
acompañados del vellonero
a esta fiesta no pueden faltar
el agarrador, el bolsero y el lanero.

Al interior del galpón
¡Juan Gallardo! se escucha
es don Pedro el capataz
que a merendar anuncia.

Chuletas de corderito
mate amargo y sopaipillas
renovarán las energías
para continuar el día.

¡A trabajar compañeros!
gritó Lucho, esquilador,
estuvo buena la merienda
¡Felicitaciones al cocinero!

Los vellones se desprenden
como hojas en otoño
raudo los lleva un muchacho
es Patricio ¡el vellonero!

En la mesa de selección
los esponjosos vellones
van siendo seleccionados
y en fardos transformados.

Catorce días han pasado
la faena ha culminado.
Galpones y corrales
solitarios han quedado.

Con asado al palo y buen vino
don Pedro y sus ovejeros
a la comparsa despiden.
¡En la próxima esquila nos vemos!

Los cuentos y poemas que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas, jóvenes y adultos de todo Chile para el concurso "Historias de nuestra tierra", que organiza FUCOA gracias al apoyo del Ministerio de Agricultura.



Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura